

Prabhupāda

SOLO *él* PODÍA GUIARLOS

Título del original: **Prabhupāda**

Los lectores interesados en el tema de este libro están invitados a dirigirse a los centros de la Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna. Las direcciones y números telefónicos están al final del libro.

© 2017 **The Bhaktivedanta Book Trust International, Inc.**
www.krishna.com
www.bbt.info

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723
Reservados todos los derechos
ISBN: 978-987-1386-5-74

Impreso en México

Prabhupāda

SOLO *él* PODÍA GUIARLOS



THE
BHAKTIVEDANTA
BOOK TRUST

ÍNDICE

Prólogo	5
Capítulo 1 - Una vida de preparación	7
Capítulo 2 - Luchando solo	53
Capítulo 3 - Plantando la semilla	95
Capítulo 4 - Solo él podía guiarlos	195
Capítulo 5 - La última década	281
Glosario	294
Pronunciación de las palabras sánscritas transliteradas.	297
El autor	298
Direcciones	300

PRÓLOGO

La fama universal de Su Divina Gracia A. C. Bhaktivedanta Swami, conocido más tarde como Śrīla Prabhupāda, se manifestó después de 1965, tras su llegada a América. Antes de salir de la India había escrito tres libros, en los doce años siguientes escribió más de sesenta. Cuando salió de la India había iniciado a un discípulo, en los doce años siguientes inició a más de cuatro mil. A su salida de la India, nadie hubiera creído que podría realizar su visión de una asociación mundial de devotos de Kṛṣṇa; pero en la década siguiente fundó y mantuvo la Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna, y abrió más de cien centros. Antes de embarcarse hacia América no había salido nunca de la India, pero en los doce años siguientes dio varias veces la vuelta al mundo propagando el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa.

Aunque pueda parecer que la contribución de su vida se produjo en un estallido tardío de logros espirituales revolucionarios, los primeros sesenta y nueve años fueron una preparación para que aquellos logros pudieran manifestarse. Y aunque para los americanos, Prabhupāda y sus enseñanzas fueron una desconocida y repentina aparición (parecía el genio que surgió de la lámpara de Aladino), era el leal representante de una tradición cultural secular.



CAPÍTULO 1

UNA VIDA DE PREPARACIÓN

Śrīla Prabhupāda nació el 1 de septiembre de 1896, en Calcuta, India, con el nombre de Abhay Charan De. Su padre se llamaba Gour Mohan De, un comerciante de tejidos, y su madre se llamaba Rajani. Sus padres, siguiendo la tradición bengalí, encargaron a un astrólogo el horóscopo del niño, a cuya noticia se llenaron de júbilo por la auspiciosa lectura. El astrólogo hizo una predicción muy concreta: cuando el niño tuviera setenta años, cruzaría el océano, sería un gran defensor de la religión y abriría 108 templos.

La casa de Abhay, en el número 151 de Harrison Road, estaba en el sector hindú del norte de Calcuta. El padre de Abhay, Gour Mohan De, pertenecía a la aristocrática comunidad de comerciantes *suvarṇa-vaṇik*. Estaba relacionado con la opulenta familia Mullik, que había comerciado oro y sal con los británicos durante cientos de años. Originalmente, los Mullik habían sido miembros de la familia De, *gotra* (linaje) que se remonta hasta el famoso sabio Gautama; pero durante el período Mogol de la India, anterior a la dominación británica, un gobernante musulmán había conferido el título de Mullik (*lord*) a una próspera e influyente rama de los De. Tras varias generaciones, una hija de los De contrajo matrimonio en la familia Mullik, y desde entonces, las dos familias habían permanecido unidas.

Un bloque entero de propiedades, una a cada lado de Harrison Road, pertenecían a Lokanath Mullik, y Gour Mohan y su familia vivían en unas habitaciones de un edificio de dos pisos, dentro de la propiedad de Mullik. Del otro lado de la calle, frente a la residencia de los De, había un templo de Rādhā-Govinda en el que durante los últimos ciento cincuenta años, los Mullik habían mantenido la adoración de las Deidades de Rādhā y Kṛṣṇa. Varias tiendas dentro de la propiedad de los Mullik proporcionaban ingresos para la Deidad y para los sacerdotes encargados de la adoración. Todas las mañanas, antes del desayuno, los miembros de la familia Mullik visitaban el templo para ver a la Deidad de Rādhā-Govinda. Ofrecían arroz cocido, *kacaurīs* y verduras en una gran fuente, y distribuían el *prasādam* entre los vecinos que visitaban a las Deidades por la mañana. Entre los visitantes de cada día estaba Abhay Charan acompañando a su madre, a su padre o a un sirviente.

Gour Mohan era un *vaiṣṇava* puro y educó a su hijo para que fuera consciente de Kṛṣṇa. Puesto que sus propios padres también habían sido *vaiṣṇavas*, Gour Mohan nunca había probado la carne, el pescado, los huevos, el té ni el café. Era de tez clara y disposición reservada. Por la noche, antes de cerrar su tienda de tejidos, dejaba un cuenco de arroz en el suelo, en medio del local, para que comieran los ratones y así no royeran las telas debido al hambre. Al volver a casa, leía el *Caitanya-caritāmṛta* y el *Śrīmad-Bhāgavatam* (las Escrituras principales de los *vaiṣṇavas* bengalíes), cantaba con sus cuentas de *japa* y adoraba a la Deidad del Señor Kṛṣṇa. Era amable y afectuoso, y nunca castigaba a Abhay. Incluso si se veía

obligado a corregirlo, primero se disculpaba: «Eres mi hijo y ahora debo corregirte. Es mi deber. Hasta el padre de Caitanya Mahāprabhu Lo regañaba. De manera que no te preocupes».

Prabhupāda conservó siempre en su memoria el recuerdo de su padre adorando con devoción al Señor Kṛṣṇa. Recordaba que cuando su padre volvía a casa de la tienda de tejidos, por la noche, adoraba fielmente al Señor Kṛṣṇa ante el altar familiar. «Nosotros estábamos durmiendo —recordaba Prabhupāda— y mi padre llevaba a cabo el *ārati*. Oíamos el *ding, ding, ding*; oíamos la campana, nos despertábamos y lo veíamos postrándose ante Kṛṣṇa».

Gour Mohan tenía objetivos *vaiṣṇavas* para su hijo; quería que Abhay fuera un servidor de Rādhā y Kṛṣṇa, que fuera un predicador del *Bhāgavatam*, y que aprendiera el arte devocional de tocar el tambor llamado *mṛdaṅga*. Recibía con regularidad a *sādhus* en su casa y siempre les pedía: «Por favor, bendice a mi hijo para que Śrīmatī Rādhārāṇī le conceda Sus bendiciones». Cuando la madre de Abhay dijo que quería que su hijo fuera un abogado británico cuando creciera (lo que significaba que tendría que ir a Londres a estudiar), uno de los tíos del muchacho pensó que era una buena idea. Pero Gour Mohan no quiso ni escucharlo; si Abhay iba a Inglaterra se vería influenciado por las costumbres y las ropas europeas. «Aprenderá a beber y a ir detrás de las mujeres —objetaba Gour Mohan—. Yo no quiero su dinero».

Desde el comienzo de la vida de Abhay, Gour Mohan puso en práctica su plan. Contrató a un profesor de *mṛdaṅga* profesional para que enseñara a Abhay los

ritmos que se emplean generalmente para acompañar el *kīrtana*. Rajani era escéptica: «¿De qué sirve enseñar a un niño tan pequeño a tocar la *mṛdaṅga*? Eso es algo sin importancia». Pero Gour Mohan tenía el sueño de un hijo que creciera cantando *bhajan*as, tocando la *mṛdaṅga* y pronunciando discursos sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

La madre de Abhay, Rajani, tenía treinta años cuando él nació. Como su marido, venía de una familia *vaiṣṇava-gauḍīya* muy antigua. Ella tenía la piel más oscura que su marido, y mientras que él era de disposición serena, la de ella tendía a ser fogosa. Abhay vio a sus padres vivir juntos en paz; ningún conflicto conyugal profundo, ni descontento complicado amenazaron jamás su hogar. Rajani era casta y de mentalidad religiosa, un modelo de ama de casa en el sentido védico tradicional, dedicada al cuidado de su marido y de sus hijos. Abhay observaba los sencillos y conmovedores esfuerzos de su madre para asegurar, con votos y oraciones, que él siguiera viviendo.

Como Gour Mohan, Rajani trataba a Abhay como al hijo predilecto; pero mientras su marido manifestaba su cariño con su benevolencia y sus planes para el éxito espiritual de su hijo, ella manifestaba el suyo con sus tentativas de proteger a Abhay de todo peligro, de la enfermedad y de la muerte. Cuando nació Abhay, su madre prometió comer con la mano izquierda hasta el día en que su hijo se diera cuenta y le preguntara por qué lo hacía. Cuando un día el pequeño Abhay se lo preguntó, ella interrumpió inmediatamente aquel hábito. No había sido mas que otra prescripción para que él sobreviviera, ya que creía que por la fuerza de su voto, el niño crecería, por lo menos, hasta preguntarle la razón de lo que hacía.

Con frecuencia, su madre lo llevaba al Ganges y lo bañaba ella misma. Cuando tuvo disentería, ella lo curó con *purīs* calientes y berenjenas fritas con sal. A veces, cuando se enfermaba, Abhay mostraba su obstinación negándose a tomar medicina. Pero su madre era tan resuelta como él obstinado y le ponía la medicina en la boca a la fuerza. Cuando Abhay mostró su falta de deseo de ir al colegio, su padre fue indulgente, pero Rajani insistió e incluso contrató a un hombre para que lo llevara.

Por todo el norte de la India, la mayoría de la gente acepta al Señor Kṛṣṇa como la forma suprema de Dios. Esta versión de Kṛṣṇa realmente concuerda con las Escrituras védicas, en especial con el *Bhagavad-gītā*, que es la obra védica de lectura más popular. Por lo tanto, de un modo natural, Abhay absorbió la conciencia de Kṛṣṇa desde que nació. Además, su padre era especialmente religioso, y en los últimos años, Prabhupāda se refería a él como «un devoto puro de Kṛṣṇa». Gour Mohan solía llevar a su hijo, incluso antes de que el niño tuviera edad suficiente para caminar, al templo cercano de Rādhā-Kṛṣṇa, conocido como Rādhā-Govinda Mandir. Más tarde, Prabhupāda recordaba «estar de pie a la puerta del templo de Rādhā-Govinda, orando a la *mūrti* de Rādhā-Govinda durante horas. La Deidad era muy hermosa, con Sus ojos rasgados».

Abhay también estaba fascinado por el festival Ratha-yātrā del Señor Jagannātha, celebrado anualmente en Calcuta. El mayor Ratha-yātrā de Calcuta se celebraba en Rādhā-Govinda Mandir, con tres carros que llevaban separadamente las Deidades de Jagannātha (Kṛṣṇa), Balarāma y Subhadrā. Desde el templo de Rādhā-

Govinda, los carros seguían por la calle Harrison Road una corta distancia y después volvían. Aquel día, los administradores del templo distribuían grandes cantidades de *prasādam* del Señor Jagannātha entre el público.

El Ratha-yātrā se celebraba en ciudades de toda la India, pero el Ratha-yātrā original, al que acudían millones de peregrinos cada año, tenía lugar a quinientos kilómetros al sur de Calcuta, en Jagannātha Purī. Durante siglos, en Purī, tres carros de quince metros de alto han sido remolcados por las multitudes, desfilando a lo largo de un camino de tres kilómetros, en conmemoración de uno de los pasatiempos eternos del Señor Kṛṣṇa. Abhay escuchaba cómo el Señor Caitanya personalmente, cuatrocientos años antes, había bailado y dirigido cánticos extáticos de Hare Kṛṣṇa en el festival Ratha-yātrā de Purī. Abhay miraba a veces el horario de trenes o preguntaba el precio del viaje a Purī, pensando en cómo reunir el dinero para ir.

Abhay quería tener su propio carro y celebrar su propio Ratha-yātrā y, como es natural, acudió a su padre en busca de ayuda. Gour Mohan le compró una reproducción de segunda mano de un *ratha* (carro) de un metro de altura, y padre e hijo construyeron unas columnas y pusieron sobre ellas un dosel que se pareciera lo más posible a los que llevaban los grandes carros de Purī. Abhay llamó a sus compañeros de juegos para que lo ayudaran, en especial a su hermana Bhavatarini, siendo él quien de un modo natural los dirigía. En respuesta a sus ruegos, las madres del vecindario accedieron divertidas a preparar platos especiales para que distribuyera *prasādam* durante el festival Ratha-yātrā. Lo mismo que el festival de Purī,

el Ratha-yātrā de Abhay duró ocho días consecutivos. Los miembros de su familia se reunieron y los niños del vecindario tiraron del carro en procesión, cantando y tocando tambores y *karatālas*.

Cuando Abhay tenía seis años aproximadamente, pidió a su padre una Deidad personal para adorarla. Desde su infancia había visto a su padre celebrar la *pūjā* en casa y había observado con regularidad la adoración de Rādhā-Govinda pensando: «¿Cuándo podré adorar a Kṛṣṇa así?». Gour Mohan compró unas Deidades pequeñas de Rādhā-Kṛṣṇa y se las dio a su hijo. Desde entonces, todo lo que comía el pequeño Abhay se lo ofrecía primero a Rādhā-Govinda, e imitando a su padre y al sacerdote de Rādhā-Govinda, ofrecía a sus Deidades una lámpara de *ghī* y las retiraba a descansar por la noche.

Cuando a finales de los años sesenta, Śrīla Prabhupāda comenzó a introducir los grandes festivales Ratha-yātrā en algunas ciudades de los Estados Unidos, y cuando comenzó a instalar Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa en sus templos de ISKCON [Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna], decía que había aprendido todas aquellas cosas de su padre. Lo único importante de la conciencia de Kṛṣṇa que no había aprendido de su padre —decía— era la importancia de imprimir y distribuir literatura trascendental. Esto lo aprendió exclusivamente de su maestro espiritual, con quien habría de encontrarse más tarde, en su juventud.

Durante los años de facultad de Abhay, su padre concertó para él su matrimonio, escogiendo a Radharani Datta, hija de una familia de comerciantes con los que estaba asociado. Por varios años, Abhay vivió

con su familia y ella con la suya, de manera que sus responsabilidades conyugales de mantener una familia no fueran urgentes. Primero debía terminar sus estudios en la facultad.

Pero durante su cuarto año de estudios, Abhay comenzó a sentirse reacio a obtener su título. Se había vuelto simpatizante de la causa nacionalista, que preconizaba escuelas nacionales y gobierno propio.

En el curso anterior al de Abhay había un nacionalista muy enérgico, Subhas Chandra Bose, que más tarde fue el líder del Ejército Hindú Nacional, organizado para derrocar el dominio británico en la India. Cuando Subhas Chandra Bose pidió a los estudiantes que apoyaran al movimiento para la independencia de la India, Abhay prestó atención. Le gustaba la fe que Bose tenía en la espiritualidad, su entusiasmo y su determinación. Abhay no se interesaba por la actividad política, pero sentía la llamada del ideal del movimiento por la independencia. La llamada a *svarāj*, independencia, aunque encubierta, atraía prácticamente a todos los estudiantes, y a Abhay entre ellos.

Abhay se interesaba en especial por Mohandas K. Gandhi. Gandhi llevaba siempre el *Bhagavad-gītā* y decía que lo guiaba más que ningún otro libro. Era de costumbres puras en sus hábitos personales, absteniéndose de drogas, de comer carne y de tener vida sexual ilícita. Vivía con sencillez, como un *sādhū*, incluso parecía tener más integridad que los *sādhūs* mendicantes que Abhay había visto tantas veces. Abhay leía los discursos de Gandhi y seguía sus actividades. Y pensó que quizá Gandhi pudiera llevar la espiritualidad al campo de la acción.

Gandhi exhortó a los estudiantes hindúes para que abandonaran sus estudios. Decía que las escuelas del mandato extranjero inculcaban una mentalidad de esclavo; hacían que la persona no fuera más que un títere en manos de los británicos. Sin embargo, un título universitario era la base para una profesión y oficio en la vida. Abhay pesó los pros y los contras cuidadosamente, y en 1920, después de terminar su cuarto año de facultad y aprobar sus exámenes, no quiso aceptar su diploma. De esta manera, expresó su protesta y dio su respuesta a la llamada de Gandhi.

Después de la matanza de Jallianwalla Bagh, en la que los soldados británicos dispararon sobre una multitud de hindúes desarmados que se habían reunido pacíficamente, matando a cientos de ellos, Gandhi convocó a una total falta de cooperación y a boicotear todo lo que fuera británico. Al rechazar su título, Abhay iba aproximándose cada vez más al movimiento de independencia de Gandhi. Aunque el padre de Abhay estaba inquieto, no se ofendió por la acción de su hijo. Le preocupaba más el futuro de Abhay que el destino de la política. Por eso, dispuso un buen empleo para Abhay mediante un amigo influyente de la familia, el Dr. Kartick Chandra Bose. El Dr. Bose era un cirujano, químico e industrial muy conocido, que tenía su propio establecimiento en Calcuta, los Laboratorios Bose, y admitió con mucho gusto a Abhay como director de un departamento en su empresa.

A lo largo de su vida, Śrīla Prabhupāda recordaba con profunda emoción su primer encuentro, en 1922, con su maestro espiritual, Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura. Al principio, Abhay no quería verlo, ya que nunca le

habían impresionado los así llamados *sādhus* que solían visitar la casa de su padre. Pero uno de sus amigos había insistido, y lo acompañó a la sede de la Gauḍīya Maṭh, donde los llevaron a una azotea ante la presencia de Bhaktisiddhānta Sarasvatī.

Tan pronto como Abhay y su amigo se postraron respetuosamente ante aquella persona santa y se dispusieron a sentarse, él les dijo: «Ustedes son jóvenes educados. ¿Por qué no predicán el mensaje del Señor Caitanya por todo el mundo?».

Abhay estaba muy sorprendido de que el *sādhū* les hubiera pedido tan pronto que se hicieran predicadores en su nombre. Estaba impresionado por Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y quiso ponerlo a prueba con preguntas inteligentes.

Abhay estaba vestido con una tela de *khādī* blanca, lo que en aquel tiempo, en la India, significaba que se apoyaba la causa de Gandhi por la emancipación política. Por lo tanto, con el espíritu del nacionalismo hindú, Abhay le preguntó: «¿Quién va a escuchar el mensaje de su Caitanya? Somos un país dependiente. Primero, la India debe ser independiente. ¿Cómo vamos a extender la cultura hindú si estamos bajo el dominio británico?».

Śrīla Bhaktisiddhānta replicó que la conciencia de Kṛṣṇa no tenía que esperar a que cambiara la política, ni dependía de quién gobernaba. La conciencia de Kṛṣṇa era tan importante que no podía esperar.

Abhay estaba sorprendido por su audacia. La India entera estaba agitada, y parecía apoyar lo que Abhay había dicho. Muchos líderes famosos de Bengala, muchos santos, hasta el mismo Gandhi (hombres educados y de

mentalidad espiritual), podían muy bien haber hecho la misma pregunta, desafiando lo relevante de las palabras de aquel *sādhū*.

Pero Śrīla Bhaktisiddhānta arguyó que todos los gobiernos eran temporales; que la realidad eterna era la conciencia de Kṛṣṇa y el verdadero yo, el alma espiritual. Ningún sistema político hecho por el hombre podía ayudar a la humanidad. Este era el veredicto de las Escrituras védicas y de la línea de maestros espirituales. El verdadero esfuerzo por el bienestar público —dijo— debe ir más allá de la preocupación por lo temporal, debe preparar a la persona para su siguiente vida y para su relación eterna con el Supremo.

Abhay había llegado a la conclusión de que este *sādhū* no era ciertamente otro más entre los *sādhūs* dudosos, y escuchó con gran atención los razonamientos de Śrīla Bhaktisiddhānta, sintiendo que poco a poco lo estaba convenciendo. Bhaktisiddhānta Sarasvatī citó unos versos sánscritos del *Bhagavad-gītā*, en los que el Señor Kṛṣṇa declara que la persona debe abandonar todos los demás deberes religiosos y rendirse a Él, la Suprema Personalidad de Dios. Abhay nunca había olvidado al Señor Kṛṣṇa ni Sus enseñanzas en el *Bhagavad-gītā*, y su familia había adorado siempre al Señor Caitanya Mahāprabhu, a cuya misión se adhería Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Pero estaba asombrado de escuchar aquellas enseñanzas expuestas con tanta maestría.

Abhay se sintió derrotado por aquellos argumentos, pero eso le gustaba. Cuando la discusión terminó, al cabo de dos horas, él y su amigo bajaron las escaleras y salieron a la calle. La explicación de Śrīla Bhaktisiddhānta sobre el

movimiento por la independencia, tratándolo como una causa incompleta y temporal, había hecho una profunda impresión en Abhay. Se sintió menos nacionalista y más seguidor de Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Pensó también que hubiera sido mejor no haber estado casado. Esta gran personalidad le pedía que predicara; podía haberse unido a él inmediatamente. Pero sintió que era una injusticia dejar a su familia.

—¡Es maravilloso! —dijo Abhay a su amigo—. El mensaje del Señor Caitanya está en manos de una persona muy experta.

Śrīla Prabhupāda recordaría más adelante que aquella misma noche en realidad había aceptado a Bhaktisiddhānta Sarasvatī como su maestro espiritual. «No de manera oficial —decía Prabhupāda—, sino en mi corazón. Pensaba que había encontrado una persona santa muy buena».

Tras su primer encuentro con Bhaktisiddhānta Sarasvatī, Abhay comenzó a tratar más a los devotos de la Gauḍīya Maṭh. Ellos le dieron libros y le contaron la historia de su maestro espiritual. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī era hijo de Bhaktivinoda Ṭhākura, otro gran maestro *vaiṣṇava* que pertenecía a la línea discipular del Señor Caitanya. Antes de Bhaktivinoda, las enseñanzas del Señor Caitanya habían sido oscurecidas por maestros y sectas que pretendían falsamente ser seguidores del Señor Caitanya, pero que se desviaban de Sus enseñanzas puras de diversas y drásticas maneras; la buena reputación del vaishnavismo se había visto comprometida. Sin embargo, Bhaktivinoda Ṭhākura, con sus prolíficos escritos y por su posición social de alto rango en el gobierno, había

restablecido la respetabilidad del vaishnavismo. Predicaba que las enseñanzas del Señor Caitanya eran la forma más elevada de teísmo y que iban dirigidas no a una secta, religión o nación determinadas, sino a toda la gente del mundo. Profetizó que las enseñanzas del Señor Caitanya se extenderían por todo el mundo, y él anhelaba eso.

Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī estaba instruyendo sobre la conclusión de las enseñanzas del Señor Caitanya: El Señor Kṛṣṇa es la Suprema Personalidad de Dios, y se debe resaltar el canto de Su santo nombre por encima de todas las demás prácticas religiosas. En tiempos remotos se disponía de otros métodos para alcanzar a Dios, pero en la presente era de Kali, solamente resultaba efectivo el canto de Hare Kṛṣṇa. Apoyándose en la autoridad de Escrituras como el *Bṛhan-nāradya Purāṇa* y los *Upaniṣads*, Bhaktivinoda Ṭhākura y Bhaktisiddhānta Sarasvatī habían subrayado específicamente la importancia del *mahā-mantra*: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/ Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare.

Abhay conocía estas citas de las Escrituras, conocía el canto y conocía las conclusiones del *Gītā*. Pero ahora, a medida que leía ávidamente los escritos de los grandes *ācāryas*, se sentía renovado en su comprensión del alcance de la misión del Señor Caitanya. Ahora estaba descubriendo la profundidad de su herencia *vaiṣṇava* y su eficacia para crear el mayor bienestar para la gente, en una época destinada a estar llena de conflictos.

Por necesidades de sus negocios, Abhay se mudó a Allahabad con su esposa y familia, y fue allí, en 1932, donde recibió iniciación de Bhaktisiddhānta Sarasvatī y se convirtió en su discípulo. La historia de los treinta años siguientes de su vida en la India es la historia de un solo y creciente deseo de predicar la conciencia de Kṛṣṇa por todo el mundo, como su maestro espiritual le había ordenado.

Sin embargo, las responsabilidades familiares de Abhay y su prédica parecían estar en conflicto. Su mujer era religiosa en el hogar, pero no aprobaba la idea de trabajar para difundir la conciencia de Kṛṣṇa. Incluso cuando Abhay intentó celebrar reuniones en su casa y dar charlas basadas en el *Bhagavad-gītā*, ella prefería quedarse arriba tomando té. Sin embargo, a pesar de su obstinación, Abhay permanecía paciente y trataba de incluirla.

Como representante de productos farmacéuticos, Abhay viajaba mucho por ferrocarril, sobre todo por el norte de la India. Pensaba que si llegaba a ser rico podría emplear su dinero en propagar la misión de Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y este pensamiento lo alentaba en sus negocios.

Abhay no podía viajar con su maestro espiritual ni verlo con frecuencia, pero cuando era posible trataba de que sus viajes de negocios a Calcuta coincidieran con el momento en que su maestro espiritual se encontraba allí. De manera que en los cuatro años siguientes consiguió verlo doce veces. Aunque Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī era tan fuerte al debatir otras filosofías que hasta sus

propios discípulos tenían cuidado de acercarse cuando estaba solo, y aunque el contacto que tenía Abhay con él era muy limitado, Śrīla Bhaktisiddhānta lo trató siempre amablemente. Prabhupāda recordaba más tarde: «A veces mis hermanos espirituales me criticaban porque hablaba con él con cierta libertad, y citaban ese proverbio inglés: “Los tontos irrumpen donde los ángeles ni pisan —pero yo pensaba— ¿Tonto? Quizás. Pero esta es mi manera de ser”. Mi Guru Mahārāja era siempre muy, muy afectuoso conmigo».

En 1935, con ocasión del sesenta y dos aniversario de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī, Abhay presentó un poema y un ensayo ante una reunión de sus hermanos espirituales en Bombay. Los escritos tuvieron buena acogida y, por consiguiente, se publicaron en la revista de la Gauḍīya Maṭh, *The Harmonist*. De modo amistoso, uno de sus hermanos espirituales lo apodó *kavi*, «poeta instruido». Sin embargo, para Abhay, la gloria de su primer escrito publicado vino cuando el poema llegó a manos de Bhaktisiddhānta Sarasvatī, quien se sintió muy complacido. Una estrofa especialmente lo hizo tan feliz que se creyó obligado a mostrársela a todos sus invitados:

*El Absoluto es consciente
tú lo has probado,
la calamidad impersonal
tú la has quitado.*

De algún modo, en este sencillo pareado, Abhay había encerrado la esencia de la prédica de su maestro espiritual contra las filosofías impersonalistas, y Śrīla

Bhaktisiddhānta lo interpretó como una indicación de lo bien que Abhay conocía la mente de su *gurudeva*. Śrīla Bhaktisiddhānta se sintió también muy satisfecho por el ensayo de Abhay, y se lo mostró a algunos de sus devotos más íntimos. «Todo lo que escriba —ordenó al editor de *The Harmonist*—, publícalo».

Uno de los encuentros más importantes que tuvo Abhay con su maestro espiritual tuvo lugar en Vṛndāvana, en 1935. Abhay ya no era un recién llegado, sino un auténtico discípulo que hacía su mejor esfuerzo en el contexto de un jefe de familia. Un día en el que Śrīla Bhaktisiddhānta paseaba a orillas del lago sagrado de Rādhā-kuṇḍa con Abhay y algunos discípulos más, comenzó a hablar confidencialmente con Abhay. Algunos de sus discípulos más destacados estuvieron discutiendo —dijo— y esto le causaba una gran pena. Los discípulos riñieron sobre quién podría usar las diferentes habitaciones y comodidades de la sede de la Gauḍīya Maṭh, en Calcuta. Si entonces reñían, ¿qué harían cuando ya no estuviera su maestro espiritual? Abhay no tomaba parte en la cuestión y ni siquiera conocía los detalles del caso, pero al oír a su maestro espiritual, también se sintió afligido.

Muy preocupado, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī le dijo a Abhay: «Habrà fuego». Algún día habría fuego en la Gauḍīya Maṭh de Calcuta, y aquel fuego de intereses particulares se extendería y lo destruiría todo. Abhay lo escuchaba, pero no sabía cómo reaccionar. «Sería mejor —dijo Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī— quitar el mármol de las paredes para obtener dinero. Si pudiera hacer esto e imprimir libros, sería mejor».

Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī dijo entonces a Abhay directamente: «Yo quería imprimir algunos libros. Si alguna vez tienes dinero, imprime libros». Al lado del Rādhā-kuṇḍa y mirando a su maestro espiritual, Abhay sintió que estas palabras penetraban en su vida profundamente: «Si alguna vez tienes dinero, imprime libros».

* * *

Śrīla Bhaktisiddhānta dejó este mundo mortal en diciembre de 1936. Un mes antes de su partida, Abhay le escribió una carta. Pensaba que como *grhastha* no podía servir plenamente a su maestro espiritual, y quería saber qué más podría hacer. Por consiguiente, le preguntó: «¿Hay algún servicio especial que yo pudiera cumplir?».

Dos semanas más tarde, Abhay recibió la respuesta:

Estoy seguro de que puedes explicar en inglés nuestros pensamientos y razonamientos a la gente que no conoce los idiomas (bengalí e hindú)... Esto sería muy provechoso tanto para ti como para tu audiencia. Tengo plena esperanza en que puedas convertirte en un excelente predicador de habla inglesa.

Abhay reconoció al momento que se trataba de la misma instrucción que había recibido en su primer encuentro con Śrīla Bhaktisiddhānta, en 1922. Lo interpretó como una confirmación. Ya no tenía duda sobre cuál era el propósito de su vida.

«El fuego en la *maṭha*» que había predicho Śrīla Bhaktisiddhānta se declaró casi inmediatamente. Algunos

discípulos veteranos tuvieron una disputa sobre la sucesión del liderazgo en las *maṭhas*, y la situación se degradó rápidamente en disputas legales sobre la propiedad de los templos. Como *gṛhastha* y hombre de negocios, Abhay había tenido escasa participación en las actividades de la Gauḍīya Maṭh, lo que iba a su favor en aquel momento. Estaba a cierta distancia del combate, pero lamentaba que la orden dada por su maestro espiritual a los discípulos para que trabajaran en cooperación no se tuviera en cuenta, y su unida institución de templos e imprentas se derrumbara.

Pronto estalló otra disputa mucho más grande: la Segunda Guerra Mundial. Con su táctica conocida como el «principio de la negativa», los británicos hundieron muchos barcos hindúes que llevaban alimentos, y destruyeron buena parte de la cosecha de arroz de la parte oriental de la India, ante el temor de que el alimento cayera en manos del enemigo. Esto dejó hambrienta a la gente y sin los barcos que necesitaban para comerciar. La hambruna que originaron estos hechos fue la peor de las que habían azotado Bengala en ciento cincuenta años.

Abhay consiguió comprar justo lo suficiente para que su familia sobreviviera, pero veía, un mes tras otro, cómo los caminos y los espacios sin edificar se iban congestionando de mendigos, que preparaban su alimento en cocinas improvisadas y dormían al aire libre o bajo los árboles. Veía niños hambrientos rebuscando en los cubos de la basura algo para comer. A partir de allí no había más que un paso para pelear con los perros por una porción de basura, y esto también se volvió una escena común en las calles de Calcuta.

Abhay comprendía los sufrimientos del hambre a la luz de las enseñanzas de Śrīla Bhaktisiddhānta. Dios ha dispuesto que la tierra pueda producir suficientes alimentos; el problema reside en la codicia y la mala administración de los hombres. «No hay escasez en el mundo —decía Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī—. Lo único que escasea es la conciencia de Kṛṣṇa». Más que nunca, parecía entonces apropiada esta visión espiritual, y Abhay estaba cada vez más impaciente por encontrar una manera de aplicar lo que sabía que era el remedio a todos los males. Convencido de que tenía un mensaje urgente para los ciudadanos del mundo, hartos de guerra, pensó en comenzar una publicación que presentara las crisis mundiales vistas con los ojos de las Escrituras, con el mismo estilo directo de su maestro espiritual. No había escasez de ideas, y había estado ahorrando dinero de su negocio con esta intención.

Desde la sala de su apartamento de Calcuta, Abhay concibió, escribió, editó y mecanografió el manuscrito de una revista. Le dio el título de *Back to Godhead (De vuelta al Supremo)*: «Editada y fundada por Abhay Charan De, bajo la orden directa de Su Divina Gracia Sri Srimad Bhakti Siddhanta Saraswati Goswami Prabhupada».

Sin embargo, tuvo que suplicar repetidamente a los funcionarios del gobierno el permiso de disponer de papel para publicar su periódico. Aunque no era más que una voz entre billones, sin apoyo, ni dinero, ni seguidores, confiaba en su *guru* y en el Señor Kṛṣṇa. Tenía la convicción de su importante mensaje; por eso, incluso durante la guerra, entre explosiones y muertes, lanzó su primera publicación «porque hay una gran necesidad de este tipo de escritos».

Durante la década de los cuarenta, la India fue el escenario de grandes acontecimientos nacionales de relevancia mundial. En 1947 logró su tan largo tiempo ansiada independencia de Gran Bretaña. Pero la felicidad nacional se vio pronto empañada por el horror cuando cientos de miles murieron en las luchas que siguieron a la división de la nación entre la India y Pakistán. Como Prabhupāda recordaría más tarde: «Hemos visto en 1947 la lucha hindú-musulmana. Un bando era hindú, el otro musulmán. Lucharon y muchos murieron. Y después de morir no se sabía quién era hindú ni quién era musulmán: los trabajadores del ayuntamiento recogían los cuerpos a montones y los tiraban en cualquier sitio».

Abhay no creía en las promesas de paz, ni pensaba que la independencia de la India fuera la solución. A menos que los líderes fueran conscientes de Dios, ¿qué cambio podía haber? En *Back to Godhead*, en su artículo Conversaciones entre Gandhi y Jinnah, escribió: «La lucha seguirá entre hindúes y musulmanes, entre cristianos y cristianos, entre budistas y budistas, hasta el día de la aniquilación». Su punto de vista: mientras la gente esté poseída por intereses egoístas y por deseos de complacencia de los sentidos, seguirá luchando. La unidad verdadera será posible solamente en el nivel de la comprensión espiritual y del servicio al Supremo.

Incluso cuando Abhay no podía reunir el dinero necesario para publicar regularmente su revista *Back to Godhead* seguía escribiendo. Su proyecto más ambicioso era un comentario sobre el *Bhagavad-gītā*, pero también predicaba el mensaje del Señor Caitanya mediante cartas. Escribió a muchos líderes del gobierno, a conocidos

importantes, y a aquellas personas cuyos artículos había leído o cuyas actividades le habían llamado la atención en los periódicos. Presentándose a sí mismo como un servidor humilde, exponía sus ideas sobre cómo aplicar la cultura original de la India, la cultura consciente de Kṛṣṇa, como la solución eficaz ante toda clase de dilemas. A veces logró respuestas de los funcionarios y secretarios del gobierno, pero, en gran parte, sus cartas fueron ignoradas.

Que Abhay pensara en ocupar a Mohandas Gandhi en servicio devocional era inevitable. A causa de su vida de actividades valientes, ascéticas y morales en nombre de sus compatriotas, Gandhi tenía un gran poder para influenciar a las masas hindúes. Además, Abhay tenía un sentimiento especial hacia él por haber sido uno de sus seguidores cuando era joven. El 7 de diciembre de 1947, Abhay escribió una larga carta a Gandhi, que se encontraba en Nueva Delhi. Sabía que él estaba en disputa con muchos de sus antiguos seguidores, quienes habían tomado el liderazgo de la nación y no seguían sus doctrinas de unidad hindú-musulmana y reforma agraria. Hindúes y musulmanes lo criticaban por igual. A los setenta y ocho años estaba físicamente débil y melancólico.

Abhay sabía que su carta probablemente no llegaría nunca a manos de Gandhi, no obstante, la envió. Denominándose a sí mismo como «amigo desconocido» de Gandhi, escribió: «Como amigo sincero, le digo que debe retirarse inmediatamente de las actividades políticas si no quiere morir de un modo poco glorioso». Aun reconociendo con afecto el honor y el prestigio de Gandhi, le decía que todo eso no quedaría más que en ilusión a menos que se retirara de la política y se dedicara

a comprender y predicar el *Bhagavad-gītā*. Especialmente cuando Gandhi estaba al final de su vida, Abhay le advertía que debía dejar el campo de la política y dirigirse hacia la Verdad Absoluta. Por lo menos durante un mes —le pedía Abhay—, Gandhi debía retirarse y ocuparse en conversar con él sobre el *Bhagavad-gītā*.

Abhay no tuvo respuesta a su carta, y un mes más tarde, el 30 de enero, Gandhi encontró la muerte. La carta de Abhay del mes anterior de pronto parecía una profecía.

Mientras Abhay se entregaba cada vez más a escribir y a predicar, sus negocios y asuntos de familia decrecían. Sentía que un verso del Señor Kṛṣṇa en el *Śrīmad-Bhāgavatam* se refería específicamente a él: «Cuando me siento especialmente misericordioso hacia alguien, le retiro poco a poco todas sus posesiones materiales. Amigos y parientes rechazan a ese pobre desdichado dejándole solamente a Kṛṣṇa». Cuando los negocios de Abhay en Allahabad llegaron a presentar muchas deudas, intentó abrir una fábrica en Lucknow. Al principio parecía rentable, pero finalmente también perdió dinero con ello y tuvo que cerrar.

Mientras seguía manteniendo a su mujer e hijos en un apartamento de Calcuta, Abhay vivía principalmente lejos de casa. Volvió a Allahabad, pero ponía cada vez menos energía en vender productos farmacéuticos. Le interesaba más la prédica.

Cuando los miembros de un hospital, quienes eran sus clientes, de la ciudad de Jhansi, invitaron a Abhay para que diera una conferencia en el Gita-Mandir, aceptó encantado. Su conferencia fue bien acogida por la audiencia de Jhansi, constituida principalmente por jóvenes

estudiantes y profesionales de medicina. Sin embargo, su apreciación fue más social que cultural. Estaban acostumbrados a escuchar a muchos conferencistas, a quienes invitaban a participar en sus programas, y nunca pensaron que Abhay trataría de establecer un centro permanente en Jhansi. Pero Abhay era un precursor, y era ambicioso. Dejó sus asuntos de Allahabad en manos de su hijo y trató de crear un movimiento espiritual en Jhansi.

Abhay tenía 56 años y pensó que debía comenzar muy seriamente a manifestar las órdenes de su maestro espiritual. Como había dicho a una persona de Jhansi: «Sr. Mitra, el mundo entero está esperando la revolución espiritual». Puesto que la institución de su maestro espiritual, la Gauḍīya Maṭh, había perdido toda efectividad debido a las luchas y conflictos permanentes, intentaba comenzar un movimiento de devotos con actividad en todo el mundo. Aunque solo tenía uno o dos ayudantes activos, consiguió poder servirse de un templo abandonado y comenzó a trabajar hacia lo que preveía que sería algo así como unas Naciones Unidas espirituales. Escribió unos estatutos y registró legalmente su movimiento como la «Liga de Devotos».

Pero cuando estaba absorto en estas cosas recibió un telegrama diciéndole que habían robado en su establecimiento de Allahabad. Sus criados habían robado el dinero, las medicinas y todo lo que tenía algún valor. Al leer la noticia se quedó silencioso, pero después se echó a reír y recitó el verso del *Bhāgavatam*: La misericordia de Kṛṣṇa consiste en destruir el éxito material de un devoto sincero. Cuando uno de los amigos que tenía en Jhansi

le aconsejó que volviera a Allahabad, él contestó: «No, esto es bueno para mí. Al principio lo he lamentado, pero me doy cuenta de que se ha terminado un gran apego y ahora mi vida está totalmente rendida y dedicada a Śrī Śrī Rādhā-Kṛṣṇa».

Durante una visita a su familia en Calcuta, Abhay rompió finalmente con sus responsabilidades familiares. Aún tenía allí un pequeño negocio, y había tratado de reunir fondos para su trabajo misionero en Jhansi. Pero inevitablemente se sumergió de nuevo en sus responsabilidades familiares: algunos de sus hijos estaban aún solteros, había que pagar alquiler y facturas. Incluso si quisiera conservar su farmacia de Calcuta, la familia le pediría todo lo que ganara, e incluso si accediera a las peticiones de su familia y viviera en su casa, quedaba siempre la mayor dificultad: no tomaban en serio el servicio devocional.

«¿De qué sirve —pensaba— si no van a ser devotos?». Su mujer y los miembros de su familia no se interesaban por su prédica en Jhansi; al contrario, querían que consagrara más tiempo al negocio y a los asuntos familiares. Su suegro se quejaba: «¿Por qué siempre estás hablando de Dios?». Pero cuando lo visitaban los amigos, Abhay seguía predicando y hablando del *Bhagavad-gītā*, lo mismo que hacía en Jhansi. Y como antes, su mujer y el resto de la familia tomaban el té en otra habitación. Prabhupāda recordaba más tarde: «Deseaba tanto como era posible que ella colaborara conmigo a difundir la conciencia de Kṛṣṇa, tener su ayuda. Pero ella era muy determinada. De manera que, después de treinta años, pude comprender: ella no sería ninguna ayuda para mí».

Abhay había aconsejado siempre a su mujer que no tomara té, ya que tomarlo no era la práctica de una familia *vaiṣṇava* estricta. Finalmente dijo: «Tendrás que elegir entre el té o yo. O se acaba el té, o yo me voy». La esposa de Abhay respondió bromeando: «Bueno, entonces tendré que renunciar a mi marido».

Entonces, un día cometió un grave error. Cambió el ejemplar del *Śrīmad-Bhāgavatam* de su marido por galletas para el té. Cuando Abhay volvió a casa y buscó su libro sagrado, ella le dijo lo que había ocurrido. Para Abhay fue una conmoción, y el incidente lo empujó a dejar a su familia para siempre. Tomando una firme determinación, dejó a su familia y negocio.

Los años cincuenta resultaron muy difíciles para Abhay. Volvió a Jhansi, pero tuvo que dejar el edificio en el que estaba ante la insistencia de la esposa del gobernador de que sirviera para un club de damas, en lugar de servir para la Liga de Devotos. Sin lugar dónde estar y sin verdadero apoyo, abandonó Jhansi, pero no su plan de comenzar una asociación mundial de devotos. Tras irse a un *āśrama* en Delhi y vivir allí algún tiempo con varios de sus hermanos espirituales, de nuevo quedó solo, mendicante, e iba de semana en semana a diferentes templos, o a casa de cualquier persona rica y piadosa que quisiera recibirlo. En lo referente a alimento, vestido y alojamiento, aquellos tiempos fueron los más difíciles que había conocido. Desde su niñez, siempre había tenido alimentos adecuados y buena ropa, y nunca le había faltado dónde vivir. Había sido el hijo predilecto de su padre, y había recibido especial dirección y afecto

de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Pero durante los años cincuenta, Abhay estaba solo.

Se ocupaba en escribir y pedir donaciones a personas a quienes predicaba el *Bhagavad-gītā*. Su mayor aspiración no era encontrar una residencia permanente, sino publicar su literatura trascendental y fundar un movimiento poderoso para difundir la conciencia de Kṛṣṇa. Y para esto necesitaba dinero. De manera que visitaba a gente rica en sus despachos y hogares, presentando sus manuscritos y explicando su misión. Pero pocos respondían; y cuando lo hacían, el donativo era solamente de cinco o diez rupias. Sin embargo, finalmente reunió lo suficiente para volver a imprimir *Back to Godhead*.

Sin dinero suficiente para comprar ni siquiera la ropa necesaria, Abhay pasó el frío invierno en Delhi sin abrigo. Regularmente iba caminando a la imprenta para recoger las últimas pruebas de *Back to Godhead*. Cuando el impresor le preguntó por qué quería publicar su periódico teniendo tantas dificultades, contestó: «Esta es mi misión». Se arregló para pagar al impresor a plazos, en cantidades pequeñas.

Tras recoger las copias del impresor, Abhay recorría la ciudad vendiéndolas. Se sentaba en un puesto de té, y cuando alguien venía a su lado le decía que por favor tomara un ejemplar de *Back to Godhead*. Con sus artículos y editoriales, Abhay criticaba las tendencias materialistas y ateas de la civilización moderna. También utilizaba sus propias experiencias personales. En respuesta a la resistencia (cortés o descortés) que encontraba al vender *Back to Godhead*, escribió un artículo: «No tengo tiempo. La enfermedad crónica del hombre común». Sus escritos nunca eran escandalosos, estridentes ni fanáticos, a pesar

de su desesperada pobreza y la urgencia de su mensaje. Escribía esperando encontrar a un lector preparado para escuchar una sólida filosofía y deseoso de aceptar la verdad, sobre todo si se presentaba con lógica, de manera apropiada y con autoridad.

Además de vender *Back to Godhead* en los puestos de té y entregar copias a los que daban donativos, Abhay también enviaba ejemplares gratis por correo a personas tanto de la India como del extranjero. Durante años, la vasta audiencia de lectores de habla inglesa fuera de la India le había preocupado y quería llegar hasta ellos. Había reunido direcciones de bibliotecas, universidades y delegaciones culturales y gubernamentales, todas ellas fuera de la India, y enviaba tantos ejemplares de *Back to Godhead* como podía. Preparó una carta para sus lectores occidentales, sugiriendo que debían ser aún más receptivos que sus compatriotas.

En cuanto a la propia India, Abhay envió ejemplares de *Back to Godhead* al Presidente del país, Dr. Rajendra Prasad, con una carta advirtiéndole del peligroso destino que espera a una sociedad gobernada por ateos: «Por lo tanto, le ruego que los salve de esta gran caída». Rogaba a Su Excelencia que por lo menos ojeara los titulares de los ejemplares de *Back to Godhead* que adjuntaba, y que considerara el conceder una entrevista al editor. «Ahora estoy gritando solo en el desierto», escribió Abhay. Su Excelencia nunca respondió.

Incluso en el calor del verano de Nueva Delhi, época en la que la temperatura alcanzaba los 45 grados, Abhay continuaba saliendo a diario para vender su publicación quincenal. Una vez tuvo una insolación e iba por la calle

tambaleándose, hasta que un amigo lo recogió y lo llevó en su coche a que lo revisara un doctor. Otra vez lo corneó una vaca, y se quedó tirado a un lado de la calle por un rato, desatendido. En momentos como esos, a veces se preguntaba por qué habría dejado su casa y su negocio, y por qué, si ya se había rendido a Kṛṣṇa, todo era tan difícil para él. Pero años más tarde, cuando su misión para la conciencia de Kṛṣṇa se había establecido en muchos países y tenía muchos discípulos, decía: «En ese momento no podía comprender. Pero ahora me doy cuenta de que todas aquellas dificultades eran *beneficiosas*. Todo fue la misericordia de Kṛṣṇa».

Mientras se esforzaba por imprimir y vender *Back to Godhead* en Delhi, Abhay decidió irse a vivir a Vṛndāvana, a ciento veinticinco kilómetros al sur de Nueva Delhi. Los *vaiṣṇavas gaudīyas* consideran que Vṛndāvana es el lugar más sagrado del universo, porque fue allí donde tuvieron lugar los pasatiempos de la niñez del Señor Kṛṣṇa, cuando se encarnó hace cinco mil años. Los principales seguidores del Señor Caitanya habían ido a Vṛndāvana hace quinientos años, habían escrito libros, fundado templos y habían hallado los lugares de muchos de los pasatiempos de Kṛṣṇa en los bosques, pastizales y a lo largo de las orillas del río. La idea de Abhay era escribir sus ensayos en la atmósfera espiritual y pacífica de Vṛndāvana, y volver a Delhi a distribuir sus escritos y buscar donativos de patrocinadores respetables. Tomó un cuarto muy sencillo y barato en el templo de Vamśi-gopālajī, situado a orillas del río Yamunā, y allí se introdujo en la forma de vida tan especial de Vṛndāvana.

Abhay no veía Vṛndāvana como lo haría una persona común. Como un devoto puro de Kṛṣṇa, sentía una gran dicha solo con ir por un camino de tierra o mirando las formas de las Deidades de Kṛṣṇa que aparecían en todas las calles, en miles de templos y hogares. Desde su pequeño cuarto en la azotea podía ver el Yamunā, que corría ante él y se extendía en una ancha curva brillando al sol de la tarde. Al atardecer, disfrutaba de las brisas refrescantes del Yamunā y escuchaba cantar a los devotos sus oraciones del atardecer en el Keśi-ghāṭa. Oía las campanas de los templos, que sonaban por toda la ciudad, y a veces dejaba de escribir y paseaba por las zonas más transitadas, entre los residentes y los peregrinos. Oía cantar Hare Kṛṣṇa por todas partes, y mucha de la gente que pasaba lo saludaba con el acostumbrado «¡Jaya Rādhē!» y «Hare Kṛṣṇa».

Así como Vṛndāvana era la residencia de Kṛṣṇa, de igual manera Abhay era el sirviente de Kṛṣṇa. Allí se sentía en su casa. Naturalmente, seguía pensando en predicar, anhelando que los demás conocieran la paz y el éxtasis íntimos de Vṛndāvana. Kṛṣṇa, la Suprema Personalidad de Dios, invitaba a todas las almas a que se unieran a Él en Su morada eterna; sin embargo, incluso en la India, pocos lo entendían. Y fuera de la India, la gente no sabía nada de Vṛndāvana, ni del Yamunā, ni de lo que significaba estar libre de deseos materiales. Abhay pensaba: «¿Por qué no habría de tener esto la gente de todo el mundo?». Eso era la morada de la paz, y sin embargo, nadie sabía nada, ni se interesaba. Pero era realmente lo que la gente estaba anhelando.

Llevado por el deseo de difundir las glorias del Vṛndāvana eterno, Abhay trabajaba constantemente

en Vṛndāvana para elaborar cada número de *Back to Godhead*. Sin embargo, viajar se volvió difícil. Tenía que tomar el tren de la mañana para ir a Delhi, y como no tenía dónde estar, debía volver la misma noche. Esto no le dejaba mucho tiempo en la ciudad y era costoso. A veces, algún señor piadoso le dejaba un sitio para quedarse, pero incluso con sus gastos personales mínimos, Abhay difícilmente reunía los donativos suficientes para los viajes, la imprenta y el correo. Después de publicar doce ediciones quincenales consecutivas, Abhay se encontró sin dinero. El impresor le dijo que no podía imprimir solo por amistad. De vuelta en Vṛndāvana, Abhay continuó escribiendo pero sin plan para publicar.

Un día, en un estado de ánimo de soledad y renunciación, Abhay compuso un poema en bengalí, titulado «*Vṛndāvana-bhajana*». Las estrofas iniciales eran específicamente una reflexión interior y personal.

— 1 —

Estoy solo en Vṛndāvana-dhāma

Y con este sentimiento estoy comprendiendo muchas cosas.

Tengo esposa, hijos, hijas, nietos, todo.

Mas no tengo dinero; así pues, son gloria estéril.

Kṛṣṇa me ha mostrado la naturaleza material completamente desnuda;

por Su fuerza, todo es insípido actualmente para mí.

yasyāham anugṛhṇāmi hariṣye tad-dhanam śanaiḥ:

«Poco a poco dejo sin riquezas a aquellos con quienes soy misericordioso».

¿Cómo comprender esta misericordia del todo compasivo?

— 2 —

Todos me han abandonado al verme sin dinero:

Esposa, parientes, amigos y hermanos, todos.

Es la desdicha, pero me hace reír. Estoy solo y río.

En este *māyā-saṁsāra*, ¿a quién amo en verdad?

¿A dónde han ido ahora mis afectuosos padre y madre?

¿Y dónde están mis mayores, los que fueron mi propia gente?

¿Quién me hablará de ellos?, dime ¿quién?

Una lista de nombres es todo lo que queda de esa vida familiar.

Una noche, Abhay tuvo un sueño sorprendente, el mismo que había tenido ya varias veces en sus tiempos de jefe de familia. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī apareció exactamente como Abhay lo había conocido, el *sannyāsī* alto, erudito, que venía directamente del mundo espiritual, del séquito personal de Kṛṣṇa. Llamó a Abhay y le indicó que lo siguiera. Lo llamó repetidamente y le hizo señas. Le decía que tomara *sannyāsa*. Ven, lo exhortaba, sé un *sannyāsī*. Abhay se despertó maravillado. Pensaba que esta instrucción era otra forma de la primera que Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī le había dado cuando se encontraron por primera vez en Calcuta, la misma instrucción que su maestro espiritual había materializado

más tarde en una carta: «Predica en inglés y difunde la conciencia de Kṛṣṇa en el mundo occidental». *Sannyāsa* era para esto; si no, ¿por qué le iba a pedir su maestro espiritual que lo aceptara? Según el modelo del sistema social védico, un hombre debe dejar a su familia a los cincuenta años para ser un monje renunciante, un *sannyāsī*, y así, dedicar el resto de sus días a cantar, escuchar y predicar las glorias del Señor. Abhay concluyó que su maestro le decía: «Ahora toma *sannyāsa* y serás verdaderamente capaz de cumplir esta misión. Antes no era el momento».

Abhay deliberó cautelosamente. Al tomar *sannyāsa*, un *vaiṣṇava* consagra totalmente su cuerpo, su mente y sus palabras al servicio de la Suprema Personalidad de Dios, renunciando a todos los demás compromisos. Abhay estaba ya haciendo todo eso, pero le pareció que aceptando la orden de *sannyāsa* podría afirmar su posición, y tener aún más ímpetu para la gran obra que tenía ante sí. El modelo védico y el ejemplo dado por *ācāryas* anteriores indicaba que si se quiere dirigir un movimiento de prédica es imprescindible tomar *sannyāsa*. Al principio, Abhay se había resistido, pero ahora lo consideraba de nuevo. Se dirigió a un hermano espiritual, Keśava Mahārāja, en Mathurā, quien insistió en que Abhay tomara *sannyāsa* inmediatamente.

Años después, Prabhupāda recordaba: «Estaba solo en Vṛndāvana, escribiendo. Mi hermano espiritual insistió: “Bhaktivedanta Prabhu, debes hacerlo. Sin aceptar la orden de vida de renuncia, nadie puede ser un predicador”. Era mi maestro espiritual quien insistía por medio de aquel hermano espiritual. De manera que, de mala gana, acepté».

Después de una ceremonia formal de *sannyāsa* en Vṛndāvana, el nombre de Abhay fue Abhay Caraṇāravinda Bhaktivedanta Swami. Pero aún quedaban sus problemas básicos. Quería predicar la conciencia de Kṛṣṇa, pero eran pocos los que querían escuchar. Estas cosas no habían cambiado por haberse hecho *sannyāsi*.

Sin embargo, hubo un cambio: Bhaktivedanta Swami decidió escribir libros. Cuando un bibliotecario le aconsejó que escribiera libros (los libros son permanentes, mientras que los periódicos se leen una vez y se tiran), Bhaktivedanta Swami entendió que era su maestro espiritual el que hablaba por la boca de aquella persona. Después, un oficial del Ejército Hindú, a quien le gustaba *Back to Godhead*, le sugirió lo mismo. En ambos casos, Bhaktivedanta Swami tomó el consejo como una revelación de su maestro espiritual.

Bhaktivedanta Swami pensó en el *Śrīmad-Bhāgavatam* porque era la Escritura *vaiṣṇava* más importante y autorizada. Aunque el *Bhagavad-gītā* era la esencia de todo el conocimiento védico, presentado de una manera compendiada y breve, el *Śrīmad-Bhāgavatam* estaba más elaborado. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī y Bhaktivinoda Ṭhākura habían escrito algunos comentarios en bengalí sobre el *Bhāgavatam*. En realidad, la mayor parte de los grandes *ācāryas vaiṣṇavas* del pasado habían comentado el *Śrīmad-Bhāgavatam*, «la Escritura védica inmaculada». Una traducción al inglés de este libro, con un comentario, podría cambiar algún día los corazones del mundo entero. Y si Bhaktivedanta Swami pudiera publicar siquiera algunos libros, afianzaría su prédica, tendría más realce, y podría ir confiado al extranjero y no aparecer con las manos vacías.

Bhaktivedanta Swami volvió a Delhi con nuevos propósitos. La capital de la India, en lo que se refiere al papel y a la imprenta, estaba en Chandni Chowk, un sector de la Vieja Delhi, y Bhaktivedanta Swami pensó que lo mejor sería trasladarse allí para negociar la publicación de los libros. Por medio de un antiguo contacto del mundo de la imprenta, conoció al propietario de un templo que le cedió gratuitamente un cuarto en su templo de Rādhā-Kṛṣṇa, cerca de Chandni Chowk. El barrio se llamaba Chhipiwada, un distrito congestionado poblado de hindúes y musulmanes. Ahora Bhaktivedanta Swami podía trabajar tanto en Vṛndāvana como en Delhi. Con nuevo entusiasmo logró unos cuantos donativos y comenzó otra vez a publicar *Back to Godhead*, mientras comenzaba su traducción y comentarios sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Consideró la proporción del proyecto que se proponía realizar. El *Bhāgavatam* contenía dieciocho mil versos en doce cantos, y calculó que serían, por lo menos, sesenta volúmenes. Pensó que quizás fuera capaz de terminarlo entre cinco y siete años: «Si el Señor me conserva físicamente capaz —escribió—, podría acabar el trabajo, en cumplimiento de la voluntad de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī».

El que Bhaktivedanta Swami aceptara *sannyāsa*, su idea de escribir y publicar el *Śrīmad-Bhāgavatam*, y su deseo de predicar en Occidente, estaban íntimamente relacionados. Para predicar necesitaba tener libros, sobre todo si había de ir a Occidente. Ahí había millones de libros, pero ninguno como este, nada que llenara el vacío espiritual en la vida de la gente. Sin embargo, no solamente escribió,

sino que llevó a Occidente los libros personalmente, los presentó y enseñó a la gente (a través de los libros y en persona) cómo cultivar el amor puro por Dios.

Aunque era conocido como predicador de habla inglesa, Bhaktivedanta Swami sabía que su expresión en una lengua extranjera tenía muchos fallos técnicos y no tenía a nadie que los pudiera corregir. Pero eso no le impidió publicar el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Era un caso de emergencia. «Cuando hay fuego en una casa —escribió—, los ocupantes salen buscando la ayuda de los vecinos, que puede que hablen otro idioma, y sin embargo, sin un lenguaje adecuado, las víctimas del fuego pueden expresarse y los vecinos comprenden lo que necesitan a pesar de que no haya sido expresado en el lenguaje adecuado. El mismo espíritu de cooperación es necesario para difundir este mensaje trascendental del *Śrīmad-Bhāgavatam* por toda esta atmósfera contaminada de nuestros días».

Bhaktivedanta Swami presentó el *Śrīmad-Bhāgavatam* sin cambio alguno, con el mayor respeto por Śrīla Vyāsadeva, su autor. Y esta era la virtud principal de Bhaktivedanta Swami. Ciertamente que iba añadiendo sus propios significados, pero no con intención de sobrepasar a los maestros espirituales anteriores. Sobre la cuestión fundamental de exponer el tema estrictamente en *paramparā*, Bhaktivedanta Swami no se vio afectado por «tecnicismos erróneos e inciertos». Sabía que si no permanecía fiel a la sucesión discipular, las explicaciones del *Bhāgavatam* no tendrían ningún valor.

En su cuarto del templo de Chippiwada escribía a máquina día y noche, bajo la pequeña luz que colgaba de un cable del techo. Se sentaba en el suelo sobre una delgada

estera con la máquina de escribir ante él, encima de un baúl. Las páginas se acumulaban y él las sujetaba con unas piedras. Comer y dormir eran solo cosas incidentales. Estaba completamente convencido de que el *Śrīmad-Bhāgavatam* provocaría una revolución en aquella civilización mal encauzada. Así pues, traducía cada palabra y escribía cada significado con un cuidado y concentración rigurosos. Pero había que hacerlo lo más rápido posible.

Bhaktivedanta Swami había trasladado su residencia de Vṛndāvana al templo de Rādhā-Dāmodara. Allí, sin dejar ni siquiera su cuarto, podía mirar hacia fuera y ver el altar y la imagen de Vṛndāvana-candra, la Deidad de Kṛṣṇa de mármol negro de metro veinte de altura, adorada cientos de años antes por Kṛṣṇadāsa Kavirāja. Esto era mejor que su cuarto en el templo de Vamśī-gopālajī, porque ahora vivía en el templo de Jīva Gosvāmī, donde grandes almas como los Gosvāmīs: Rūpa, Sanātana, Raghunātha y Jīva se habían reunido, habían tomado *prasādam*, habían cantado y hablado del Señor Kṛṣṇa y del Señor Caitanya. Aquel era el mejor sitio para trabajar en el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Mientras estuvo en el templo de Rādhā-Dāmodara, Bhaktivedanta Swami se preparaba sus comidas. Y cuando se sentaba para tomar *prasādam* podía ver por la celosía la tumba *samādhi* de Rūpa Gosvāmī. Al sentir la presencia de Rūpa Gosvāmī pensaba en su propia misión para su maestro espiritual. El maestro espiritual de Bhaktivedanta Swami y los anteriores maestros espirituales de la sucesión discipular habían querido que el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa se extendiera por todo el mundo, y diariamente, al acumular inspiración sentado ante el *samādhi* de Rūpa Gosvāmī,

Bhaktivedanta Swami rogaba a sus predecesores que lo guiaran. La instrucción íntima que recibió de ellos fue un dictado absoluto, y ningún gobierno, ni editor, ni nadie podría alterarlo o reducirlo. Rūpa Gosvāmī quería que fuera a Occidente; Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī quería que fuera a Occidente; y Kṛṣṇa había dispuesto que fuera al templo de Rādhā-Dāmodara a recibir Sus bendiciones. En el templo de Rādhā-Dāmodara sentía que había llegado a una residencia eterna, que solo conocen los devotos puros del Señor. Pero aunque le permitían tratar con ellos íntimamente en el lugar de sus pasatiempos, sentía que le estaban ordenando que se fuera, que abandonara el templo de Rādhā-Dāmodara y Vṛndāvana, y que entregara el mensaje de los *ācāryas* a las partes del mundo que se encontraban en el olvido.

Escribir no era más que la mitad de la batalla; la otra mitad era publicar. Pero los editores no tenían interés por la serie del *Bhāgavatam* en sesenta volúmenes, y Bhaktivedanta Swami no tenía interés por nada menos que eso. Por lo tanto, para publicar sus libros debería solicitar donativos y publicarlos a sus expensas.

Conocía un editor que le aconsejó que fuera a Gorakhpur y enseñara su manuscrito a Hanuman Prasad Poddar, el famoso editor religioso. Bhaktivedanta Swami hizo el viaje de ochocientos kilómetros y obtuvo un donativo de cuatro mil rupias, que empleó en la publicación del primer volumen del *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Bhaktivedanta Swami tuvo que leer y corregir las pruebas personalmente, e incluso cuando estaban imprimiendo el primer volumen, aún estaba escribiendo los últimos

capítulos. Cuando las pruebas estaban listas en la O.K. Press, iba a recogerlas, volvía a su cuarto de Chippiwada, las corregía y volvía a llevárselas.

En 1962, cada día iba caminando de su cuarto a la imprenta, y de allí a su cuarto. El barrio era una mezcla de establecimientos comerciales y viviendas con niños jugando en la peligrosa calle. Bhaktivedanta Swami, de aspecto bondadoso pero determinado, cruzaba este medio. En el camino pasaba ante las viviendas, los vendedores de azulejos, los vendedores de granos, las tiendas de dulces y las imprentas; por encima estaban los cables eléctricos, las palomas y las cuerdas de tender ropa en los balcones. Finalmente llegaba a la O.K. Press, justo enfrente de una pequeña mezquita adonde iba a entregar las pruebas corregidas y a supervisar ansiosamente la impresión.

Cuando se acabó de imprimir el libro, Bhaktivedanta Swami salió a venderlo, como había hecho con su revista *Back to Godhead*. Pronto obtuvo críticas favorables de la obra, de Hanuman Prasad Poddar y del renombrado filósofo hindú Dr. Radhakrishnan. El prestigioso *Adyar Library Bulletin* hacía una crítica completa, resaltando «el vasto y profundo estudio del tema por parte del autor». Sus eruditos hermanos espirituales también escribieron mostrando su admiración. Hasta se arregló para obtener un pedido de dieciocho ejemplares para la Embajada de los Estados Unidos, con el fin de distribuirlos en América a través de la Biblioteca del Congreso. Las ventas a instituciones marchaban bien, pero después disminuyeron. Como él era el único agente, Bhaktivedanta Swami pasaba muchas horas diarias solo para vender unos pocos ejemplares.

Igualmente, él era enteramente responsable de reunir fondos para el volumen siguiente. Mientras tanto, continuaba traduciendo y escribiendo los significados, pero al ritmo que iban las ventas, cada vez más lentas, no podría acabar su trabajo en toda su vida.

Bhaktivedanta Swami envió ejemplares a dirigentes políticos y recibió críticas favorables de Sri Biswanath Das, gobernador de Uttar Pradesh, y del Dr. Zakir Hussain, vicepresidente de la India. También tuvo una entrevista personal con el Dr. Hussain, y pocos meses más tarde tuvo la oportunidad de visitar al primer ministro, Lal Bahadur Shastri.

Fue una audiencia oficial en el jardín del Parlamento donde el primer ministro, rodeado de sus ayudantes, recibió al anciano *sādhū*. Bhaktivedanta Swami que con sus gafas tenía aspecto de erudito, avanzó, se presentó a sí mismo, y presentó su libro: el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Mientras entregaba un ejemplar del primer volumen al primer ministro, tomaron una fotografía del autor y del primer ministro, que sonreía mirando el libro.

Al día siguiente, Bhaktivedanta Swami escribió al primer ministro Shastri. Pronto recibió una respuesta firmada personalmente por él:

Querido Swamiji:

Muchas gracias por su carta. Le estoy muy agradecido por ofrecerme un ejemplar del *Srīmad-Bhāgavatam*. Me doy cuenta de que está haciendo un valioso trabajo. Sería una buena idea que las bibliotecas de las instituciones del gobierno adquirieran este libro.

Empleando las críticas favorables como publicidad, Bhaktivedanta Swami visitaba a probables donantes tratando de reunir fondos para posteriores volúmenes. Finalmente, con su manuscrito en la mano y con dinero para imprimirlo, entró de nuevo en el mundo de la publicación: comprar papel, corregir pruebas y hacer que el editor cumpliera los plazos para que cada libro se terminara en el tiempo establecido. De manera que con su constancia, y aunque casi no tenía dinero, consiguió publicar su tercer gran volumen encuadernado en pasta, en poco más de dos años.

A este ritmo, con su prestigio creciente en el mundo académico, Bhaktivedanta Swami podía ser pronto una figura reconocida entre sus compatriotas. Pero había puesto los ojos en Occidente y con el tercer volumen ya impreso pensó que al fin ya estaba preparado. Tenía sesenta y nueve años y debía empezar pronto. Hacía más de cuarenta años que por primera vez Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī había pedido a aquel joven casado de Calcuta que predicara la conciencia de Kṛṣṇa en Occidente. Al principio, el joven Abhay Charan pensó que era imposible, pero ahora el obstáculo de sus responsabilidades familiares ya no existía y nada le impedía ir a Occidente, aunque sin dinero.

Con la mayor parte de las dificultades vencidas, el precio del viaje y ciertos puntos del permiso del gobierno eran las últimas restricciones importantes. Entonces, de pronto, en 1965, los impedimentos finales fueron desapareciendo uno tras otro.

En Vṛndāvana, Bhaktivedanta Swami conoció al Sr. Agarwal, un hombre de negocios de Mathurā, y de paso le dijo, como solía hacer con casi todo el que encontraba,

que quería ir a Occidente. Aunque el Sr. Agarwal conocía a Bhaktivedanta Swami desde hacía solo unos minutos, se ofreció para intentar encontrarle un aval en América, pidiendo a su hijo Gopal, ingeniero en Pensilvania, que le enviara un impreso de aval. Cuando el Sr. Agarwal se ofreció a ayudarlo, Bhaktivedanta Swami lo animó a que lo hiciera.

Bhaktivedanta Swami volvió a Delhi siguiendo la rutina habitual de vender libros, buscando cualquier oportunidad que pudiera surgir. Un día, para su sorpresa, lo llamaron del Ministerio de Asuntos Exteriores para decirle que estaba listo su certificado, que no había inconveniente en que fuera a los Estados Unidos. Como no había iniciado ningún procedimiento para dejar el país, tuvo que preguntar en el ministerio qué había pasado. Le mostraron el impreso de Declaración Reglamentaria firmado por el Sr. Gopal Agarwal de Butler, Pensilvania; el Sr. Agarwal declaraba solemnemente que él correría con los gastos de Bhaktivedanta Swami durante su estancia en los Estados Unidos.

Ahora Bhaktivedanta Swami tenía un aval. Pero aún necesitaba un pasaporte, una visa, el formulario P y el dinero para el viaje. El pasaporte fue cosa sencilla. Ahora, con pasaporte y certificado de aval, Bhaktivedanta Swami fue a Bombay, no a vender libros ni a reunir fondos para imprimir, sino buscando ayuda para ir a América. Fue a ver a Sumati Morarji, jefa de la Compañía Naviera Scindia, quien lo había ayudado con un gran donativo para editar el segundo volumen del *Śrīmad-Bhāgavatam*. Enseñó su certificado de aval a su secretario, Sr. Choksi, quien se quedó impresionado y fue a ver a la Sra. Morarji de su parte.

—El *swami* de Vṛndāvana ha vuelto —le dijo—. Ha publicado su libro con su donativo. Tiene un aval y quiere ir a América. Quiere que usted lo envíe en un barco de la Scindia.

La Sra. Morarji dijo que no, que Swamiji era demasiado viejo para ir a los Estados Unidos e intentar conseguir algo. El Sr. Choksi le transmitió lo que había dicho la Sra. Morarji, pero Bhaktivedanta Swami no aceptó la respuesta. La señora quería que se quedara en la India y completara el *Śrīmad-Bhāgavatam*. ¿Por qué irse a los Estados Unidos?, había dicho. Que termine el trabajo aquí.

Pero Bhaktivedanta Swami estaba empeñado en ir. Dijo al Sr. Choksi que convenciera a la Sra. Morarji, e incluso le dijo lo que tenía que decirle: «Creo que este caballero está muy animado a ir a los Estados Unidos a predicar el mensaje del Señor Kṛṣṇa a la gente de allí...». Pero cuando el Sr. Choksi se lo dijo a la Sra. Morarji, ella volvió a decir que no. Swami no estaba bien de salud, además, la gente en América no era muy servicial y probablemente no lo escucharían.

Exasperado por la ineficacia del Sr. Choksi, Bhaktivedanta Swami pidió una entrevista personal. Se la concedieron y un Bhaktivedanta Swami de cabello gris, pero determinado, expuso categóricamente su petición:

—Por favor, deme un boleto.

Sumati Morarji estaba preocupada:

—Swamiji, es usted tan mayor; está tomando esta responsabilidad. ¿Cree que esto está bien?

—No —dijo para tranquilizarla (levantando su mano) como si lo hiciera con una hija incrédula—. Está muy bien.

—Pero, ¿sabe lo que dicen mis secretarios? Dicen: «Swamiji se morirá allí».

Bhaktivedanta Swami puso una cara como para desechar un rumor absurdo. De nuevo insistió en que le diera un boleto.

—Muy bien —dijo la Sra. Morarji—. Consiga el formulario P y haré lo necesario para que vaya en uno de nuestros barcos.

Bhaktivedanta Swami sonrió abiertamente, y muy contento salió del despacho ante los sorprendidos y escépticos empleados.

Siguiendo las instrucciones de la Sra. Morarji tomó las últimas disposiciones. Como Bhaktivedanta Swami no tenía ropa de invierno, el Sr. Choksi lo llevó a que se comprara un abrigo y otras cosas de lana. A petición de Bhaktivedanta Swami, el Sr. Choksi hizo imprimir quinientas copias de un folleto con los ocho versos del Señor Caitanya y un anuncio del *Śrīmad-Bhāgavatam*.

La Sra. Morarji reservó una plaza para él en uno de sus barcos, el Jaladuta, que salía de Calcuta el 13 de agosto. Se había asegurado de que el capitán en cuyo barco había de viajar Bhaktivedanta Swami comprendiera las necesidades de un vegetariano y *brāhmaṇa*, y dijo al capitán del Jaladuta, Arun Pandia, que llevara un suplemento de verduras y de fruta para Swami. El Sr. Choksi pasó los dos últimos días en Bombay con Bhaktivedanta Swami, recogiendo los folletos de la imprenta, comprando ropa y acompañándolo a la estación donde debía tomar el tren hacia Calcuta.

Pocos días antes de la salida del Jaladuta, Bhaktivedanta Swami llegó a Calcuta. Aunque había pasado buena parte

de su vida en la ciudad, ahora no tenía dónde alojarse. Era como había escrito en su «*Vṛndāvana-bhajana*»: «Tengo esposa, hijos, hijas, nietos, todo; mas no tengo dinero, así pues, son gloria estéril». Aunque en esta misma ciudad, de niño, había sido tan cuidadosamente alimentado, aquellos días se habían ido para siempre. Se quedó con un conocido, y un día antes de su partida fue al cercano Māyāpur a visitar la tumba *samādhi* de Śrīla Bhaktisiddhānta. Después volvió a Calcuta. Estaba listo.

No tenía más que una maleta, un paraguas y una provisión de cereales. No sabía lo que iba a encontrar para comer en América; puede que no hubiera más que carne... En ese caso, estaba dispuesto a vivir a base de papas cocidas y del cereal que llevaba consigo. Su principal equipaje, varios baúles con sus libros, fue enviado por separado como carga por la compañía Scindia. Doscientas colecciones de tres volúmenes. El simple hecho de pensar en los libros le daba confianza.

Cuando llegó el día de partir, necesitó esta confianza. Se trataba de una ruptura de suma importancia con su vida anterior, y era viejo. Iba a un país desconocido y probablemente poco acogedor. Una cosa era ser pobre y desconocido en la India. Incluso en estos días de Kali-yuga, en que los líderes de la India rechazaban la cultura de la India e imitaban a Occidente, aun así, era la India; aun así, eran los vestigios de la civilización védica. Había podido ver a algunos millonarios, gobernadores, al primer ministro, solo con asomarse a la puerta y esperar. A un *sannyāsī* se le respetaba; se respetaba el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Sin embargo, en América sería diferente. Allí, él no sería nadie, un extranjero. Y no había tradición de *sādhus*, ni

templos, ni *āśramas* gratuitos. Pero al pensar en los libros que llevaba consigo (conocimiento trascendental en inglés), recobró la confianza. Cuando encontrara a alguien en América, le daría un folleto: «*Srimad-Bhagwatam*, el mensaje de paz y buena voluntad de la India».

Era el 13 de agosto, solo unos pocos días antes de Janmāṣṭamī, día del aniversario del advenimiento del Señor Kṛṣṇa. Durante los últimos años había celebrado en Vṛndāvana el día de Janmāṣṭamī. Muchos de los residentes de allí jamás dejarían ese lugar; eran viejos y en Vṛndāvana se encontraban en paz. A Bhaktivedanta Swami también le preocupaba pensar que podía morir lejos de Vṛndāvana. Por eso, todos los *sādhus* y viudas *vaiṣṇavas* habían hecho votos de no marcharse, ni siquiera para ir a Mathurā; porque morir allí era la perfección de la vida. Y según la tradición hindú, un *sannyāsī* no debía cruzar el océano y marchar al país de los *mlecchas*. Pero ante todo, estaba el deseo de Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y su deseo era igual al del Señor Kṛṣṇa. Y el Señor Caitanya Mahāprabhu había pronosticado que el canto de Hare Kṛṣṇa se conocería en todas las ciudades y pueblos del mundo.

Tomó un taxi para ir al puerto de Calcuta, llevando consigo su equipaje, un paraguas y un ejemplar en bengalí del *Caitanya-caritāmṛta*, que pensaba leer durante la travesía. De alguna manera podría cocinar a bordo. O si no, pasaría hambre, lo que Kṛṣṇa quisiera. Comprobó si llevaba lo esencial: el boleto, el pasaporte, la visa, el formulario P, la dirección del aval. Por fin lo lograba.

Como Prabhupāda solía decir con frecuencia: «Salí del país con grandes dificultades. De un modo u otro, por la

gracia de Kṛṣṇa, salí para poder difundir el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa por todo el mundo. Si no, permanecer en la India..., no era posible. Quise empezar un movimiento en la India, pero no me sentí alentado por nadie».

El barco de carga negro, pequeño y deteriorado por el tiempo, estaba amarrado en el puerto; una pasarela llevaba del muelle al puente del barco. Los marinos mercantes miraban curiosos a aquel *sādhū* de edad avanzada vestido de color azafrán, mientras hablaba las últimas palabras a su acompañante en el taxi y después se dirigía con decisión hacia el barco.

CAPÍTULO 2

LUCHANDO SOLO

Calcuta, 13 de agosto de 1965

El Jaladuta es un barco de la Compañía Naviera Scindia que hace el servicio regular de transporte de carga, pero tiene un camarote para pasajeros. En el viaje que hizo de Calcuta a Nueva York, en agosto y septiembre de 1965, el camarote estuvo ocupado por Sri Abhay Charanaravinda Bhaktivedanta Swami, cuya edad estaba anotada como sesenta y nueve años, y que estaba a bordo con «un boleto de favor con mantenimiento».

El Jaladuta, al mando del capitán Arun Pandia, cuya esposa iba también a bordo, salió a las nueve de la mañana del viernes 13 de agosto. En su diario, Bhaktivedanta Swami anotó: «El camarote es muy cómodo. Gracias al Señor Krishna por haber inspirado a Sumati Morarji a tomar todas estas disposiciones. Estoy muy cómodo». Pero el día catorce, decía: «Mareo, vértigo, vómitos; Golfo de Bengala. Fuertes lluvias. Estoy peor».

El día 19, cuando el barco llegó a Colombo, Ceilán (hoy Sri Lanka), Bhaktivedanta Swami pudo verse aliviado de su mareo. El capitán lo llevó a tierra, a pasear en coche por Colombo. Después, el barco siguió hacia Cochín, en la costa oeste de la India. Janmāṣṭamī, el día del advenimiento del Señor Kṛṣṇa, cayó aquel año el día 20 de agosto. Bhaktivedanta Swami aprovechó la oportunidad para hablar a la tripulación de la filosofía

del Señor Kṛṣṇa y distribuir *prasādam* que él mismo había cocinado. El 21 de agosto era su cumpleaños número setenta, que celebró (sin ceremonia) en el mar. Aquel mismo día llegaba el barco a Cochín, y los baúles de Bhaktivedanta Swami con los ejemplares del *Śrīmad-Bhāgavatam* que habían enviado desde Bombay, se subieron a bordo.

Para el día 23, el barco se dirigió rumbo al mar Rojo, donde Bhaktivedanta Swami pasó grandes apuros. Anotó en su diario: «Lluvia, mareo, vértigo, dolor de cabeza, falta de apetito, vómitos». En dos días tuvo dos ataques de corazón. Él toleraba las dificultades meditando en la finalidad de su misión, pero después de dos días de ataques tan violentos, pensó que si tenía otro no podría sobrevivir.

En la noche del segundo día tuvo un sueño. El Señor Kṛṣṇa, en Sus diversas formas, estaba remando en un bote y le dijo a Bhaktivedanta Swami que no temiera, que debía seguir. Bhaktivedanta Swami sintió confianza en la protección del Señor Kṛṣṇa y los violentos ataques no se repitieron.

El Jaladuta entró en el Canal de Suez el 1 de septiembre e hizo escala en Port Said el día 2. Bhaktivedanta Swami visitó la ciudad con el capitán y dijo que le gustaba. Para el día 6 se había recuperado ligeramente de sus trastornos y volvió a comer normalmente por primera vez, tras haberse preparado él mismo su propio *kicharī* y unos *purīs*. Anotó en su diario que sus fuerzas se iban renovando poco a poco.

Viernes, 10 de septiembre

Hoy el barco navega con mucha suavidad. Hoy me siento mejor. Pero siento la separación de Sri Vrindaban y de mis Señores Sri Govinda, Gopinath, Radha-Damodar. El único consuelo es el *Sri Chaitanya Charitamrita*, en el que estoy saboreando el néctar de los *lila* (pasatiempos) del Señor Chaitanya. He dejado Bharatabhumi (la India) solamente para cumplir la orden de Sri Bhaktisiddhānta Saraswati, de conformidad con la orden del Señor Chaitanya. No estoy capacitado, pero asumo el riesgo solo para ejecutar la orden de Su Divina Gracia. Dependo plenamente de Su misericordia, tan lejos de Vrindaban.

El viaje por mar de 1965 fue muy tranquilo para el Jaladuta. El capitán Pandia dijo que no había visto en toda su carrera una travesía del Atlántico tan tranquila. Bhaktivedanta Swami respondió que la tranquilidad se debía a la misericordia del Señor Kṛṣṇa. La Sra. Pandia le pidió que regresara con ellos, para que pudieran tener una travesía igual. Bhaktivedanta Swami escribió en su diario: «Si el Atlántico hubiera mostrado su rostro habitual quizás hubiera muerto. Pero el Señor Krishna se ha hecho cargo del barco».

Al cabo de treinta y cinco días de viaje desde Calcuta, el Jaladuta llegó al Muelle Commonwealth de Boston, a las cinco y media de la mañana del 17 de septiembre de 1965. El barco hizo una corta escala en Boston antes de continuar hacia Nueva York.

Bhaktivedanta Swami tuvo que pasar por la oficina de inmigración y las aduanas de Boston. Su visa le permitía una estancia de dos meses y un funcionario se la selló para indicar la fecha en la que debía salir del país. El capitán Pandia invitó a Bhaktivedanta Swami a dar una vuelta por Boston, donde el capitán quería hacer algunas compras. Cruzaron por una pasarela a una zona comercial muy concurrida con iglesias antiguas, almacenes, edificios de oficinas, bares, librerías extravagantes, clubs nocturnos y restaurantes. Bhaktivedanta Swami observó rápidamente la ciudad, pero lo más importante de la breve estancia en Boston, aparte de haber pisado América, fue que en el Muelle Commonwealth escribió un poema en bengalí, titulado «*Mārkiṇe Bhāgavata-dharma*» («*Enseñar la conciencia de Kṛṣṇa en América*»). Algunos de los versos que escribió aquel día a bordo del barco, eran los siguientes:

Mi querido Señor Kṛṣṇa, eres muy misericordioso con esta alma inútil, pero no sé por qué me has traído aquí. Ahora puedes hacer de mí lo que quieras. Pero supongo que tienes algo que hacer aquí, si no, ¿por qué me habrías traído a este terrible lugar? Aquí, la mayoría de la gente está cubierta por las modalidades materiales de la ignorancia y la pasión. Absortos en la vida material, creen que son muy felices y que están contentos, y por lo tanto no se interesan por el mensaje trascendental de Vāsudeva (Kṛṣṇa). No sé cómo van a ser capaces de entenderlo.

Pero sé que Tu misericordia sin causa puede hacer que todo sea posible, porque eres el místico más experto.

¿Cómo van a comprender las dulzuras del servicio devocional? ¡Oh, Señor! Yo solo pido Tu misericordia para que pueda convencerlos de Tu mensaje.

Todas las entidades vivientes están bajo el control de la energía ilusoria por Tu voluntad, y por lo tanto, si Tú quieres, por Tu voluntad también pueden liberarse de las garras de la ilusión.

Quisiera que los liberaras. Por eso, si Tú desees su liberación, será el único modo en que podrán comprender Tu mensaje...

¿Cómo les haré comprender este mensaje de la conciencia de Kṛṣṇa? Soy muy desdichado, no tengo ninguna buena cualidad, y soy el más caído. Por eso busco Tu bendición, para que pueda convencerlos, porque no tengo fuerzas para hacerlo yo solo.

Por algún motivo, ¡oh, Señor!, me has traído aquí para que hable de Ti. Ahora, mi Señor, depende de Ti que tenga el éxito o el fracaso; como Tú quieras.

¡Oh, maestro espiritual de todos los mundos!, yo solo puedo repetir Tu mensaje. De manera que si Tú lo quieres, puedes hacer que la fuerza de mi palabra se adapte a su manera de comprender.

Solo por Tu misericordia sin causa podrán ser puras mis palabras. Estoy seguro de que cuando este mensaje trascendental penetre en sus corazones, ciertamente se alegrarán y así se verán liberados de toda condición desdichada de vida.

¡Oh, Señor! No soy más que un títere en Tus manos. Así que, si me has traído aquí para bailar, hazme bailar, hazme bailar, ¡oh, Señor!, hazme bailar como Tú quieras.

No tengo devoción, ni tampoco tengo ninguna sabiduría, pero tengo una gran fe en el santo nombre de Kṛṣṇa. Se me ha designado como Bhaktivedanta, y ahora, si quieres, puedes hacer que se cumpla el verdadero significado de Bhaktivedanta.

Firmado: el más desdichado
e insignificante de los mendigos,
A. C. Bhaktivedanta Swami,
a bordo del barco Jaladuta,
Muelle Commonwealth,
Boston, Massachussets, EE. UU.,
18 de septiembre de 1965

El 19 de septiembre, el Jaladuta entró en el puerto de Nueva York y atracó en el muelle de Brooklin, junto a la calle Diecisiete. Bhaktivedanta Swami vio la sobrecogedora silueta de Manhattan, el Empire State y, al igual que otros millones de visitantes e inmigrantes anteriores, la Estatua de la Libertad.

Bhaktivedanta Swami estaba vestido conforme a un residente de Vṛndāvana. Llevaba un *kañṭhi-mālā* (collar de cuentas) y un sencillo *dhotī* de algodón; también llevaba una *japa-mālā* (cuentas para rezar) y una vieja *cādar*, o chal. Tenía la piel dorada, la cabeza afeitada, salvo la *śikhā* (por detrás de la cabeza), y se había decorado la frente con el blancuzco *tilaka vaiṣṇava*. Llevaba unas babuchas puntiagudas blancas de goma, como suelen llevar los *sādhus* en la India. Pero en Nueva York, ¿quién había visto, o soñado ver nunca, a nadie que llegara como aquel *vaiṣṇava*? Posiblemente él era el primer *sannyāsī*

vaiṣṇava que llegara a Nueva York con un aspecto que no hacía concesiones. Por supuesto, los neoyorkinos son expertos en no prestar mucha atención a ningún tipo de extraño recién llegado.

Bhaktivedanta Swami estaba solo. Tenía un aval, el Sr. Agarwal, en algún lugar de Pensilvania. Seguramente habría alguien allí para recibirlo. Pero no sabía claramente lo que haría mientras bajaba del barco al muelle —«No sabía si dirigirme a la izquierda o a la derecha»—, pasó por las formalidades de llegada y se encontró con el representante de la Ayuda al Viajero que había enviado el Sr. Agarwal de Butler, Pensilvania.

Llevando solamente cuarenta rupias en efectivo, lo que él mismo llamó «el gasto de unas pocas horas en Nueva York», y veinte dólares suplementarios que había obtenido de la venta de tres volúmenes del *Bhāgavatam* al capitán Pandia, Bhaktivedanta Swami, paraguas y maleta en mano, y aún acompañado del representante de la Ayuda al Viajero, se dirigió a la terminal de autobuses Port Authority para disponer su viaje hacia Butler.

* * *

Bhaktivedanta Swami llegó a casa de los Agarwal en Butler, Pensilvania, a las cuatro de la mañana, y Gopal lo invitó a que descansara en el sofá. Vivía en un apartamento que consistía en una pequeña sala, un comedor, una cocina pequeña, dos dormitorios en el piso de arriba y un baño. Allí vivían con sus dos hijos. Gopal Agarwal y su esposa americana, Sally, llevaban ya viviendo en Butler varios años y sentían que estaban establecidos en

un buen círculo social. Como su apartamento tenía muy poco espacio, decidieron que sería mejor que tomara una habitación en el YMCA (albergue de la Young Men Christian Association) y fuera a su casa durante el día. Por supuesto, el espacio vital no era la verdadera dificultad; era él. ¿Cómo encajaría en la atmósfera de Butler?

Sally: *Nosotros pertenecíamos a un grupo intelectual, y todos se vieron fascinados por él. Apenas sabían qué preguntarle. No sabían lo suficiente. Era como un sueño sacado de un libro. ¿Quién iba a esperar encontrar a un swami en la sala de alguien de Butler, Pensilvania? Era verdaderamente asombroso. En medio de la clase media de América. Mis padres vinieron a verlo desde bastante lejos. Conocíamos a mucha gente en Pittsburgh que también vinieron. Tenerlo allí era algo muy poco habitual. Pero el verdadero interés que mostraban por él era solo porque lo tomaban como una curiosidad.*

Tenía una máquina de escribir, que era una de sus pocas posesiones, y un paraguas. Esto fue una de las cosas que causó sensación, que siempre llevaba el paraguas. Y, como hacía un poquito de frío e iba con la cabeza afeitada, siempre llevaba ese gorro que le habían hecho, como un gorro de nadador. Causó gran sensación. Y era tan brillante que cuando veía a alguien dos veces, sabía quién era; se acordaba. Era un hombre brillante. O si los había conocido en nuestra casa y los veía en un coche, recordaba su nombre, los saludaba con la mano y los llamaba por su nombre. Era un hombre brillante. Todo el mundo lo quería. La gente estaba asombrada de lo inteligente que era. Lo que les gustaba a todos era cómo recordaba sus

nombres. Y su estilo humorístico. Parecía siempre serio, pero era una persona con mucho humor. Tenía una apariencia inaccesible, pero era encantador.

Era el invitado más cómodo que he tenido en mi vida, porque cuando no podía estar con él, rezaba, y yo sabía que era totalmente dichoso. Cuando yo no podía hablar con él, rezaba. Era muy cómodo, porque yo sabía que nunca se aburría. No sentí nunca presión o tensión alguna por tenerlo. Era un invitado tan fácil que cuando yo tenía que ocuparme de los niños, él simplemente rezaba. Era estupendo. Cuando yo tenía cosas que hacer, con solo rezar, se quedaba contento. Era un invitado muy bueno. Cuando venía gente siempre fumaban cigarrillos, pero él decía: «No se preocupe, no piense en ello». Eso era lo que decía. «No piense en ello». Porque sabía que nosotros éramos diferentes. Yo no fumaba delante de él. Yo sabía que no debía fumar ante el padre de Gopal, por eso decidí considerar lo mismo con él. Nunca creó problemas a nadie.

El 22 de septiembre, apareció en el *Butler Eagle* una crónica especial: «En buen inglés, devoto de culto hindú explica misión para visitar Occidente». Un fotógrafo vino al apartamento de los Agarwal e hizo una foto a Bhaktivedanta Swami, de pie en la sala, sosteniendo un ejemplar abierto del *Śrīmad-Bhāgavatam*. El titular decía: «Embajador de *Bhakti-yoga*».

El artículo comenzaba:

Un hombre algo moreno, envuelto en telas color naranja descoloridas, con unos zapatos blancos de baño, salía ayer de un coche pequeño para entrar en

el YMCA de Butler para asistir a una recepción. Se trata de A.C. Bhaktivedanta Swamiji, mensajero de la India ante los pueblos de Occidente.

El artículo aludía al *Śrīmad-Bhāgavatam* como «literatura bíblica», y a Bhaktivedanta Swami como «el instruido maestro». Continuaba:

Mi misión es la de revivir la conciencia de Dios de la gente —dice Swamiji—. Dios es el Padre de todos los seres vivientes, en miles de formas diferentes. La vida humana es una fase de perfección en la evolución; si no escuchamos el mensaje, volvemos de nuevo a pasar por todo el proceso». Bhaktivedanta vive como un monje y no permite que ninguna mujer toque su alimento. Durante un viaje de seis semanas por mar, y en el piso de los Agarwal, en Butler, se prepara su alimento en una olla de latón, con secciones separadas para cocer al vapor arroz, verduras y hacer «pan» al mismo tiempo. Es un vegetariano estricto y solo puede beber leche, «el alimento milagroso para bebés y ancianos», señalaba... Si los americanos prestaran más atención a su propia vida espiritual, serían mucho más felices.

Sally: *Cuando preparaba la comida, empleaba solo un quemador. El nivel inferior de la olla produce el vapor. Ponía el dāl en el fondo y esto producía el vapor necesario para preparar otras muchas verduras. De manera que durante una semana estuvo preparando este gran almuerzo que estaba listo a las once y media, y Gopal venía siempre a casa*

para comer a las doce. Yo acostumbraba servir a Gopal un emparedado y después volvía otra vez al trabajo. Pero no tardé en darme cuenta de que las cosas que preparaba Swami también nos gustaban, de manera que comenzó a preparar la comida del mediodía para todos nosotros. ¡Oh, y nos gustaba mucho!

Nuestra diversión era mostrarle lo que conocíamos de América. Y él no había visto nunca aquellas cosas. ¡Era tan divertido llevarlo al supermercado! Le gustaba abrir los paquetes de verduras congeladas o de quingombó, y no tenía que limpiarlas ni cortarlas ni hacer todas aquellas cosas. Abría el congelador todos los días y escogía lo que quería. Era divertido verlo. Se sentaba en el sofá mientras yo limpiaba con la aspiradora, y le interesaba mucho, y hablábamos largo rato sobre ello. ¡Era tan interesante!

De manera que todos los días tenía este gran banquete, y todo era muy divertido. Disfrutábamos de verdad. Yo le ayudaba a cortar las cosas. Él ponía las especias, y nos reíamos. Era un hombre de lo más agradable; de lo más agradable. Verdaderamente me sentía como una hija a pesar del poco tiempo. Como él, era mi suegro, pero yo me sentía muy próxima a él. Disfrutaba con todo. Me gustaba. Pensé que era extraordinario.

Nuestro hijo Brij tenía seis o siete meses cuando vino Swami; y a los hindúes les encantan los niños. A Swami le gustaba. Él estaba allí cuando se puso en pie por primera vez. La primera vez que lo intentó y lo logró realmente, Swami se levantó aplaudiendo. Fue una fiesta. Otra vez, el niño se puso a chupar los zapatos de Swami. Pensé: «¡Oh, esos zapatos! Han estado por toda la India y mi niño está mordiéndolos». Ya sabe, lo que sentiría una madre.

Casi cada noche se sentaba en el patio del vecino de al lado. A veces nos sentábamos con él, al aire libre, o nos quedábamos en la sala. Una vez pasó una cosa con nuestra niña, Pamela, que solo tenía tres años. Yo la llevaba a la escuela dominical y allí escuchó hablar de Jesús. Entonces cuando veía a Swamiji con su ropa y todo aquello, le llamaba Swami Jesús. Y entonces, cuando nos dimos cuenta por primera vez de lo que estaba diciendo, la niña lo llamó Swami Jesús, y Swami sonrió y dijo: «Y un niño pequeño los guiará». Fue muy divertido.

Bhaktivedanta Swami habló a varios grupos de la comunidad, el Lions Club entre ellos. También dio una charla en el YMCA y en el Seminario Universitario de St. Fidelis, de Herman, Pensilvania y regularmente hablaba a los invitados de los Agarwal. Vio que la perspectiva de predicar a los americanos era buena, pero se dio cuenta de que necesitaba apoyo desde la India.

En todo caso, después de pasar un mes en Butler, ahora solo le quedaba un mes en América. De manera que decidió ir a Nueva York y tratar de predicar allí, antes de que terminara su visa. Pero primero quería ir a Filadelfia, donde había concertado una entrevista con un profesor de sánscrito, el Dr. Norman Brown, de la Universidad de Pensilvania.

Como era un *sannyāsī*, Bhaktivedanta Swami estaba acostumbrado a ir de un sitio a otro. Como predicador mendicante, no lamentaba dejar la vida tranquila del YMCA de Butler. Y no tenía apego por el ambiente doméstico, en el cual él cocinaba y hablaba con Sally

Agarwal de aspiradoras, alimentos congelados y costumbres americanas.

Pero su estancia en Butler había sido provechosa. Había tenido una experiencia directa de la vida americana, y tenía más confianza al ver que su salud era fuerte y que podía comunicar su mensaje. Se alegraba de que América tuviera lo que necesitaba para su régimen vegetariano hindú y de que la gente pudiera comprender su inglés. Había visto que dar una sola conferencia aquí y allí, fortuitamente, tenía una importancia limitada, y que aunque las religiones establecidas se opusieran, la gente, individualmente, se interesaba mucho por lo que decía.

El 18 de octubre se marchó de Butler hacia Nueva York, pasando por Filadelfia.

Sally: Después de un mes me había encariñado mucho de Swami. En cierto modo me sentía su protectora, y él quería ir a Filadelfia. Pero no podía imaginar, y se lo dije a él, no podía imaginar que se fuera a Filadelfia por dos días. Iba a hablar allí y después a Nueva York. Pero en Nueva York no conocía a nadie. Si las cosas no salían bien en Filadelfia, se iría a Nueva York, y allí no había nadie. No podía ni pensarlo. Me ponía mal.

Recuerdo la noche en que se marchó, alrededor de las dos de la mañana. Recuerdo que estaba sentado ahí mientras esperaba que Gopal lo llevara a Pittsburgh para tomar el autobús. Gopal le dio un puñado de monedas y recuerdo que le dijo cómo tenía que poner el dinero en la ranura para poder tomar un baño en la estación de autobuses, ya que debía bañarse varias veces al día. Gopal le dijo cómo hacerlo, le habló de las máquinas automáticas de Nueva

York. Le dijo lo que podía y lo que no podía comer, y le dio unas monedas en un calcetín; así es como se fue.

Bhaktivedanta Swami no conocía a nadie en Nueva York, pero tenía alguien a quien visitar: el Dr. Ramamurti Mishra. Había escrito al Dr. Mishra desde Butler, enviándole una carta de presentación que le había dado un amigo de Bombay. También había telefoneado al Dr. Mishra quien se alegró de que Bhaktivedanta Swami se reuniera con él en Nueva York.

En la terminal de autobuses Port Authority, a su llegada de Filadelfia, lo esperaba un alumno del Dr. Mishra, quien lo acompañó directamente a un festival hindú que se celebraba en la ciudad. Allí, Bhaktivedanta Swami conoció al Dr. Mishra y también a Ravi Shankar y a su hermano, el bailarín Uday Shankar. Bhaktivedanta Swami acompañó después al Dr. Mishra a su apartamento en Riverside Drive 33, al lado del río Hudson. El apartamento estaba en el piso catorce y tenía grandes ventanas con vistas al río. El Dr. Mishra instaló a Bhaktivedanta Swami en un cuarto para él. El Dr. Mishra era una personalidad espectacular, llamativa, dada a las miradas rápidas y a los gestos expresivos con las manos. Empleaba con regularidad palabras como *lovely* (encantador) y *beautiful* (bello, hermoso). Presentando una imagen cuidadosamente acabada de lo que tenía que ser un *guru*, era lo que algunos neoyorkinos llamaban «un *swami* de la parte residencial de la ciudad». Aunque era *sannyāsī*, no llevaba los tradicionales *dhotī* y *kurtā* color azafrán, sino que llevaba abrigos de sastre a lo Nehru y pantalones blancos. Su piel era oscura mientras que la de Bhaktivedanta Swami era dorada, y tenía el

cabello espeso y negro. Con 44 años, era lo bastante joven como para poder ser el hijo de Bhaktivedanta Swami. El Dr. Mishra tenía problemas de salud cuando surgió en su vida Bhaktivedanta Swami, y la llegada de él parecía ser la medicina perfecta.

Ramamurti Mishra: *Su Santidad Prabhupāda Bhaktivedanta Gosvāmī me arrolló con amor. Era realmente una encarnación del amor. Físicamente yo era un esqueleto y, en verdad, él me volvió a la vida: su manera de cocinar y, en especial, su amor y devoción por el Señor Kṛṣṇa. Yo era muy perezoso en lo que se refiere a la cocina, pero él se levantaba y lo preparaba todo.*

El Dr. Mishra valoraba que Bhaktivedanta Swami, cocinando con la precisión de un químico, preparara muchos platos y que fuera aficionado a comer.

Ramamurti Mishra: *No era pan lo que me daba: me daba prasādam. Esto era vida, y salvó mi vida. Entonces yo no estaba seguro si seguiría viviendo, pero su costumbre de comer a horas determinadas, lo mismo si yo tenía hambre que si no la tenía, eso me gustó mucho. Se levantaba y decía: «Muy bien, esto es bhagavat-prasādam», y yo decía: «Muy bien».*

Bhaktivedanta Swami habló a veces con el Dr. Mishra sobre el propósito de su visita a América, contando la visión de su maestro espiritual sobre la posibilidad de establecer la conciencia de Kṛṣṇa en Occidente. Pidió al Dr. Mishra que lo ayudara, pero él hablaba siempre de su propio

trabajo de maestro, que lo tenía muy ocupado, y de sus planes de dejar pronto el país. Al cabo de unas semanas, cuando le resultó incómodo tener a Bhaktivedanta Swami en el apartamento, el Dr. Mishra lo llevó a su estudio de *haṭha-yoga*, en el quinto piso del nº 100 de la calle Setenta y dos Oeste, cerca de Central Park. El estudio era grande, y estaba situado en el centro del edificio; tenía un despacho y una habitación, en la que se quedó Bhaktivedanta Swami. No tenía ventanas.

En completa divergencia filosófica con Bhaktivedanta Swami, el Dr. Mishra aceptaba la Verdad Absoluta en su característica impersonal (o de Brahman) como suprema. Bhaktivedanta Swami insistía en la supremacía del carácter personal (o Bhagavān) siguiendo la filosofía védica teísta, de que la comprensión más completa de la Verdad Absoluta es personal. El *Bhagavad-gītā* dice que el Brahman impersonal está subordinado a Bhagavān, del que es una emanación, lo mismo que la luz del Sol es una emanación del planeta Sol. Esta conclusión ha sido enseñada por los principales *ācāryas* tradicionales de la India antigua, como Rāmānuja y Madhva. El Dr. Mishra, por otra parte, era un seguidor de Śaṅkara, quien enseñaba que la presencia impersonal de la Verdad Absoluta lo es todo y que la Personalidad de Dios es finalmente una ilusión. Mientras la filosofía teísta de Bhaktivedanta Swami concebía al yo espiritual individual (*ātmā*) como un sirviente eterno del ser espiritual supremo (Bhagavān), en la concepción del Sr. Mishra, el yo espiritual no era individual. Por el contrario, su idea era que, puesto que cada persona es idéntica a Dios, el Brahman Supremo, no

es necesario adorar a Dios fuera de uno mismo. Como hubiera dicho el Dr. Mishra: «Todo es uno».

Bhaktivedanta Swami lo desafiaba: si en realidad cada uno de nosotros es el Supremo ¿por qué está sufriendo y luchando en el mundo material? El Dr. Mishra oponía que el Supremo está cubierto por la ilusión solo temporalmente, y que mediante el *haṭha-yoga* y la meditación se consigue la iluminación, y la comprensión de que «todo es el Supremo». Bhaktivedanta Swami volvía a desafiar: Pero si el Supremo pudiera estar cubierto por la ilusión, sería porque la ilusión era más grande que Dios, más grande que el Supremo.

Bhaktivedanta Swami consideraba al Dr. Mishra como un *māyāvādī*, debido a su inconsciente aceptación de que *māyā*, o la ilusión, es más grande que la Verdad Absoluta. Para Bhaktivedanta Swami, la filosofía impersonal no solo era desagradable, era un insulto a la Personalidad de Dios.

Como mendicante, Bhaktivedanta Swami dependía temporalmente de la buena voluntad de su conocido *māyāvādī*, con el que comía y conversaba regularmente y del cual aceptaba albergue. Pero, ¡qué inconveniente tan grande era eso! Había ido a América a hablar pura y directamente sobre Kṛṣṇa, pero estaba encontrando restricciones. En Butler había estado confinado por las costumbres de la clase media de sus anfitriones; ahora se le silenciaba de otra manera. Se le trataba con amabilidad, pero se le consideraba una amenaza. El Dr. Mishra no podía permitir a sus estudiantes que escucharan su alabanza exclusiva del Señor Kṛṣṇa como la Suprema Personalidad de Dios.

El 8 de noviembre, Bhaktivedanta Swami escribió a su hermano espiritual Tīrtha Mahārāja, que había sido nombrado presidente de la Gauḍīya Maṭh, para recordarle que su maestro espiritual, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī tenía un profundo deseo de abrir centros de prédica en los países occidentales. Śrīla Bhaktisiddhānta había intentado hacerlo varias veces, enviando *sannyāsīs* a Inglaterra y a otros países europeos, pero como señalaba Bhaktivedanta Swami, «sin resultados tangibles». Bhaktivedanta Swami hacía notar que había ciertos grupos *māyāvādīs* que tenían casas, pero que no atraían muchos seguidores. Pero él había hablado con Nikhilananda Swami, de la Misión Ramakrishna, que opinaba que los americanos se inclinarían por el *bhakti-yoga*.

Si los líderes de la Gauḍīya Maṭh quisieran abrir su propia delegación en Nueva York, Bhaktivedanta Swami estaba dispuesto a dirigirla. Pero sin una casa propia, informaba, no podían organizar una misión en la ciudad. Bhaktivedanta Swami les decía que podrían abrir centros en muchas ciudades por todo el país, si hubiera cooperación por parte de sus hermanos espirituales. Señaló repetidamente que aunque otros grupos no tenían la genuina filosofía espiritual de la India estaban comprando muchas casas. La Gauḍīya Maṭh, sin embargo, no tenía nada.

Tres semanas más tarde, Bhaktivedanta Swami recibió la respuesta de Tīrtha Mahārāja. Bhaktivedanta Swami había expuesto sus esperanzas y sus planes para estar en América, pero había insistido en que sus hermanos espirituales tendrían que darle su voto de confianza, así como algún apoyo tangible. Sus hermanos espirituales no habían estado trabajando en cooperación. Cada líder

estaba más interesado en mantener su propia casa que en trabajar con los demás para extender las enseñanzas del Señor Caitanya por el mundo. De manera que ¿cómo iban a poder compartir la opinión de Bhaktivedanta Swami de establecer una delegación en Nueva York? Ellos lo consideraban como una tentativa suya independiente. Sin embargo, a pesar de las divergencias poco prometedoras, apeló a su espíritu misionero y les recordó los deseos de su maestro espiritual, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura. Su Guru Mahārāja quería que la conciencia de Kṛṣṇa se extendiera en Occidente. Pero cuando Bhaktivedanta Swami recibió finalmente la respuesta de Tīrtha Mahārāja, la encontró desfavorable. Su hermano espiritual no estaba contra su tentativa de hacer algo en Nueva York, pero le decía cortésmente que los fondos de la Gauḍīya Math no se podían emplear en aquel proyecto.

* * *

En sus paseos solitarios por Manhattan, Bhaktivedanta Swami conoció a algunas personas del lugar. Entre ellos, Rubén, un hombre judío turco que trabajaba como conductor en el metro. Rubén conoció a Bhaktivedanta Swami en el banco de un parque, y como era persona sociable y había viajado por todo el mundo, se sentó a hablar con el santo hindú.

Sr. Rubén: *Parecía saber que tendría templos llenos de devotos. Miraba al vacío y decía: «Yo no soy pobre, soy rico. Hay templos y libros, existen, están ahí, pero el tiempo nos separa de ellos». Siempre decía «nosotros» y hablaba de quien le*

había enviado, su maestro espiritual. Él no conocía a nadie en aquel tiempo, pero decía: «Nunca estoy solo». Siempre me pareció un ser solitario. Esto es lo que me hizo pensar que era un santo, como Elías, que siempre iba solo. No creo que tuviera seguidor alguno.

El 30 de enero, la costa este se vio azotada por fuertes ventiscas. Veinte centímetros de nieve cayeron sobre la ciudad, con vientos hasta de ochenta kilómetros por hora. La ciudad de Nueva York puso a disposición de los que vivían en alojamientos sin calefacción, cuartos templados y alimentos. El aeropuerto John F. Kennedy estaba cerrado, así como los ferrocarriles y carreteras que llevaban hacia la ciudad. Por segunda vez en ocho días, se declaró el estado de emergencia a causa de la nieve.

A nivel individual, Bhaktivedanta Swami no podía hacer nada sobre el problema de la nieve, ni sobre la guerra internacional de la que hablaban los titulares que había leído; veía que todo eso eran manifestaciones de la era de Kali. Siempre habría miserias en el mundo material. Pero si pudiera llevar a Rādhā y Kṛṣṇa a alguna casa de Nueva York... Nada era imposible para el Señor Supremo. Aun en pleno Kali-yuga podría surgir una edad de oro y la gente podría encontrar alivio. Si los americanos siguieran el proceso de conciencia de Kṛṣṇa, el mundo entero los seguiría. Mirando con los ojos de las Escrituras, Bhaktivedanta Swami avanzaba entre la ventisca y seguía la leve pista, buscando ayuda para su misión de la conciencia de Kṛṣṇa.

Al observarlo desde lejos, solamente podríamos descubrir el aspecto externo de Bhaktivedanta Swami,

una silueta menuda andando por las calles y avenidas de Manhattan entre muchas otras, un extranjero cuya visa estaba a punto de caducar. Aquellos días de lucha fueron bastantes y difíciles, pero su conciencia trascendental predominaba siempre. No vivía con conciencia de Manhattan, sino que estaba absorto en su dependencia de Kṛṣṇa, igual que cuando sufrió aquellos ataques al corazón en el Jaladuta, su lectura del *Caitanya-caritamṛta* le había proporcionado «el néctar de la vida».

Ya había triunfado. Definitivamente deseaba dar a Rādhā-Kṛṣṇa un templo en Nueva York, pero su triunfo era estar recordando a Kṛṣṇa incluso en la ciudad de Nueva York, en el invierno de 1965 a 1966, tanto si el mundo lo reconocía como si no. No pasaba un día sin que trabajara en el libro de Kṛṣṇa, el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Y no pasaba un día en el que no ofreciera alimentos a Kṛṣṇa y hablara de la filosofía de Kṛṣṇa en el *Bhagavad-gītā*.

En el *Bhagavad-gītā* el Señor Kṛṣṇa dice: «Aquel que Me ve en todas partes y ve en Mí todas las cosas, no Me pierde nunca, ni nunca lo pierdo Yo a él». Y Kṛṣṇa asegura a Sus devotos puros: «Mi devoto jamás será vencido». Sobre esto no hubo nunca duda alguna para Bhaktivedanta Swami. La cuestión era si los americanos llegarían a fijarse en un devoto puro que había entre ellos. En aquel momento, parecía que nadie iba a tomarlo en serio.

* * *

El 15 de febrero, Bhaktivedanta Swami se mudó del estudio de yoga del Dr. Mishra a un cuarto suyo, dos pisos más abajo, en el número 307 del mismo edificio.

Según el Dr. Mishra, se cambió para tener su propio sitio, independiente de su Asociación de Yoga.

Sin embargo, el cuarto 307 nunca se había destinado a residencia ni *āśrama* ni a sala de conferencias. No era más que un estrecho despacho, sin muebles ni teléfono. En la puerta había un panel grande de cristal esmerilado, cosa común en los despachos antiguos; sobre la puerta, había un tragaluz de cristal. Bhaktivedanta Swami puso sus mantas en el suelo ante su baúl de metal, que se convirtió en un improvisado pupitre sobre el cual escribía. Dormía en el suelo. Allí no era posible cocinar y ni siquiera tomar un baño, de manera que tenía que ir a diario al apartamento del Dr. Mishra.

Cuando Bhaktivedanta Swami vivía en el cuarto 501, en el *yoga-āśrama* del Dr. Mishra, él había corrido con sus gastos. Pero ahora estaba solo, y todo lo que podía reunir vendiendo sus libros tenía que emplearlo para su sustento diario y para la renta de 72 dólares al mes. Observó que un poco de pimentón picante, en el Superette del West End, costaba 25 centavos de dólar, diez veces más de lo que hubiera pagado en la India. No tenía una renta segura, sus gastos habían aumentado y sus comodidades materiales habían disminuido. Pero, al menos, tenía su propio sitio. Ahora podía predicar como quisiera.

Había venido a América para hablar de Kṛṣṇa, e incluso desde el principio había encontrado la oportunidad de hacerlo, ya fuera en una tertulia informal en la sala de los Agarwal o ante una reunión oficial del Lions Club de Butler, en la clase de sánscrito del Dr. Norman Brown, o en la Asociación de Yoga del Dr. Mishra. Pero él no daba mucha importancia a dar conferencias ante una asistencia

que había de escucharlo una sola vez. Esta era la razón principal de que quisiera tener su propia casa en Nueva York: para que la gente pudiera ir con regularidad a cantar Hare Kṛṣṇa, tomar *prasādam* en su compañía y oírlo hablar del *Bhagavad-gītā* y del *Śrīmad-Bhāgavatam*.

El ir del estudio de yoga al pequeño despacho unos pisos más abajo procuró a Bhaktivedanta Swami lo que estaba buscando, un sitio para él, pero ni como eufemismo podría llamarse templo a un lugar como ese. Su nombre estaba en la puerta; cualquiera que lo buscara podría encontrarlo. Pero, ¿quién iba a ir allí? Un templo tenía que atraer a la gente a Kṛṣṇa por su opulencia y su belleza. Pero el cuarto 307 era justo lo contrario, era la pobreza desnuda. Hasta una persona interesada en temas espirituales encontraría incómodo sentarse en el suelo sin alfombra, en un cuarto estrecho como un vagón de ferrocarril.

Uno de los estudiantes del Dr. Mishra le donó un magnetófono de bobina abierta, y Bhaktivedanta Swami grabó algunos de sus solitarios *bhajanas*, que cantaba acompañándose con unos címbalos. También grabó un largo ensayo filosófico, *Introducción al Gītopaniṣad*. «Aunque no vaya nadie —le había dicho Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī— puedes seguir cantando a las cuatro paredes». Pero como ahora nada le impedía dar su mensaje en la nueva situación que Dios había dispuesto, decidió dar charlas tres tardes por semana, lunes, miércoles y viernes, a quien asistiera.

Sus primeros auditorios estaban constituidos por personas que habían oído hablar de él, o que lo habían conocido en el estudio de yoga del Dr. Mishra. Y a pesar

de la pobreza de su cuarto, las reuniones fueron una fuente de nueva vida para él.

El Paradox, en el n° 64 de la calle Séptima Este, en el Lower East Side (el área sudeste de la isla de Manhattan), era un restaurante dedicado a la filosofía de Georges Ohsawa y a la dieta macrobiótica. Era un local en un semi-sótano con mesitas colocadas alrededor de la habitación, que estaba iluminada con velas. Comer allí no era caro y la cocina tenía fama. El té se ofrecía gratuitamente, tanto como se quisiera. Más que un restaurante, el Paradox era un centro de interés espiritual y cultural, un lugar de reunión que recordaba algunos cafés de Greenwich Village o del París de los años veinte. Cualquiera se podía pasar el día entero en el Paradox sin comprar nada, sin que nadie le llamara la atención. La gente que lo llenaba era una congregación mística, interesada por las enseñanzas orientales. Cuando llegaron las noticias del nuevo *swami* que vivía en casa del Dr. Mishra, en la parte residencial de la ciudad, la voz se extendió rápidamente.

Harvey Cohen, un artista independiente, y Bill Epstein, que trabajaba en el Paradox, eran amigos. Harvey, después de haber ido varias veces a la casa de Bhaktivedanta Swami, en el estudio de yoga del Dr. Mishra, fue al Paradox y comenzó a contar a Bill y otros amigos todo lo que conocía sobre el nuevo *swami*.

Bill Epstein era apuesto y romántico, con pelo largo, ondulado y oscuro, y barba. Era bien parecido y desbordante, y había asumido el papel de informar a la gente del restaurante de las noticias espirituales de la ciudad. Cuando tomó interés en el nuevo *swami*, hizo de él un tema de conversación constante en el restaurante.

El nuevo grupo proveniente del Paradox era joven y *hippie*, en contraste con la gente mayor y más conservadora de la parte residencial que solían asistir a las clases de Bhaktivedanta Swami. En esos días no era común ver a un chico joven con pelo largo y barba, y cuando comenzaron a venir personas así a las reuniones del *swami* en el lado oeste, algunos de los mayores se inquietaron. Como uno de ellos señalaba: «Bhaktivedanta Swami comenzó a reunir otra clase de gente. Los había encontrado en el Bowery o en alguna buhardilla. Venían con sombreros raros y envueltos en mantas grises, y me asusté».

David Allen, buscador de 21 años, que venía del Paradox, acababa de llegar a la ciudad, optimista y atraído por lo que había leído sobre las experiencias con las drogas. Veía al grupo de los mayores como «un grupo de señoras quisquillosas de West Side (el área oeste de la ciudad)» que escuchaban las conferencias del *swami*.

David: *Todavía no se nos conocía como hippies. Pero era extraño para los que se habían visto atraídos por él antes que nosotros. Para ellos, relacionarse con este nuevo grupo era otra cosa. Creo que la mayor parte de los maestros que vinieron de la India, hasta ese momento, tenían seguidores mayores y, a veces, alguna viuda rica les proporcionaba fuentes de ingresos. Pero Swamiji cambió enseguida hacia el grupo de gente más joven y más pobre. Lo que ocurrió después fue que Bill Epstein y otros comenzaron a decir que sería mejor para Swami ir al centro de la ciudad, al Lower East Side. Allí era donde estaba lo verdaderamente importante, y no en la parte residencial. La gente del centro de la ciudad lo necesitaba de verdad. La gente del centro*

era especial y estaba madura. Allí había vida. Había mucha energía por allí.

Alguien entró en el cuarto 307 mientras Bhaktivedanta Swami estaba fuera y robó su máquina de escribir y el magnetófono. Cuando Bhaktivedanta Swami volvió a casa, el portero le dio la noticia del robo: un ladrón desconocido había roto el cristal del tragaluz, había saltado por allí, tomado las cosas de valor y había escapado. Mientras Bhaktivedanta Swami escuchaba, se quedó convencido de que el culpable era el mismo portero. Claro que no podía probarlo, de manera que aceptó la pérdida disgustado.

Bhaktivedanta Swami perdió el ánimo para vivir en el cuarto 307. Aunque algunos amigos habían ofrecido reemplazar su vieja máquina de escribir y el magnetófono, ¿qué podía impedir que el portero volviera a robarle? Harvey Cohen y Bill Epstein le aconsejaron que fuera a vivir al centro de la ciudad y le aseguraron que allí tendría seguidores más interesados entre la gente joven. Había sido una proposición interesante.

En aquel momento, Harvey iba a marcharse de Nueva York para ir a California, y ofreció su buhardilla en el Bowery para que Swami la compartiera con David Allen. Bhaktivedanta Swami aceptó.

Cuando se preparaba a dejar su cuarto de la calle Setenta y dos, un conocido, el electricista que trabajaba en la casa, fue a prevenirlo. Objetaba que el Bowery no era un lugar para un caballero. Era el lugar más corrompido del mundo. A Swami le habían robado sus propiedades del cuarto 307, pero la solución no era irse al Bowery. Sin embargo, Bhaktivedanta Swami siguió resuelto.

Bhaktivedanta Swami vivía en el Bowery bajo una pequeña lámpara, mientras cientos de desamparados también estaban bajo cientos de focos desnudos en la misma zona de la ciudad. Él no tenía más ingresos que esos mendigos, ni mayor seguridad en cuanto a residencia fija, pero su conciencia era diferente. Estaba traduciendo al inglés el *Śrīmad-Bhāgavatam*, dirigiéndose al mundo con sus explicaciones de Bhaktivedanta. Su deber, ya fuera en el piso catorce de un edificio de apartamentos de Riverside Drive o en un rincón de una buhardilla del Bowery, consistía en establecer la conciencia de Kṛṣṇa como la necesidad principal de la humanidad. Siguió con su traducción y con su constante visión de un templo de Kṛṣṇa en Nueva York. Como su conciencia estaba absorta en la misión universal de Kṛṣṇa, no dependía de su entorno para cobijarse. Para él, un hogar no era cuestión de ladrillos y madera, sino de cobijarse al amparo de Kṛṣṇa en toda circunstancia. Como ya se lo había dicho a sus amigos de la zona residencial: «Mi hogar está en todas partes», mientras que sin el amparo de Kṛṣṇa el mundo entero sería un lugar desolado.

Las noticias del cambio de Swami a la buhardilla del Bowery se difundieron de boca en boca en el restaurante Paradox, y la gente comenzó a ir a cantar con él por las tardes. Los *kīrtanas* musicales eran muy populares en el Bowery, ya que la nueva congregación de Swami consistía principalmente en músicos y artistas, que respondieron más a la música trascendental que a la filosofía. Todas las mañanas daba una clase sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*, a la que asistían David Allen, un muchacho llamado

Robert Nelson, y otro más y, a veces, enseñaba a cocinar a quien quisiera. Solía estar disponible para sostener una conversación personal con cualquier visitante interesado o con su nuevo compañero de cuarto.

Bhaktivedanta Swami celebraba sus reuniones de la tarde los lunes, miércoles y viernes, tal como había hecho en la zona residencial. La buhardilla estaba muy apartada para la mayor parte de sus conocidos, y estaba en el Bowery. La entrada de la calle estaba normalmente bloqueada por un montón de mendigos que dormían allí, y los visitantes tenían que pasar al menos por encima de media docena de vagabundos antes de poder subir los cuatro tramos de escalera. Pero era algo nuevo; se podía ir allí, estar con un grupo de *hippies*, y ver cómo Swami dirigía el *kīrtana*. El cuarto estaba mal alumbrado y Bhaktivedanta Swami quemaba incienso. Muchos visitantes fortuitos venían y se marchaban.

Casi todos los amigos de Bhaktivedanta Swami en el Bowery eran músicos o amigos de músicos. Les encantaba la música —la música, las drogas, las mujeres y la meditación espiritual—. Como Bhaktivedanta Swami presentaba el mantra Hare Kṛṣṇa tanto en una forma musical como meditativa, naturalmente les interesaba.

Para la gente del Bowery, el sonido era espíritu y el espíritu era sonido, en una fusión de meditación y música. Pero para Bhaktivedanta Swami, la música sin el nombre de Dios no era meditación; era complacencia de los sentidos, o a lo sumo, una forma de meditación impersonal. Pero le gustaba ver que los músicos iban a tocar en sus *kīrtanas*, a oírlo y a responder en coro. Algunos, como habían pasado la noche de pie tocando sus instrumentos en cualquier

sitio, venían por la mañana y cantaban con Swami. Él no corregía su interés en el sonido, más bien les daba sonido. En los *Vedas*, se dice que el sonido es el primer elemento de la creación material; Dios es el origen del sonido, y Dios es una persona eternamente. Bhaktivedanta Swami insistía en que la gente cantara el nombre trascendental y personal de Dios. Que lo hicieran como jazz, música folk, rock o meditación hindú, daba igual, con tal de que comenzaran a cantar Hare Kṛṣṇa.

A pesar del mal barrio en el que vivía y andaba Bhaktivedanta Swami, lo molestaron muy pocas veces. Con frecuencia se encontraba en la puerta de su casa a unos cuantos vagabundos, dormidos o inconscientes, y tenía que pasar por encima de ellos. A veces, un borracho, solo por su incapacidad de mantenerse en pie, tropezaba con él, o un pordiosero balbuceaba algo ininteligible o se reía de él. Los más sobrios se levantaban y gesticulaban cortésmente, dejando pasar a Swami cuando entraba o salía de su casa del número 94 del Bowery. Pasaba entre ellos, dándoles las gracias por su cortesía cuando se apartaban para dejarlo pasar.

Por supuesto, pocos entre los residentes del Bowery o entre los que lo veían ir por la calle sabían mucho sobre aquel *sādhū* hindú, pequeño y de edad, vestido de color azafrán, que llevaba un paraguas y una bolsa marrón de comestibles.

* * *

Sentado con las piernas cruzadas, dando la espalda a una repisa con una variedad de macetas con plantas, su

cādar blancuzca enrollada en pliegues amplios y sueltos cruzando su cuerpo, Bhaktivedanta Swami parecía serio, casi triste. La fotografía y el artículo que la acompañaba aparecieron en el número de junio de *The Village Voice*. El artículo decía:

El encuentro del Occidente místico y el Oriente práctico revive en el curioso contraste entre A. C. Bhaktivedanta Swami y sus discípulos americanos. Swami, hombre culto de setenta años, con una formación notable, está aquí por un año para predicar su evangelio de paz, buena voluntad, acercamiento a Dios, y más prácticamente, para reunir dinero para su iglesia americana... Al igual que sus enseñanzas, Swami es sensible y directo. Su enseñanza principal es que la humanidad puede acercarse más a Dios recitando Su santo nombre.

A pesar del hecho de que el Swami haya venido a América buscando las raíces del materialismo infiel, —enfermedad, decía, que ya ha envuelto a la India— es un hombre realista. «Si hay algún lugar en la Tierra con dinero para construir un templo, es este». El Swami quiere fundar en América una Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna que esté abierta a todos, incluyendo a las mujeres.

El artículo estaba escrito por un periodista llamado Howard Smith. Había oído hablar de Swami a un amigo que le había telefoneado diciéndole que había un santo interesante que venía de la India y vivía en una buhardilla del Bowery. «Ve allí a cualquier hora —le había dicho a

Howard su amigo—. Siempre está. Creo que lo encontrarás fascinante. Me parece que está a punto de comenzar un importante movimiento religioso».

Howard Smith: *De manera que fui al Bowery, a esa destaralada buhardilla de artista. En la parte trasera había una cortina pequeña, una cortina de la India tipo madrás, y decidí examinar. Miré y allí estaba Swami Bhaktivedanta sentado con las piernas cruzadas, vestido con ropa de color azafrán, con las marcas en la frente y la nariz, y la mano en la bolsa de las cuentas. Aunque parecía una persona santa muy elevada, también parecía accesible, y dije: «¡Hola! —y miró hacia arriba—. ¿Swami Bhaktivedanta?», y él dijo: «Sí». Yo dije: «Yo soy Howard Smith».*

Entonces estuvimos hablando y a mí me gustó muchísimo enseguida. Quiero decir que había visto a muchos swamis y no me habían gustado demasiado. Y no creo que sea jugar limpio ponerlos a todos juntos y decir: «Esos swamis de la India». Porque él era muy, muy básico, y eso es lo que me pareció que me gustaba de él. No solamente hizo que me sintiera cómodo, sino que parecía muy abierto y honesto; por ejemplo, me pidió consejo sobre algunas cosas. Acababa de llegar al país.

Pensé que sus ideas tenían muchas posibilidades de realizarse, porque parecía una persona muy práctica. No parecía tener la cabeza en las nubes. No hablaba de misticismo cada dos por tres. Supongo que es en lo que estaba su alma, pero su conciencia conversacional normal no estaba ocupada en ello.

Entonces dijo que varias personas le habían comentado que el Voice sería un buen sitio para que escribieran sobre

uno, y que básicamente llegaría a la clase de gente que quizá tuviera ya una inclinación o interés por lo que él predicaba. Y yo dije que me parecía que estaba en lo correcto. Me preguntó si había leído algún libro o sabía algo sobre la cultura hindú, y dije que no, que en realidad no sabía nada. Hablamos un poco, y me explicó que tenía aquellos libros en inglés que ya había traducido en la India. Me los alcanzó y dijo: «Si quiere tener más conocimientos acerca del tema, puede leer estos libros».

Para mí era evidente que no estaba hablando con uno de esos tipos que han decidido que han visto a Dios y van a decírselo a la gente. Me pareció un hombre culto, mucho más que yo, en realidad. Y me gustó su humildad. Sí, me gustó aquel sujeto.

Él me explicaba todo lo que quería saber: qué significaba la ropa que llevaba, la marca en la frente, la bolsa de cuentas. Y me gustaron todas sus explicaciones. Todo era muy práctico. Entonces habló de templos por todo el mundo y dijo: «Bueno, aún queda mucho camino que recorrer. Pero tengo mucha paciencia».

Bhaktivedanta Swami tenía esperanza en lo que el artículo del *Voice* había mencionado como «su iglesia americana». Había vida en sus charlas y en sus *kīrtanas*, y al menos iba teniendo un grupo pequeño de asiduos seguidores. Pero sobre la India, no había esperanza. Había tenido una correspondencia regular con Sumati Morarji, con sus hermanos espirituales, con el gobierno central de la India, pero sus respuestas no habían sido alentadoras.

Si la conciencia de Kṛṣṇa prendía alguna vez en América, tendría que ser sin la ayuda del gobierno hindú y sin apoyo financiero de la India. Kṛṣṇa iba revelando Su plan a Bhaktivedanta Swami de una forma diferente. Tendría que dirigir toda su energía hacia aquellos muchachos y muchachas que iban a él, a su buhardilla del Bowery. Escribió a Sumati Morarji:

Ahora estoy tratando de formar una asociación con los amigos y admiradores locales, con el nombre de Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna.

Entre todos sus amigos y admiradores, Bhaktivedanta Swami prestaba su mayor atención e instrucción personal a su compañero de cuarto, David Allen. Pensaba que estaba dando a David una oportunidad especial para ser el primer *vaiṣṇava* auténtico de América. Bhaktivedanta Swami tendría que volver a la India algún día, y quería llevar a David a Vṛndāvana. Podría mostrarle la adoración en el templo y prepararlo para la prédica futura en Occidente.

—Me complace decir —dijo Bhaktivedanta Swami una tarde en su charla— que nuestro David dice a veces: «Swamiji, yo quiero aumentar mi vida espiritual *inmediatamente*».

—Bhaktivedanta Swami reía al imitar la urgencia de David—. Ten paciencia, ten paciencia —le digo—. Eso se hará, por supuesto. Puesto que tienes este deseo, Dios te ayudará. Él está en tu interior. Él está tratando solamente de ver lo sincero que eres. Después, te dará todas las oportunidades para que aumentes tu vida espiritual.

Al principio, David y Swami vivieron juntos pacíficamente en el amplio local; Swami concentrado en su trabajo, en el lado que le correspondía, David correteando por el gran espacio abierto. Sin embargo, David insistía en tomar marihuana, LSD y anfetaminas, y Swami no tenía más alternativa que tolerarlo. Varias veces había dicho a David que las drogas y las alucinaciones no lo ayudarían en su vida espiritual, pero David se hacía el distraído. Se estaba alejando de Swami.

Sin embargo, Bhaktivedanta Swami tenía el plan de servirse de la buhardilla como templo, es decir, transformarlo en el primer templo de Rādhā y Kṛṣṇa en Nueva York, y quería la colaboración de David. Aunque el barrio era uno de los más miserables del mundo, Bhaktivedanta Swami hablaba de llevar unas Deidades de Jaipur o de Vṛndāvana, y comenzar la adoración en el templo, aunque fuera en el Bowery. Pensó que David podría ayudarlo. Después de todo eran compañeros de cuarto, de manera que no era posible que David no colaborara; pero tendría que dejar sus malas costumbres.

Bhaktivedanta Swami trataba de ayudar a David, pero él estaba demasiado inquieto. Iba derecho al desastre, y así iban los planes de Bhaktivedanta para la buhardilla. A veces, incluso sin estar bajo la influencia de la droga, David solía dar vueltas por el cuarto. Otras veces parecía estar profundamente pensativo. Un día, bajo una dosis de LSD, se volvió completamente loco. Como explicó Carl Yeargens, uno de los visitantes de Swami: «Sencillamente se volvió loco y Swami tuvo que enfrentarse con un demente. Las cosas llevaron a esto, era un chico loco que

siempre tomaba demasiadas drogas», pero la verdadera locura surgió de pronto.

Bhaktivedanta Swami estaba trabajando tranquilamente con su máquina de escribir cuando David enloqueció. Comenzó a gemir y a dar vueltas por el gran espacio libre de la buhardilla. Después, comenzó a vociferar, a aullar y a correr por todas partes. Fue hacia donde estaba Swami. De pronto, Bhaktivedanta Swami se encontró frente a frente, no con David —el simpático David que iba a llevar a la India para que viera a los *brāhmaṇas* de Vṛndāvana— sino un extraño lleno de droga, de mirada salvaje, un loco.

Bhaktivedanta Swami trató de hablarle: «¿Qué pasa?», pero David no tenía nada que decir. No había una desavenencia especial. Solo la locura...

Bhaktivedanta Swami bajó rápidamente los cuatro pisos. No se había detenido a recoger ninguna de sus pertenencias, ni siquiera para decidir dónde iría o si volvería. No había tenido tiempo de pensar en nada. Había tenido un gran sobresalto y se marchaba del escenario de la locura de David. El acostumbrado grupo de vagabundos estaba sentado en la puerta y, con su habitual ostentación de cortesía, lo dejaron pasar. Estaban acostumbrados al viejo Swami entrando y saliendo, yendo de compras y volviendo, y no lo molestaron. Pero aquel día no iba de compras. ¿Dónde iba? No lo sabía. Había salido a la calle sin saber dónde iría.

No iba a volver a la buhardilla, esto era seguro. Pero, ¿dónde podía ir? Las palomas volaban de tejado en tejado. El tráfico retumbaba, y los permanentes vagabundos callejeaban y se emborrachaban con alcohol barato y tóxico. Aunque el hogar de Bhaktivedanta Swami se había convertido de pronto en loco terror, la calle a su puerta

era también un lugar infernal, peligroso. Estaba desconcertado. Podía llamar al estudio del Dr. Mishra y ellos podrían llevarlo allí. Pero este capítulo de su vida se había terminado y ya había dado un paso hacia algo mejor. Tenía sus propias clases, gente joven que cantaba y escuchaba. ¿Se había terminado todo? Tras nueve meses en América, había obtenido una buena respuesta a su prédica y a su *kīrtana*. No podía dejarlo precisamente entonces.

A. C. Bhaktivedanta Swami Mahārāja, al que todos conocían y respetaban en Vṛndāvana como eminente erudito y devoto, que estaba invitado a ver cuando quisiera al vicepresidente de la India y a muchas otras personas importantes, tenía que enfrentarse con la dura realidad de que no tenía un solo amigo importante en los Estados Unidos. De pronto se encontraba sin hogar, como cualquiera de los mendigos de la calle. De hecho, muchos de ellos, tras haber tenido largo tiempo sus camastros en posadas de mala muerte, estaban más seguros que él. Aquella gente estaba arruinada, pero estaban establecidos. El Bowery podía ser un infierno si no estabas haciendo algo determinado, como ir directamente a la tienda, o volver a tu casa. No era un sitio para quedarse pensando dónde vas a vivir, o si hay un amigo a quien poder acudir. Él no iba camino de Chinatown a comprar, ni estaba dando una vuelta, para volver enseguida a su refugio de la buhardilla. Si no podía ir allí, no tenía ningún sitio.

¡Qué difícil se estaba poniendo predicar en América entre gente tan loca! El día de su llegada al puerto de Boston había escrito proféticamente en su poema: «Mi querido Señor, no sé por qué me has traído aquí. Ahora puedes hacer de mí lo que quieras. Pero supongo que

tienes algo que hacer aquí, si no, ¿por qué me habrías traído a este terrible lugar?». ¿Qué iba a hacer con su programa de clases? ¿Qué iba a pasar con David? ¿Volvería para tratar de hablar con él? Este había sido el primer arrebato de violencia de David, pero hubo otros momentos de tensión. David tenía la costumbre de dejar el jabón en el suelo de la ducha y Bhaktivedanta Swami le pidió que no lo hiciera porque era peligroso. Pero David no hizo caso. Bhaktivedanta Swami había seguido recordándoselo, y un día, David se enfadó y le gritó. Pero no había verdadera enemistad. Incluso el incidente de aquel día no se debía a diferencias personales: el muchacho era una víctima.

Bhaktivedanta Swami iba de prisa. Tenía pasaje gratuito en la Compañía Naviera Scindia. Podría volver a casa, a Vṛndāvana. Pero su maestro espiritual le había ordenado que fuera allí. «Por el deseo intenso de Śrī Śrīmad Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura —había escrito cuando cruzaba el Atlántico— el santo nombre del Señor Gaurāṅga se extenderá por todos los países del mundo occidental». No quería de ninguna manera detener el ímpetu de su prédica, por lo que antes de que anocheciera necesitaba encontrar algún sitio donde poder estar. Esto es lo que significaba trabajar sin el apoyo del gobierno, sin el apoyo de ninguna organización religiosa, sin nadie que lo patrocinara. Significaba ser vulnerable y no tener seguridad.

Bhaktivedanta Swami se enfrentó con la crisis como una prueba que le enviaba Kṛṣṇa. La instrucción del *Bhagavad-gītā* era depender de la protección de Kṛṣṇa: «En todas las actividades, sencillamente depende de Mí y actúa siempre bajo Mi protección. En este servicio devocional ten plena

conciencia de Mí... y así, por Mi gracia, pasarás por encima de todos los obstáculos de la vida condicionada».

Decidió telefonar a Carl Yeargens, uno de los asistentes habituales a las reuniones de la tarde, y pedirle ayuda. Al oír la voz de Swami por teléfono —¡era una emergencia!—, Carl aceptó al momento que Swami fuera a su casa, con él y su mujer, Eva. Vivían cerca, en la calle Centre, cinco manzanas al oeste del Bowery, cerca de Chinatown. Carl llegaría inmediatamente.

* * *

Cuando había pasado una semana sin que Carl y sus amigos hubieran encontrado un sitio adecuado, Bhaktivedanta Swami propuso que Carl y él fueran a casa de Michael Grant, a ver si podía ayudarlos. Mike, que era un músico joven que vivía en el Bowery, había asistido a las reuniones de Swami y había dado muestras de interés por las enseñanzas. Era un chico ingenioso y probablemente quería ayudarlos.

Cuando Mike escuchó la historia de Swami se sintió obligado a hacer algo. Al día siguiente fue a *The Village Voice*, compró el primer periódico que salió, miró los anuncios hasta encontrar algo apropiado, y telefoneó al propietario. Era una tienda en la Segunda Avenida, y el agente, un tal Sr. Gardiner, se puso de acuerdo con Mike para encontrarse allí. Carl y Swami también irían.

El Sr. Gardiner y Mike llegaron primero. Mike se fijó en el rótulo poco habitual «Regalos incomparables» pintado a mano encima del escaparate. Era lo que quedaba, explicó el Sr. Gardiner, de cuando el local había sido una nostálgica tienda de regalos. Mike describió a Swami como un líder

espiritual que venía de la India, un escritor importante y un erudito en sánscrito. El agente inmobiliario parecía receptivo. En cuanto llegaron Swami y Carl, y todos fueron presentados, el Sr. Gardiner les enseñó el pequeño local. Swami, Carl y Mike consideraron cuidadosamente las posibilidades que tenía. Estaba vacío, sin decoración y oscuro (no habían conectado la electricidad), y había que volver a pintarlo. Serviría para las reuniones, pero no para residencia de Swami. Pero por 125 dólares al mes, parecía conveniente. Entonces el Sr. Gardiner reveló que tenía un pequeño apartamento en el primer piso, del otro lado del patio posterior, directamente detrás de la tienda. Otros 71 dólares al mes, y Swami podría vivir allí, aunque antes, el Sr. Gardiner tendría que pintarlo de nuevo. El alquiler total subiría a 196 dólares, y Carl, Mike y los demás aportarían su contribución.

Bhaktivedanta Swami tuvo la idea de hacer al Sr. Gardiner el primer administrador oficial de su asociación en ciernes para la conciencia de Kṛṣṇa. Durante su conversación, ofreció al Sr. Gardiner como presente una colección de su *Śrīmad-Bhāgavatam*, y en la anteportada escribió una dedicatoria personal, firmando después: «A. C. Bhaktivedanta Swami». El Sr. Gardiner se sintió halagado y honrado al recibir aquellos libros de manos del propio autor. Accedió a ser socio colaborador de la nueva asociación para la conciencia de Kṛṣṇa, y por lo tanto, a pagar a la asociación 20 dólares al mes.

El Sr. Gardiner empleó una semana en pintar el apartamento. Mientras tanto Mike se ocupó de dar de alta la electricidad y el agua y de que se instalara un teléfono, y junto con Carl reunieron entre sus amigos el importe del

alquiler del primer mes. Cuando todo estuvo listo, Mike telefoneó a Swami a casa de Carl.

Entonces fue el momento de llevar a Swami a su nueva casa. Unos amigos que estaban disponibles acompañaron a Swami a la buhardilla del Bowery. Quizá no estaban preparados para convertirse en sus discípulos rendidos, pero contribuir al alquiler del primer mes y trabajar como voluntarios unas horas para ayudar a instalar la casa eran exactamente la clase de cosas que podían hacer de buena gana.

En la buhardilla, cada uno tomó parte de las pertenencias de Swami y después se pusieron en marcha, Bowery arriba. Parecía un safari, una caravana de media docena de hombres cargados con las cosas de Swamiji. Michael llevaba el pesado magnetófono Roberts, e incluso Swami llevaba dos maletas. Lo hicieron todo tan deprisa, que hasta que ya habían andado bastante y el brazo de Mike comenzaba a dolerle, se dio cuenta: «¿Por qué no hemos traído un coche?».

Era fin de junio y un sol de verano vertía su calor entre brumas sobre la jungla del Bowery. Andando y deteniéndose, el extraño safari, que se estiraba a lo largo de más de un manzana, hacía despacio su larga ruta. Swamiji luchaba con sus maletas ante aquella fila interminable de tiendas de suministros para restaurantes y tiendas de lámparas, entre las calles Grand, Broome y Spring. A veces, se detenía y descansaba dejando sus maletas en el suelo. Por fin se marchaba del Bowery. Su amigo, el electricista de la calle Setenta y dos, se hubiera quedado tranquilo, aunque quizás no hubiera aprobado tampoco la Segunda Avenida. Por lo menos ya no viviría más en Skid Row. Siguió andando, pasando por delante de gente sin hogar que estaban ante el

refugio del Ejército de Salvación, por delante de tabernas con las puertas abiertas, deteniéndose en los semáforos, al lado de gente totalmente desconocida, vigilando el avance de su procesión de amigos que se esforzaba detrás de él.

Los artistas y músicos del Bowery lo veían como «muy evolucionado». Sentían que les movía el espíritu y deseaban ayudarlo a instalar su propia casa para que pudiera continuar su valiosa empresa espiritual y transmitirla a los demás. Swami necesitaba que ellos lo ayudaran, y sin embargo sabían que él estaba en «un nivel superior», él era su propio protector o, como él decía, Dios lo protegía.

Swami y sus jóvenes amigos llegaron a la esquina del Bowery y Houston, dieron vuelta a la derecha, y se dirigieron hacia el este. Mirando fijamente hacia adelante mientras avanzaba, vio el extremo sur de la Segunda Avenida, una manzana más lejos. En la Segunda Avenida tenía que girar a la izquierda, seguir tan solo una manzana hacia el norte, por la calle Primera, y así llegaba a su nuevo hogar. Al dejar atrás la entrada de la línea IND del metro, vieron la tienda: «Regalos incomparables». Agarró sus maletas y siguió adelante. En el cruce de la Segunda Avenida con Houston se apresuró a través de una pausa en la rápida circulación. Pudo ver unos árboles verdes que asomaban sus copas por encima del alto muro del patio, levantándose como hierba muy crecida en el espacio entre el edificio delantero y el de atrás de su nueva residencia.

En el edificio que daba a la calle tenía su sala de reuniones, en el de atrás, el apartamento en el que iba a vivir y a traducir. Al lado del edificio de la tienda, del lado norte, había un enorme almacén de ocho pisos. El edificio de la tienda era solo de cinco pisos y parecía que lo habían

añadido al edificio grande, como un hijito pequeño. En el lado sur, el nuevo templo de Bhaktivedanta Swami presentaba una superficie de cemento, disponible para añadir cualquier otra estructura; solo estaba el amplio terreno de la concurrida estación de servicio Mobil que daba a la calle Primera. Al acercarse a la tienda, Bhaktivedanta Swami pudo ver dos pequeños faroles que decoraban la estrecha entrada.

No había ninguna seguridad sobre lo que le esperaba allí. Pero ya era una buena señal que aquellos muchachos americanos, aunque a veces estuvieran locos, pudieran participar realmente en el movimiento de *saṅkīrtana* del Señor Caitanya. Quizá esta nueva casa fuera el lugar en el que encontrara definitivamente una base para su Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna.

CAPÍTULO 3

PLANTANDO LA SEMILLA

La nueva zona a la que Bhaktivedanta Swami fue no estaba tan degradada como el cercano Bowery, aunque ciertamente era menos pintoresca. Justo frente a su tienda se podía ver una hilera de lápidas de sepulcro, a través de los melancólicos y mal iluminados escaparates de Hermanos Weitzner y Papper, Monumentos Memoriales. Junto a Hermanos Weitzner, yendo hacia el norte, estaba la tienda de bocadillos de Sam. Al lado de la tienda de Sam había un antiguo edificio de tres pisos con el rótulo A.I.R., después estaba Monumentos Ben J. Horowitz (más lápidas), y finalmente la Funeraria Schwartz. En la manzana siguiente, en el número 43, sobresalía hacia la acera un toldo de lona gastada: Funeraria Provenzano Lanza. Después estaba Cosmos Parcels (importadores), y unas manzanas más lejos, hacia la parte residencial de la ciudad, el llamativo rótulo en blanco y negro del Village East Theater.

Una manzana más allá, pero en el mismo lado de la avenida que la tienda, estaba la Iglesia de la Natividad, viejo edificio de dos pisos recién pintado de azul, con una cruz dorada encima. El número 26 de la Segunda Avenida tenía cinco pisos, la fachada estaba cubierta por una verduzca escalera de incendios, y daba la impresión de estar encogido contra el enorme almacén de ocho pisos de Refractarios Knickerbocker.

La Segunda Avenida era una arteria principal del tráfico hacia la parte este de Manhattan, y el semáforo del cruce de Houston con la Segunda bombeaba un torrente de camiones de reparto, coches privados y taxis, que pasaba por delante de la puerta de Bhaktivedanta Swami. Desde la mañana temprano hasta que se hacía de noche, había coches que pasaban por delante zumbando, seguidos por el ruido de los frenos, la tensión competitiva de esperar, un parachoques contra otro, el sonido impetuoso de los claxon, los ruidos de los cambios de marchas, motores rugiendo y acelerando, y otra vez el zumbido. El tráfico era denso y no permitía concentrarse.

En el 26 de la Segunda Avenida había realmente dos tiendas. La que daba al norte era una lavandería automática, y la que daba al sur había sido una tienda de regalos, ahora vacía. Las dos tenían una entrada estrecha, grandes escaparates y una pintura apagada. Bajo el letrero que decía «Regalos incomparables» había una ventana cuadrada de dos metros de largo, que unas semanas antes había mostrado cajas de cerillos decoradas con fotos de estrellas de cine de los años treinta y cuarenta. El letrero, «Regalos incomparables», era el único recuerdo que quedaba de la nostálgica tienda de regalos que recientemente se había cerrado. Debajo del escaparate, un par de tapas de hierro en la acera ocultaban unos peldaños de piedra que conducían al sótano y a la sala de calderas. La ancha acera estaba construida en secciones de distintas formas y tamaños correspondientes a diferentes momentos del pasado. Algunas de estas secciones estaban resquebrajadas o con socavones, y un polvo fino con diminutos trozos brillantes de cristal se había depositado en grietas

y depresiones. En el bordillo había una boca de incendios de un negro opaco. A medio camino, entre las entradas de las dos tiendas, estaba la entrada principal del número 26. Esta puerta daba a un vestíbulo forrado de buzones e interfonos y, al fondo, una puerta cerrada daba al corredor que llevaba a las escaleras o al patio de atrás.

A la izquierda del escaparate de la tienda de regalos estaba la puerta de entrada, un marco de madera oscura que sostenía un panel de cristal de una pieza. La puerta daba a la tienda, larga y estrecha, que estaba entonces sin amueblar. En el interior, a la derecha de la puerta, una plataforma que se extendía por debajo del escaparate, tenía la altura apropiada para poder sentarse encima. Al fondo de la estancia, desnuda y sórdida, dos ventanas con cristales mugrientos, protegidas con barrotes, daban al patio. Junto a la ventana de la izquierda, había una pila pequeña para lavarse las manos, sujeta al exterior de un retrete muy pequeño, cuya puerta daba hacia la parte delantera de la tienda. Una puerta, en la pared de la izquierda de la tienda, comunicaba con un corredor que llevaba al patio.

El patio estaba pavimentado con secciones geométricas de hormigón, y rodeado de jardines de arbustos y árboles altos. Había una mesa de picnic, una pila de agua para los pájaros y, en un poste, una casita también para pájaros, y cerca del centro del patio había dos arbustos. El patio estaba bordeado al norte y al sur por muros altos, y delante y en la parte de atrás, por los dos edificios. El pedazo de cielo por encima aliviaba el escenario.

Con vistas al patio desde el edificio interior del 26 de la Segunda Avenida, estaba el apartamento de Bhaktivedanta Swami, en el primer piso, donde ahora iba a vivir, trabajar

y adorar. Con la ayuda de sus amigos del Bowery había limpiado su nuevo hogar y se había instalado en él. En el cuarto del fondo, su despacho, había colocado contra una pared un delgado almohadón con un elefante estampado y frente al almohadón, su maleta de metal sin pintar que le servía de pupitre. Sobre ella había instalado su máquina de escribir, sus papeles y sus libros a los dos lados. Esto era su espacio de trabajo. En el armario que había frente a su pupitre tenía sus manuscritos, envueltos en tela color azafrán, su reserva del *Śrīmad-Bhāgavatam*, y sus escasos efectos personales. En la pared por detrás de su asiento colgó un calendario hindú con la stampa del Señor Kṛṣṇa (Kṛṣṇa, de joven, estaba tocando Su flauta, con una vaca justo detrás de él. El Señor Kṛṣṇa estaba de pie sobre el planeta Tierra, que se curvaba como la cumbre de una pequeña colina bajo Sus pies). Había dos ventanas en la pared este y los rayos matizados de luz del sol de la mañana, filtrándose por la escalera de incendios, daban en el suelo de la habitación.

La habitación contigua estaba vacía, a excepción de una curiosa mesita de café que se convirtió en el altar de Bhaktivedanta Swami. Sobre la mesita colocó una imagen enmarcada del Señor Caitanya y Sus compañeros. En la pared colgó un calendario hindú con una imagen del Señor Viṣṇu con cuatro brazos y Ananta Śeṣa, la serpiente celestial. Y al igual que en la buhardilla del Bowery, puso una cuerda para tender la ropa.

Las dos habitaciones estaban recién pintadas y los suelos eran de parqué de madera en buen estado. El cuarto de baño estaba limpio y se podía utilizar, lo mismo que la estrecha cocina amueblada. Bhaktivedanta Swami a veces

se quedaba de pie ante la ventana de la cocina, mirando más allá del muro del patio. Había ido allí sin ninguna perspectiva de poder pagar el alquiler del mes siguiente.

Unos años antes de que Bhaktivedanta Swami llegara, un nuevo tipo de inquilino de tugurio había aparecido en el Lower East Side. Aunque hubo muchos análisis sociológicos y culturales de este fenómeno, aún permanece inexplicable el porqué de su llegada súbita, como una gran bandada de pájaros bajando en picada o como animales en una gran emigración instintiva, y por qué, después de unos años, desaparecieron.

Al principio, los recién llegados eran en su mayor parte artistas jóvenes, músicos e intelectuales, parecidos al grupo *hippie* de Prabhupāda en los tiempos del Bowery. Después llegaron los jóvenes marginados de clase media. Como había más espacio vital disponible y los alquileres eran más bajos que en el cercano Greenwich Village, se concentraron aquí, en el Lower East Side, que en el lenguaje de los agentes de ventas se llamó «East Village». Muchos incluso llegaron sin tener un sitio para vivir y acampaban en los vestíbulos de entrada de las viviendas. Atraídos por los bajos alquileres y por la promesa de una libertad bohemia, estos jóvenes marginados de clase media, la vanguardia de un movimiento juvenil de amplitud nacional que pronto se conocerían en los medios informativos como «*hippies*», cambiaron su residencia por los tugurios de Lower East Side, en viva protesta contra la buena vida del materialismo en América.

Como respondiendo a una llamada instintiva, fugitivos más jóvenes, adolescentes, se unieron a los *hippies* mayores, y tras los fugitivos llegó la policía, llegaron los

consejeros y los asistentes sociales, los albergues juveniles y los centros de asesoramiento sobre la droga. En la plaza de St. Mark surgió un nuevo tipo de comercio *hippie*, con tiendas psicodélicas, tiendas de posters, tiendas de discos, galerías de arte y librerías que tenían de todo, desde papel de cigarrillos hasta ropas *hippies* y luces psicodélicas.

Los *hippies* llegaron hasta el Lower East Side plenamente convencidos de que allí era donde debían estar, lo mismo que habían hecho sus predecesores inmigrantes. Para los emigrantes europeos de otra época, el puerto de Nueva York había sido la puerta de entrada a un país de riquezas y oportunidad, cuando al fin alcanzaban a ver con sus ojos el perfil de Manhattan y la Estatua de la Libertad. Ahora, en 1966, la juventud americana llegaba en tropel a Nueva York con sus propias esperanzas y celebraban la aparición ante sus ojos de su nuevo místico país: los tugurios del Lower East Side.

Era una coexistencia difícil, con *hippies* por un lado y puertorriqueños, polacos y ucranianos por otro. Los grupos étnicos establecidos se sentían molestos con los recién llegados, que no estaban verdaderamente obligados a vivir en tugurios, mientras que ellos sí lo estaban. De hecho, muchos de los jóvenes recién llegados eran descendientes de familias de inmigrantes que habían luchado durante generaciones para establecerse como americanos de clase media. Con todo, la inmigración juvenil de Lower East Side era tan real como lo había sido la de puertorriqueños, polacos o ucranianos, aunque los motivos eran diferentes.

Los *hippies* habían dado la espalda al materialismo suburbano de sus padres, a la inútil felicidad de la tele y los anuncios, y a las efímeras metas de la clase media

americana. Estaban decepcionados de sus padres, maestros, clero, dirigentes públicos y medios de comunicación, decepcionados con la política americana en Vietnam, y estaban atraídos por las ideologías políticas radicales que describían América como un gigante explotador, egoísta y cruel, que debía reformarse o morir. Y estaban buscando amor verdadero, paz verdadera, existencia verdadera y verdadera conciencia espiritual.

En el verano de la llegada de Bhaktivedanta Swami al 26 de la Segunda Avenida, la primera avanzada de la gran rebelión juvenil de los años sesenta ya había llegado al Lower East Side. Allí eran libres, libres para vivir en la pobreza y expresarse por el arte, la música, las drogas y el sexo. La charla era acerca de búsqueda espiritual. El LSD y la marihuana eran las claves que abrían nuevos reinos de conciencia. Estaban de moda las nociones sobre las culturas y las religiones orientales. Mediante las drogas, el yoga, la fraternidad o, sencillamente, estando libres, de alguna manera, alcanzarían la iluminación. Cada uno debía mantener la mente abierta y edificar su propia filosofía cósmica mediante una experiencia directa y una conciencia expandida por la droga, todo ello mezclado con sus propias lecturas eclécticas. Y si su vida parecía no tener finalidad, por lo menos, habían abandonado el juego sin sentido en el que el jugador vende su alma por bienes materiales, y de esta manera apoya un sistema que ya está podrido.

Así pues, ocurría que en 1966 miles de jóvenes andaban por las calles del Lower East Side, no solamente drogados o enloquecidos (aunque a menudo lo estaban), sino en la búsqueda de las respuestas esenciales de la vida, sin hacer

ningún caso del «*establishment*» ni de la vida diaria que llevaban millones de americanos «serios».

El hecho de que la próspera tierra de América pudiera producir tantos jóvenes descontentos era algo que sorprendía a Bhaktivedanta Swami. Por supuesto, aquello probaba también que el bienestar material, el sello de la vida americana, no podía hacer feliz a la gente. Bhaktivedanta Swami no veía la infelicidad que le rodeaba en función de sus causas sociales, políticas, económicas y culturales inmediatas. Ni veía que las condiciones de los barrios bajos, ni las rebeliones juveniles, fueran las realidades verdaderamente importantes. Se trataba de manifestaciones de una infelicidad universal para la que no había otra solución que la conciencia de Kṛṣṇa. Se compadecía de las desdichas de cada uno, pero veía la solución universal.

Bhaktivedanta Swami no había hecho ningún estudio sobre el movimiento juvenil en América antes de trasladarse al Lower East Side. Nunca había hecho planes específicos de ir allí, en medio de tanta gente joven. Pero en los diez meses pasados desde que salió de Calcuta, había ido de un sitio a otro por la fuerza de las circunstancias o, según lo entendía, «por la voluntad de Kṛṣṇa». Por orden de su maestro espiritual había venido a América, y por la voluntad de Kṛṣṇa había llegado al Lower East Side. Su misión aquí era la misma que había sido en el Bowery o en la zona residencial o incluso en la India. Tenía la idea fija de la orden de su maestro espiritual y del punto de vista védico, un punto de vista que no iba a sufrir influencia alguna por los cambios radicales de los años sesenta. Ahora, si se daba el caso de que aquellos jóvenes, a causa de algún cambio en el clima cultural americano, se manifestaban

más receptivos a sus enseñanzas, serían bienvenidos. Y esto sería también por la voluntad de Kṛṣṇa.

En realidad, a causa de la abominable influencia de la Era de Kali, este era históricamente el peor de los tiempos para la cultura espiritual, con revolución *hippie* o sin ella. Y Bhaktivedanta Swami estaba tratando de trasplantar la cultura védica a una tierra más extraña de la que hubiera tenido cualquiera de los maestros espirituales anteriores. Por eso pensaba que su trabajo había de ser sumamente difícil. A pesar de esta era, mala en general, inmediatamente antes de que Bhaktivedanta Swami llegara al Lower East Side, comenzaron a vibrar en la sociedad americana temblores de descontento y revuelta contra la cultura de Kali-yuga, enviando oleadas de gente joven a las calles del Lower East Side de Nueva York, en busca de algo más allá de la vida ordinaria, buscando alternativas, buscando la satisfacción espiritual. Estos jóvenes, separados de su pasado estereotipado y materialista, y reunidos en aquel momento en el Lower East Side de Nueva York, eran los que habían de ser, por casualidad o por el destino, la congregación para las ofrendas de *kīrtana* y guía espiritual de la tienda de Bhaktivedanta Swami.

La llegada de Bhaktivedanta Swami pasó desapercibida. Los vecinos decían que alguien había tomado la tienda de regalos al lado de la lavandería. Ahora había un cuadro extraño en el escaparate, pero nadie sabía lo que era. No sabían lo que era el *Bhagavad-gītā*, y los pocos que lo conocían pensaron: «Quizás sea una librería de yoga o algo así». Los puertorriqueños de los alrededores veían en el escaparate el cuadro de Harvey Cohen con el Señor Caitanya y sus compañeros cantando y bailando, y después

se iban sin ninguna expresión en la mirada. El gerente de la estación de gasolina Mobil de al lado, no se preocupaba de quién había ido a vivir allí; sencillamente no cambiaba nada las cosas. A los vendedores de lápidas sepulcrales y a los directores de las pompas fúnebres del otro lado de la calle no les importaba. Y para los conductores de los incontables coches y camiones que pasaban por delante, la tienda de Swamiji ni siquiera existía. Pero por allí había gente joven que estaba intrigada con el cuadro, y fueron hasta el escaparate para leer el trocito de papel. Algunos de ellos incluso conocían la existencia del *Bhagavad-gītā*, aunque no podían relacionarlo con el cuadro del Señor Caitanya y los bailarines. Unos pocos pensaron ir a las clases de Swami Bhaktivedanta, y ver de qué se trataba.

Una mañana de julio, Howard Wheeler iba a toda prisa desde su apartamento de la calle Mott al de un amigo en la calle Quinta, un lugar tranquilo, donde esperaba encontrar un poco de calma. Iba calle Mott arriba hacia Houston, giró a la derecha y se dirigió hacia el este, a través del Bowery, pasando entre el impetuoso tráfico, tropezando con los mendigos, y en dirección a la Segunda Avenida.

Howard: *Después de cruzar el Bowery, justo antes de la Segunda Avenida, vi a Swamiji paseando por la acera con aire desenvuelto, la cabeza alta y la mano en la bolsa de las cuentas. Me sorprendió como si fuera un actor famoso de una película muy conocida. Parecía no tener edad. Llevaba la ropa tradicional color azafrán de un sannyāsī y unos pintorescos zapatos blancos en punta. Mientras bajaba por la calle Houston parecía el genio que salió de la lámpara de Aladino.*

Howard tenía 26 años, era alto, de cuerpo ancho, con el pelo largo y oscuro, una barba poblada y unas gafas de montura negra. Era profesor de inglés de la Universidad del Estado de Ohio, y acababa de hacer un viaje a la India, donde había estado buscando un *guru* verdadero.

Bhaktivedanta Swami vio a Howard, y los dos se detuvieron al mismo tiempo. Howard preguntó lo primero que se le vino a la cabeza: «¿Es usted de la India?».

Bhaktivedanta Swami sonrió. «¡Oh, sí!, ¿y usted?»

Howard: *Yo le dije que no, pero que acababa de volver de la India y que estaba muy interesado en su país y en la filosofía hindú. Me dijo que había venido desde Calcuta y que llevaba en Nueva York casi diez meses. Tenía los ojos tan limpios y cordiales, como los de un niño, e incluso allí, al lado de los camiones que rugían y rodaban calle Houston abajo, transmitía una fresca tranquilidad incommovible, basada en algo mucho más allá de la gran metrópolis que vociferaba en torno a nosotros.*

Howard no llegó a casa de su amigo aquel día. Volvió a su apartamento de la calle Mott, para ver a Keith y a Wally, sus compañeros de alojamiento, y les habló, a ellos y a todos los que conocía, sobre el *guru* que había aparecido inexplicablemente entre ellos. Les dijo cómo él y Swami habían estado hablando, y que Swami había mencionado su casa, cerca de allí, en la Segunda Avenida, donde tenía la intención de dar algunas clases.

Howard: *«Fui con él y al dar vuelta en la esquina, señaló un local pequeño entre las calles Primera y Segunda, al lado*

de la estación de servicio Mobil. Había sido una tienda de regalos, y alguien había pintado las palabras «Regalos incomparables» sobre el escaparate. En aquel momento no me di cuenta de lo proféticas que eran. «¿Es este un buen barrio?», me preguntó. Le dije que me parecía que sí. No tenía idea sobre lo que iba a ofrecer en sus «clases», pero sabía que todos mis amigos estarían encantados con que un swami hindú se hubiera instalado en los alrededores.

La noticia se extendió. Aunque ya no era tan fácil para Carl Yeargens y algunos otros venir desde el Bowery y Chinatown (tenían otras cosas que hacer), Roy Dubois, un escritor de comics de 25 años, había visitado a Swami en el Bowery, y cuando supo la nueva dirección de Swami decidió ir. James Greene y Bill Epstein no habían olvidado a Swami y también querían ir. El restaurante Paradox aún era un contacto vivo y llevó a unos cuantos interesados en el tema. Y otros, como Stephen Guarino, vieron el anuncio de Swami en el escaparate. Steve, de 26 años, era un asistente social del departamento de beneficencia de la ciudad, y un día, en el intervalo del almuerzo cuando iba hacia su casa, desde la oficina en la esquina de la Calle Quinta y la Segunda Avenida, vio el anuncio de Swami pegado en el escaparate. Había estado leyendo una edición de bolsillo del *Gītā* y prometió asistir a las clases de Swami.

Howard también había visto el pequeño anuncio en el escaparate el día que estuvo con Swami delante de la tienda:

CLASES SOBRE EL BHAGAVAD-GITA
A. C. BHAKTIVEDANTA SWAMI
LUNES, MIÉRCOLES Y VIERNES
DE 7 A 9 P. M.

—¿Traerá a sus amigos? —, preguntó Prabhupāda.
—Sí —prometió Howard—. El lunes por la tarde.

* * *

La tarde veraniega era calurosa, y en el local, las ventanas del fondo y la puerta de entrada estaban abiertas de par en par. Chicos jóvenes, algunos de ellos con pantalones de mezclilla negros y camisas *sport* con botones hasta abajo y anchas rayas deslavadas, habían dejado cerca de la puerta sus gastados tenis y se habían sentado en el suelo. La mayor parte de ellos eran del Lower East Side; ninguno había tenido mayores inconvenientes para ir allí. El local, que era pequeño, estaba desprovisto de todo. Ni cuadros, ni muebles, ni alfombra, ni siquiera una silla. Solo unas cuantas esteras lisas de paja. Un solo foco colgaba del techo en el centro de la tienda. Eran las siete y se habían reunido allí unas doce personas, cuando de pronto, Bhaktivedanta Swami abrió la puerta lateral y entró.

No llevaba camisa, y la tela color azafrán que cubría su torso dejaba desnudos los brazos y parte del pecho. Tenía la piel lisa, de un dorado oscuro, y al observarlo, con la cabeza afeitada, los largos lóbulos de las orejas, su aspecto grave, parecía como las pinturas de Buddha meditando

que habían visto aquellos chicos. Era viejo, pero tenía una postura erguida y estaba lozano y radiante. Se había decorado la frente con las señales de los *vaiṣṇavas* con arcilla amarillenta. Bhaktivedanta Swami reconoció al grande y barbudo Howard y sonrió.

—¿Ha traído usted a sus amigos?

—Sí —contestó Howard con su voz alta y resonante.

—¡Ah!, ¡muy bien!

Bhaktivedanta Swami se quitó los zapatos blancos, se sentó en una delgada estera frente a su congregación, e indicó que podían sentarse. Distribuyó varios pares de címbalos de latón y, de modo conciso, hizo una demostración de ritmo. Uno... dos... tres. Comenzó a tocar con un sonido sorprendente y resonante. Comenzó a cantar: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/ Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Entonces, le tocó el turno a la audiencia. «Canten», les dijo. Algunos ya sabían; los otros fueron comprendiendo poco a poco, y después de repetir unas cuantas veces, todos cantaban al mismo tiempo.

La mayoría de aquellos chicos y las pocas chicas que había se habían embarcado alguna vez en el viaje psicodélico en busca de un nuevo mundo de conciencia expandida. Audaz e intrépidamente habían entrado en las aguas prohibidas y turbulentas del LSD, el peyote y los hongos mágicos. Sin atender a advertencias, arriesgaron todo y lo hicieron. Sin embargo, su valor tenía mérito, su anhelo por encontrar las nuevas dimensiones del yo, de ir más allá de la existencia ordinaria, incluso si no sabían qué era ese más allá ni si volverían jamás a la seguridad de lo ordinario.

Sin embargo, cualquiera que fuera la verdad que habían encontrado, continuaban insatisfechos, y cualquiera que fueran los mundos que habían alcanzado aquellos jóvenes viajeros psicodélicos, habían vuelto siempre al Lower East Side. Ahora estaban probando el mantra Hare Kṛṣṇa.

Cuando el *kīrtana* salió de pronto de los címbalos y de la sonora voz de Swami, todos sintieron al momento que iba a haber algo fuera de serie. Había otra posibilidad de «hacer un viaje» y se entregaron con entusiasmo. Someterían su mente y explorarían los límites del canto hasta sus últimas consecuencias. Muchos de ellos ya habían asociado el mantra con los místicos *Upaniṣads* y *Gītā*, libros que los habían atraído con palabras de misterio: «Espíritu eterno... Negar la ilusión». Pero sea lo que sea este mantra hindú, sea bienvenido, pensaban. Que sus ondas nos lleven lejos y alto. Nosotros cantamos y ya veremos lo que pasa. Cueste lo que cueste, pase lo que pase. El canto parecía sencillo y bastante natural. Era agradable y no iba a hacer daño a nadie. A su manera, era algo fuera de serie.

Mientras Bhaktivedanta Swami cantaba en su propio éxtasis interior, observaba a su abigarrada congregación. Ahora estaba abriendo brecha en un nuevo terreno. A medida que sonaban los címbalos, el canto alterno del mantra Hare Kṛṣṇa tomó fuerza, llenando la tarde. Algunos vecinos se molestaron. Los niños puertorriqueños, encantados, se asomaban a la puerta y al escaparate. Llegó el crepúsculo.

A pesar de lo exótico que era, todos podían entender que un *swami* estaba elevando una antigua oración de alabanza a Dios. Aquello no era *rock* ni *jazz*. Estaban ante

un santo, un *swami*, haciendo una demostración religiosa en público. Pero la combinación era extraña: un viejo *swami* cantando un mantra antiguo en un local lleno de jóvenes *hippies* americanos que cantaban con él.

Bhaktivedanta Swami siguió cantando, con la cabeza rapada, alta y ladeada, temblándole ligeramente el cuerpo por la emoción. Seguro de sí, dirigía el mantra absorto en pura devoción, y los demás respondían. Más transeúntes fueron atraídos al escaparate y a la puerta abierta del local. Alguno se burlaba, pero el canto era demasiado fuerte. En el sonido del *kīrtana*, hasta los claxon de los coches eran un tenue repiqueteo. La vibración de los motores y el estruendo de los camiones continuaban, pero ahora, en la distancia, pasaban desapercibidos.

Reunido en aquel cuarto desnudo, bajo la débil luz eléctrica, el grupo cantaba siguiendo a su director, creciendo poco a poco, de un coro débil e inseguro, a una casi armonía de voces. Ellos seguían aplaudiendo y cantando, poniendo en eso todo cuanto podían, con la esperanza de descubrir sus secretos. Aquel *swami* no estaba dando solamente una demostración de cinco minutos como muestra. De momento él era su líder, su guía en un reino desconocido. El corto encuentro de Howard y Keith con un *kīrtana* en Calcuta no les había hecho sentirse parte del mismo. El canto no había sido como este, en el centro mismo del Lower East Side con un auténtico *swami* dirigiéndolos.

En su mente había ambiciones psicodélicas de ver el rostro de Dios, fantasías y visiones de enseñanzas hindúes y la presunción de que «ESO» era enteramente luz impersonal. Bhaktivedanta Swami había encontrado un

grupo parecido en el Bowery y sabía que no estaban experimentando el mantra con la reverencia disciplinada y el conocimiento debidos. Pero los dejó cantar a su manera. Con el tiempo, llegaría la sumisión al sonido espiritual, la purificación, la iluminación y el éxtasis al cantar y escuchar Hare Kṛṣṇa.

Swami interrumpió el *kīrtana*. El canto había apartado al mundo, pero en aquel momento, el Lower East Side volvía de nuevo. Los niños que estaban en la puerta comenzaron a charlar y reír. Coches y camiones hicieron oír su estruendo una vez más. Y una voz gritó desde un apartamento próximo pidiendo silencio. Eran más de las siete y media. Había pasado media hora.

* * *

Su clase era muy elemental, y sin embargo, para la juventud inquieta, cargada de filosofía. Algunos no pudieron aguantarlo y se levantaron bruscamente al oír las primeras palabras de Swami, se pusieron los zapatos que estaban junto a la puerta de entrada y salieron. Otros se marcharon al ver que el canto se había acabado. Sin embargo, hasta ahora este era su mejor grupo. Unos pocos de la congregación del Bowery estaban presentes. Los muchachos de la calle Mott estaban aquí y precisamente buscaban a un *guru*. Muchos del grupo habían leído ya el *Bhagavad-gītā*, pero, sin orgullo, admitían que no lo habían entendido ni escuchado.

Era otra tarde de julio, calurosa y ruidosa de la puerta hacia afuera. Los niños tenían sus vacaciones de verano, y estaban en la calle hasta que se hacía de noche. Cerca,

un perro grande ladraba —¡guau!, ¡guau!, ¡guau!—, había un estruendo constante de tráfico, delante del escaparate unas niñas pequeñas estaban llorando, y todo esto hacía difícil dar una charla. Sin embargo, a pesar de la distracción de los niños, del tráfico y los perros, él quería tener la puerta abierta. Si la cerraban, decía: «¿Por qué la cierran? La gente puede venir». Y seguía impávido, citando en sánscrito, manteniendo la atención de su auditorio y exponiendo su mensaje urgente, mientras la cacofonía implacable rivalizaba con cada una de sus palabras...

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—¡Eeeeeeeek! ¡Yaaaaaa! —Las niñas que lloraban molestaban a la manzana entera.

A distancia, un hombre decía a gritos desde su ventana:

—¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí!

—Diles que no hagan ruido, —pidió Bhaktivedanta Swami.

Roy (uno de los muchachos del templo):

—El hombre está echando a los niños ahora.

Bhaktivedanta Swami:

—Sí, sí, estos niños están molestando. Diles...

Roy:

—Sí, esto es lo que... ahora mismo, el señor los está echando.

Bhaktivedanta Swami:

—Están haciendo ruido.

Roy:

—Sí, ya los está echando.

El hombre echaba de allí a los niños, pero volverán. No se puede echar a los niños de la calle: viven allí. Y el

perro no deja de ladrar. Y, ¿quién puede detener los coches? Los coches están siempre allí. Swami empleaba los coches para poner un ejemplo: Cuando llega a nuestros ojos momentáneamente un coche en la Segunda Avenida, nosotros no creemos que no existiera antes de que lo viéramos, ni que cese de existir cuando ya no lo veamos; igualmente, cuando Kṛṣṇa va de este planeta a otro, esto no quiere decir que no exista ya, aunque pueda parecerlo. En realidad, solamente está fuera de nuestra visión. Kṛṣṇa y Sus encarnaciones aparecen y desaparecen constantemente en innumerables planetas por los innumerables universos de la creación material.

Los coches estaban pasando siempre, rugiendo y rodando con cada una de las palabras que decía Bhaktivedanta Swami. La puerta estaba abierta y él se mantenía sereno junto a un río de monóxido de carbono, asfalto, neumáticos ruidosos y oleadas constantes de tráfico. Había hecho un largo camino desde las orillas de su Yamunā, en Vṛndāvana, donde grandes santos y sabios se han reunido, a través de los siglos, para hablar de la conciencia de Kṛṣṇa. Pero su auditorio vive *aquí*, en este escenario; por eso él ha venido aquí, al lado del río impetuoso del tráfico de la Segunda Avenida, para pronunciar en voz alta el mensaje eterno.

Aún insistía sobre el mismo punto: Todo lo que hagas teniendo conciencia de Kṛṣṇa, por pequeño que sea, será eternamente provechoso para ti. Sin embargo, ahora, más que cuando estaba en la zona residencial o en el Bowery, pedía a sus oyentes que se adhieran *plenamente* a la conciencia de Kṛṣṇa y se hagan devotos. Les aseguraba...

—De manera que no importa lo que una persona haya hecho anteriormente, cuáles hayan sido sus acciones pecaminosas. Una persona puede no ser perfecta al principio, pero si se ocupa en servicio, se purificará.

De pronto, entró un mendigo del Bowery, silbando y dando voces de borracho. La asistencia permaneció sentada, sin saber qué hacer.

—¿Qué tal? Vuelvo ahora mismo. Traje algo más, —dijo el borracho.

—No moleste, siéntese. Estamos hablando seriamente, —contestó Bhaktivedanta Swami.

—Lo pondré ahí. ¿Es una iglesia? Muy bien. Ahora vuelvo.

El hombre tenía el pelo blanco, una barba corta y gris, y llevaba la ropa muy sucia. El olor que despedía apestaba el templo. Pero de pronto, se dió la vuelta, cruzó la puerta y desapareció.

Bhaktivedanta Swami se rio entre dientes y volvió inmediatamente a su charla.

Pero a los cinco minutos, volvió el viejo mendigo, anunciando su entrada: «¿Qué tal? He traído algo». Se abrió paso entre el grupo, derecho hacia el fondo del templo, donde estaba sentado Swami. Abrió la puerta del baño, puso dos rollos de papel, cerró la puerta y después se volvió hacia el lavabo, puso encima unas toallas de papel, y debajo, dos rollos más de papel higiénico y más toallas de papel. Se quedó de pie y se volvió hacia Swami y hacia los demás. Swami lo miró y preguntó: «¿Qué es esto?». El vagabundo no dijo nada; hizo su trabajo. Swami se rio dando las gracias a su visitante, que se dirigía hacia la puerta: «Gracias. Muchas gracias». El vagabundo salió.

«¿Ven? —dijo Bhaktivedanta Swami a la concurrencia—. Es una tendencia natural la de prestar algún servicio. Ya lo ven; él no está bien, pero pensó: “Aquí hay algo. Haré algún servicio”. Pueden ver que viene por sí solo. Es algo natural».

Los muchachos del auditorio se miraron unos a otros. Esto era realmente demasiado: primero, el canto con los címbalos de latón; Swami con aire de Buddha hablando de Kṛṣṇa y cantando; y ahora, este vagabundo loco. Pero Swami estaba tan tranquilo, verdaderamente tranquilo, allí sentado en el suelo, como si no tuviera miedo de nada, sencillamente hablando de su filosofía sobre el alma, y de que nosotros nos volvamos santos, y que ¡hasta el viejo borracho sea un santo!

Después de casi una hora, el perro siguió ladrando y los niños llorando. Swami respondió a algunas preguntas y después comenzó otro *kīrtana*. Y el Lower East Side volvió a calmarse. El canto comenzaba: los címbalos de latón, la voz de Bhaktivedanta Swami que llevaba la melodía y la audiencia que respondía. Duró media hora y después se detuvo.

El auditorio se sentó ante Swami, mientras un chico le llevaba una manzana, un cuenco pequeño de madera y un cuchillo. Mientras la mayor parte de la audiencia aún seguía sentada, observando y considerando los efectos del canto, como si hubiera sido una nueva droga, Swami cortó en dos la manzana, después en cuartos, después en octavos hasta que tenía muchos trozos. Él mismo tomó uno y le dijo a uno de los chicos que pase el cuenco entre ellos. Swami echó hacia atrás su cabeza y con habilidad, puso un trozo de manzana en su boca, sin que los dedos

tocaran los labios. Masticó un poco, rumiando con la boca cerrada.

Los miembros de la congregación masticaban en silencio trocitos de manzana. Observaban cómo Swami se levantó, se puso los zapatos y salió por la puerta lateral.

* * *

«Nuestra asociación se llamará ISKCON». Bhaktivedanta Swami había reído alegremente cuando pensó por vez primera en estas siglas.

Ya había iniciado las gestiones legales para la constitución aquella primavera, cuando estaba aún en el Bowery. Pero incluso antes de su comienzo legal, ya había hablado de su «Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna», y así la había denominado en algunas cartas a la India y en *The Village Voice*. Un amigo propuso un nombre que se escuchara menos extraño a los occidentales: «Asociación Internacional para la Conciencia de Dios». Pero «Dios» era un término muy vago, mientras que «Krishna» era exacto y científico; «la conciencia de Dios» era más débil espiritualmente, menos personal. Y si los occidentales no sabían que Kṛṣṇa era Dios, entonces se lo explicaría la Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna, difundiendo Su gloria «en toda ciudad y aldea».

«La conciencia de Kṛṣṇa» era la expresión con la que Bhaktivedanta Swami traducía una frase del *Padyāvalī* de Śrīla Rūpa Gosvāmī, escrita en el siglo XVI. *Kṛṣṇa-bhakti-rasa-bhāvita*: «Absorberse en la suave dulzura de desempeñar servicio devocional para Kṛṣṇa».

Los propósitos declarados en el artículo de constitución de ISKCON revelaban el pensamiento de Bhaktivedanta Swami. Había siete puntos, parecidos a los que figuraban en la publicidad para la Liga de Devotos que él mismo había formado en Jhansi, India, en 1954. Aquella tentativa no había tenido éxito, sin embargo, sus propósitos eran los mismos.

SIETE PROPÓSITOS DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL PARA LA CONCIENCIA DE KRISHNA

- a) Propagar sistemáticamente el conocimiento espiritual en toda la sociedad, y educar a la gente en las técnicas de la vida espiritual para detener el desequilibrio de los valores de la vida, y alcanzar la unidad y la paz verdaderas en el mundo.
- b) Propagar la conciencia de Krishna, tal como está revelado en el *Bhagavad-gita* y el *Srimad-Bhagwatam*.
- c) Reunir a los miembros de la Asociación entre sí y acercarlos a Krishna, la entidad primordial, y así, desarrollar la idea entre los miembros y la humanidad en general, de que cada alma es parte integrante de la naturaleza de Dios (Krishna).
- d) Enseñar y alentar el movimiento de *sankirtan*, el canto en congregación del santo nombre de Dios, tal como se ha revelado en las enseñanzas del Señor Chaitanya Mahaprabhu.

- e) Erigir para los miembros, y para la sociedad en general, un lugar santo de pasatiempos trascendentales, dedicado a la Personalidad de Krishna.
- f) Unir más a los miembros con la intención de enseñar una forma de vida más simple y natural.
- g) Con el fin de lograr los mencionados objetivos, publicar y distribuir periódicos, revistas, libros y otros escritos.

Con independencia de lo que pensaran los socios fundadores de ISKCON de los objetivos de la Asociación, Bhaktivedanta Swami los consideraba realidades inminentes. Como había señalado el Sr. Rubén, el conductor de metro que había encontrado a Bhaktivedanta Swami en un banco de un parque de Manhattan en 1965: «Parecía saber que tendría templos llenos de devotos. “Hay templos y libros, —había dicho—. Existen, están ahí, pero el tiempo nos separa de ellos”».

Ciertamente, ninguno de sus primeros seguidores que firmaron los artículos de constitución de ISKCON, veía una forma inmediata para el sueño de Swami, y sin embargo, aquellos siete objetivos no eran simple retórica teísta inventada para convencer a unos pocos funcionarios del gobierno del Estado de Nueva York. Bhaktivedanta Swami se proponía realizar cada uno de los puntos de los estatutos.

* * *

A causa de la presencia de Swami y las cosas que decía y los *kīrtanas*, todo el mundo llamaba «el templo» al local. Pero aún no era más que un miserable local vacío. La inspiración para decorarlo la tuvieron los muchachos de la calle Mott.

Howard, Keith y Wally imaginaron un plan para sorprender a Swami cuando llegara para el *kīrtana* de la tarde. Wally quitó las cortinas de su apartamento, las llevó a la lavandería automática (el agua quedó marrón oscuro debido a la suciedad), y las tiñó de morado. El apartamento de la calle Mott estaba decorado con carteles, pinturas y grandes colgaduras decorativas de seda que Howard y Keith habían traído de la India. Los muchachos reunieron todas sus pinturas, tapices, incensarios y otras cosas, y llevaron todo, con las cortinas moradas, al local, donde comenzaron su día de decoración.

En el local, los muchachos construyeron una plataforma de madera, para que Swami se sentara, y la cubrieron con una tela vieja de terciopelo. Detrás de la plataforma, en la pared del fondo, entre las dos ventanas que daban al patio, colgaron las cortinas moradas, flanqueadas por otro par de color naranja. Sobre un panel naranja, justo por encima del asiento del Swami, colgaron una enorme pintura circular de Rādhā y Kṛṣṇa que había hecho un chico llamado James Greene. Bhaktivedanta Swami se la había encargado a James, dándole la cubierta de su *Śrīmad-Bhāgavatam*, con sus toscos dibujos hindúes como modelo. Las figuras de Rādhā y Kṛṣṇa eran algo abstractas, pero los críticos del Lower East Side que

frecuentaban el local aclamaron la obra como un logro maravilloso.

Keith y Howard confiaban menos en que Swami aprobara sus pinturas y estampados de la India, así que los colgaron del lado del templo que daba a la calle, lejos del sitio donde se sentaba. Una de aquellas láminas, muy conocida en la India, representaba a Hanumān llevando una montaña por el cielo para el Señor Rāmacandra. Los muchachos no tenían idea de la clase de ser que era Hanumān. Pensaron que quizás era un gato por la forma del labio superior. Después estaba la pintura de una figura masculina con seis brazos, dos de los cuales, pintados de un color verduzco, sostenían un arco y una flecha; otro par, azulado, sostenía una flauta; y el tercero, dorado, sostenía un bastón y un cuenco.

Ya entrada la tarde, habían cubierto la plataforma de sentarse, habían colgado las cortinas, fijado con tachuelas las sedas y las láminas decorativas, habían colgado las pinturas, y estaban decorando el estrado con flores y candeleros. Alguien trajo un almohadón para que Swami se sentara, y un cojín descolorido de una silla demasiado rellena como respaldo.

Además de los de la madriguera de la calle Mott, Robert Nelson, uno de los amigos de Swami de la zona residencial, cogió de su garaje una de las alfombras orientales estilo belga de su abuelo, y la llevó en el metro al 26 de la Segunda Avenida. Hasta Raphael y Don, dos *hippies* que parecían interesarse solamente por comer gratis y por un sitio dónde dormir, participaron en el trabajo.

El secreto estuvo bien guardado y los muchachos esperaban ver cómo respondía Swami. Aquella noche,

cuando entró para empezar el *kīrtana*, vio el templo recién decorado (hasta había incienso quemándose) y subió las cejas con satisfacción. «Están avanzando mucho —les dijo, mientras miraba el cuarto, sonriendo abiertamente—. Sí —añadió—, esto es la conciencia de Kṛṣṇa». Su repentina satisfacción manifiesta pareció a los muchachos el premio a su arduo esfuerzo. Después, subió a la plataforma, mientras los muchachos contenían la respiración, esperando que fuera sólida, y se sentó, mirando a los devotos y la decoración.

Lo habían complacido. Pero entonces asumió un aire de extrema seriedad, y aunque sabían que era ciertamente el mismo Swamiji, la risa nerviosa se les quedó en la garganta y las miradas de contento que intercambiaban disminuyeron, con incertidumbre y nerviosismo. Al ver la seriedad de Swami, la alegría de un momento antes les pareció infantil. Lo mismo que una nube cubre el sol rápidamente, como una sombra oscura, Swami había cambiado su expresión de alegre a serio, y espontáneamente ellos resolvieron estar igualmente serios y sobrios. Swami tomó las *karatālas* y volvió a sonreír con apreciación, y sus corazones rebosaron de nuevo.

El templo seguía siendo un local diminuto, con muchas cucarachas escondidas y sin esconder, el suelo inclinado y mala luz. Pero como mucha de la decoración venía de la India, tenía una atmósfera auténtica, sobre todo con Swami sentado en el estrado. Ahora los visitantes que entraban se encontraban de pronto en un pequeño templo hindú.

Bhaktivedanta Swami miró al grupo de sus seguidores. Estaba conmovido por el sitio de honor que le habían

ofrecido y su empeño por decorar el local de Kṛṣṇa. Ver que un devoto ofrecía algo a Kṛṣṇa no era nuevo para él. Pero *eso* era nuevo. En Nueva York, la semilla del *bhakti* crecía, y naturalmente, como jardinero de aquel tierno brote, estaba conmovido por la gracia de Kṛṣṇa. Mirando hacia las pinturas de la pared, dijo: «Mañana vendré a ver las pinturas y les diré cuáles están bien».

Al día siguiente, Bhaktivedanta Swami bajó a valorar la nueva exposición de arte. Una acuarela enmarcada tenía un hombre tocando un tambor de mano mientras una muchacha bailaba. «Esta está bien», dijo. Pero había otra pintura con una mujer, que era más mundana, y dijo: «No, esta pintura no está tan bien». Fue hacia el fondo del templo, seguido ansiosamente de Howard, Keith y Wally. Cuando llegó a la pintura con el personaje de seis brazos, dijo:

—¡Oh, esta es muy bonita!».

—¿Quién es? —preguntó Wally.

—Este es el Señor Caitanya —respondió Swamiji.

—¿Por qué tiene seis brazos?

—Porque Él demostró ser los dos, Rāma y Kṛṣṇa. Estos son los brazos de Rāma y esos son los de Kṛṣṇa.

—¿Qué son los otros dos brazos? —preguntó Keith.

—Esos son los brazos de un *sannyāsī*.

Fue hacia la pintura siguiente.

—Esta también es muy bonita.

—¿Quién es? —preguntó Howard.

—Este es Hanumān.

—¿Es un gato?

—No —contestó Swamiji—. Es un mono.

Hanumān está glorificado en el Rāmāyaṇa como el valiente y fiel servidor del Señor Rāmacandra. Millones de

hindúes adoran a la encarnación del Señor Rāma y de Su servidor, Hanumān, cuyas proezas se exhiben perennemente en teatro, cine, arte y adoración en los templos. Al no saber quién era Hanumān, los muchachos de la calle Mott no eran menos ignorantes que las damas mayores de la zona residencial quienes, cuando Bhaktivedanta Swami les preguntó si alguna de ellas había visto una pintura de Kṛṣṇa, se habían quedado con la mirada vacía. Los místicos del Lower East Side no distinguían a Hanumān de un gato, y habían llevado de su versión de hachís de la India una pintura del Señor Caitanya Mahāprabhu sin saber ni siquiera de quién se trataba. Sin embargo, había una diferencia importante entre aquellos muchachos y las damas de la zona residencial: los muchachos servían a Swamiji y cantaban Hare Kṛṣṇa. Habían acabado con la vida material y con el síndrome del premio al trabajo de la clase media. Su corazón se había despertado a la promesa de Swamiji de una conciencia de Kṛṣṇa expandida y sentían en su compañía algo exaltado. Lo mismo que el vagabundo del Bowery que había donado papel higiénico durante la charla de Bhaktivedanta Swami, los muchachos del Lower East Side no tenían la mente muy en orden, y sin embargo, según la visión de Bhaktivedanta Swami, Kṛṣṇa los estaba guiando desde dentro de sus corazones. Bhaktivedanta Swami sabía que mejorarían cantando y oyendo hablar acerca de Kṛṣṇa.

* * *

El verano de 1966 entraba en agosto y Prabhupāda se mantenía saludable. Para él, eran unos días felices. Los

neoyorkinos se lamentaban de las olas de calor del verano, pero esto no causaba ninguna molestia a quien estaba acostumbrado a las temperaturas de más de 40 grados, en los abrasadores veranos de Vṛndāvana. «Es como en la India», decía, mientras iba sin camisa, con aspecto relajado y como en casa. Había pensado que en América tendría que vivir alimentándose con papas cocidas (aparte de eso, no habría más que carne), pero allí estaba comiendo tan contento el mismo arroz, *dāl* y *capātīs*, y cocinando en la misma olla de tres pisos, como en la India. El trabajo sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam* también había continuado con regularidad desde que se había instalado en el apartamento de la Segunda Avenida. Y ahora Kṛṣṇa le llevaba a aquellos sinceros muchachos que cocinaban, escribían a máquina y lo escuchaban habitualmente, cantando Hare Kṛṣṇa y pidiendo más.

Prabhupāda seguía siendo un predicador solitario, libre de irse o quedarse, que escribía sus libros en su íntima relación con Kṛṣṇa, con toda independencia de los muchachos del local. Pero ahora consideraba la Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna como un hijo espiritual. Los inquisitivos muchachos, muchos de los cuales ya habían estado cantando de manera constante por más de un mes, eran como torpes niños espirituales y se sentía responsable de su dirección. Empezaban a considerarlo su maestro espiritual, confiando en él para que los guiara en la vida espiritual. Aunque eran incapaces de seguir de inmediato la variedad de reglas que siguen los *brāhmaṇas* y los *vaiṣṇavas* de la India, tenía esperanzas. Según Rūpa Gosvāmī, el principio más importante era el volverse consciente de Kṛṣṇa «de una forma u otra».

La gente debía cantar Hare Kṛṣṇa y prestar servicio devocional. Debían poner todo lo que tuvieran al servicio de Kṛṣṇa. Y Prabhupāda estaba poniendo en práctica este principio básico de la conciencia de Kṛṣṇa hasta el límite más extremo que la historia del vaishnavismo hubiera visto nunca.

Aunque estaba ocupando a los muchachos en cocinar y escribir a máquina, Prabhupāda no hacía menos. Por el contrario, por cada alma sincera que pedía voluntariamente algún servicio, había cien que no querían servir, sino desafiar. Hablando con ellos, a veces gritando e incluso dando algún golpe sobre la mesa, Prabhupāda defendía a Kṛṣṇa contra la filosofía *māyāvāda*. También era su servicio a Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura. No había ido a América a retirarse. Por lo que con el paso de cada nuevo día, llegaba otra confirmación de que su trabajo, sus seguidores y sus desafiantes no hacían más que aumentar.

Cuánto podía llegar a hacer, dependía de Kṛṣṇa. «Soy un viejo —decía— puedo desaparecer en cualquier momento». Pero si «desapareciera» en aquel momento era seguro que la conciencia de Kṛṣṇa desaparecería también, porque la asociación para la conciencia de Kṛṣṇa no era nada más que él: su porte al dirigir el canto mientras movía la cabeza ligeramente de atrás hacia adelante, en pequeños gestos de éxtasis, su porte entrando y saliendo del templo por el patio o al apartamento, su persona, cuando se sentaba sonriente para hablar de filosofía durante horas; él era el único soporte y sustento de la pequeña, frágil y controlada atmósfera de la conciencia de Kṛṣṇa en el Lower East Side de Nueva York.

En el cuarto de atrás de su apartamento, Prabhupāda solía estar solo, sobre todo a primeras horas de la mañana (las dos, las tres o las cuatro), cuando no había casi nadie más despierto. A esas horas tempranas, su cuarto estaba en silencio y entonces, trabajaba solo en la intimidad de su relación con Kṛṣṇa. Se sentaba en el suelo, ante su baúl-pupitre, adorando a Kṛṣṇa al escribir a máquina las traducciones y explicaciones de su *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Pero este mismo cuarto también servía para reuniones, y cualquiera que llamara a la puerta de Swami podía entrar y hablar con él en cualquier momento, cara a cara. Prabhupāda dejaba su máquina de escribir y consagraba su tiempo a hablar, escuchar, contestar preguntas, a veces discutiendo o bromeando. Un visitante podía estar solo con él durante media hora hasta que llamaba algún otro y Swami lo invitaba a participar en la conversación. Unos llegaban y otros se iban, pero Swamiji permanecía allí, sentado y hablando.

En general, las visitas hacían preguntas puntuales: los visitantes consultaban sobre filosofía y él contestaba, más o menos como después de la clase en el local. Pero a veces, alguno de los muchachos que se estaba haciendo seguidor firme, monopolizaba su tiempo, sobre todo los martes, jueves, sábados y domingos por la noche, cuando no había clase por la tarde en el templo. Con frecuencia le hacían preguntas personales: ¿Qué impresión tuvo cuando llegó a Nueva York por primera vez? ¿Qué le parecía la India? ¿Tenía allí seguidores? ¿Sus familiares eran devotos de Kṛṣṇa? ¿Cómo era su maestro espiritual? Y entonces él hablaba de una manera diferente, más tranquilo, más íntimo y más humorístico.

Una noche contó cómo había conocido a su maestro espiritual. También contaba cosas de su infancia en la India, cómo había comenzado su propio negocio de farmacia, y cómo había dejado su casa y había tomado la orden de *sannyāsa* en 1959. A los muchachos les interesaba, pero sabían tan poco sobre las cosas de las que hablaba Swami que a la mención de una palabra como *mṛdaṅga* o *sannyāsa* tenían que preguntar lo que significaba, y él seguía hablando por la tangente describiendo especies hindúes, tambores hindúes y hasta mujeres hindúes. Y hablara de lo que hablara, finalmente hacía brillar sobre el tema la luz del *śāstra*. No razonaba esta clase de charla, sino que la mantenía abundante durante horas, día tras día, mientras hubiera alguien real y vivamente interesado.

A mediodía, el cuarto de delante del apartamento se convertía en comedor, y por las tardes era un lugar de adoración íntimo. Swamiji lo había conservado vacío y limpio, con sus trece metros cuadrados de suelo de parquet de madera. La solitaria mesita de café, al lado de la pared entre las dos ventanas del patio, era el único mueble. Diariamente, a medio día, había doce hombres que tomaban allí su almuerzo con él. Los platos los cocinaba Keith, que pasaba la mañana entera en la cocina.

Al principio, Keith cocinaba solo para Swami. Había llegado a dominar el arte de cocinar el *dāl*, el arroz y el *sabji* en la olla de tres pisos de Swami, y solía haber bastante para uno o dos invitados también. Pero pronto comenzaron a llegar más invitados, y Swamiji dijo a Keith que aumentara la cantidad (dejando de lado la cacerola de tres pisos), hasta que se encontró cocinando para una docena de hombres hambrientos. Los huéspedes, Raphael y Don, aunque no

se interesaban por lo que decía Swamiji, llegaban puntualmente cada día a tomar *prasādam*, normalmente con uno o dos amigos que se habían dado una vuelta por el local. Steve llegaba cuando salía de su trabajo en la oficina de asistencia social. El grupo de la calle Mott también venía. Y había algún otro más.

La cocina estaba abastecida con las especias hindúes más usadas: pimientos picantes frescos, raíces de gengibre frescas, granos de comino, cúrcuma y asafétida. Keith dominaba las técnicas básicas para cocinar y se las pasó a su amigo Chuck, que se convirtió en su ayudante. Algunos de los otros muchachos se quedaban a la puerta de la estrecha cocinita observando a Keith mientras un *capātī* tras otro, espeso como una tortilla, se inflaba como un balón sobre la llama, y después tomaba su sitio, uno sobre otro, en el humeante montón.

Mientras el fino arroz *bhasmatī* hervía hasta alcanzar un terminado jugoso, esponjoso y blanco, y se cocía el *sabjī*, el guiso del mediodía alcanzaba su clímax con «el *chaunce*». Keith preparaba el *chaunce* exactamente como le había enseñado Swamiji. Ponía sobre la llama un vaso de metal lleno hasta la mitad de mantequilla clarificada, y después añadía unos cominos. Cuando estaban casi negros, ponía pimientos picantes y cuando los pimientos ennegrecían, comenzaba a salir del vaso un humo sofocante. Entonces estaba listo el *chaunce*. Con las pinzas de cocina, Keith retiraba el vaso, con su hirviente y crepitante mezcla humeando como el cazo de un brujo, y lo llevaba hasta el borde de la olla donde se hacía el *dāl*. Levantaba un poco la ajustada tapadera, vertía el *chaunce* hirviendo con un rápido movimiento de muñeca, e inmediatamente

volvía a tapar la olla... ¡PUMB! El encuentro del *chaunce* y el *dāl* provocaba una explosión, que era recibida con vítores desde la puerta, pues indicaba que se había terminado de cocinar. Esta operación final era tan volátil que en una ocasión hizo saltar la tapadera hasta el techo con gran estrépito, causando a Keith quemaduras menores en la mano. Algunos de los vecinos se quejaban de olores acres y penetrantes. Pero a los devotos les encantaba.

Cuando el almuerzo estaba listo, Swamiji se lavaba las manos y la boca en el cuarto de baño y venía al cuarto de delante, con sus suaves pies de plantas rosadas, siempre descalzos, y su *dhotī* azafrán que le llegaba a los tobillos. Se quedaba al lado de la mesita en la que estaba el cuadro del Señor Caitanya y Sus compañeros, mientras sus propios compañeros estaban en torno a él, contra la pared. Keith llevaba una bandeja grande de *capātīs*, apilados por docenas, y la colocaba en el suelo, ante la mesa que hacía de altar, con las ollas de arroz, *dāl* y *sabjī*. Swamiji recitaba la oración en bengalí para ofrecer el alimento al Señor, y todos los presentes hacían como él, postrándose con las rodillas y la cabeza en el suelo, siguiendo la plegaria en bengalí, palabra por palabra. Cuando el vapor y la mezcla de aromas se elevaban como una ofrenda de incienso ante la imagen del Señor Caitanya, los seguidores de Swamiji inclinaban la cabeza hasta el suelo de madera y mascullaban la oración.

Swamiji se sentaba entonces con sus amigos, comiendo el mismo *prasādam* que ellos, con el extra de un plátano y un cuenco de metal lleno de leche caliente. Cortaba el plátano empujándolo contra el borde del cuenco, haciendo que las rodajas cayeran en la leche caliente.

El decreto explícito de Bhaktivedanta Swami de que todos tenían que comer tanto como fuera posible creaba una atmósfera de familia y de buen humor. No se permitía a nadie estar sentado picoteando la comida y mordisqueando cortésmente. Comían con un placer sobre el cual Swamiji casi insistía. Si veía que alguien no comía con entusiasmo, pronunciaba su nombre y protestaba sonriendo: «¿Por qué no comes? Toma *prasādam*. —Y se reía—. Cuando estaba en el barco, camino a su país —pensaba— ¿cómo podrían comer estas cosas los americanos?». Y cuando los chicos daban su plato para que les sirvieran más, Keith volvía a servir otra vez más arroz, *dāl*, *capātis* y *sabji*.

Después de todo, era espiritual. Había que comer mucho. Aquello te purificaba. Te liberaba de *māyā*. Además, era bueno, exquisito, picante. Era mejor que la comida americana. Era como cantar. Algo genial. Estos alimentos te hacían volar.

Comían con la mano derecha, al estilo hindú. Keith y Howard ya lo habían aprendido, y hasta habían probado platos parecidos, pero como dijeron al Swami y a todo el cuarto lleno de gente dispuesta a creer cuanto dijeran, en la India los alimentos nunca habían sido tan buenos.

Stanley, uno de los chicos, era muy joven, y Swamiji, casi como un padre embobado, lo observaba cuando comía. La madre de Stanley lo había visitado en persona y le había dicho que solamente permitiría a su hijo vivir en el monasterio si Swamiji cuidaba de él personalmente. Swamiji accedió. Con diligencia, alentaba al muchacho, hasta que poco a poco llegó a tener un apetito voraz y empezó a tomar diez *capātis* cada vez (y hubiera tomado

más si Swamiji no le hubiera dicho que ya era bastante). Pero aparte de que Swamiji limitara a Stanley a comer no más de diez *capātīs*, siempre estaba diciendo: «Más..., toma más». Cuando Swamiji terminaba, se levantaba y salía del cuarto, Keith atrapaba un par de voluntarios para ayudarlo a fregar, y los demás se marchaban.

De vez en cuando, algún domingo, el mismo Swamiji cocinaba un festín con platillos hindúes especiales.

Steve: *Swamiji en persona preparaba el prasādam y después nos lo servía en el piso de arriba, en la habitación de delante. Estábamos todos sentados en filas, y recuerdo que iba y venía entre las filas de muchachos, pasando delante de nosotros con los pies descalzos y sirviéndonos con una cuchara alimentos de ollas diferentes. Nos preguntaba lo que queríamos: ¿quieren un poco más de esto? Y nos servía con gusto. Aquellos platos no eran comunes, sino dulces y apetitosos, como arroz dulce y kacaurīs, con sabores especiales. Incluso después de haber tomado un plato lleno, volvía y nos decía que tomáramos más.*

Una vez se acercó a mí y me preguntó qué quería repetir. ¿Quería un poco más de arroz dulce? Debido a mi malentendido sobre la vida espiritual, pensé que debía negarme a lo que más me gustaba, así que pedí un poco más de arroz solo. Pero hasta aquel «arroz solo» era un elaborado arroz amarillo con bolitas de queso frito.

En las noches que no había charla, el apartamento de Swamiji estaba silencioso. A veces, estaba solo toda la tarde, escribiendo a máquina y traduciendo el *Śrīmad-Bhāgavatam*, o hablando en un ambiente relajado con

uno o dos visitantes hasta las diez. Pero las noches de reunión (lunes, miércoles y viernes) había actividad en todos los cuartos de su apartamento. Ya no estaba solo. Sus nuevos seguidores lo ayudaban y compartían su ánimo de intentar atraer gente para cantar Hare Kṛṣṇa y oír hablar de la conciencia de Kṛṣṇa.

Los lunes, miércoles y viernes se celebraba el *kīrtana* de la tarde. Algunos de los devotos estaban abajo recibiendo a la gente y explicando cosas sobre Swami y el canto. Pero sin Swami no podía comenzar nada. Nadie sabía cómo tocar el tambor de mano, y nadie se atrevía a pensar en dirigir el canto del mantra sin Swamiji. Solo podían empezar cuando él entraba, a las siete.

Recién duchado y vestido con su tela hindú limpia, tejida a mano, con el cuerpo y los brazos decorados con los signos *vaiṣṇavas* en forma de flechas, Swamiji dejaba su apartamento y bajaba a enfrentarse con otra oportunidad extática de glorificar a Kṛṣṇa. El pequeño templo rebosaba de cándidos americanos jóvenes, salvajes y nada brahmínicos.

* * *

Keith estaba preparando el almuerzo en la cocina como de costumbre, pero aquel día, Swamiji estaba de pie al lado de los hornillos, observando a su alumno. Keith interrumpió lo que estaba haciendo y levantó la mirada:

—Swamiji, ¿podría ser su discípulo?

—Sí —contestó Swamiji—. ¿Por qué no? Te llamarás Kṛṣṇa dāsa.

Este sencillo intercambio fue la primera solicitud de ser discípulo y la primera admisión a la iniciación concedida por Swamiji. Pero no fue solo eso. Swamiji anunció que pronto habría una iniciación. «¿Qué es una iniciación, Swamiji?», preguntó uno de los muchachos, y Swamiji respondió: «Lo diré más tarde».

Primero necesitaban unas cuentas. Keith fue a la Tandy's Leather Company y compró unas cuentas de madera de un centímetro y cuerda para enhebrarlas. Era mucho mejor, dijo Swamiji, contar con cuentas al cantar; un rosario de 108 cuentas, para ser exactos. Esto ocupaba el sentido del tacto, y como con los *vaiṣṇavas* de la India, hacía posible contar las veces que se cantaba el mantra. Algunos devotos en la India tenían un hilo de más de mil cuentas, había dicho, y ellos, cantando, las pasaban una y otra vez. Enseñó a los muchachos a hacer un nudo doble entre cada una de las 108 cuentas. El número 108 tenía un significado especial: había 108 *Upaniṣads*, lo mismo que 108 *gopīs* principales, las devotas más íntimas del Señor Kṛṣṇa.

Los iniciados harían votos, dijo, y uno de ellos era cantar un número determinado de rondas enteras en el rosario cada día. Unos doce de los muchachos de Swamiji podían ser candidatos, pero no había un sistema estricto para seleccionarlos; si ellos querían, podían solicitarlo.

Steve: *Aunque yo estaba ya haciendo todo lo que aconsejaba Swamiji, sentía que la iniciación era un compromiso serio. Y con mis últimos y fuertes impulsos de ser completamente independiente, vacilaba en recibirla.*

Los amigos de Swamiji veían la iniciación de distintas maneras. A algunos les parecía muy serio, y otros lo tomaban como una fiesta o diversión. Unos días antes de la ceremonia, Wally y Howard conversaban en el patio mientras enhebraban sus cuentas:

—No es más que una formalidad —decía Wally—. Tú aceptas a Swamiji como tu maestro espiritual.

—¿Y qué implica esto? —preguntó Howard.

—Nadie está muy seguro. En la India, es una práctica común. ¿No crees que querrías tenerlo como maestro espiritual?

—No lo sé. Parece ser un buen maestro espiritual, sea lo que sea. Quiero decir, que a mí me gusta mucho él y sus enseñanzas, por eso creo que en cierto modo ya es mi maestro espiritual. Solo que no entiendo en qué va a cambiar esto la situación.

—Tampoco yo —responde Wally—. Creo que en nada. Solo es una formalidad.

El 8 de septiembre era Jannmāṣṭamī, el día del advenimiento del Señor Kṛṣṇa. Un año antes, Bhaktivedanta Swami había celebrado el aniversario del nacimiento de Kṛṣṇa en el mar, a bordo del Jaladuta, justo a la salida de Colombo. Y ahora, exactamente un año más tarde, tenía un pequeño grupo de personas que cantaban Hare Kṛṣṇa. Los iba a reunir a todos, los haría observar un día de cánticos, lectura de Escrituras, ayuno y festín... y al día siguiente sería la iniciación.

A las seis, Swamiji bajó, y estaba a punto de comenzar su clase de la mañana como de costumbre, cuando uno de los muchachos le preguntó si iba a leer su propio manuscrito. Swamiji pareció tímido, pero no disimuló su

satisfacción al pedirle que leyera su propio comentario del *Bhagavad-gītā*. De costumbre él leía un verso del *Gītā* de la edición de Oxford del Dr. Radhakrishnan. Aunque el comentario ofrecía una filosofía impersonalista, la traducción, decía Swami, era fiel en un noventa por ciento. Pero aquella mañana envió a Roy a buscar su manuscrito, y leyó durante una hora sus páginas mecanografiadas.

Para celebrar Janmāṣṭamī había reglas especiales: no se comía, y el día se pasaba cantando, leyendo y hablando de la conciencia de Kṛṣṇa. Si alguien se sentía demasiado débil, dijo, había fruta en la cocina. Pero era mejor que ayunaran hasta la fiesta de medianoche, igual que los devotos de la India. Dijo que en la India, millones de personas, hindúes, musulmanes, o lo que fueran, celebraban el nacimiento del Señor Kṛṣṇa. Y en todos los templos tenían lugar festividades y celebraciones de los pasatiempos de Kṛṣṇa.

—Y ahora —dijo finalmente—, voy a decirles lo que se entiende por iniciación. Iniciación significa que el maestro espiritual acepta al estudiante y está de acuerdo en hacerse cargo de él, y el estudiante acepta al maestro espiritual, y está de acuerdo en adorarlo como Dios.

Hizo una pausa. Nadie dijo nada.

—¿Hay preguntas?

Como no había ninguna, se levantó y salió.

Los devotos estaban pasmados. ¿Qué le habían oído decir exactamente? Durante semanas había insistido que cuando alguien declara ser Dios, debe ser considerado un perro.

—Mi mente acaba de estallar —dijo Wally.

—La mente de *todos* ha estallado —dijo Howard—. Swamiji acaba de lanzar una bomba.

Pensaron en Keith. Él era sensato, pero estaba en el hospital. Hablando entre ellos, estaban cada vez más confundidos. La observación de Swamiji había confundido su juicio. Finalmente, Wally decidió ir al hospital a ver a Keith.

Keith escuchó toda la historia. Oyó que Swamiji les había dicho que ayunaran y que había leído pasajes de su propio manuscrito y que había dicho que explicaría la iniciación y que todos habían escuchado atentamente... y Swamiji había lanzado una bomba:

—El estudiante acepta al maestro espiritual y está de acuerdo en adorarlo como a Dios. ¿Alguna pregunta?

Y Swamiji se fue.

—Ahora ya no sé si quiero ser iniciado —confesó Wally—. Lo tenemos que adorar como a Dios.

—Bueno, ya lo están haciendo al admitir todo lo que les dice —replicó Keith—, y le aconsejó que volvieran a hablar con Swamiji... antes de la iniciación.

Así que Wally volvió al templo y consultó con Howard, y juntos fueron al apartamento de Swamiji.

—Lo que nos dijo esta mañana —preguntó Howard— ¿significa que hemos de aceptar que el maestro espiritual es Dios?

—Eso significa que se le debe el mismo respeto que a Dios, puesto que es el representante de Dios. Por lo tanto es idéntico a Dios, porque puede entregar a Dios al discípulo sincero. ¿Está claro?

Lo estaba.

La mayor parte de los aspirantes a la iniciación pasaron varias horas aquel día enhebrando las cuentas rojas de madera brillante. Ataban un extremo de la cuerda a un barrote de la ventana o a un radiador, pasaban una cuenta cada vez por toda la cuerda, y la anudaban fuerte, cantando un mantra Hare Kṛṣṇa por cada cuenta. Era servicio devocional, cantar y enhebrar las propias cuentas para la iniciación. Cada vez que anudaban una nueva cuenta, parecía un acontecimiento de suma importancia.

Swamiji había dicho que en la India los devotos cantaban, por lo menos, 64 rondas de cuentas al día. Decir el mantra Hare Kṛṣṇa una vez en cada una de las 108 cuentas, constituía una ronda. Su maestro espiritual había dicho que quien no cantara 64 rondas al día era un caído.

Al principio, algunos de los muchachos creían que ellos también tendrían que cantar 64 rondas, y estaban perplejos: ¡Eso llevaría todo el día! ¿Cómo vas a ir a trabajar si tienes que cantar 64 rondas? Entonces alguien dijo que Swamiji le había dicho que 32 rondas sería un mínimo suficiente para Occidente. Wally dijo que él había oído decir a Swamiji 25, pero hasta eso parecía imposible. Entonces, Swamiji ofreció el último mínimo: 16 al día, sin falta. Quienquiera que se iniciara, tenía que prometerlo.

El enhebrar cuentas, cantar, leer y dormir duró hasta las once de la noche, cuando Swamiji invitó a todos a ir a su cuarto. Cuando pasaron uno tras otro por el patio, sintieron una calma poco acostumbrada en la atmósfera, y la calle Houston, del otro lado del muro, estaba silenciosa. No había luna.

Cuando sus seguidores se sentaron en el suelo, comiendo tan contentos el *prasādam* en platos de cartón, Swamiji se sentó entre ellos contando historias sobre el nacimiento del Señor Kṛṣṇa. Kṛṣṇa advino aquella misma tarde hacía cinco mil años. Nació como hijo de Vasudeva y Devakī en la prisión del rey Kāmsa, a medianoche, y su padre, Vasudeva, Lo llevó inmediatamente a Vṛndāvana, donde se crió como el hijo de Nanda Mahārāja, un pastor de vacas.

Swamiji habló también de la necesidad de purificarse para avanzar espiritualmente. «No es suficiente cantar palabras santas —dijo—. Hay que ser puro por dentro y por fuera. Cantar siendo puro conlleva avance espiritual. La entidad viviente se vuelve impura porque desea gozar de placeres materiales. Pero el impuro puede purificarse siguiendo a Kṛṣṇa, haciéndolo todo por Kṛṣṇa. Los que comienzan en la conciencia de Kṛṣṇa tienen una tendencia a relajar su esfuerzo al poco tiempo, pero para avanzar espiritualmente hay que resistir a esta tentación y aumentar continuamente los esfuerzos y la devoción».

Michael Grant: *Oí hablar de la iniciación por primera vez justo el día antes de que se celebrara. Había estado muy ocupado con mi música y no estaba asistiendo. Iba andando, Segunda Avenida abajo, con uno de los aspirantes a ser iniciados, y me dijo que iba a haber una cosa llamada ceremonia de iniciación. Pregunté lo que era eso y me dijo: «Todo lo que sé es que significa que aceptas al maestro espiritual como Dios». Esto fue una gran sorpresa para mí y apenas sabía cómo tomarlo. Pero no lo tomé del todo serio, y la manera de decírmelo tan desenvuelta le daba un*

aire de que no era muy importante. Me preguntó de paso si yo también iba a hacerlo, y le dije, también como de paso: «Bueno, creo que sí. ¿Por qué no? Lo probaré».

Jan, la novia de Mike, no creyó que sería una discípula obediente, y la iniciación sonaba aterradora. Le gustaba Swami, sobre todo cocinar con él. Pero fue Mike quien la convenció: él iría, así que ella tenía que ir con él.

Carl Yeargens sabía algo sobre la iniciación por sus lecturas sobre filosofía oriental y él, más que los otros, sabía que se trataba de un compromiso serio. Le sorprendió saber que Swamiji iba a celebrar una iniciación y miraba con cautela su posible participación en ella. Sabía que la iniciación significaba no tener vida sexual ilícita, no ingerir sustancias embriagantes, ni comer carne, y que un discípulo iniciado tendría nuevas responsabilidades para difundir las enseñanzas entre los demás. Carl se sentía más alejado desde que Swamiji se fue a vivir a la Segunda Avenida, pero decidió asistir a la iniciación de todas maneras.

Bill Epstein nunca había pretendido ser un discípulo serio. Celebrar la iniciación no era más que otra parte del montaje de Swami, y tú estabas libre de tomártelo en serio o no. Él pensó que estaba muy bien recibir la iniciación, incluso si no eras serio. Probaría.

James Greene pensaba que no era lo bastante puro como para iniciarse. «¿Quién soy yo para iniciarme?» Pero Swami le había pedido que llevara algo a la tienda. «Yo fui, y estaba claro que yo era uno de los que iban a iniciarse. De manera que pensé, ¿por qué no?».

Stanley siempre estaba con Swami y sus seguidores. Había preguntado a su madre si podía iniciarse, y ella había dicho que estaría muy bien.

Steve necesitaba más tiempo para pensarlo.

Keith estaba en el hospital.

Bruce había estado yendo solo una o dos semanas, y era demasiado pronto.

Chuck se había tomado una semana de vacaciones de su regulada vida espiritual en el templo, de modo que no sabía nada de la iniciación.

A nadie se le pidió que se afeitara la cabeza, ni siquiera que se cortara el cabello o que se cambiara de ropa. Nadie ofreció a Swamiji el *guru-dakṣiṇā* tradicional, donación que debe hacer el discípulo en señal del gran agradecimiento que siente hacia su maestro. Nadie le ayudaba en sus quehaceres, de manera que el mismo Swamiji tuvo que cocinar y hacer los demás preparativos para la iniciación. Conocía perfectamente la mentalidad de los muchachos, y no intentó imponer nada sobre ninguno. Algunos de los iniciados no supieron hasta después de la iniciación, cuando lo preguntaron, que las cuatro reglas (no comer carne, no practicar actividades sexuales ilícitas, no consumir drogas y no participar en juegos de azar) eran obligatorias para todos los discípulos. La respuesta que dio Swamiji fue: «Me alegro mucho de que por fin me hayan preguntado esto».

Iba a ser un sacrificio védico en vivo con un fuego ceremonial allí mismo, en el cuarto de delante del apartamento de Swamiji. En el centro del cuarto estaba la arena del sacrificio, que era una plataforma cuadrada de ladrillos de diez centímetros de altura y sesenta centímetros

de ancho, cubierta con un montón de tierra. La tierra era del patio; y los ladrillos, de un edificio en ruinas cercano. En torno al montón había once plátanos, mantequilla clarificada, granos de sésamo, granos de cebada sin pelar, polvos de teñir de cinco colores y una provisión de leña. Los once iniciados llenaron casi todo el espacio del cuarto cuando se sentaron en el suelo rodilla con rodilla en torno a la arena de sacrificio. Los invitados, en el corredor, miraban con curiosidad por la puerta abierta. Para todos, excepto para Swami, aquello era completamente nuevo y extraño, y cada fase de la ceremonia se realizaba bajo su dirección. Como algunos de los muchachos habían hecho un desastre al tratar de ponerse en la frente el *tilaka vaiṣṇava*, Swamiji les había llevado el dedo por la frente, con paciencia, dibujando limpiamente una estrecha «V».

Swamiji se sentó ante el montón de tierra, mirando a su congregación. No parecían muy diferentes de cualquier otro grupo de jóvenes *hippies* del Lower East Side que podía haberse reunido para cualquier acontecimiento espiritual, cultural, musical o lo que fuera. Algunos solamente estaban probando algo nuevo, otros sentían profunda devoción por Swami. Pero todos sentían curiosidad. Él les había pedido que cantaran el mantra Hare Kṛṣṇa en voz baja durante la ceremonia, y el canto fue un murmullo continuo que acompañaba sus misteriosos movimientos como sacerdote principal del rito védico.

Comenzó por encender una docena de varitas de incienso. Después, hizo purificaciones con agua. Tomando una cuchara con la mano izquierda, puso tres gotas de agua que había tomado de una copa en su mano derecha, y las sorbió. Hizo lo mismo tres veces. La cuarta vez no

sorbió el agua, sino que la tiró al suelo, tras él. Entonces pasó la cuchara y la copa a los iniciados, que intentaron copiar lo que habían visto. Cuando alguno de ellos ponía el agua en la mano equivocada o la sorbía mal, Swamiji lo corregía con paciencia.

«Ahora —dijo—, repitan conmigo». Y los hizo repetir, palabra por palabra, un mantra védico de purificación:

*om apavitraḥ pavitro vā
sarvāvasthām gato 'pi vā
yaḥ smaret puṇḍarīkākṣaram
sa babyābhyanantaraḥ śuciḥ
śrī viṣṇuḥ śrī-viṣṇuḥ śrī-viṣṇuḥ*

Los iniciados trataron de seguir con voz titubeante la pronunciación de aquellas palabras que nunca habían oído antes. Después, tradujo lo que habían dicho: «Sin purificar o purificados, o incluso después de haber pasado por todas las situaciones, el que recuerda a la Suprema Personalidad de Dios, el de los ojos de loto, se limpia por dentro y por fuera». Tres veces repitió el sorber el agua, mientras el murmullo continuo del mantra Hare Kṛṣṇa llenaba la habitación y la copa pasaba de iniciado a iniciado, hasta volver de nuevo a él, y tres veces dirigió el canto del mantra: *om apavitraḥ...* Entonces levantó una mano, y al desvanecerse el zumbido del canto y hacerse el silencio, comenzó su conferencia.

Tras la conferencia, Swamiji pidió a los devotos, uno a uno, que le dieran sus cuentas, y comenzó a cantar con ellas: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. El

sonido del canto de todos llenaba el cuarto. Después de terminar una ronda, llamaba al propietario de las cuentas y las mantenía en alto mientras mostraba cómo había que cantar. Después anunciaba el nombre espiritual del iniciado, y el discípulo recobraba las cuentas, se inclinaba hasta el suelo y recitaba:

*nama om viṣṇu-pādāya kṛṣṇa-preṣṭhāya bhū-tale
śrimate bhaktivedānta-svamin iti nāmine*

«Ofrezco respetuosas reverencias a Su Divina Gracia A. C. Bhaktivedanta Swami, quien es muy querido por el Señor Kṛṣṇa, debido a que ha tomado refugio a Sus pies de loto».

Había once iniciados y, por lo tanto, once juegos de cuentas, y el canto duró más de una hora. Swamiji dio a cada muchacho un hilo de cuentas para el cuello que, según dijo, eran como los collares de los perros, que identificaban al devoto como un perro de Kṛṣṇa.

Después de que Wally recibió sus cuentas y su nuevo nombre (Umāpati), volvió a su sitio al lado de Howard y dijo: «Ha sido maravilloso. Que te den tus cuentas es maravilloso». A su vez, cada iniciado recibía sus cuentas y su nombre espiritual. Howard fue Hayagrīva; Wally, Umāpati; Bill, Ravindra-svarūpa; Carl, Karlāpati; James, Jagannātha; Mike, Mukunda; Jan, Jānakī; Roy, Rāya Rāma; y Stanley, Stryadhīsa. Otro Stanley, un muchacho de Brooklyn, que trabajaba, y Janis, estudiante de universidad de Montreal, que tenían una relación superficial con Swami, aparecieron aquella noche y recibieron la iniciación con los demás, recibiendo los nombres de Satyavrata y Janārdana.

Entonces Swamiji comenzó el sacrificio de fuego esparciendo los polvos de colores sobre el montón de tierra que estaba ante él. Con extrema atención, la congregación iba observando cada misterioso movimiento, mientras tomaba las ramitas y las astillas, las sumergía en la mantequilla clarificada, las encendía en la llama de un candelero, y hacía una hoguera pequeña en el centro del montón. Mezcló los granos de sésamo y la cebada con mantequilla clarificada en un cuenco, y después lo hizo pasar entre todos alrededor. Cada nuevo discípulo tomaba un puñado de la mezcla y lo echaba al fuego como ofrenda. Swami comenzó entonces a recitar unas plegarias en sánscrito, pidiendo a todos que las repitiesen; cada plegaria terminaba con el canto de la palabra «*svāhā*», repetido tres veces, en forma de respuesta. Y con «*svāhā*», los iniciados lanzaban al fuego un poco de la mezcla de sésamo y cebada. Swamiji continuó vertiendo mantequilla, amontonando madera y cantando más plegarias hasta que el montón estuvo en llamas. Siguió las plegarias y vertió más mantequilla, y el fuego se agrandó aumentando el calor del cuarto.

Pasados quince o veinte minutos, Swamiji dijo a cada uno de los iniciados que pusiera un plátano al fuego. Con once plátanos amontonados encima, las llamas comenzaron a apagarse y el humo se hizo más espeso. Algunos de los iniciados se levantaron y salieron corriendo y tosiendo al otro cuarto, y los invitados retrocedieron en el corredor. Pero Swamiji siguió vertiendo en el fuego la mantequilla y los granos que quedaban. «Este humo no molesta —decía—. Otra clase de humo molesta, pero este no». Aunque a todos les lloraban los ojos y los tenían

irritados, dijo que no se abrieran las ventanas. De manera que todo el humo se quedó en el apartamento, y ningún vecino se quejó.

Swamiji, muy sonriente, se levantó de su asiento ante el fuego del sacrificio, la lengua ardiente de Viṣṇu, y comenzó a aplaudir y a cantar Hare Kṛṣṇa. Con un pie delante del otro y balanceándose de un lado a otro, comenzó a danzar ante el fuego. Sus discípulos se le unieron, y bailaron y cantaron, y el humo disminuyó. Hizo que cada discípulo tocara con sus cuentas los pies del Señor Caitanya de la pintura del Pañca-tattva que estaba sobre la mesa, y finalmente permitió que abrieran las ventanas. Cuando la ceremonia terminó y el aire del apartamento se despejaba, Swamiji comenzó a reír: «Había tanto humo aquí que creí que tendríamos que llamar a los bomberos».

Swamiji estaba feliz. Dispuso que el *prasādam* se distribuyera entre todos los devotos e invitados. El fuego, las oraciones, los votos y todos cantando Hare Kṛṣṇa habían creado una atmósfera auspiciosa. Las cosas marchaban. Ahora había devotos iniciados en el mundo occidental. Finalmente, la mayoría de los discípulos se fueron a su casa, dejando que su maestro espiritual hiciera la limpieza después de la ceremonia de iniciación.

Tres días más tarde, Swamiji celebró su primer matrimonio entre dos discípulos, Mukunda y Jānakī, con una ceremonia similar. Estaba satisfecho. Estaba introduciendo algunos de los elementos más importantes de su misión de la conciencia de Kṛṣṇa. Tenía discípulos iniciados, los había casado, y había agasajado al público con *kṛṣṇa-prasādam*. «Si tuviera medios —dijo a sus seguidores— podría hacer un gran festival como este todos los días».

En Rādhāṣṭamī, el día del advenimiento de Śrīmatī Rādhārāṇī, la consorte eterna del Señor Kṛṣṇa, Prabhupāda celebró su segunda iniciación. Keith fue Kīrtanānanda; Steve, Satsvarūpa; Bruce, Brahmānanda y Chuck, Acyutānanda. Fue otro día festivo con un fuego de sacrificio en el cuarto principal de Prabhupāda, y una gran fiesta.

Allen Ginsberg vivía cerca, en la calle Décima Este. Un día recibió una extraña invitación por correo:

Practique la vibración del sonido trascendental:

*Hare Krishna, Hare Krishna,
Krishna Krishna, Hare Hare/
Hare Rama, Hare Rama,
Rama Rama, Hare Hare.*

Este canto limpiará el polvo del espejo de la mente.

*Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna
Reuniones todos los días a las 7 a. m.,
lunes, miércoles y viernes a las 7 p. m.
Está usted cordialmente invitado a venir
y a traer a sus amigos.*

Swamiji había dicho a los muchachos que distribuyeran la publicidad por el barrio.

Una tarde, poco después de recibir la invitación, Allen Ginsberg y su compañero de cuarto, Peter Orlovsky, llegaron al local en una furgoneta Volkswagen. Allen se sintió cautivado por el mantra Hare Kṛṣṇa hacia varios

años, al conocerlo por primera vez en la India, en el festival de Kumbha-melā de Allahabad, y desde entonces lo había cantado con frecuencia. Los devotos estaban impresionados al ver que el mundialmente famoso autor de *Howl* y una de las primeras figuras de la generación «beat», entraba en su modesto local. Su apoyo al amor libre, la marihuana y el LSD, sus pretendidas visiones espirituales en lo cotidiano provocadas por la droga, sus ideas políticas, su exploración de la locura, la rebelión, la desnudez, y su tentativa de crear una armonía de almas con mentalidad parecida, todo aquello tenía una influencia en la mente de la gente joven americana, sobre todo en aquella que vivía en el Lower East Side. Aunque para las normas de la clase media constituía un escándalo y un desorden, era con todo derecho, una figura de reputación mundial, mucho más que todos los que habían ido antes al local.

Allen y Peter habían ido para el *kīrtana*, pero todavía no era la hora; Swamiji no había bajado aún. Ofrecieron a los devotos un armonio nuevo. «Es para los *kīrtanas* —dijo Allen—. Un pequeño donativo». Allen se quedó en la puerta del local, hablando con Hayagrīva, diciéndole que él había estado cantando Hare Kṛṣṇa por todo el mundo, en marchas por la paz, recitales de poesía, en una procesión en Praga, en una reunión de escritores en Moscú. «*Kīrtana* seglar —dijo Allen—, pero, de todos modos, Hare Kṛṣṇa». Entonces llegó Prabhupāda. Allen y Peter se sentaron con la congregación y se unieron al *kīrtana*. Allen tocó el armonio.

Swamiji correspondió inclinando la cabeza y uniendo las palmas. Tras el *kīrtana* estuvieron hablando un

momento y después Swamiji volvió a su apartamento. Allen dijo a Hayagrīva que le gustaría volver otra vez y hablar con Swami, y Hayagrīva lo invitó a que fuera el día siguiente para el almuerzo de *prasādam*.

—¿No crees que Swamiji es demasiado esotérico para Nueva York?, —preguntó Allen.

—Quizás, —contestó Hayagrīva.

Entonces Hayagrīva pidió a Allen que ayudara a Swamiji, ya que su visa acabaría pronto. Había entrado en el país con una visa por dos meses, y la había prorrogado por dos meses más una y otra vez. Así había pasado un año, pero la última vez que solicitó una extensión, se la habían denegado.

—Necesitamos un experto en inmigración, —dijo Hayagrīva.

—Tendrán mi donativo para eso, —aseguró Allen.

A la mañana siguiente, Allen Ginsberg fue con un cheque y otro armonio. Arriba, en el apartamento de Prabhupāda, les hizo oír *su* melodía para cantar Hare Kṛṣṇa, y después, se quedaron hablando él y Swamiji.

Allen: Yo fui un poco tímido con él porque no sabía de donde venía. Yo tenía aquel armonio y quería regalarlo, y también tenía algo de dinero. Pensé que era una gran ocasión que él estuviera allí para explicar el mantra Hare Kṛṣṇa; aquello podía justificar, de algún modo, que yo cantara. Yo sabía lo que hacía, pero no tenía ningún antecedente teológico que diera respuesta a preguntas más profundas y aquí había alguien que sí las tenía. Así que me pareció absolutamente fantástico. Ahora podía ir por ahí cantando Hare Kṛṣṇa, y si alguien quería saber qué era, no tenía más que enviárselo

a Swami Bhaktivedanta para que se lo dijera. Si alguien quería saber las complejidades técnicas y la historia fundamental, le diría que se lo preguntara a él.

Swami me habló de su propio maestro, de Caitanya y del linaje anterior. Tenía la cabeza llena de muchas cosas y de lo que estaba haciendo. Estaba ya trabajando en sus traducciones. Parecía como si estuviera siempre allí sentado, día tras día y noche tras noche. Y creo que tenía una o dos personas ayudándolo.

Swamiji fue muy cordial con Allen. Con la cita de un pasaje del *Bhagavad-gītā*, en el que Kṛṣṇa dice que todo lo que haga un gran hombre, lo harán los demás, pidió a Allen que continuara cantando Hare Kṛṣṇa siempre que pudiera, para que los demás siguieran su ejemplo. Le dijo que el Señor Caitanya había organizado el primer movimiento de desobediencia civil en la India, dirigiendo una marcha de *saṅkīrtana* en protesta contra el gobernante musulmán. Allen estaba fascinado. Le gustó hablar con Swami.

Allen: *Lo importante, por encima de todas nuestras diferencias, era un aire de dulzura que tenía, una dulzura personal, desinteresada, como una total devoción. Y esto era lo que siempre me conquistaba, cualesquiera que fueran las dudas y las preguntas intelectuales que yo tuviera, o hasta opiniones cínicas de ego. En su presencia había un tipo de encanto personal que venía de la dedicación, y que vencía todos nuestros conflictos. Incluso aunque no estuviéramos de acuerdo, siempre me gustó estar con él.*

Swamiji vivía en medio de la cultura de la droga, en un barrio en el que los jóvenes estaban intentando casi desesperadamente alterar sus conciencias, ya fuera con drogas o por algún otro medio, cualquier cosa a su alcance. Swamiji les aseguraba que podrían alcanzar fácilmente la conciencia superior que deseaban cantando Hare Kṛṣṇa. Era inevitable que al explicar la conciencia de Kṛṣṇa hiciera alusiones a la experiencia de la droga, aunque no fuera más que para demostrar que eran caminos contrarios. Estaba acostumbrado a los «*sādhus*» hindúes que utilizaban la *ganja* y el hachís pretendiendo que les ayudaba a meditar. E incluso antes de salir de la India, los turistas *hippies* eran ya un elemento familiar en las calles de Delhi.

A los *hippies* les gustaba la India a causa de la mística cultural y el fácil acceso a las drogas. Allí encontraban a sus colegas hindúes, que les aseguraban que tomar hachís era algo espiritual, y entonces ellos volvían a América y perpetraban sus malos entendidos sobre la cultura espiritual hindú.

Así se vivía. Las principales tiendas locales tenían una línea entera de productos. Marihuana, LSD, peyote, cocaína, y drogas duras, como heroína y barbitúricos, se adquirían fácilmente en las calles y en los parques. Los periódicos clandestinos publicaban noticias importantes del mundo de la droga, presentaban un personaje de chistes ilustrados llamado Capitán High (*go high* significa «viajar» bajo los efectos de la droga). Y publicaban unos crucigramas que solamente podía contestar un «cerebro» al día.

Swamiji tenía que enseñar que la conciencia de Kṛṣṇa estaba más allá del venerado viaje del LSD. «¿Creen que tomar LSD puede producir éxtasis y una conciencia superior?, —preguntó una vez a la audiencia del local—. Entonces, imaginen un cuarto lleno de LSD. La conciencia de Kṛṣṇa es eso».

La gente solía ir allí y preguntar a los discípulos de Swami: «¿Notas algo con esto?, ¿te hace subir?». Y los devotos contestaban: «¿Oh, sí! Con solo cantar, ya te sube. ¿Por qué no pruebas?».

Probablemente, los experimentos más famosos con LSD en aquellos días fueron los de Timothy Leary y Richard Alpert, profesores auxiliares de psicología de Harvard, que estudiaron los efectos de la droga, publicaron los resultados de su investigación en revistas profesionales, y preconizaron el uso del LSD para la autorrealización y la plenitud. Después de que lo despidieran de Harvard, Timothy Leary continuó hasta convertirse en el sacerdote nacional del LSD, y por algún tiempo dirigió una comuna de LSD en Millbrook, Nueva York.

Cuando los miembros de la comuna de Millbrook oyeron hablar de Swami del Lower East Side, que dirigía a sus seguidores en un canto que te hacía viajar, comenzaron a visitar el local. Una noche, un grupo de unos diez *hippies* de Millbrook fueron al *kīrtana* de Swamiji. Todos ellos cantaron, no tanto para adorar a Kṛṣṇa como para ver qué clase de viaje podía provocar el canto, y después de la charla, un líder de Millbrook preguntó sobre las drogas. Prabhupāda contestó que las drogas no eran necesarias para la vida espiritual, que no proporcionaban ninguna conciencia espiritual, y que todas las visiones religiosas

provocadas por la droga no eran más que alucinaciones. Tener conciencia de Dios no era tan fácil ni barato que pudiera hacerse solo con tomar una píldora o con fumar. Cantar Hare Kṛṣṇa, explicó, era un proceso de purificación para dejar al descubierto la propia conciencia pura. Tomar drogas aumentaría la cubierta e impediría la comprensión del yo.

—Pero, ¿tú has tomado alguna vez LSD?

La pregunta, en aquel momento, era un reto.

—No, contestó Swamiji. Nunca he tomado ninguna de esas cosas, ni siquiera cigarrillos ni té.

—Si no lo has tomado, ¿cómo puedes decir lo que es?

Los de Millbrook miraban en torno, sonriendo. Dos o tres hasta se echaron a reír y se burlaron de él creyendo que estaba en un callejón sin salida.

—Yo no lo he tomado —contestó Swamiji suntuosamente desde su estrado—. Pero mis discípulos han tomado todas estas cosas, marihuana, LSD, muchas veces, y las han abandonado. Ellos lo pueden decir. Hayagrīva, puedes hablar.

Y Hayagrīva se incorporó y habló con todo su vozarrón.

—Bueno, por mucho que te suba el LSD, finalmente alcanzas la cúspide y entonces viene la bajada. Lo mismo que ir al espacio exterior en una nave espacial. —Daba uno de los ejemplos conocidos de Swamiji—. Tu aeronave puede ir muy lejos de la Tierra, miles de kilómetros, día tras día, pero no puedes seguir viajando y viajando, sin más. Tarde o temprano tienes que aterrizar. Con el LSD tenemos la experiencia de la subida, pero siempre tenemos que volver a bajar. Eso no es la conciencia espiritual. Si tú

alcanzas la conciencia espiritual o conciencia de Kṛṣṇa, te quedas arriba. Puesto que vas a Kṛṣṇa, no necesitas bajar. Puedes estar siempre de subida.

Swamiji estaba en su cuarto de atrás con Hayagrīva, Umāpati y otros discípulos. Acababa de terminar la reunión de la tarde y los visitantes de Millbrook se habían ido.

—La conciencia de Kṛṣṇa es algo tan bueno, Swamiji —exclamó Umāpati—. Vas cada vez más alto, y no bajas.

—Sí, es verdad. —Dijo Swamiji sonriendo.

—No más bajadas, —dijo Umāpati riendo.

Y los demás también se echaron a reír. Algunos aplaudieron, repitiendo: No más bajadas.

La conversación inspiró a Hayagrīva y Umāpati a crear una nueva publicidad:

¡QUÉDATE SIEMPRE DE SUBIDA!

No más bajadas

Practica la Conciencia de Krishna

Expande tu conciencia practicando la

«VIBRACIÓN SONORA TRASCENDENTAL»

HARE KRISHNA HARE KRISHNA

KRISHNA KRISHNA HARE HARE

HARE RAMA HARE RAMA

RAMA RAMA HARE HARE

La publicidad seguía alabando la conciencia de Kṛṣṇa por encima de cualquier otro tipo de viaje. Incluía expresiones como «terminar con todos los aterrizajes» y «dar marcha», y hablaba contra «la utilización de métodos

inducidos artificialmente para obtener la experiencia del yo y expandir la conciencia». Alguien objetó que la publicidad «se acomodaba demasiado a la mentalidad *hippie*», pero Swamiji dijo que estaba muy bien.

* * *

Octubre de 1966

Tompkins Square Park era el parque del Lower East Side. Al sur estaba bordeado por la calle Séptima, con sus viviendas de piedra rojiza de tres y cuatro pisos. En el lado norte estaba la Décima, con más piedras rojizas, pero en mejores condiciones, y el pequeño y antiguo edificio que albergaba la agencia de Tompkins Square de la Biblioteca Pública de Nueva York. En la Avenida B, al límite este del parque, estaba la iglesia de Santa Brígida, construida en 1848, cuando el barrio era totalmente irlandés. La iglesia, la escuela y el rectorado aún ocupaban buena parte de la manzana. El lado oeste del parque, la Avenida A, estaba bordeado de pequeñas confiterías donde vendían periódicos, revistas, cigarrillos y sodas con helado en la barra. Había también unos pocos bares, diversas tiendas de comestibles, y un par de restaurantes eslavos especializados en caldos de verdura baratos que atraían a ucranianos y a *hippies*, codo con codo en busca de algo que comer.

Las cuatro hectáreas del parque contenían muchos árboles altos, pero por lo menos la mitad de la superficie estaba pavimentada. Un sistema de verjas de metro y medio de altura de pesadas barras de hierro fundido zigzagueaba por el parque, bordeando los paseos y

protegiendo la hierba. Las verjas y los muchos paseos y entradas al parque hacían el efecto de un laberinto.

Como el tiempo aún era cálido y era domingo, el parque estaba lleno de gente. Casi todos los bancos que bordeaban los paseos estaban ocupados. Había gente mayor, en gran parte ucraniana, vestida con trajes pasados de moda y que llevaban suéteres a pesar del calor; estaban reunidos por clanes, hablando. También había muchos niños en el parque, la mayoría portorriqueños y negros, pero también los había de cabello rubio, chiquillos de los tugurios, de facciones duras, haciendo carreras de bicicletas o jugando al balón y al platillo volador; los campos de baloncesto y balonmano estaban casi siempre ocupados por adolescentes. Y como siempre, había muchos perros sueltos corriendo.

Una diminuta glorieta de mármol (cuatro columnas y un tejado, con una fuente potable dentro) era un vestigio de los viejos tiempos: 1891, según rezaba la inscripción. En sus cuatro lados estaban escritas las palabras ESPERANZA, FE, CARIDAD y TEMPLANZA. Pero alguien había pintado de negro toda la estructura, haciendo dibujos vulgares y escribiendo nombres e iniciales ilegibles. Aquel día había un grupo tocando bongos y congas, y todo el parque vibraba con sus ritmos irresistibles.

Y los *hippies* estaban allí, distintos de todos los demás. Los bohemios barbudos y sus jóvenes compañeras de pelo largo, vestidos con tejanos viejos, eran aún algo nuevo. Incluso en el crisol de Lower East Side, su presencia creaba cierta tensión. Provenían de familias de clase media, de manera que no los había arrastrado a los barrios bajos una extrema necesidad económica. Esto provocaba conflictos

en su trato con los inmigrantes menos privilegiados. Y la conocida inclinación de los *hippies* por las drogas psicodélicas, su rebelión contra sus familiares y contra la opulencia, y su identificación con la vanguardia, los había hecho, a veces, la minoría abucheada del barrio. Pero los *hippies* solo querían ocuparse de lo suyo y crear su propia revolución «por el amor y por la paz», de manera que se les toleraba, aunque no se les apreciaba.

Había diferentes grupos entre los jóvenes *hippies* de Tompkins Square Park. Había amigos que habían ido juntos al mismo colegio, habían tomado juntos la misma droga, o que coincidían en una filosofía determinada de arte, literatura, política o metafísica. Había amantes. Había grupos que se mantenían unidos por razones indescifrables, salvo por el propósito común de hacer lo que les daba la gana. Y había otros que vivían como eremitas: un solitario se sentaba en un banco del parque, analizando los efectos de la cocaína, mirando hacia arriba, hacia las hojas verdes de los árboles, que susurraban de un modo extraño, y al cielo azul por encima de las viviendas, y después, hacia abajo, a la basura que había a sus pies, mientras, irremediablemente, seguía su mente, desde el temor a la iluminación, al asco, a la alucinación, sin parar, hasta que la droga comenzaba a perder su efecto y él volvía a ser un vulgar desconocido. A veces se quedaban sentados toda la noche, «colgados» por el parque, hasta que, al fin, al amanecer se echarían en los bancos a dormir.

Los *hippies* iban al parque sobre todo los domingos. Al menos, lo cruzaban para ir camino de la plaza de St. Mark, Greenwich Village, o al metro de la avenida Lexington en la Plaza Astor, o a la parada de la línea IND

en el cruce de Houston y la Segunda Avenida, o a tomar un autobús hacia la zona alta en la Primera Avenida, hacia el centro en la Segunda, o hacia el otro lado de la ciudad en la Novena. O iban al parque solo para salir de sus apartamentos y sentarse juntos al aire libre, para volver a drogarse, para hablar o para andar por el laberinto de paseos del parque.

Pero cualquiera de los diversos intereses y trayectos de los *hippies*, el Lower East Side era una parte esencial de la mística. No era simplemente un barrio bajo; era el mejor sitio del mundo para llevar a cabo sus experimentos sobre la conciencia. Porque con toda su inmundicia y amenaza de violencia, y la vida confinada de sus viviendas de piedra roja, el Lower East Side era aún la vanguardia de la revolución de la expansión de la mente. Si no se estaba viviendo allí, tomando drogas psicodélicas o marihuana, o por lo menos dedicado intelectualmente a la búsqueda de una religión personal libre, no se estaba iluminado y no se tomaba parte en la evolución más progresiva fuera de la existencia humana del americano ordinario, materialista y «recto», evolución que dio unidad a lo que, sin ella, era solo una ecléctica reunión de *hippies* en el Lower East Side.

En este cuadro caótico entró Swamiji con sus seguidores y se sentó para celebrar un *kīrtana*. Tres o cuatro devotos que llegaron antes que él, buscaron una zona despejada en el parque, sacaron la alfombra oriental, donativo de Robert Nelson, se sentaron sobre ella, y comenzaron a tocar los *karatālas* y a cantar Hare Kṛṣṇa. Inmediatamente, algunos chiquillos montaron en sus bicicletas, frenaron justo al borde de la alfombra, y se quedaron a horcajadas

en sus bicis, mirando con curiosidad y de manera irreverente. Otros transeúntes se pararon a escuchar.

Mientras tanto, Swamiji, acompañado por media docena de discípulos, hacía a pie la distancia de ocho manzanas que había desde el local. Brahmānanda llevaba el armonio y el tambor de Swami. Kīrtanānanda, que se había afeitado la cabeza a petición de Swamiji y vestía una tela amarillo canario enrollada en flojos pliegues, produjo una sensación suplementaria. Los conductores paraban sus coches para mirar y los pasajeros se asomaban boquiabiertos ante la ropa extravagante y la cabeza afeitada. Al pasar por delante de una tienda, las personas que había allí se codeaban las unas a las otras y señalaban el espectáculo. La gente salía a las ventanas de las viviendas creyendo que Swami y su grupo era un desfile que pasaba. En especial, puertorriqueños maleducados no pudieron evitar unas reacciones exageradas: «¡Eh, Buddha!», decían mofándose. «¡Oye! ¡Se han olvidado de quitarse la pijama!». Lanzaban gritos penetrantes imitando el clamor de guerra de los indios que habían oído en los *westerns* de Hollywood.

«¡Eh!, ¡árabes!», exclamó un entrometido que comenzó a imitar lo que entendía por una danza oriental. En la calle nadie sabía nada sobre la conciencia de Kṛṣṇa, ni siquiera conocían nada de la cultura y costumbres hindúes. Para ellos, el séquito de Swami no era más que un puñado de *hippies* locos alardeando. Pero no sabían qué pensar de Swami. Él era diferente. Aun así, recelaban. Algunos, sin embargo, como Irving Halpern, un veterano residente de Lower East Side, sentían simpatía hacia aquel extranjero que «parecía ser una persona muy digna, en una misión de paz».

Irving Halpern: *Mucha gente tenía nociones espectaculares de lo que era un swami. Como si fueran a ver de pronto a un hombre acostado sobre un colchón de clavos, y toda clase de nociones absurdas. Sin embargo, allí estaba un ser bienintencionado a todas luces, muy agradable, pacífico, amable, ante un ambiente muy hostil.*

—¡Hippies!

—¿Qué son?, ¿comunistas?

Mientras los jóvenes se mofaban, las personas mayores y los viejos movían la cabeza fríamente y sin comprender. El camino hacia el parque estuvo salpicado de blasfemias, chistes obscenos y tensión, pero sin violencia.

La gente del barrio pensó que Swamiji y sus seguidores habían salido a la calle con vestidos extravagantes para bromear, solo para volverlo todo en desorden y provocar miradas y gritos. Les parecía que aquellas reacciones eran lo natural en cualquier americano respetable y normal que viviera en un barrio bajo.

Así pues, fue una verdadera aventura hasta que el grupo llegó al parque. Sin embargo, Swami permaneció impassible. «¿Qué están diciendo?», preguntó una o dos veces, y Brahmānanda se lo explicaba. Swamiji tenía una manera de mantener la cabeza alta, con la barbilla levantada, como si fuera hacia adelante. Esto le daba un aire aristocrático y determinado. Su visión era espiritual; veía a todos como almas espirituales y a Kṛṣṇa como el controlador de todo. Sin embargo, aparte de esto, incluso desde un punto de vista humano, permanecía impassible ante el jaleo de la calle. Después de todo, era un «hombre de Calcuta» con experiencia.

Hacía unos diez minutos que había comenzado el *kīrtana* cuando llegó Swamiji. Tras quitarse sus babuchas blancas de goma, como si estuviera en su casa en el templo, se sentó en la alfombra con sus seguidores, que habían interrumpido el canto y lo observaban. Llevaba un suéter rosa y sobre los hombros un chal de *khādī*. Estaba sonriente. Mirando a su grupo, indicó el ritmo contando: Uno... dos... tres... Empezó a aplaudir mientras seguía contando: Uno... dos... tres... Las *karatālas* siguieron, al principio confundiendo el tiempo, pero él marcaba el ritmo aplaudiendo, y entonces los demás se le unieron, aplaudiendo, o tocando los címbalos no muy artísticamente en un «tempo» lento y firme.

Swami comenzó a cantar unas plegarias que nadie conocía: *vande 'ham śrī-guroḥ śrī-yuta-pada-kamalaṁ śrī gurūn vaiṣṇavāṁś ca*. Tenía una voz dulce como el armonio, rica en matices de melodías bengalíes. Sentado en la alfombra, bajo un gran roble, cantó las misteriosas plegarias sánscritas. Ninguno de sus seguidores conocía más mantras que el Hare Kṛṣṇa; pero conocían a Swamiji. Y mantuvieron el ritmo escuchándolo de cerca, mientras los camiones retumbaban por la calle y las congas vibraban a lo lejos.

Mientras cantaba (*śrī-rūpaṁ sāgrajātam*) se acercaron unos perros, unos niños se quedaron mirando, y unos pocos se burlaron señalando con el dedo: «¡Oye!, ¿quién es ese sacerdote?». Pero su voz era un refugio tras las dualidades en conflicto. Sus muchachos siguieron tocando los címbalos mientras él cantaba solo: *śrī-rādhā-kṛṣṇa-pādān*.

Swamiji cantaba unas oraciones en alabanza del amor conyugal puro de Śrīmatī Rādhārāṇī por Kṛṣṇa, el amado

de las *gopīs*. Cada palabra que habían transmitido durante cientos de años los devotos íntimos de Kṛṣṇa, estaba saturada de un profundo significado trascendental que solo él comprendía. *Saha-gana-lalitā-śrī-viśākhānvitāṁś ca*. Esperaban que comenzara Hare Kṛṣṇa, aunque oírlo cantar a él era ya muy emocionante.

Se acercó más gente, que era lo que Swamiji quería. Quería que los demás cantaran y bailaran con él, y ahora sus seguidores también lo estaban deseando. Querían estar con él. Parecía que era esto lo que harían siempre: ir con Swamiji, sentarse y cantar. Él siempre estaría con ellos, cantando.

Entonces, Swamiji comenzó el mantra: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/ Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Ellos respondían, demasiado bajo y confuso al principio, pero él se volvió de nuevo hacia ellos, cantando de la manera correcta, con aire triunfal. De nuevo ellos respondieron, recobrando ánimos, tocando las *karatālas* y aplaudiendo: uno... dos... tres..., uno... dos... tres... De nuevo volvió a cantar solo, mientras ellos seguían colgados de cada palabra, aplaudiendo, tocando los címbalos y observándolo, y él los miraba desde su concentración interior: la sabiduría de su edad avanzada, su *bhakti*. Y por amor a Swamiji, se desentendieron de lo que los rodeaba y se unieron a él cantando en congregación. Swamiji tocaba su tambor sujetándolo por la abrazadera con la mano izquierda, estrechándolo contra sí, y tocando con la derecha ritmos complicados de *mṛdaṅga*.

Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/ Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Al cabo

de media hora seguía con energía, repitiendo el mantra arrastrándolos con él, mientras los curiosos, interesados, se reunían en número cada vez mayor. Unos pocos *hippies* se sentaron al borde de la alfombra, imitando la manera de sentarse con las piernas cruzadas, escuchando, aplaudiendo, tratando de cantar, y el pequeño círculo central de Prabhupāda y sus seguidores crecía a medida que llegaba más gente.

Como siempre, su *kīrtana* atraía a los músicos.

Irving Halpern: *Yo hago flautas y toco los instrumentos musicales que hago. Cuando llegó Swami, me acerqué y empecé a tocar, y él me recibió muy bien. Siempre que un músico nuevo se acercaba y tocaba la primera nota, él abría los brazos. Era como si hubiera subido al podio y se dispusiera a dirigir la Filarmónica de Nueva York. Quiero decir que aquel era un gesto que conocen todos los músicos. Tú sabes exactamente cuando alguien quiere que toques, y se alegra de que lo estés haciendo. Y esta forma fundamental de comunicación musical, él la tenía, y me asocié a ello rápidamente. Y estaba muy contento con eso.*

Casi siempre había músicos solitarios rondando por lugares diferentes del parque, y cuando supieron que podían tocar con el canto de Swami, y que serían bienvenidos, empezaron a acercarse uno a uno. Un saxofonista se acercó solo porque allí había un ritmo muy fuerte y le apetecía. Otros, como Irving Halpern, lo veían como algo espiritual, con buenas vibraciones. A medida que se unían los músicos, muchos transeúntes se dejaron arrastrar por el *kīrtana*. Swamiji cantaba tanto solo como

con el coro, y muchos que se habían acercado cantaban también la parte de solo, de manera que había un canto constante de coro. Por la tarde, la multitud llegó a más de cien personas, con doce músicos tratando de unirse con Swami, con sus congas y bongos, flautas de bambú, de metal, con armónicas, con castañuelas de madera y de metal, tambores y guitarras.

Era impresionante verlo. Tenía la frente surcada de arrugas por el esfuerzo de cantar alto, y su rostro era fuerte. Las venas de las sienes sobresalían visiblemente, y la mandíbula se proyectaba hacia adelante cuando cantaba su «¡Hare Kṛṣṇa! ¡Hare Kṛṣṇa!» para que todos lo oyeran. Aunque su porte era agradable, su canto era intenso, a veces forzado, y todo en él era concentración.

No era el retiro de yoga ni la vigilia tranquila y silenciosa de cualquier otro, sino un puro adentrarse en el canto que le era propio a Bhaktivedanta Swami. Era una nueva ola, algo en lo que todos querían tomar parte. La comunidad parecía aceptarlo. Llegó a atraer tanta gente que el vendedor de helados fue por allí a hacer negocio. Cerca de Prabhupāda, había un grupo de niños de pelo rubio, de cinco o seis años, que estaban allí sentados. Un pequeño polaco se quedó mirando. Alguien comenzó a quemar incienso sobre carbón encendido en un colador de metal y el humo exquisito ondulaba entre los flautistas, percusionistas y cantores.

Swamiji hizo un gesto a sus discípulos y ellos se levantaron y comenzaron a bailar. Stryadhīśa, alto y delgado, con los bolsillos traseros llenos de folletos «*Quédate siempre de subida*», levantó las manos y comenzó a bailar. A su lado, con un suéter negro de cuello alto, con sus gruesas

cuentas alrededor del cuello, bailaba Acyutānanda, con su cabello largo y ondulado, casi rizado, en desorden. Entonces se levantó Brahmānanda. Él y Acyutānanda estaban uno frente a otro, con los brazos extendidos como en la pintura del *kīrtana* del Señor Caitanya. Unos fotógrafos salieron de entre la multitud. Los muchachos bailaban, cambiando el peso del pie izquierdo al derecho, haciendo una serie de poses angélicas, con las grandes cuentas rojas de cantar colgadas del cuello. Estaban haciendo «el paso de Swami».

Brahmānanda: Cuando me levanté, pensé que debería quedarme de pie hasta que Swamiji terminara de tocar el tambor. Pensaba que sería una ofensa si me sentaba mientras él seguía tocando. De manera que bailé durante una hora.

Swamiji hizo un signo de aprobación con un típico gesto hindú de cabeza y levantó las manos invitando a otros bailarines. La mayoría de sus discípulos comenzaron a bailar y hasta unos pocos *hippies* se levantaron y lo intentaron. Swamiji quería que todos cantaran y bailaran en *saṅkīrtana*. La danza era una tranquila oscilación andando con los pies descalzos sobre la alfombra, los brazos levantados hacia arriba, con los dedos extendidos hacia el cielo, por encima de las ramas de los árboles de otoño. Aquí y allá, entre la multitud, había cantantes que saboreaban sus propios éxtasis: una muchacha con los ojos cerrados tocaba unos pequeños címbalos con los dedos y movía la cabeza como en sueños mientras cantaba. Una dama polaca, de viejo y gastado rostro y un pañuelo en la cabeza, miraba con incredulidad a la muchacha.

Entre la multitud había desperdigados pequeños grupos de viejecitas, con sus pañuelos en la cabeza, algunas con lentes de sol, hablando animadamente y señalando los aspectos interesantes del *kīrtana*. Kīrtanānanda era el único que llevaba *dhotī*, como si fuera una versión en joven de Prabhupāda. La luz de la tarde de otoño cayó poco a poco sobre el grupo, iluminándolos con un brillo dorado y creando frescas sombras alargadas.

El armonio tocaba un bajo continuo, y un muchacho con una chaqueta militar de faena improvisó unas creaciones atonales en su flauta dulce de madera. Sin embargo, los instrumentos se combinaban en un sonido total, y la voz de Swamiji emergía sobre los tonos componentes de cada acorde. Y así continuó por varias horas. Prabhupāda mantenía la cabeza y los hombros derechos, aunque al final de cada línea del mantra, a veces encogía los hombros antes de comenzar la línea siguiente. Sus discípulos estaban cerca de él, sentados en la misma alfombra, con el éxtasis religioso visible en los ojos. Finalmente, Swamiji se detuvo.

Inmediatamente se puso de pie y todos entendieron que iba a hablar. Eran las cuatro y el tibio sol de otoño aún brillaba en el parque. La atmósfera era de tranquilidad, y la audiencia estaba atenta y suave debido a la concentración en el mantra. Comenzó a hablarles, agradeciendo a todos por haberse unido al *kīrtana*. El canto de Hare Kṛṣṇa, dijo, había sido introducido quinientos años antes en Bengala Occidental por Caitanya Mahāprabhu. *Hare* significa «¡Oh, energía del Señor!», *Kṛṣṇa* es el Señor, y *Rāma* es también un nombre del Señor Supremo, que significa «el mayor placer». Sus discípulos estaban sentados

a sus pies, escuchando. Rāya Rāma miraba con los ojos medio cerrados, tras la mano que lo protegía del sol para ver a Swamiji, y la cabeza de Kīrtanānanda se inclinaba hacia un lado, como la de un pájaro que escucha lo que pasa en el suelo.

Swamiji estaba erguido cerca del fuerte roble, con las manos cruzadas relajadamente ante él, en la actitud propia de un orador, con la ropa color azafrán pálido envolviéndole con gracia. Tras él, el árbol parecía perfectamente colocado, y los rayos del sol daban en el espeso tronco con sombras en forma de hojas. Detrás de él, entre los árboles de un bosquecillo, estaba la torre de Santa Brígida. A su derecha se encontraba una mujer regordeta de mediana edad, con un traje y un peinado que en los Estados Unidos estaban pasados de moda desde hacía veinticinco años. A su izquierda había una muchacha *hippie* con aire decidido, pantalones de mezclilla ajustados, y tras ella, un muchacho negro, con un suéter negro y los brazos cruzados sobre el pecho. Al lado, un hombre joven con su hijito en brazos, después un joven y barbudo *sādhū* de la calle, peinado con raya en medio, y dos hombres de clase media y pelo corto con sus jóvenes compañeras. Muchos de los del grupo, aunque estaban cerca, se distraían mirando de un lado a otro.

Swamiji explicó que hay tres planos: sensual, mental e intelectual, y que por encima de ellos está el plano espiritual. El canto Hare Kṛṣṇa pertenece al plano espiritual, y es el mejor procedimiento para revivir nuestra conciencia eterna y dichosa. Invitó a todos a asistir a las reuniones en el 26 de la Segunda Avenida y terminó su breve discurso diciendo: «Muchas gracias. Por favor,

canten con nosotros». Después se sentó, tomó el tambor y comenzó otra vez el *kīrtana*.

Si era arriesgado para un hombre de setenta y un años tocar un tambor y hablar en voz tan alta, él tomaría aquel riesgo por Kṛṣṇa. Era demasiado bueno para interrumpirlo. Había venido de lejos, desde Vṛndāvana, había sobrevivido en un grupo de yoga no dedicado a Kṛṣṇa, había superado todo un invierno en la oscuridad. América había esperado cientos de años sin canto de Kṛṣṇa. Ningún «Hare Kṛṣṇa» había aparecido debido a las apreciaciones de Thoreau o de Emerson, aunque hubieran leído cuidadosamente traducciones en inglés del *Gītā* y los *Purāṇas*. Y ningún *kīrtana* se había originado del famoso discurso de Vivekananda en nombre del hinduismo en el Parlamento Mundial de Religiones de Chicago, en 1893. De manera que ahora que tenía, por fin, el *kṛṣṇa-bhakti* en marcha, fluyendo como el Ganges hacia el mar, no podía interrumpirse. Sentía en su corazón la voluntad infinita del Señor Caitanya de liberar a las almas caídas.

Sabía que era el deseo del Señor Caitanya Mahāprabhu y el de su propio maestro espiritual, aunque los *brāhmaṇas* de la India, conscientes de casta, desaprobaban que se relacionara con intocables como aquellos americanos drogadictos, comedores de carne, y sus amigas. Pero Swamiji explicaba que él estaba de completo acuerdo con las Escrituras. El *Bhāgavatam* afirmaba claramente que la conciencia de Kṛṣṇa debía ser entregada a todas las razas. Todos eran almas espirituales, y sin tener en cuenta su nacimiento, podían alcanzar el más elevado plano espiritual cantando el santo nombre. No importaba lo pecaminoso que hicieran, eran perfectos candidatos a la

conciencia de Kṛṣṇa. Tompkins Square Park era un plan de Kṛṣṇa; también formaba parte de la Tierra y aquellas personas eran miembros de la raza humana. Y el canto Hare Kṛṣṇa era el *dharma* para esta era.

Cuando Swamiji volvió a su local, se encontró con una multitud de gente que venía del parque y que estaba en la acera, delante de su puerta; gente joven esperando que llegara y abriera la puerta de «Regalos incomparables», esperando aprender más sobre la danza y el canto, y sobre el ya mayor Swami y sus discípulos, que habían creado aquella hermosa escena en el parque. Llenaron el local. Fuera, en la acera, los tímidos o los que no se comprometían, deambulaban cerca de la puerta o del escaparate, fumando o mirando hacia el interior, tratando de ver las pinturas de las paredes. Swamiji entró y se dirigió derecho a su estrado, sentándose ante la mayor reunión que nunca hubiera honrado su templo. Siguió hablando de la conciencia de Kṛṣṇa, viniéndole las palabras de manera tan natural como el respirar cuando citaba la autoridad sánscrita que había tras su experiencia en el parque. Les dijo que tal y como habían cantado aquel día, deberían cantar siempre.

Era tarde cuando por fin volvió a su apartamento. Uno de los muchachos le llevó una taza de leche caliente y alguien dijo que tendrían que ir a cantar al parque todas las semanas. «¡Todos los días!», replicó Swamiji. Incluso mientras media docena de personas estuviera presente, se tendió sobre su delgada estera. Continuó hablando durante unos minutos y después su voz se fue apagando, predicando con frases fragmentarias.

Pareció adormilarse. Eran las diez. Salieron de puntillas, cerrando la puerta con cuidado.

* * *

Hare Kṛṣṇa se estaba haciendo popular, celebrando con regularidad los *kīrtanas* en los parques y con reportajes en los periódicos. Hayagrīva lo llamaba «la explosión Hare Kṛṣṇa». Los *hippies* del Lower East Side consideraban el canto Hare Kṛṣṇa como «una de las cosas más estupendas que ocurrían», y el que los discípulos del Swami no tomaran LSD no parecía afectar su popularidad. Se aceptaba a los devotos como gente angelical que llevaban el canto de paz a los demás, ofreciéndoles gratuitamente alimentos y un sitio para estar. En su casa podías obtener gratis los platos vegetarianos más interesantes (si llegabas en el momento apropiado). Y en su local, en una repisa cerca de la puerta, había libros de la India.

En los clubs, los músicos locales tocaban la melodía que habían captado de los cantos de Swami en el parque y en el templo. El Lower East Side era un barrio de artistas y músicos, y también era el barrio de Hare Kṛṣṇa.

Los *kīrtanas* de la tarde siempre eran grandes. Todas las noches la tiendita se llenaba de manera que no había sitio para sentarse. Había un gran interés por el canto grupal y por quien hacía la música, pero después del *kīrtana*, cuando iba a comenzar la charla, la gente comenzaba a marcharse. No era raro que la mitad de la audiencia se marchara antes de que comenzara la charla, y a veces, la gente se iba en medio de la conferencia.

Una tarde, Allen Ginsberg llevó a la reunión a Ed Sanders y a Tuli Kupferberg, de los Fugs. Los Fugs eran un grupo local que se había hecho cierta fama, y su especialidad eran las canciones con letras obscenas. Entre las canciones populares de Ed Sanders, estaba «La diosa del suburbio de Lower East Side», «El grupo anda a tientas» y «No puedo viajar». Ed tenía el cabello rojo salvaje, una barba rojo eléctrico y tocó la guitarra durante el *kīrtana*. Los devotos se sentían felices al ver a sus prestigiosos visitantes.

Sin embargo, la noche de los Fugs, Swamiji decidió hablar sobre la ilusión del placer sexual. «El placer sexual nos ata a este mundo material vida tras vida», dijo y citó, como hacía a menudo, un verso de Yāmunācārya: «Desde que soy consciente de Kṛṣṇa, siempre que pienso en la vida sexual con una mujer, al momento vuelvo la cabeza a otro lado y escupo al pensamiento». Los Fugs no volvieron más.

Hablar mal del placer sexual no era ciertamente una buena estrategia para quien buscaba seguidores entre los *hippies* del Lower East Side. Pero Bhaktivedanta Swami nunca pensó en cambiar su mensaje. En realidad, cuando Umāpati mencionó que a los americanos no les gustaba oír que el sexo era solo para concebir hijos, Bhaktivedanta Swami contestó: «Yo no puedo cambiar la filosofía para complacer a los americanos».

—¿Qué pasa con el sexo?, preguntó el abogado de ISKCON, Steve Goldsmith, una tarde, desde el fondo del templo que rebosaba gente.

—La actividad sexual debe tener lugar solo con la propia esposa —dijo Swamiji— y esto también con restricciones. La vida sexual es para propagar hijos conscientes de

Kṛṣṇa. Mi maestro espiritual solía decir que para procrear hijos conscientes de Kṛṣṇa, él estaba dispuesto a ejecutar el acto sexual cien veces. Por supuesto, esto es muy difícil en esta era. Por eso, él fue siempre *brahmacāri*.

—Pero el sexo es una fuerza muy poderosa, —objetó el Sr. Goldsmith—. Lo que un hombre siente por una mujer es innegable.

—Por eso, en todas las culturas existe la institución del matrimonio —replicó Prabhupāda—. Tú te puedes casar y vivir tranquilamente con una mujer, pero no se puede tratar a una esposa como una máquina para la complacencia de los sentidos. Hay que restringir la vida sexual a una vez al mes y solamente para procrear hijos.

Hayagrīva, que estaba sentado justo a la izquierda de Swamiji, junto al *gong* grande que se balanceaba, exclamó de pronto:

—¿Solo una vez al mes? —Y con un toque de humor jocoso, añadió en voz alta— Para eso, ¡mejor olvidarse!

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Buen chico! —Swamiji rió y otros se le unieron—. Es mejor no pensar en ello. Mejor solo cantar Hare Kṛṣṇa. —Y levantó las manos como si estuviera cantando con un hilo de cuentas—. De esta manera nos ahorraremos muchas molestias. La actividad sexual es como una sensación de picor, eso es todo. Y cuando rasamos, es peor; así que debemos soportar el picor y pedir a Kṛṣṇa que nos ayude. No es fácil. La actividad sexual es el mayor placer en el mundo material, y también es la mayor esclavitud.

Pero Steve Goldsmith movía la cabeza. Swamiji lo miró sonriendo:

—¿Hay algún problema?

—No es más que... bueno, está probado que es peligroso reprimir la inclinación sexual. Existe la teoría de que tenemos guerras porque...

—La gente come carne —interrumpió Prabhupāda—. Mientras la gente coma carne, habrá guerra. Y si el hombre come carne, puede estar seguro de que tendrá también vida sexual promiscua.

Steve Goldsmith era un amigo influyente y un partidario de ISKCON. Pero Prabhupāda no cambiaría la filosofía de la conciencia de Kṛṣṇa «para complacer a los americanos».

* * *

Eran las 11 de la noche y en el apartamento de Swamiji no había más que una luz, la de la cocina. Swamiji estaba levantado, enseñando a cocinar a Kīrtanānanda y Brahmānanda, porque al día siguiente, que era domingo, iban a dar una fiesta para el público. Kīrtanānanda había propuesto que la anunciaran como «Fiesta del amor» y Swamiji lo había aprobado, aunque algunos pensaron que sonaba raro cuando lo oyeron decir «Fiesta del amor» por primera vez. Los devotos habían puesto carteles por el barrio y habían hecho un letrero para el escaparate del local, y Swamiji había dicho que iba a cocinar para cincuenta personas por lo menos. Dijo que las «Fiestas del amor» deberían llegar a ser una parte importante de ISKCON. Como había explicado muchas veces, el alimento que se ofrece a Kṛṣṇa se vuelve espiritual, y todo el que toma *prasādam* recibe un gran beneficio espiritual. *Prasādam* significa «misericordia».

Swamiji vigiló cada uno de la casi docena de platillos hasta su fase final, y los discípulos los llevaron al cuarto de delante en potes, uno a uno, y los colocaron ante la pintura del Señor Caitanya. Había *halavā*, *dāl*, dos *sabjīs*, un arroz muy elaborado, *purīs*, *samosās*, arroz dulce, *caṭnī* de manzana y *gulābjāmun*s, o bolas dulces (balas de ISKCON). Swamiji pasó mucho tiempo friendo lentamente las bolas dulces a fuego bajo, hasta que estuvieron doradas y crecidas. Después, una a una, las había sacado del *ghī* (mantequilla clarificada) con una espumadera, y las había puesto a empapar en almíbar. Sabía que aquellas doradas bolas de leche fritas en *ghī*, constituían el plato de *prasādam* preferido de sus discípulos. Él las llamaba «balas de ISKCON» porque eran armas en la guerra contra *māyā*. Incluso permitió que un tarro de balas de ISKCON, flotando en almíbar, estuviera siempre al alcance en el cuarto de delante, donde podían tomarlas sus discípulos sin pedir permiso y sin observar horario alguno. Podían tomar todas las que quisieran.

Las primeras Fiestas del amor no tuvieron mucha gente, pero los devotos eran tan entusiastas del *prasādam* de la fiesta, que no estaban decepcionados por la escasez de visitantes. Estaban dispuestos a comérselo todo.

Satsvarūpa: *Había algo llamado «spaghetti brahmínico», que eran fideos de harina de arroz, cocidos en ghī y remojados en agua azucarada. Y había halavā, arroz puṣpānna con bolitas de queso frito, samosās, mung-dāl partido frito como bolitas crujientes, mezcladas con sal y especias, purīs, gulābjāmun*s. *Y todo era succulento, como solía decir*

Hayagrīva. «Sí —decía con un tono de broma— todo era muy suculento».

Comer aquel festín era una experiencia intensa. Nosotros debíamos reprimir los sentidos toda la semana, siguiendo unas normas estrictas, controlando la lengua. Y el festín era una especie de recompensa. Swamiji y Kṛṣṇa nos daban a probar un éxtasis plenamente espiritual, aunque aún fuéramos novicios y estuviéramos todavía en el mundo material. Antes de tomar mi plato a rebosar, oraba: «Por favor, permíteme seguir en la conciencia de Kṛṣṇa, porque es tan bueno, y yo he caído tan bajo. Permíteme servir a Swamiji, y déjame ahora disfrutar de esta fiesta en una dicha trascendental». Y comenzaba a comer, yendo de la sensación de un sabor a otro: el arroz tan bueno, la verdura preferida, el pan, reservando el gulābjāmun para el final, pensando: «Puedo repetir una segunda vez, y si quiero, una tercera». Teníamos los ojos puestos en los grandes pots, seguros de que había tanto como quisiéramos. Era un momento en que se reafirmaban los compromisos. Todos nosotros disfrutábamos abiertamente, con gran deleite y complacencia de los sentidos. Comer era muy importante.

Poco a poco, la asistencia fue mejorando. La fiesta era gratis y tenía fama de ser deliciosa. Más que nada iban *hippies* locales, pero de vez en cuando iba una clase más elevada de neoyorkinos buscando experiencias, o hasta los padres de algunos de los devotos. Cuando se llenaba el pequeño templo, los invitados se sentaban en el patio. Tomaban sus platos de cartón llenos de *prasādam*, se lo llevaban al jardín del patio, y se sentaban detrás de la escalera de incendios, o junto a la mesa de picnic o en

cualquier parte. Y después de comer, volvían a entrar a buscar más. Los devotos estaban detrás de los potes de *prasādam* y los invitados iban a servirse una segunda vez. Los otros inquilinos no estaban muy contentos de ver el patio lleno de invitados festivos, y los devotos trataban de apaciguarlos llevándoles platos de *prasādam*. Aunque Swamiji no bajaba al templo, tomaba un plato en su cuarto y escuchaba con placer hablar del éxito de su nuevo programa.

Una vez, los devotos estaban comiendo de una manera tan voraz que amenazaban acabar con todo antes de que todos los invitados estuvieran servidos, y Kīrtanānanda tuvo que amonestarlos por su actitud egoísta. Gradualmente fueron comprendiendo que la fiesta de los domingos no era solo para su diversión, sino para atraer gente al proceso de conciencia de Kṛṣṇa.

* * *

Bhaktivedanta Swami había comenzado en la India la revista *Back to Godhead*. Aunque había estado escribiendo artículos desde los años treinta, fue en 1944, en Calcuta, cuando él solo comenzó la revista, respondiendo así al requerimiento de su maestro espiritual de que predicara en inglés la conciencia de Kṛṣṇa. Había sido con un gran esfuerzo, gracias a su negocio farmacéutico, como había podido arreglarse para reunir las cuatrocientas rupias mensuales necesarias para la publicación. Y él solo había escrito, corregido, diseñado, publicado, financiado y distribuido cada número. En aquellos primeros tiempos, *Back to Godhead* había sido la principal obra literaria y

tarea de prédica de Bhaktivedanta Swami. Había imaginado una amplia distribución de la revista y había hecho planes para difundir el mensaje del Señor Caitanya por todo el mundo. Había elaborado una lista de los países principales y del número de copias de *Back to Godhead* que quería enviar a cada uno. Había solicitado donativos para financiar su proyecto, pero la ayuda fue escasa. Entonces, en 1959, concentró sus energías en escribir y publicar el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Pero ahora quería revivir *Back to Godhead*, y esta vez no lo haría solo. Esta vez entregaría la responsabilidad a sus discípulos.

Uno de ellos, Gargamuni, se enteró de que un club particular en Queens quería vender una pequeña prensa A. B. Dick. A Swamiji le interesó y fue a Queens en una furgoneta prestada con Gargamuni y Kīrtanānanda para ver la máquina. Era antigua, pero estaba en buenas condiciones. El director del club quería 250 dólares por ella. Swamiji inspeccionó la máquina cuidadosamente y habló con el director explicándole su misión espiritual. El director dijo que disponía de otra prensa y que ninguna de las dos le hacía falta. Entonces Swamiji dijo que pagaría 250 dólares por las dos; el club no las necesitaba realmente y además el director debería ayudarlo, ya que Swamiji tenía que imprimir un importante mensaje espiritual para el bien de toda la humanidad. El hombre aceptó. Swamiji hizo que Gargamuni y Kīrtanānanda cargaran las dos máquinas en la furgoneta, e ISKCON ya tenía su imprenta.

Bhaktivedanta Swami confió la redacción de *Back to Godhead* a Hayagrīva y Rāya Rāma. Durante muchos años había tomado *Back to Godhead* como su servicio personal

a su maestro espiritual, pero entonces dejó que se encargaran de la revista unos muchachos como Hayagrīva, el profesor de inglés de facultad, y Rāya Rāma, el escritor profesional, como el servicio que ellos prestaban a su maestro espiritual. En poco tiempo, Hayagrīva y Rāya Rāma habían reunido todo el material para el primer número y estaban listos para imprimir.

Era una noche libre, sin *kīrtana* público, ni charla, y Swamiji estaba arriba en su cuarto trabajando en su traducción del *Śrīmad-Bhāgavatam*. Abajo llevaban horas imprimiendo el primer número. Rāya Rāma había escrito a máquina las plantillas, y mientras se imprimían había vigilado la máquina nerviosamente, observando la calidad de impresión de cada página, pasándose la mano por la barba y murmurando: «Hummm». Ahora tenían que ordenar y coser cada número. Las plantillas habían servido para cien copias, y cien copias de cada una de las 28 páginas y las portadas estaban alineadas en dos de los bancos sin barnizar que había hecho Raphael aquel verano. Unos devotos ordenaban y cosían la revista en una cadena de montaje, yendo a lo largo de las pilas de páginas, tomando una página tras otra hasta que llegaban al final del banco, y daban las páginas ordenadas a Gargamuni, que estaba de pie quitándose el largo pelo de los ojos, y cosiendo las revistas con una engrapadora y grapas que había traído Brahmānanda de la oficina del Consejo de Educación. Hasta Hayagrīva, que no solía ofrecerse para trabajos pequeños, estaba allí, siguiendo la línea y ordenando páginas.

De pronto, se abrió la puerta lateral, y para su sorpresa se encontraron a Swamiji que los miraba. Entonces abrió la puerta del todo y entró en el cuarto. Él nunca había

bajado así, en una noche de descanso. Inesperadamente, sintieron que la emoción y el afecto los invadían, y cayeron de rodillas, inclinando la cabeza hasta el suelo. «No, no —dijo Swami, levantando las manos para impedirse, mientras algunos se inclinaban aún y otros ya se ponían en pie—. Sigán con lo que están haciendo». Cuando se levantaron y lo vieron allí con ellos, no sabían qué hacer. Pero como era evidente que había bajado para verlos trabajar en su revista *Back to Godhead*, continuaron trabajando en silencio y con eficiencia. Prabhupāda fue a lo largo de la hilera de páginas, extendiendo con gracia la muñeca y la mano fuera de los pliegues de su chal para tocar las pilas de páginas y, finalmente, las revistas terminadas. «La imprenta de ISKCON», dijo.

Jagannātha había diseñado la portada con un dibujo a pluma de Rādhā y Kṛṣṇa, parecido a su pintura del templo. Era un dibujo sencillo, enmarcado con adornos de círculos concéntricos. La primera página comenzaba con el mismo lema que había empleado Prabhupāda durante años en su *Back to Godhead*: «Dios es luz, la ignorancia es oscuridad. Donde está Dios no hay ignorancia».

La primera y principal instrucción que dio Prabhupāda a sus redactores fue que debían de publicar la revista con *regularidad, todos los meses*. Incluso si no sabían cómo vender los números, incluso si solo podían publicar dos páginas, tenían que seguir manteniendo la norma.

Llamó a Hayagrīva a su cuarto y le obsequió un juego completo de tres volúmenes de su *Śrīmad-Bhāgavatam*. En la anteportada de cada volumen había escrito: «A Sriman Hayagriva das Brahmacari, con mis bendiciones, A. C. Bhaktivedanta Swami». Hayagrīva se lo agradeció y

dijo que no había podido costearse los. «Está bien —dijo Prabhupāda—. Ahora recopilas artículos para *Back to Godhead*. Trabaja sinceramente y haz que sea tan grande como la revista *Time*».

Prabhupāda quería que todos sus discípulos intervinieran en ello. «No sean perezosos —decía—. Escriban algo». Quería dar a sus discípulos la revista para su propia prédica. Brahmānanda y Gargamuni sacaron los primeros números aquella misma noche, en bicicleta, yendo a todas las tiendas importantes del Lower East Side, hasta la Avenida Catorce, llegando hacia el oeste hasta el West Village, hasta distribuir los cien ejemplares. Esto era un aumento en la prédica. Ahora todos sus estudiantes podían participar en el trabajo: escribiendo a máquina, corrigiendo, diseñando, escribiendo artículos, montando la revista y vendiéndola. Era su propia prédica, por supuesto, pero ya no estaba solo.

* * *

No mucho después de su boda, Mukunda y Jānakī se fueron a la Costa Oeste. Mukunda había dicho a Swamiji que quería continuar hasta la India a estudiar la música del país, pero después de unas semanas en el sur de Oregón, había terminado yendo a San Francisco. Ahora tenía una idea mejor. Quería alquilar una casa e invitar a Swamiji a que fuera y comenzara el movimiento Hare Kṛṣṇa en el distrito de Haight-Ashbury, lo mismo que estaba haciendo en el Lower East Side. Decía que allí había muy buenas perspectivas para la conciencia de Kṛṣṇa.

A veces, durante las reuniones de la tarde en su cuarto, Swamiji había preguntado si Mukunda estaba ya listo en la Costa Oeste. Durante meses, el que Swamiji fuera a la Costa Oeste había sido una de las diversas alternativas. Pero entonces, en la primera semana de enero de 1967, llegó una carta de Mukunda: había alquilado un local en el corazón del distrito de Haight-Ashbury en la calle Frederick. «Estamos muy atareados convirtiéndolo en un templo», escribió. Y Swamiji anunció: «Me voy inmediatamente».

Mukunda habló de una «Reunión de tribus» en Haight-Ashbury, en San Francisco. Miles de *hippies* llegaban de todo el país hacia el mismo barrio en el que Mukunda había alquilado el local. Era un renacimiento juvenil mucho mayor del que tenía lugar en Nueva York. En un plan para reunir fondos para el nuevo templo, Mukunda planeaba un «Mantra-rock Dance» con la participación de conjuntos famosos. ¡Y Swami Bhaktivedanta y el canto de Hare Kṛṣṇa serían el centro de la atracción!

Aunque Mukunda había incluido en su carta un boleto de avión, algunos de los seguidores de Swamiji se negaron a aceptar que Swamiji lo empleara. Los que sabían que no podrían irse de Nueva York, comenzaron a criticar la idea de que Swamiji se fuera a San Francisco. No creían que la gente de la Costa Oeste pudiera cuidar a Swamiji de manera apropiada. ¿Swamiji haciendo su aparición con músicos de rock? Aquella gente no parecía tener el respeto debido. De todas maneras, allí no había un templo apropiado. No había imprenta, ni revista *Back to Godhead*. ¿Por qué Swamiji iba a dejar Nueva York para asistir a semejante función con extraños en California?

¿Cómo iba a dejarlos en Nueva York? ¿Cómo iban a continuar su vida espiritual sin él?

Tímidamente, uno o dos disidentes manifestaron de manera indirecta algunos de estos sentimientos a Swamiji, casi como si quisieran reprenderlo por pensar en dejarlos, y hasta insinuando que las cosas no irían bien ni en San Francisco ni en Nueva York si se marchaba. Pero lo encontraron con mucha confianza y determinación. Él no pertenecía a Nueva York; él pertenecía a Kṛṣṇa. Y tenía que ir dondequiera que Kṛṣṇa quisiera que fuera a predicar. Se sentía completamente desapegado, con un gran deseo de viajar y difundir el canto Hare Kṛṣṇa.

Brahmānanda: *Estábamos conmocionados de que se marchara.*

Yo nunca pensé que la conciencia de Kṛṣṇa fuera más allá de Lower East Side, ni mucho menos de Nueva York. Yo creí que eso era todo y que siempre se quedaría aquí.

En los últimos días de la segunda semana de enero, se hizo la reserva definitiva del boleto de avión, y los devotos comenzaron a empacar los manuscritos de Swamiji en unos baúles. Raṇacora, un nuevo devoto reclutado en Tompkins Square Park, había reunido el dinero suficiente para un boleto de avión, y los devotos decidieron que acompañara a Swamiji como su asistente personal. Swamiji explicó que iba solamente por unas pocas semanas y quería que se llevaran a cabo todos los programas en su ausencia.

El día era frío y gris, y podía oírse el vapor silbando en los radiadores. Swamiji esperaba en su cuarto mientras los muchachos buscaban un coche que lo llevara al

aeropuerto. Llevaba solamente una maleta con ropa y algunos libros. Miró en el armario para ver si sus manuscritos estaban en orden. Kīrtanānanda tendría a su cuidado las cosas de su apartamento. Se sentó en su escritorio, donde durante más de seis meses se había sentado tantas veces, trabajando horas y horas con su máquina de escribir, preparando su *Bhagavad-gītā* y su *Śrīmad-Bhāgavatam*, y donde había hablado con tantos visitantes y con sus seguidores. Pero aquel día no hablaría con amigos ni escribiría ningún manuscrito, sino que iba a pasar los últimos minutos solo antes de su partida.

Aquel era su segundo invierno en Nueva York. Había fundado un movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa y se le habían unido unos pocos muchachos y muchachas sinceros. Se les conocía ya en el Lower East Side por muchos comentarios en los periódicos. Y era solo el comienzo.

Había dejado Vṛndāvana para esto. Al principio no estaba seguro de si iba a estar en América más de dos meses. En Butler había presentado sus libros, pero después, en Nueva York, vio cómo había arreglado las cosas el Dr. Mishra y que los *māyāvādīs* tenían un gran edificio. Recibían dinero y ni siquiera transmitían el verdadero mensaje del *Gītā*. Pero los americanos estaban buscando.

Aquellos meses en América habían sido difíciles. Sus hermanos espirituales no habían mostrado ningún interés en ayudarlo, aunque lo que hacía era lo que quería su Guru Mahārāja, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura, y lo que quería el Señor Caitanya. Porque el Señor Caitanya lo quería, tendría Sus bendiciones y llegaría a ocurrir.

Este era un lugar agradable, el 26 de la Segunda Avenida. Había comenzado aquí y los muchachos lo cuidarían;

incluso algunos de ellos entregaban su salario. Era un comienzo.

Bhaktivedanta Swami miró su reloj, se puso su abrigo de invierno de cheviot, su sombrero y sus zapatos, metió la mano derecha en su bolsa de las cuentas y siguió cantando. Salió del apartamento, bajó las escaleras y cruzó el patio, que en aquel momento estaba helado y silencioso, con los árboles completamente desnudos, sin que les quedara una sola hoja. Y dejó la tienda tras de sí.

Se fue mientras Brahmānanda, Rūpānuga y Satsvarūpa estaban trabajando en sus oficinas respectivas. No hubo ni siquiera una escena de despedida, ni discursos.



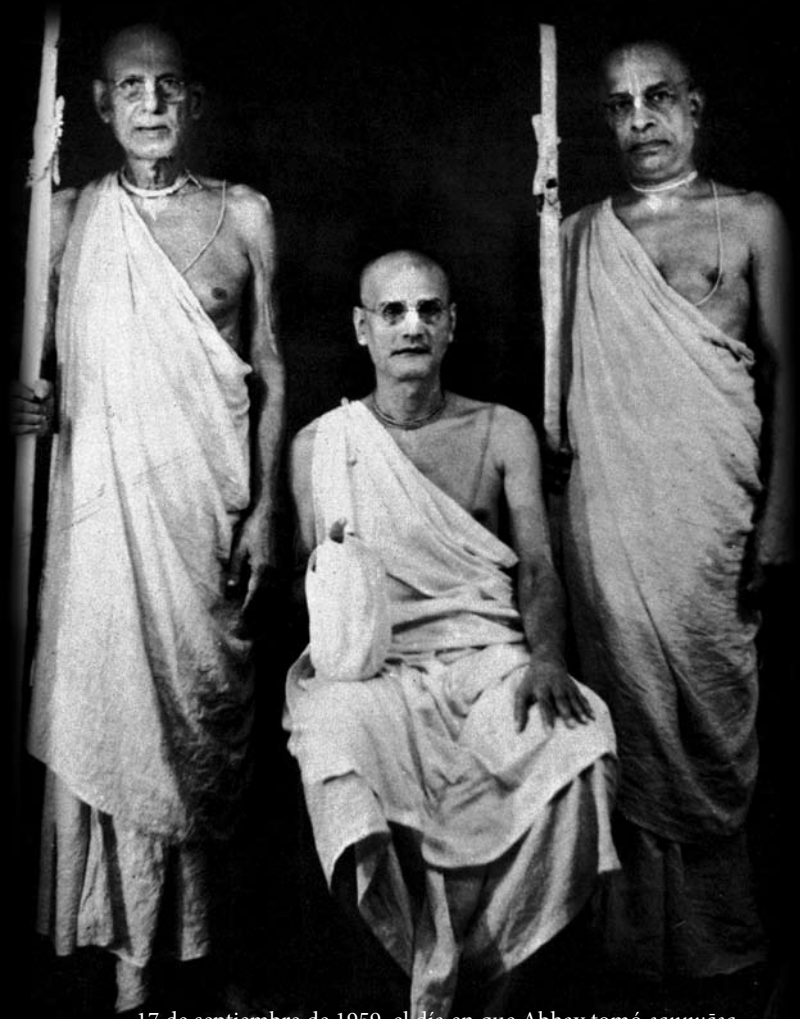
Allahabad 1920 (sentados) Abhay y su hijo Prayag Raj, su padre Gour Mohan y su hermana mayor, Rajesvari, con su hija Sulakshman; (de pie) la esposa de Abhay, su sobrino Tulasi y su hermano Krishna Charan.



Allahabad 1930, después de la partida de Gour Mohan De. De izquierda a derecha: Abhay, el retrato de Gour Mohan, Krishna Charan; (en el suelo) Prayag Raj, el hijo menor de Abhay y Sulakshman.



Anuncio promoviendo un ungüento fabricado por Abhay para gota, reumatismo y otros males.



17 de septiembre de 1959, el día en que Abhay tomó *sannyāsa*.
De izquierda a derecha: Muni Mahārāja, Bhaktiprajñāna Kēśava
Mahārāja y A. C. Bhaktivedanta Swami.

0-674

As has been the case in the past, the new study of the history and development of the field is organized in a way that is accessible to the general public. The book is divided into two parts: the first part is devoted to the history of the field, and the second part is devoted to the current state of the field. The book is written in a clear and concise style, and it is a valuable resource for anyone interested in the history and development of the field.

But in the next generation of computers, we should be concerned with the ability to understand the meaning of the words, not just the words themselves. We should be able to understand the meaning of the words, not just the words themselves.

Woods, professor of Economics at the University of Illinois at Urbana-Champaign, is quoted by *Business Week* as saying that "the idea of the 'information superhighway' is not a new one, but the technology which will build it is." Woods is quoted as saying:

[illegible]

is a very important factor in the selection of the best possible material for the construction of the building. The selection of the material is a very important factor in the selection of the best possible material for the construction of the building.

not know
of history of
attacking
other busi-
nesses and
strongly
social equity
and gender
equality
and
difference in
income tax

[illegible]

11

10

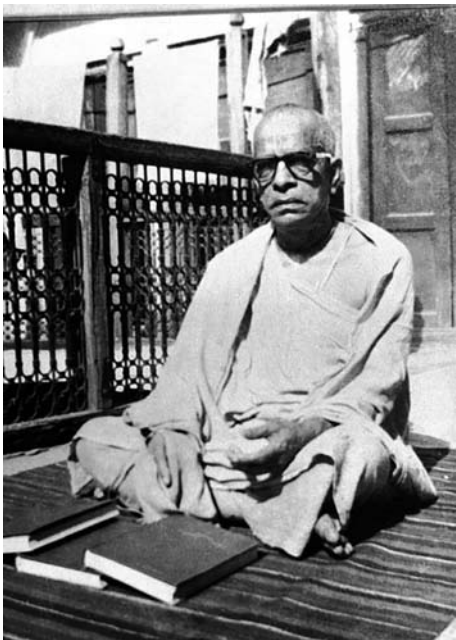


A. C. Bhaktivedanta Swami
en el período en que se dedicó
a la traducción del *Śrīmad*
Bhāgavatam.



El edificio que albergaba la Liga de Devotos en Jhansi en 1953.

A. C. Bhaktivedanta
Swami terminó los tres
volúmenes del Canto
Primero del *Śrīmad*
Bhāgavatam a principios
de 1965.





Śrīla Prabhupāda fotografiado en el Bowery por Fred McDarrah, para The Village Voice, en junio de 1965.



El Jaladuta. «Si el Atlántico hubiera mostrado su rostro habitual, quizás yo hubiera muerto. Pero Śrī Kṛṣṇa se ha hecho cargo del barco».

N° 26 de la Segunda Avenida. «Había sido una tienda de regalos, y alguien había pintado las palabras Matchless Gifts (Regalos incomparables) sobre el escaparate».





El primer *kīrtana* de Śrīla Prabhupāda
en Nueva York en 1966.



Cartel anunciando la participación de Śrīla Prabhupāda en el Mantra-Rock-Dance (San Francisco 1967).



George Harrison canta Hare Krishna con los devotos en Londres.

Prabhupāda en la comunidad agrícola de Nueva Vṛndāvana.

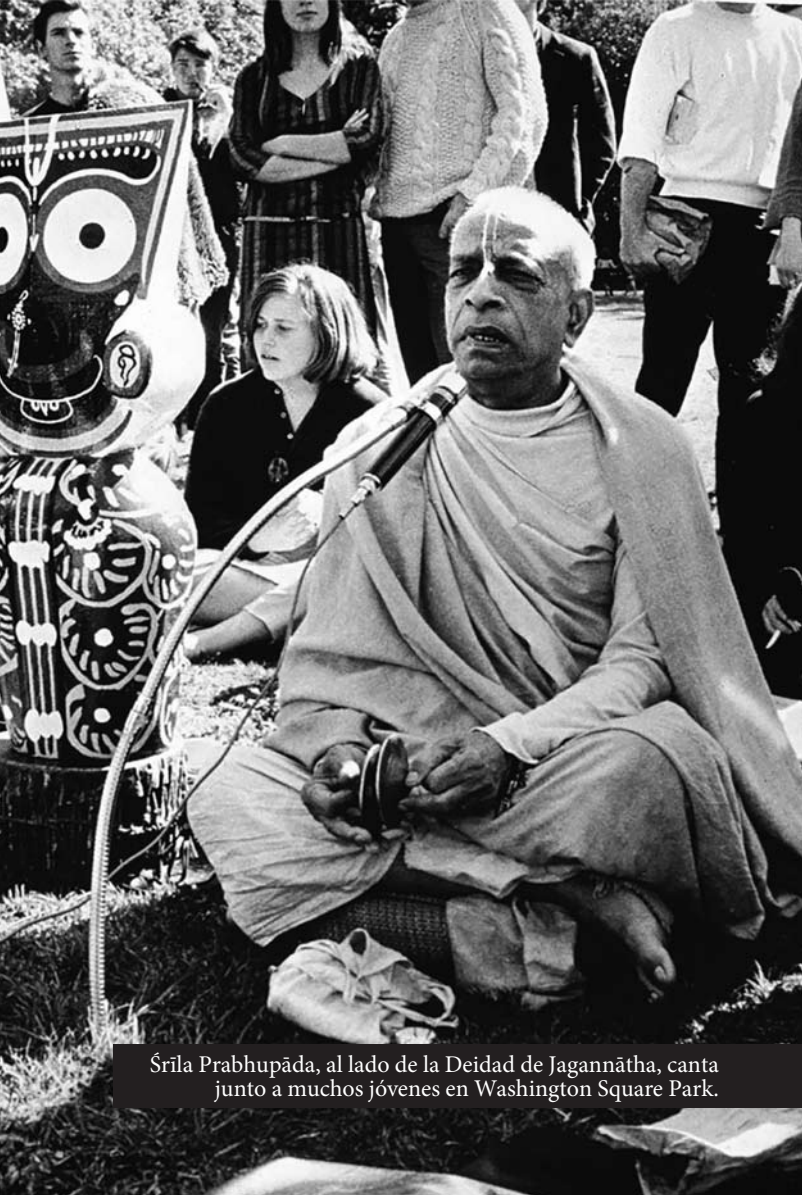




Śrīla Prabhupāda enseña al pequeño Dvārākadhīśa a escribir las letras del alfabeto sánscrito (Dallas 1972).

Śrīla Prabhupāda y sus discípulos cantan y bailan ante diez mil personas durante el Rātha-yatra de San Francisco del 17 de julio de 1974.





Śrīla Prabhupāda, al lado de la Deidad de Jagannātha, canta junto a muchos jóvenes en Washington Square Park.



Śrīla Prabhupāda durante la ceremonia del templo de Krishna-Balarama Mandir en Vṛndāvan, 20 de abril de 1975.

CAPÍTULO 4

SOLO ÉL PODÍA GUIARLOS

Era el 16 de enero de 1967, en San Francisco. Cuando se anunció por el altavoz el vuelo 21 de United Airlines procedente de Nueva York, unos cincuenta *hippies* se agruparon impacientes. Por un momento pareció que estaban intranquilos, inciertos sobre lo que podían esperar y sobre cómo sería Swami.

Roger Segal: *Éramos un grupo bastante variado hasta para el aeropuerto de San Francisco. Mukunda llevaba una túnica de mago Merlín, llena de vistosos cuadros de colores, Sam llevaba una chilaba marroquí de lana de oveja (todo él olía a oveja) y yo llevaba una especie de traje de samurai japonés, hecho en casa, azul con pequeños lunares blancos. Por todas partes había largos rosarios de cuentas. Piel de ante, botas, trajes militares de faena, gente con gafas de sol pequeñas y redondas. Toda la fantasmagoría de San Francisco en su punto culminante.*

Solo unos pocos del grupo conocían a Swamiji: Mukunda y su esposa Jānaki, Ravīndra-svarūpa, Rāya Rāma. Todos ellos de Nueva York. Y allí estaba Allen Ginsberg. Unos días antes, Allen había sido uno de los líderes del famoso *happening* del Golden Gate Park, en el que se habían reunido más de doscientas mil personas. «Una reunión de las tribus... con alegres *pow-wow* (asamblea de tribus pieles roja) y danza de la paz».

Mukunda les recordó a todos que si cantaban Hare Kṛṣṇa cuando Swamiji entrara por la puerta, se pondría muy contento. Todos ellos conocían ya el mantra Hare Kṛṣṇa. Habían oído hablar del canto de Swami en el parque de Nueva York, o habían visto el artículo sobre Swami y el canto en el periódico clandestino *The Oracle* (*El Oráculo*). Aquel día se habían reunido temprano en el Golden Gate Park, la mayoría de ellos respondiendo a un folleto que había distribuido Mukunda, y habían cantado allí durante más de una hora antes de ir al aeropuerto en una caravana de coches. Ahora muchos de ellos, también en respuesta a la publicidad de Mukunda, llevaban en la mano flores e incienso.

Cuando los pasajeros que llegaban entraron por la puerta terminal y subieron por la rampa, vieron con asombro la recepción de aquel grupo de gente que llevaba flores y cantaba. Los cantantes, sin embargo, miraban pasar aquellos viajeros habituales, con aspecto cansado, buscando aquella persona excepcional que debía estar en el avión. De pronto, avanzando hacia ellos, estaba Swamiji, con su piel dorada, vestido con ropa de color azafrán claro.

Había oído el canto incluso antes de entrar en la terminal y había comenzado a sonreír. Estaba contento y sorprendido. Mirando los rostros, solo reconoció unos pocos. Sin embargo, ¡aquí había cincuenta personas recibéndolo y cantando Hare Kṛṣṇa, sin que él hubiera dicho una palabra!

El grupo de *hippies* había formado una línea a cada lado de un estrecho pasaje que tenía que atravesar Swamiji. Al pasar entre sus nuevos admiradores, se dirigieron a

él docenas de manos ofreciéndole flores e incienso. Él sonreía al recoger las ofrendas con sus manos, mientras Raṇacora observaba. Allen Ginsberg se adelantó con un gran ramo de flores que Bhaktivedanta Swami aceptó amablemente. Entonces comenzó a ofrecer los regalos que le habían hecho entre aquellos que extendían la mano para recibirlos. Pasó por la terminal seguido del grupo de jóvenes que cantaba.

Mientras esperaba el equipaje fue mirando a cada uno de los que estaban con él. Levantando sus manos abiertas, les indicó que cantaran más alto, y el grupo estalló a cantar con más ánimos, con Swami en medio de ellos, aplaudiendo suavemente y cantando Hare Kṛṣṇa. En un gracioso gesto, levantó los brazos encima de la cabeza y comenzó a bailar, andando y balanceándose de un lado a otro.

Aunque los empleados del aeropuerto y los pasajeros sentían contrariedad (una mezcla de disgusto con diversión y alegría), el grupo de bienvenida se quedó con Swami hasta que recogió el equipaje. Entonces lo acompañaron hasta que salieron a la luz del sol, y hasta el coche que le estaba esperando, un Cadillac negro Fleetwood de 1949. Swamiji se instaló en el asiento de atrás con Mukunda y Allen Ginsberg. Hasta que el coche se separó de la acera, Swamiji, siempre sonriendo, siguió repartiendo flores entre los que habían venido a recibirlo cuando traía al oeste la conciencia de Kṛṣṇa.

El Cadillac era de Harvey Cohen, quien casi un año antes había accedido a que Swamiji estuviera en su buhardilla del Bowery. Harvey iba conduciendo, pero por la gorra de chofer (que había agarrado del almacén del

Ejército de Salvación), su traje negro y su barba, Swamiji no lo había reconocido.

—¿Dónde está Harvey?

—Está conduciendo —dijo Mukunda.

—¡Oh!, ¿eres tú? No te había reconocido.

Harvey sonrió.

—Bienvenido a San Francisco, Swamiji.

Swamiji estaba contento de estar en otra gran ciudad occidental en nombre de su maestro espiritual, Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y del Señor Caitanya. Cuanto más al oeste se va, había dicho el Señor Caitanya, más materialista es la gente. Pero el Señor Caitanya también había dicho que la conciencia de Kṛṣṇa debía difundirse por todo el mundo. Los hermanos espirituales de Swamiji pensaban con frecuencia en las declaraciones del Señor Caitanya de que algún día se cantaría el nombre de Kṛṣṇa en todas las ciudades y aldeas. Quizá debiera tomarse aquel verso simbólicamente, decían, en caso contrario, ¿qué podía significar eso de Kṛṣṇa en todas las ciudades? Pero Bhaktivedanta Swami tenía una fe profunda en aquella declaración del Señor Caitanya y en la instrucción de su maestro espiritual. Aquí estaba, en San Francisco, la ciudad del lejano oeste, y la gente ya estaba cantando. Le habían hecho un recibimiento entusiasta, con flores y *kīrtana*. Y por todo el mundo había otras ciudades muy parecidas a esta.

El templo que habían logrado Mukunda y sus amigos estaba en la calle Frederick, en el distrito de Haight-Ashbury. Como el del 26 de la Segunda Avenida de Nueva York, era un pequeño local con un escaparate dando a la calle. Un letrero sobre el escaparate decía: TEMPLO

DE SRI SRI RADHA KRISHNA. Mukunda y sus amigos también habían alquilado para Swamiji un apartamento con tres habitaciones en el segundo piso del edificio contiguo. Era un apartamento pequeño, sin amueblar, descuidado, que daba a la calle.

Seguido de varios coches llenos de devotos y curiosos, Swamiji llegó al 518 de la calle Frederick y entró en el local que no tenía más decoración que unas telas de Madrás en las paredes. Sentado en un cojín, dirigió el *kīrtana* y después les habló, invitando a todos a que adoptaran la conciencia de Kṛṣṇa.

Después de su conferencia dejó el local y fue a la puerta de al lado, subiendo a continuación los dos tramos de escalera para llegar a su apartamento, que era el número 32. Cuando entró le siguieron no solo sus devotos y admiradores, sino también varios periodistas de los principales periódicos de San Francisco, el *Chronicle* y el *Examiner*. Mientras algunos devotos preparaban la comida para él y Raṇacora deshacía su maleta, Swamiji habló con los reporteros, que se sentaron en el suelo tomando notas en sus libretas.

—Abajo, usted ha dicho que invitaba a todos a la conciencia de Kṛṣṇa —preguntó un periodista—. ¿Incluye esta invitación a los bohemios y a los “beatniks” de Haight-Ashbury?

—Sí, a todos —respondió Swami—, incluyendo a usted o a quienquiera que sea, ya sea él o ella lo que llaman “un tripero”, un *hippie*, o lo que sea. Pero cuando se admite para instruirlo, se vuelve distinto de lo que ha sido hasta entonces.

—¿Qué hay que hacer para ser miembro de su movimiento?

—Hay cuatro requisitos previos. Yo no permito a mis estudiantes que tengan amantes. Prohíbo toda clase de drogas, incluido el café, el té y los cigarrillos. Prohíbo comer carne. Y prohíbo que mis estudiantes participen en ninguna clase de juegos de azar.

—¿Se extienden estos mandamientos prohibitivos al uso del LSD, marihuana y otros narcóticos?

—Considero el LSD como droga. Y no permito a ninguno de mis estudiantes el uso de esa ni de ninguna droga. Entreno a mis estudiantes a que se levanten por la mañana temprano, a tomar un baño también temprano, y asistir a las reuniones para orar, tres veces al día. Nuestra doctrina es de austeridad. Es la ciencia de Dios.

Aunque Bhaktivedanta Swami había visto que, en general, los periodistas no informaban acerca de su filosofía, aprovechaba la oportunidad de predicar la conciencia de Kṛṣṇa. Incluso si los periodistas no querían meterse en filosofía, sus seguidores sí lo querían.

—El gran error de la civilización moderna —continuó Swamiji—, está en invadir la propiedad de los demás como si fuera algo propio. Esto crea trastornos absurdos. Dios es el propietario esencial de todo lo que hay en el universo. Cuando la gente entienda que Dios es el propietario esencial, el mejor amigo de todas las entidades vivientes y el objeto de toda ofrenda y de todo sacrificio, entonces habrá paz.

Cuando los periodistas se fueron, Prabhupāda siguió hablando en su cuarto con los jóvenes. Mukunda, que se había dejado crecer el cabello y la barba, pero que

llevaba en el cuello las cuentas grandes y rojas que le había dado Swamiji en la iniciación, presentó a algunos de sus amigos y dijo que estaban viviendo todos juntos y que querían ayudar a Swamiji a presentar la conciencia de Kṛṣṇa a la gente joven de San Francisco. La esposa de Mukunda, Jānakī, preguntó a Swamiji cómo había sido el viaje en avión. Él dijo que había sido agradable, salvo por algo de presión en los oídos. «Las casas parecían cajas de cerillos», dijo, indicando con el pulgar y el índice el tamaño de estas cajas.

Se reclinó contra la pared y se quitó las guirnaldas de flores que le habían ofrecido aquel día, hasta que no quedó más que un collar de cuentas, común y barato, con una campanita, colgando de su cuello. Lo sostuvo en la mano observando cómo estaba hecho, y jugueteó con él. «Esto es algo especial —dijo levantando la vista—, porque está hecho con devoción». Siguió con la atención fija en el collar, como si el recibirlo hubiera sido uno de los acontecimientos más importantes del día.

Cuando llegó su almuerzo, Swamiji distribuyó una parte entre todos, y entonces, Raṇacora, con eficiencia pero sin tacto, dijo a todos que se fueran y que dejaran a Swami un rato para comer y descansar.

Fuera del apartamento y abajo, en el local, el tema de la conversación era Swamiji. Nadie estaba decepcionado. Todo lo que Mukunda les había dicho de él era cierto. Sobre todo les había gustado lo que había dicho sobre verlo todo desde el punto de vista de Kṛṣṇa.

Aquella noche en la televisión, en las noticias de las once, se informó sobre la llegada de Swamiji, y al día siguiente lo publicaron los periódicos. La historia del

Examiner estaba en la segunda página: «Swami invita a los *hippies*», con una foto del templo lleno de seguidores, y algunas instantáneas de Swamiji, que parecía muy serio. Swamiji hizo que Mukunda leyera el artículo en voz alta.

El periódico de mayor tirada de San Francisco, el *Chronicle*, también publicó un artículo: «Swami en el país de los *hippies*, un santo abre un templo en San Francisco». Este artículo comenzaba: «Un santo que viene de la India, que sus amigos y el poeta “beat” Allen Ginsberg describen como entre los más conservadores de los líderes de su fe, inició ayer una especie de esfuerzo evangelístico en el corazón del paraíso *hippie* de San Francisco».

Swamiji protestó de que se le llamara conservador. Estaba indignado:

—¿Conservador? ¿Cómo es posible?

—Respecto al sexo y drogas —sugirió Mukunda.

—Por supuesto que somos conservadores en este sentido —dijo Swamiji—. Pero eso quiere decir sencillamente que seguimos la *śāstra*. No podemos separarnos del *Bhagavad-gītā*. Pero conservadores, no lo somos. Caitanya Mahāprabhu era tan estricto que ni siquiera miraba a una mujer, pero nosotros admitimos a todos en este movimiento, sin tener en cuenta sexo, casta, posición ni nada. Todos están invitados a cantar Hare Kṛṣṇa. Tal es la generosidad de Caitanya Mahāprabhu, Su liberalidad. No, nosotros no somos conservadores.

* * *

Bhaktivedanta Swami se levantó de la cama y encendió la luz. Era la una de la mañana. Aunque el despertador

no había sonado ni nadie había venido a despertarlo, se había despertado solo. El apartamento estaba frío y silencioso. Envolviéndose el *cādar* por los hombros, se sentó ante su improvisada mesa de trabajo (un baúl lleno de manuscritos), y concentrándose profundamente, cantó el mantra Hare Kṛṣṇa con sus cuentas.

Después de cantar una hora, Bhaktivedanta Swami se puso a escribir. Aunque habían pasado dos años desde que publicara un libro (el tercer y último volumen del Canto Primero del *Śrīmad-Bhāgavatam*) había trabajado diariamente, a veces en su traducción y comentarios del Canto Segundo, pero principalmente en el *Bhagavad-gītā*. En 1940, en la India, había escrito una traducción entera del *Bhagavad-gītā* con comentarios, pero su única copia había desaparecido misteriosamente. Después, en 1965, a los pocos meses de estar en América, había vuelto a empezar, comenzando por la introducción, que había escrito en su cuarto de la calle Setenta y dos, en Nueva York. En aquel momento, miles de páginas manuscritas llenaban su baúl, completando su *Bhagavad-gītā*. Si Hayagrīva, su discípulo de Nueva York, que había sido profesor de inglés pudiera corregirlo, y si algunos de los demás discípulos pudieran publicarlo, aquello sería un logro importante.

Pero publicar libros en América parecía difícil. Más difícil que en la India. Aunque en la India había estado solo, se las había arreglado para publicar tres volúmenes en tres años. Aquí en América tenía muchos seguidores, pero muchos seguidores significaban más responsabilidades. Y ninguno de ellos, hasta entonces, parecía seriamente inclinado a dedicarse a escribir a máquina, componer

textos, y tratar con los hombres de negocios americanos. Sin embargo, y a pesar de las débiles perspectivas de publicar su *Bhagavad-gītā*, Bhaktivedanta Swami había comenzado a traducir otro libro: el *Caitanya-caritāmṛta*, la principal Escritura *vaiṣṇava* sobre la vida y enseñanzas del Señor Caitanya.

Poniéndose sus gafas para leer, Swamiji abrió sus libros y se volvió hacia el dictáfono. Estudió los textos bengalíes y sánscritos, tomó el micrófono, accionó el mando para grabar encendiéndose una lucecita roja, y comenzó a hablar: «Cuando el Señor caminaba, cantando y bailando... (no decía más que una frase cada vez, accionando el mando, deteniéndose, y después volviendo a dictar) miles de personas iban siguiéndolo... algunas de ellas reían, otras bailaban... algunas cantaban... Algunas de ellas caían en la tierra postrándose ante el Señor». Hablando y deteniéndose, accionando el mando para poner en marcha el mecanismo o para detenerlo, se sentaba erguido, a veces meciéndose suavemente y moviendo la cabeza cuando acentuaba el sentido de sus palabras. O se inclinaba sobre sus libros, estudiándolos con atención, a través de sus gafas de lectura.

Pasó una hora y Swamiji seguía trabajando. El edificio estaba a oscuras, excepto por la lámpara de Swamiji, y en silencio, salvo por el sonido de su voz y el clic y el zumbido del dictáfono. Llevaba un descolorido suéter color melocotón de cuello alto, bajo su *cādar* de lana gris, y como se acababa de levantar de la cama, el *dhotī* azafrán estaba arrugado. Sin haberse lavado la cara ni haber ido al cuarto de baño, seguía absorto en su trabajo. Al menos

durante aquellas pocas horas, infrecuentes, la calle y el templo de Rādhā y Kṛṣṇa estaban silenciosos.

Estas condiciones (por la noche, con unos alrededores silenciosos, y él y su trabajo literario trascendental), no eran muy diferentes de las que tenía temprano por las mañanas, en su cuarto del templo de Rādhā-Dāmodara de Vṛndāvana, en la India. Por supuesto, allí no tenía dictáfono, pero había trabajado a las mismas horas y en el mismo texto, el *Caitanya-caritāmṛta*. Una vez, comenzó una traducción verso a verso con comentarios, y en otra ocasión había escrito ensayos sobre el texto. Ahora, recién llegado a aquel rincón del mundo, tan lejano del escenario de los pasatiempos del Señor Caitanya, comenzaba el primer capítulo de una nueva versión inglesa del *Caitanya-caritāmṛta*. La llamó «Enseñanzas del Señor Caitanya».

Seguía lo que había llegado a ser una rutina vital: levantarse temprano y escribir el mensaje del *paramparā* sobre la conciencia de Kṛṣṇa. Dejando de lado cualquier otra consideración, sin tener en cuenta las circunstancias, se fundía en el mensaje eterno del conocimiento trascendental. Este era su servicio más importante para Bhaktisiddhānta Sarasvatī. La idea de escribir más libros y de distribuirlos ampliamente le daba inspiración para levantarse todas las noches y traducir.

Bhaktivedanta Swami trabajaba hasta el alba. Entonces, interrumpía su trabajo y se preparaba para bajar al templo a la reunión de la mañana.

Aunque algunos de los discípulos de Nueva York se habían opuesto, Swamiji aún figuraba en el programa del Mantra-Rock Dance en el Avalon Ballroom. No era apropiado, decían, que los devotos de San Francisco pidieran a su maestro espiritual que fuera a semejante lugar. Aquello significaba guitarras con amplificadores, estruendosas baterías, salvajes demostraciones luminosas y cientos de *hippies* drogados. ¿Cómo podría escucharse su mensaje puro en un lugar semejante?

Pero en San Francisco, Mukunda y otros habían estado trabajando en el Mantra-Rock Dance durante meses. Llevaría a miles de jóvenes y el Templo de Rādhā-Kṛṣṇa de San Francisco haría miles de dólares. De manera que, aunque entre sus discípulos de Nueva York, Prabhupāda hubiera manifestado incertidumbre, no decía nada que disminuyera el entusiasmo de sus seguidores de San Francisco.

Sam Speerstra, amigo de Mukunda y uno de los organizadores del Mantra-Rock, explicó la idea a Hayagrīva, que acababa de llegar de Nueva York:

—Se está iniciando una escuela de música totalmente nueva en San Francisco. Los Greatful Dead han grabado ya su primer disco. El que se hayan ofrecido para hacer este festival es un gran empujón publicitario, justo cuando más lo necesitamos».

—Pero Swamiji dice que hasta Ravi Shankar es *māyā* —dijo Hayagrīva.

—¡Oh, todo está arreglado!, —le aseguró Sam—. Todas las bandas estarán en escena, y Allen Ginsberg presentará

a Swamiji a San Francisco. Swamiji hablará y entonces cantará Hare Kṛṣṇa con los grupos acompañándolo. Después él se va. Habrá allí unas cuatro mil personas.

Bhaktivedanta Swami sabía que no iba a comprometer sus principios; iría, cantaría y después se marcharía. Lo importante era difundir el canto Hare Kṛṣṇa. Si miles de jóvenes reunidos para oír música rock pudieran escuchar y cantar los nombres de Dios, ¿qué había de malo en ello? Como predicador, Bhaktivedanta Swami estaba preparado a ir a cualquier lugar para difundir la conciencia de Kṛṣṇa. Puesto que cantar Hare Kṛṣṇa era algo absoluto, quien oyera o cantara los nombres de Kṛṣṇa, cualquiera, en cualquier sitio y en cualquier circunstancia, podría salvarse de caer a especies inferiores en la siguiente vida. Estos jóvenes *hippies* querían algo espiritual, pero no tenían a nadie que los guiara. Estaban confundidos y creían que sus alucinaciones eran visiones espirituales. Pero buscaban una vida espiritual genuina, al igual que tantos otros jóvenes en el Lower East Side. Bhaktivedanta Swami decidió ir; sus discípulos querían que fuera, y él era su servidor y el servidor del Señor Caitanya.

Mukunda, Sam y Harvey Cohen habían hablado con el empresario de rock Chet Helms, que estaba de acuerdo en que se hiciera en su Avalon Ballroom, y que si ellos podían llevar las bandas, todo el dinero que quedara después de pagar a los conjuntos, los grupos de seguridad, y algún otro gasto necesario, sería para el Templo de Rādhā-Kṛṣṇa de San Francisco. Mukunda y Sam habían visto grupos musicales, la mayoría de los cuales vivían en la bahía de San Francisco, y una tras otra, las nuevas y excitantes bandas de rock de San Francisco, los Grateful

Dead, Moby Grape, Big Brother and the Holding Company, Jefferson Airplane, Quicksilver Messenger Service, habían aceptado presentarse con Bhaktivedanta Swami por el costo mínimo de 250 dólares por grupo. Y Allen Ginsberg había aceptado. La formación estaba completa.

La noche del Mantra-Rock Dance la gente se alineó calle abajo y dando vuelta a la manzana, esperando encontrar entradas que costaban 2.50 dólares. La asistencia iba a ser buena, un lleno total, y la mayor parte de las celebridades irían. Llegó el pionero del LSD, Timothy Leary, y se le dio un sitio especial en el escenario. Swami Kriyananda fue con una *tamburā*. Un hombre con sombrero de copa y traje negro, con un fajín de seda que decía SAN FRANCISCO, llegó pretendiendo ser el alcalde. A la puerta, Mukunda cortó el paso a un muchacho bien vestido que iba sin entrada. Pero alguien dio unos golpecitos a Mukunda en el hombro: «Déjale pasar. Está bien, es Owsley». Mukunda se disculpó y accedió, permitiendo que Augustus Owsley Stanley II, héroe del *folk* y famoso sintetizador de LSD, pasara sin entrada.

Casi todos los asistentes llevaban trajes vistosos y poco comunes: vestidos tribales, ponchos mexicanos, *kurtās* hindúes, «*god's-eyes*» (plumas de pavo real), plumas y cuentas. Algunos *hippies* llevaron sus flautas, laúdes, maracas, tambores, matracas, trompas y guitarras. Los Ángeles del Infierno, con el pelo sucio, llevando tejanos, botas y chaquetas vaqueras, acompañados de sus mujeres, hicieron su entrada arrastrando cadenas, fumando cigarrillos y exhibiendo sus galas en la forma de cascos alemanes, emblemas blasonados y demás. Todo menos sus motos, que habían dejado estacionadas fuera.

Los devotos comenzaron un *kīrtana* en el escenario, bailando tal como les había enseñado Swamiji. El incienso se extendía fuera del escenario y desde los ángulos del gran salón de baile. Y aunque la mayor parte de la audiencia estaba bajo los efectos de la droga, la atmósfera estaba tranquila; habían ido allí en busca de una experiencia espiritual. Al comenzar el canto, muy melodioso, algunos de los músicos tomaron parte tocando con sus instrumentos. Comenzó el juego de luces: luces estroboscópicas destellaban, globos de colores botaban al ritmo de la música, grandes manchas de colores vibrantes salpicaban el suelo, las paredes y el techo.

Poco después de las ocho, Moby Grape subió al escenario. Con pesadas guitarras eléctricas, un bajo y dos baterías, se lanzaron a su primer número. Los grandes altavoces sacudieron la sala con sus vibraciones y un rugido de aprobación se elevó entre el público.

Hacia las nueve y media, Swamiji salió de su apartamento de la calle Frederick y se acomodó en el asiento de atrás del Cadillac de Harvey. Estaba vestido con su acostumbrada ropa de color azafrán y llevaba al cuello un collar de gardenias, cuyo suave aroma se extendió por el interior del coche. Camino del Avalon iba hablando de la necesidad de abrir más centros.

A las diez, Swamiji subía las escaleras del Avalon seguido de Kīrtanānanda y Raṇacora. Al entrar en la sala, los devotos tocaron unas caracolas, alguien comenzó un redoble de tambor y la multitud se separó por el centro, desde la entrada hasta el escenario, abriendo camino para que pasara. Sosteniendo la cabeza alta, Swamiji parecía

flotar cuando cruzaba aquel extraño ambiente, haciéndose camino por la sala hasta el escenario.

De pronto, cambió el juego de luces. Se proyectaban en la pared imágenes de Kṛṣṇa y Sus pasatiempos: Kṛṣṇa y Arjuna juntos en la cuadriga de Arjuna, Kṛṣṇa comiendo mantequilla, Kṛṣṇa dominando al demonio del remolino, Kṛṣṇa tocando la flauta. Al cruzar Swamiji entre la muchedumbre, todos se pusieron de pie, aplaudiendo y vitoreando. Subió las escaleras y se sentó suavemente sobre un cojín. La multitud hizo silencio.

Mirando a Allen Ginsberg, Swamiji dijo: «Puedes decir algo sobre el mantra».

Allen comenzó diciendo cómo él lo entendía y cuál había sido su experiencia con el mantra Hare Kṛṣṇa. Explicó que Bhaktivedanta Swami había abierto un local en la Segunda Avenida, y cómo había cantado Hare Kṛṣṇa en Tompkins Square Park. E invitaba a todos al templo de la calle Frederick. «Aconsejo sobre todo los *kīrtanas* de las mañanas temprano —dijo—, para aquellos que en sus bajadas de LSD quieran estabilizar la conciencia en su regreso a lo cotidiano».

Swamiji habló, explicando una breve historia del mantra. Después miró a Allen: «Puedes cantar».

Allen comenzó a tocar su armonio y a cantar por el micrófono, con la melodía que él había traído de la India. Poco a poco, más y más gente se fue animando y comenzó a incorporarse al canto. A medida que continuaba el *kīrtana* y que el entusiasmo aumentaba, los músicos de diferentes grupos subieron a escena para unirse a ellos. Raṇacora, que era un percusionista muy bueno, comenzó a tocar con la batería de Moby Grape. Algunos bajistas y

guitarristas se unieron, mientras los devotos y un numeroso grupo de *hippies* subían al escenario. Las manchas de luces multicolores palpitaban, y los globos botaban atrás y adelante marcando el ritmo del mantra que se proyectaba en la pared: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/ Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Al extenderse el canto por la sala, algunos de los *hippies* se levantaron, y tomados de la mano se pusieron a bailar.

Allen Ginsberg: *Cantamos Hare Kṛṣṇa toda la noche. Fue grandioso. Algo abierto a todos. Era la cumbre del entusiasmo espiritual del Haight-Ashbury. Era la primera vez que había en San Francisco un espectáculo musical del que todos fueran parte y pudieran participar. Todos podían cantar y bailar, en lugar de ver cómo los demás cantaban y bailaban.*

Jānakī: *La gente no sabía por qué cantaba. Pero ver a toda aquella gente cantando, aunque la mayor parte estuvieran drogados, fue una gran satisfacción para Swamiji. Le fascinaba ver cantar a la gente.*

Hayagrīva: *Como estaba enfrente de los grupos, apenas podía oír. Pero por encima de todo lo demás, pude distinguir el canto Hare Kṛṣṇa, que aumentaba gradualmente. En la pared del fondo, una diapositiva proyectaba una enorme imagen de Kṛṣṇa con un casco de oro y una pluma de pavo real, llevando una flauta en la mano.*

Entonces Swamiji se puso de pie, levantó los brazos y comenzó a danzar. Con gestos animaba a todos a que

se unieran, y los que estaban aún sentados se levantaron y comenzaron a bailar y cantar meciéndose de atrás a adelante siguiendo la suave danza de Swamiji.

Roger Segal: *La sala de baile parecía un campo de trigo humano balanceándose con el viento. Producía un sentimiento de calma en contraste con la habitual atmósfera del Avalon, siempre cargada de energéticas revoluciones. El canto Hare Kṛṣṇa duró más de una hora, y al final, todos saltaban y gritaban, y hasta lloraban y vociferaban.*

Alguien puso un micrófono delante de Swamiji, y su voz resonó fuerte por el potente sistema de sonido. El ritmo aceleraba. Swamiji transpiraba profusamente. Kīrtanānanda insistía en detener el *kīrtana*. Decía que Swamiji era demasiado anciano para eso; podía hacerle daño. Pero el canto continuaba cada vez más deprisa, hasta que las palabras del mantra fueron irreconocibles en medio de la música amplificada y el coro de miles de voces.

De pronto se terminó. Y todo lo que podía oírse era el fuerte zumbido de los amplificadores y la voz de Swamiji rindiendo homenaje a su maestro espiritual: «*Oṃ viṣṇupāda paramahāmsa parivrājakācārya aṣṭottara-śata Śrī Śrīmad Bhaktisiddhānta Sarasvatī Gosvāmi Mahārāja ki jaya!... ¡Toda gloria a los devotos reunidos!*».

Swamiji bajó del escenario, cruzó la multitud y el humo espesos, y bajó la escalera principal con Kīrtanānanda y Raṇacora muy cerca tras él. Allen anunció el siguiente grupo de rock.

Cuado Swamiji dejó atrás el Avalon y su apreciativa muchedumbre, comentó: «Este no es lugar para un *brahmacārī*».

* * *

Algunos de los seguidores más juiciosos de Bhaktivedanta Swami de San Francisco pensaron que ciertos candidatos para la iniciación no pensaban cumplir el compromiso exclusivo por toda la vida que un discípulo debe a un *guru*. «Swamiji —decían—, algunos de ellos vienen solo por la iniciación. No los hemos visto antes y no los volveremos a ver». Swamiji replicó que ese era el riesgo que tenía que tomar. Un día en una conferencia en el templo explicó que aunque las reacciones de los pecados pasados de un discípulo desaparecen con la iniciación, el maestro espiritual sigue siendo responsable hasta que el discípulo es redimido del mundo material. Por lo tanto, dijo, el Señor Caitanya advirtió que un *guru* no debía aceptar muchos discípulos.

Una noche, en el templo, durante la sesión de preguntas y respuestas, un chico grande con barba levantó la mano y preguntó a Swamiji:

—¿Puedo iniciarme?

La descarada solicitud en público molestó a algunos de los seguidores de Swamiji, quien permaneció sereno.

—Sí —contestó—. Pero antes, debes contestar a dos preguntas: ¿Quién es Kṛṣṇa?

El chico pensó unos momentos y dijo:

—Kṛṣṇa es Dios.

—Sí —dijo Swamiji—. ¿Y quién eres tú?

De nuevo, el chico pensó unos momentos y contestó:

—Yo soy un servidor de Dios.

—Muy bien —dijo entonces Swamiji—. Sí, puedes iniciarte mañana.

Bhaktivedanta Swami sabía que sería difícil para sus discípulos occidentales mantenerse conscientes de Kṛṣṇa y alcanzar la meta: el servicio devocional puro. Toda su vida habían tenido la peor de las formaciones, y a pesar de su cristianismo nominal y de su búsqueda filosófica, la mayoría no sabían nada acerca de la ciencia de Dios. Ni siquiera sabían que la vida sexual promiscua y el comer carne eran censurables, pero cuando él se los dijo, lo aceptaron. Y cantaban Hare Kṛṣṇa libremente. De manera que, ¿cómo podía rechazarlos?

Claro que con el tiempo se vería si eran capaces de perseverar en la conciencia de Kṛṣṇa a pesar de los atractivos permanentes de *māyā*. Algunos caerían, tal era la tendencia humana. Pero no todos. Por lo menos, los que siguieran sinceramente sus instrucciones de cantar Hare Kṛṣṇa y evitar las actividades pecaminosas, lograrían el éxito. Swamiji ponía el ejemplo de que alguien podía decir que los alimentos que hoy están frescos, si no se utilizan estarán estropeados a los pocos días. Pero si ahora están frescos, decir que no se utilizarán y que, por lo tanto, se estropearán, no es más que una suposición. Sí, en el futuro cualquiera puede caer. Pero Bhaktivedanta Swami tomaba la responsabilidad de hacer de ellos sus discípulos *en ese momento*. Y les daba los métodos, que si los seguían, los protegerían siempre evitando que cayeran.

Aparte de las normas védicas, hasta para las normas de los discípulos neoyorkinos de Swamiji, los devotos de San

Francisco no eran muy estrictos. Algunos continuaban yendo a la pastelería, comían sin ofrecer el alimento a Kṛṣṇa, y comían cosas prohibidas como chocolate y helado comercial. Algunos hasta se permitían fumar un cigarrillo en la pausa después de un *kīrtana*, justo delante de la puerta del templo. Algunos fueron iniciados sin saber con precisión lo que se habían comprometido a practicar.

Kīrtanānanda: En San Francisco, el estado de ánimo estaba mucho más relajado. A los devotos les gustaba ir a la esquina y tomar su café con pasteles. Pero a Swamiji le encantaba que acudiera tanta gente. Y le había gustado el programa del Avalon. Pero había dos grupos: los que seguían estrictamente las reglas e insistían en la pureza, y los que no se preocupaban tanto de las reglas, pero querían difundir la conciencia de Kṛṣṇa tanto como fuera posible. Swamiji era tan grande que admitía a los dos grupos.

* * *

Los *kīrtanas* de la mañana y de la tarde ya habían conseguido que el templo de Rādhā-Kṛṣṇa fuera popular en Haight-Ashbury, pero cuando los devotos comenzaron a servir comida gratuita diariamente, el templo se convirtió en una parte integrante de la comunidad. Swamiji dijo a sus discípulos que solamente guisaran y distribuyeran *prasādam*. Aquello sería su única actividad durante el día. Por la mañana debían cocinar, y a mediodía darían de comer a todo el que viniera, a veces 150 o 200 *hippies* de las calles de Haight-Ashbury.

Antes del *kīrtana* de la mañana, las chicas ponían la harina de avena al fuego, y a la hora del desayuno había un montón de *hippies*, de los que la mayor parte había pasado la noche en vela. Para algunos de ellos, el cereal hervido y la fruta era el primer alimento sólido en varios días.

Pero el programa principal era el almuerzo. Mālatī salía a comprar, obteniendo donativos cuando era posible, para harina de trigo integral, harina de garbanzo, guisantes partidos, arroz y cualquier verdura barata o gratis que encontrara: papas, zanahorias, nabos, nabos suecos, betabeles. Después, todos los días, los cocineros preparaban puré de papas con especias, *capātis* con mantequilla, *dāl* de chícharos partidos y un plato de verdura, para doscientas personas. El programa del almuerzo era posible porque muchos comerciantes querían hacer donativos para la causa reconocida de alimentar a los *hippies*.

Harṣarāṇī: *El programa del almuerzo atraía a muchos del grupo de Hippie Hill que, claramente, necesitaban alimentos. Estaban verdaderamente hambrientos. Y también venían otros, gente que estaba trabajando con el templo, pero que no estaban iniciados. El tocadiscos tocaba el disco que Swamiji había grabado con sus discípulos en Nueva York. Era una atmósfera agradable y familiar.*

Haridāsa: *También se sacaba al exterior, fuera del local. Pero la mayor parte se servía en el interior. Era sorprendente. Toda la gente se amontonaba y nosotros los alineábamos de pared a pared. Muchos comían y se iban. Otras tiendas*

de Haight-Ashbury vendían de todo, desde cuentas hasta discos de rock, pero nuestro local era diferente, porque no vendíamos nada; nosotros lo dábamos.

Y recibíamos a todo el mundo. Estábamos proporcionando una especie de refugio del tumulto y la locura del lugar. Así que en ese sentido era un hospital, y creo que se ayudaba a mucha gente y hasta puede que se salvara a muchos. Y no hablo solamente de sus almas, sino de sus mentes y de sus cuerpos, que también se salvaron, porque simplemente no podían sobrellevar lo que pasaba en las calles. Estoy hablando de sobredosis de drogas, de gente que estaba totalmente perdida y necesitaba ser consolada y que, de un modo u otro, andando sin destino y tambaleándose, habían entrado al templo.

Algunos se quedaban y se hacían devotos, y otros solamente tomaban prasādam y se iban. Teníamos insólitos incidentes a diario, y Swamiji veía y participaba en ello. El programa del almuerzo era idea suya.

Los que estaban más interesados y tenían cosas que preguntar, los buscadores espirituales, iban a ver a Swamiji a su cuarto. Muchos de ellos iban en un completo estado de ansiedad sobre la guerra de Vietnam o cualquier cosa que estuviera ocurriendo, problemas con la ley, tropiezos con las drogas, desacuerdos con la familia o en la facultad.

Había mucha gente preocupada por la enorme afluencia de jóvenes a San Francisco, situación que estaba provocando un problema social casi incontrolable. La policía y la asistencia social se inquietaban por los problemas de salud y por las precarias condiciones de vida, sobre todo en Haight-Ashbury. Alguna gente de

clase media tenía miedo de que los *hippies* se adueñaran por completo de la situación. Las autoridades locales se alegraron del servicio que prestaba el templo de Swami Bhaktivedanta, y cuando los líderes locales de Haight-Ashbury trataron de organizar un consejo que se ocupara de la crisis, pidieron a Bhaktivedanta Swami que formara parte del mismo.

Michael Bowen: *Bhaktivedanta tenía una habilidad sorprendente para apartar a la gente de las drogas por la devoción, sobre todo de las anfetaminas, heroína, casos de consumo de LSD y todas aquellas cosas.*

Haridāsa: *La policía solía ir con las camionetas por el parque en las primeras horas de la mañana y recogía a los adolescentes quienes escapaban de casa y dormían ahí. Los reunía y trataba de que volvieran a sus hogares. Los hippies necesitaban toda la ayuda que pudieran obtener, y ellos mismos lo sabían. Y el templo de Rādhā-Kṛṣṇa era desde luego una especie de refugio espiritual. Los chicos lo sentían. Andaban correteando, viviendo en las calles, sin un sitio donde descansar, donde la gente no fuera a hacerles daño. Un montón de chiquillos cayó literalmente en el templo. Yo creo que el templo salvó muchas vidas; hubieran aparecido muchas más víctimas si no hubiera sido por Hare Kṛṣṇa. Fue como abrir un templo en un campo de batalla. Era el lugar más difícil para hacerlo, pero era allí donde hacía más falta. Aunque Swami no había hecho nunca nada parecido, aplicó el canto con resultados milagrosos. El canto era maravilloso. Funcionaba.*

Como Allen Ginsberg había aconsejado a cinco mil *hippies* en el Avalon, el *kīrtana* que se celebraba en el templo por la mañana temprano proporcionaba un servicio vital comunitario para aquellos que iban de bajada del LSD y querían «estabilizar la conciencia en su regreso a lo cotidiano». El mismo Allen se dejaba ver a veces por la mañana con conocidos con quienes había pasado la noche. Pero había ocasiones en que aquellas «bajadas» eran un vuelo fuera de control, con aterrizaje violento en plena noche.

Una vez, a las dos de la mañana, los muchachos que dormían en el templo se despertaron con el ruido de llamadas en la puerta, gritos y las luces de la policía. Cuando abrieron, un joven *hippie*, con pelo y barba rojizos muy desordenados, se precipitó en el interior gritando:

—¡Oh, Kṛṣṇa, Kṛṣṇa! ¡Ayúdame! ¡No dejes que me atrapen! ¡Por Dios, ayúdame!

Un policía asomó la cabeza por la puerta y sonrió.

—Decidimos traerlo aquí —dijo— porque pensamos que quizás ustedes podrían ayudarlo.

—¡No estoy a gusto en mi cuerpo! —lloraba el muchacho mientras el policía cerraba la puerta— y empezó a cantar el mantra violentamente, poniéndose blanco y sudando copiosamente, aterrado. Los muchachos de Swamiji pasaron el resto de la madrugada consolándolo y cantando con él hasta que bajó Swamiji para dirigir el *kīrtana* y dar la clase.

Los devotos solían enviar a Swamiji gente joven desconsolada con sus problemas. Y permitían que casi todos vieran a Swamiji y le hicieran perder su precioso tiempo. Una vez que Ravindra-svarūpa daba un paseo por San

Francisco, encontró un hombre que afirmaba haber visto gente de Marte en su tienda de campaña, cuando estaba destinado en Vietnam. Acababan de darlo de alta de un hospital militar y dijo que los marcianos le habían hablado. Ravindra-svarūpa le habló del libro de Swamiji, *Viaje fácil a otros planetas*, que confirmaba la idea de que en otros planetas había vida, y le dijo que probablemente Swami podría decirle algo más sobre la gente de Marte. De manera que el hombre fue a ver a Swami a su apartamento. «Sí —le dijo Swamiji— hay marcianos».

Poco a poco, los seguidores de Swamiji fueron teniendo más consideración hacia su maestro espiritual y comenzaron a protegerlo de la gente que les parecía indeseable. Uno de aquellos indeseables era Rabbit («conejo»), quizá el *hippie* más sucio de Haight-Ashbury. Su pelo estaba siempre despeinado, sucio y hasta lleno de piojos. Llevaba la ropa hecha girones y sucísima, estaba cubierto de roña y olía mal. Quería ver a Swami, pero los devotos no lo permitieron porque no querían profanar el cuarto de Swamiji con la presencia repulsiva y maloliente de Rabbit. Sin embargo, una noche después de la charla, Rabbit esperó a la puerta del templo. Al acercarse Swamiji, Rabbit le preguntó: «¿Puedo subir y hablar con usted?». Swamiji consintió.

En cuanto a desafiadores, casi todas las noches había alguien que venía a discutir con Swamiji. Había uno que venía con regularidad, trayendo razonamientos preparados de un libro de filosofía, que leía en voz alta. Swamiji lo derrotaba y el hombre se iba a casa, preparaba otro razonamiento, y volvía otra vez con su libro. Una noche, después de que el hombre hubiera presentado su

argumento, Swamiji se le quedó mirando sin molestarse en contestarle. El desdén de Swamiji fue otra derrota para el hombre, que se levantó y se fue.

Israel, como Rabbit, era otro personaje muy conocido en Haight-Ashbury. Llevaba una larga cola de caballo y solía tocar la trompeta en el *kīrtana*. Después de una de las charlas nocturnas de Swamiji, Israel lanzó el desafío: «Puede que sea bonito este canto, pero ¿de qué le sirve al mundo?, ¿de qué le sirve a la humanidad?».

Swamiji replicó: «¿No estás tú en el mundo? Si a ti te gusta, ¿por qué no les va a gustar a los demás? Así que canta bien alto».

Un hombre con bigote que estaba al fondo de la habitación le preguntó: «¿Es usted el *guru* de Allen Ginsberg?». Muchos de los devotos sabían que la pregunta tenía un doble sentido, y que sería difícil decir sí o no.

Swami contestó: «Yo no soy el *guru* de nadie. Yo soy el servidor de todos». Para los devotos, el intercambio de palabras fue trascendental, debido a la respuesta de Swamiji, que no solo había dado una respuesta inteligente, sino que había contestado con una profunda humildad natural.

Una mañana fue a la clase una pareja, la mujer llevando un niño y el hombre una mochila. En la fase de preguntas y respuestas, el hombre preguntó: «¿Qué pasa con mi mente?». Swamiji le dio unas respuestas filosóficas, pero el hombre siguió repitiendo: «¿Qué pasa con mi mente? ¿Qué pasa con mi mente?».

Con una mirada suplicante y compasiva, Swamiji dijo: «No tengo otra medicina. Por favor, canta Hare Kṛṣṇa. No tengo otra explicación. No tengo otra respuesta».

Pero el hombre seguía hablando de su mente. Finalmente, una de las devotas interrumpió diciendo: «Solo haz lo que él dice. Inténtalo». Y Swamiji tomó sus *karatālas* y comenzó el *kīrtana*.

Una tarde, un muchacho apareció de pronto en medio de una charla diciendo que se estaba organizando un gran alboroto en la calle Haight. Swami debía ir inmediatamente, dirigirse a la multitud y calmarlos. Mukunda dijo que no era necesario que fuera Swamiji, que había otros que podían ayudar. El muchacho se quedó mirando a Swami como dirigiéndole un ultimátum: si Swami no iba inmediatamente, habría disturbios, y Swamiji tendría la culpa. Swamiji habló como si se dispusiera a hacer lo que quería el muchacho: «Bueno, estoy listo». Pero no fue nadie y no hubo disturbios.

Solía pasar durante el *kīrtana* que por lo menos un bailarían danzaba de una manera tan narcisista, tan ególatra, a veces tan obscena, que Swamiji tenía que decirle que lo dejara. Una tarde, antes de que Swamiji hubiera bajado de su apartamento, una chica en minifalda comenzó a retorcerse y a dar vueltas por el templo durante el *kīrtana*. Cuando uno de los devotos subió a decírselo a Swamiji, él le contestó: «Está bien. Que emplee su energía en Kṛṣṇa. Voy enseguida y lo veré yo mismo». Cuando llegó Swamiji y comenzó otro *kīrtana*, la chica, que era muy flaca, comenzó de nuevo a retorcerse y a dar vueltas. Swamiji abrió los ojos y la vio; frunció el ceño y miró a algunos de sus discípulos, mostrando su disgusto. Una de las mujeres se la llevó aparte, acompañándola fuera. Un poco más tarde, la muchacha volvió con unos pantalones y bailando de una manera algo más reservada.

Swamiji estaba sentado en su estrado hablando a una sala llena, cuando una chica gorda que estaba sentada en el asiento del escaparate se levantó de pronto y empezó a gritarle: «¿Vas a quedarte ahí sentado? ¿Qué vas a hacer ahora? ¡Vamos! ¿No vas a decir nada? ¿Qué vas a hacer? ¿Quién eres?». Su gesto fue tan repentino y hablaba con tal violencia que nadie en el templo respondió. Sin enfadarse, Swamiji permaneció en silencio. Parecía dolido. Solo los devotos que estaban sentados a su lado le oyeron decir en voz baja, como hablando consigo mismo: «Esto es lo más oscuro de la oscuridad».

Otra noche, mientras Swamiji estaba dando la clase, llegó un muchacho y se sentó en el estrado a su lado. El chico estaba frente al auditorio e interrumpió a Swamiji: «Ahora quisiera decir algo».

Swamiji le dijo cortésmente: «Espera que termine la clase. Entonces tenemos preguntas».

El chico esperó unos minutos sentado en el estrado, y Swamiji continuó su charla. Pero el chico interrumpió de nuevo: «Tengo algo que decir. Quiero decir ahora lo que tengo que decir». Los devotos de la audiencia levantaron la vista, asombrados, confiando en que Swamiji podría manejar la situación, y sin querer empeorar las cosas. Ninguno de ellos hizo nada; siguieron sentados, mientras el chico empezaba a hablar de manera incoherente.

Entonces Swamiji tomó sus *karatālas*: «Muy bien, vamos a cantar en *kīrtana*». El muchacho se quedó en el mismo sitio durante todo el *kīrtana*, mirando a Swamiji como un loco, a veces amenazador. Al cabo de media hora acabó el *kīrtana*.

Swamiji cortó una manzana en trozos pequeños, como era su costumbre. Entonces puso el cuchillo de cortar y un trozo de manzana en su mano derecha y se la alargó al muchacho. Él miró a Swamiji, después bajó la vista hacia la manzana y el cuchillo. En la sala se hizo un gran silencio. Swamiji no se movía, sonriendo ligeramente al muchacho. Tras un momento largo y tenso, el chico alargó la mano. Un suspiro se elevó entre la audiencia cuando el chico tomó el trozo de manzana de la mano abierta de Swamiji.

Haridāsa: *Yo solía observar de qué manera trataba las cosas Swamiji. No era fácil. Para mí era una verdadera prueba de su poder y de su comprensión, cómo se comportaba con aquella gente, sin alejarla, sin crear antagonismos ni provocar más conflictos. Hacía que cambiaran su energía de manera que antes de que se dieran cuenta, ya se habían calmado, lo mismo que cuando acaricias a un niño, deja de llorar. Swamiji tenía una manera de hacerlo con palabras, con la entonación de la voz, con su paciencia de dejarlos seguir durante un rato para que solucionaran su lío e incluso lo expusieran. Creo que se daba cuenta de que los devotos no podían decirles: «Oye, cuando vengas al templo no puedes portarte así». Era una situación delicada.*

Con frecuencia alguno decía: «Yo soy Dios». Con sus drogas, tenían visiones internas o alucinaciones. Trataban de ser el centro de la atención. Querían que se les escuchara; y podían sentir la ira que aquella gente tenía contra Swamiji. A veces decían cosas inspiradoras y poéticas durante un rato, pero no podían mantenerlas, y su discurso de volvía incoherente. Y Swami no era de los que solo calman a la gente. Él

no iba a condescender. Les preguntaba: «¿Qué quieres decir? Si eres Dios tienes que ser omnisciente. Tienes que tener los atributos de Dios. ¿Eres omnisciente y omnipotente?». Entonces enumeraba todas las características que hay que tener para ser un avatāra, para ser Dios. Con razones probaba a aquella persona que estaba equivocada. Él tenía un conocimiento superior, y les explicaba racionalmente: «Si eres Dios, ¿puedes hacer esto? ¿Tienes este poder?».

A veces la gente lo tomaba como un reto y trataban de tener una batalla verbal con Swamiji. Entonces, la atención de la audiencia se fijaba en el individuo que estaba molestando, el que quería atraer la atención. A veces era muy difícil. Yo solía sentarme allí y pensar: «¿Cómo se las va a arreglar con este chico? Este es un verdadero problema». Pero Swamiji era difícil de vencer. Y si no podía convencer al intruso, convencía al resto del auditorio, de manera que la energía de la sala cambiaba y tranquilizaba a aquella persona. Swamiji se ganaba la audiencia mostrándole que aquella persona no sabía lo que decía. Y la persona sentía que las vibraciones de la sala cambiaban, que la audiencia ya no le creía ni lo escuchaba, de manera que terminaba callándose.

Así pues, Swamiji hacía cambiar a la audiencia más que a la persona. Y lo hacía sin aplastarla. Lo hacía por una inteligencia superior, pero también con mucha compasión. Cuando lo veía hacer eso, me daba cuenta de que era un gran maestro y un gran ser humano. Tenía la sensibilidad de no herir a nadie ni física ni emocionalmente, de manera que cuando la persona se sentaba y se callaba, no lo hacía vencido ni colérico, no se sentía herido. Sencillamente, se sentía sobrepasado por el saber de Swami.

—Saldremos a dar un paseo a las seis y media —dijo Swamiji una mañana—. Pueden llevarme al parque en el coche.

Varios devotos lo acompañaron al lago Stowe del Golden Gate Park. Todos conocían bien el parque y llevaron a Swamiji para que viera el paisaje alrededor del lago; pasaron sobre un puente, por unos senderos a través del bosque, y cruzaron un riachuelo, esperando complacerlo con la hermosura de la naturaleza.

Todo lo que veía Swamiji, lo veía con los ojos de las Escrituras, y sus comentarios sobre las cosas más ordinarias estaban llenos de enseñanza trascendental. Al andar, iba pensando en voz alta: «Los que quieren ver a Dios, primero deben tener las cualidades para verlo. Deben estar purificados. Lo mismo que la nube que ahora cubre el sol. Dicen: “Oh, no ha salido el sol”..., pero el sol está ahí. Solo nuestros ojos están cubiertos».

Como los guías turísticos, los muchachos llevaron a Swami a las zonas más pintorescas. Llegaron al lago donde se deslizaban unos cisnes. «El *Śrīmad-Bhāgavatam* —dijo Swamiji— compara a los devotos con los cisnes, y a la literatura que habla del Señor Kṛṣṇa con lagos hermosos y claros». Los que no son devotos, decía, eran como los cuervos que están atraídos por la basura de los temas mundanos. Yendo por un camino de grava, se detuvo y les dijo: «Miren estos guijarros. Tantos guijarros hay aquí como entidades vivientes existen».

A los devotos les encantó llevar a Swamiji hacia un valle de rododendros, completamente cubiertos de flores

blancas y rosas. Y se sintieron privilegiados de ver a Kṛṣṇa a través de los ojos de Swami.

A la mañana siguiente, cuando Swamiji quiso ir otra vez al parque, lo acompañaron más devotos que el día anterior. Habían oído a los otros que Swamiji había manifestado un estado de ánimo diferente mientras paseaba. Los muchachos se disponían a conducirlo de nuevo cerca del lago, por caminos distintos; pero sin anunciar ningún cambio de planes, anduvo arriba y abajo por el camino de piedra al lado del lago.

Swamiji se detuvo al lado de un gran árbol y señaló unos excrementos de pájaro que había en el suelo.

—¿Qué significa esto? —preguntó dirigiéndose hacia un muchacho nuevo que estaba a su lado.

El rostro de Swamiji era grave. El muchacho se sonrojó. —Yo... hum... No sé lo que significa.

Swamiji permaneció pensativo, esperando una explicación. Los devotos lo rodearon. Mirando atentamente los excrementos de los pájaros, el muchacho pensó que Swamiji debía estar esperando que descifrara algún significado oculto en el diseño que trazaban los excrementos en el suelo, igual que la gente lee el futuro en las hojas de té. Pensó que tenía que decir algo.

—Es la... hum... excreción, la defecación... de hum... de los pájaros.

Swamiji sonrió y se volvió hacia los demás esperando una respuesta. Todos guardaron silencio.

—Eso significa —dijo Swamiji— que esos pájaros han vivido en el mismo árbol más de dos semanas. —Y se echó a reír—. Hasta los pájaros tienen apego a su casa.

Al pasar cerca de las canchas de juego de tejo y de unos viejos que jugaban a las damas, Swamiji se detuvo y se dirigió a los muchachos. «Miren —dijo—. Los viejos de este país no saben qué hacer. Por eso juegan como niños, malgastando sus últimos días que deberían consagrar a cultivar la conciencia de Kṛṣṇa. Sus hijos han crecido y se han ido, de manera que es el momento apropiado para cultivarse espiritualmente. Pero no. Tienen un gato o un perro, y en lugar de servir a Dios, sirven a un perro. Es de lo más desdichado. Pero no escucharán. Sus costumbres están arraigadas. Por eso hablamos a los jóvenes que están buscando».

Cuando Swamiji y los muchachos pasaron cerca de una pendiente cubierta de césped verde, junto a Kezard Drive, los muchachos señalaron que eso era la famosa Hippie Hill. Por la mañana temprano, la colina, con su suave pendiente y el prado grande y tranquilo, rodeado de eucaliptos y robles, estaban silenciosos y apacibles. Pero en unas horas cientos de *hippies* se reunirían allí para acostarse en la hierba, encontrarse con los amigos y tomar drogas. Swamiji aconsejó a los muchachos que fueran allí a celebrar *kīrtanas*.

El canto era popular y atrajo a mucha más gente que los primeros *kīrtanas* del Tompkins Square Park de Nueva York. A veces, el mismo Swamiji iba al parque a unirse con sus discípulos. Un domingo subió allí inesperadamente, y para la sorpresa y contento de los devotos, se sentó y comenzó a tocar la *mṛdaṅga* y a dirigir el canto con una voz muy alta.

Swamiji era el centro de la atracción. Incluso la edad y la ropa lo hacían destacar. Mientras en el parque los

demás eran generalmente jóvenes con pantalones de mezclilla o vestidos con trajes *hippies*, Swamiji tenía setenta años, e iba vestido con ropas muy distintas de color azafrán. Y la manera en que lo habían aclamado los devotos y se habían inclinado ante él y ahora lo miraban con tanto afecto, hizo que los curiosos lo miraran intrigados y con respeto. En cuanto se sentó, varios niños pequeños se reunieron cerca de él. Él les sonrió, tocando la *mṛdaṅga* con destreza, cautivándolos y divirtiéndolos con su manera de tocar.

Govinda dāśī: *Con la llegada de Swamiji apareció una maestría y una autoridad en todo el kīrtana que antes no había. Nosotros ya no éramos niños de San Francisco que cantábamos Hare Kṛṣṇa. Ahora teníamos ya un significado y una profundidad históricas. Ahora el kīrtana tenía credenciales. La presencia de Swamiji afirmaba la calidad histórica antigua del canto. Cuando llegó Swamiji, llegó toda la sucesión discipular.*

Después de cantar durante una hora, Swamiji interrumpió el *kīrtana* y se dirigió a la multitud: «Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/ Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Esto es la vibración sonora, y debe entenderse que la vibración sonora es trascendental, y debido a que es una vibración trascendental, atrae a todos, aunque no entiendan el lenguaje del sonido. Esa es su belleza. Hasta los niños responden...».

Después de estar hablando cinco minutos, Swamiji comenzó otra vez el *kīrtana*. Algunos jóvenes se dieron la mano formando un círculo y comenzaron a danzar

dando vueltas y vueltas delante de Swamiji. Después lo rodearon y bailaron entorno a él, tomados de la mano. Swamiji parecía muy contento viendo lo que estaba pasando en el prado, con el círculo de los bailarines cantando Hare Kṛṣṇa a su alrededor. Aunque el entusiasmo de aquellos *hippies* era con frecuencia salvaje y sensual, la reunión adquiriría una dulzura fresca con el canto Hare Kṛṣṇa. Para Swamiji lo principal era que el canto continuara sin parar. Vestido con sus ropas color azafrán, que parecían cambiar levemente de colores al irse desvaneciendo la luz de la tarde, miraba de manera amable y paternal, sin imponer restricciones, sino invitando a todos a que sencillamente cantaran Hare Kṛṣṇa.

* * *

Un día, Mālātī fue corriendo al apartamento de Swamiji, sacó algo pequeño de su bolso de compras y lo puso sobre la mesa para que lo viera. «¿Qué es esto, Swamiji?»

Bhaktivedanta Swami bajó la vista y vio un muñeco de madera de unos siete centímetros, con la cabeza plana, un rostro negro sonriente con grandes ojos redondos. La figura tenía unos brazos abultados que salían hacia adelante, y un sencillo torso, verde y amarillo, sin que se le vieran los pies.

Al momento, Swamiji unió las palmas de las manos e inclinó la cabeza, presentando sus respetos a la figurita.

—Has traído al Señor Jagannātha, el Señor del Universo —dijo sonriendo con los ojos brillantes—. Es Kṛṣṇa. Muchas gracias.

Swamiji rebosaba de satisfacción, mientras Mālatī y los demás se sentaban, sorprendidos de su buena suerte al ver a Swamiji tan contento. Él les explicó que aquella figura era el Señor Jagannātha, una Deidad de Kṛṣṇa que se adora en toda la India desde hace miles de años. Dijo que Jagannātha se adora con otras dos Deidades: Su hermano Balarāma y Su hermana Subhadrā.

Emocionada, Mālatī dijo que había otras figuras parecidas en Cost Plus, la tienda de importaciones donde había encontrado al pequeño Jagannātha, y Swamiji dijo que debía ir a comprarlas. Mālatī se lo dijo a su marido, Śyāmasundara, y los dos se fueron corriendo y compraron las otras dos figuras del juego.

Bhaktivedanta Swami colocó a la derecha al sonriente Jagannātha de rostro negro. En el centro puso la figura más pequeña, Subhadrā, que tenía la boca roja y sonriente, y un torso rectangular negro y amarillo. La tercera, Balarāma, tenía la cabeza redonda y blanca, con los ojos ribeteados de rojo y una feliz sonrisa roja; tenía los brazos hacia delante como Jagannātha, y una base azul y amarilla. Swamiji lo puso al lado de Subhadrā. Al verlos juntos sobre su mesa, Swamiji preguntó si alguien sabía tallar. Śyāmasundara dijo que él esculpía en madera, entonces Swamiji le pidió que hiciera unas copias de un metro de altura de los pequeños Jagannātha, Balarāma y Subhadrā.

Hace más de dos mil años, dijo Bhaktivedanta Swami, hubo un rey llamado Indradyumna, devoto del Señor Kṛṣṇa. Mahārāja Indradyumna quería tener una estatua del Señor en el aspecto que tomó cuando fue con Su hermano y Su hermana, en sus carrozas, al campo

sagrado de Kurukṣetra durante un eclipse de sol. Cuando el rey pidió a un famoso artista de los planetas celestiales, Viśvakarmā, que esculpiera las figuras, Viśvakarmā aceptó, a condición de que nadie lo interrumpiera en su trabajo. El rey esperó mucho tiempo, mientras Viśvakarmā trabajaba encerrado. Hasta que un día el rey sintió que no podía esperar más e irrumpió en el estudio del artista para ver la marcha del trabajo. Viśvakarmā, fiel a su palabra, desapareció, dejando incompletas las figuras de las tres Deidades. A pesar de ello, el rey estaba tan complacido con las maravillosas esculturas de Kṛṣṇa, Balarāma y Subhadrā, que decidió adorarlas tal como estaban. Las instaló en un templo y comenzó a adorarlas con gran opulencia.

Desde entonces, continuó Bhaktivedanta Swami, se ha adorado al Señor Jagannātha en toda la India, sobre todo en la provincia de Orissa, donde hay un gran templo del Señor Jagannātha en Purī. Todos los años, durante el gigantesco festival Ratha-yātrā, acuden a Purī millones de peregrinos de toda la India para adorar al Señor Jagannātha, a Balarāma y a Subhadrā, mientras las Deidades pasan en procesión sobre tres enormes carros. El Señor Caitanya, que pasó los últimos dieciocho años de Su vida en Jagannātha Purī, solía cantar y danzar en éxtasis ante la Deidad del Señor Jagannātha durante el festival anual Ratha-yātrā.

Viendo esta aparición del Señor Jagannātha en San Francisco como una manifestación de la voluntad de Kṛṣṇa, Swamiji dijo que todos tenían que poner gran cuidado para recibir y adorar al Señor Jagannātha de manera apropiada. Si Śyāmasundara podía tallar las

figuras, Swamiji dijo que él personalmente las instalaría en el templo, y que los devotos podrían entonces comenzar a adorar a las Deidades. San Francisco, dijo, podría tener el nuevo nombre de Nueva Jagannātha Purī. Cantó *jagannāthaḥ svāmi nayana-patha-gāmī bhavatu me*. «Este es un mantra para el Señor Jagannātha —dijo—. *Jagannātha* significa “Señor del universo”. “Oh, Señor del universo, dignate hacerte visible ante mí”. Es muy auspicioso que Él haya elegido este lugar para aparecer».

Śyāmasundara compró tres bloques grandes de madera y Swamiji hizo un diseño, señalando un gran número de detalles. Sirviéndose de las estatuillas, Śyāmasundara calculó las proporciones y nuevas dimensiones, y comenzó a tallar en la terraza de su apartamento. Mientras tanto, los devotos compraron el resto de los pequeños Jagannātha del Cost Plus, y se puso de moda pegar un pequeño Jagannātha a un sencillo collar y llevarlo en el cuello. Swamiji explicó que como el Señor Jagannātha era muy liberal y misericordioso con los que habían caído más bajo, pronto los devotos podrían adorarlo en su templo. La adoración de las figuras de Rādhā y de Kṛṣṇa en el templo requería unos niveles muy elevados y estrictos, a los cuales aún no podían responder los devotos. Pero el Señor Jagannātha era tan compasivo que podía adorársele de una manera sencilla (principalmente, cantando Hare Kṛṣṇa), aunque los devotos no fueran muy adelantados. Poco a poco, al ir progresando en la vida espiritual, Swamiji los iniciaría cada vez más en los detalles de la práctica de adorar a la Deidad, al mismo tiempo que en la profunda comprensión teológica que la apoya.

La tarde de la instalación, devotos y *hippies* invitados llenaban la sala totalmente. Allí estaba Swamiji, y el ambiente era de reverencia y de fiesta. Era un acontecimiento especial. Las recién terminadas Deidades estaban en el altar de madera de secoya bajo un dosel amarillo, con los rostros iluminados por unos focos. No llevaban vestidos ni ornamentos, sino que estaban recién pintadas en vivos colores: negro, rojo, blanco, verde, amarillo y azul. Estaban sonriendo. Swamiji también las miraba, con los ojos hacia arriba, hacia su elevado altar.

Entonces, Swamiji comenzó la instalación de las Deidades. Todo lo necesario para la vida espiritual estaba allí: el templo, los devotos, los libros, la Deidad, el *prasādam*. Él quería que aquellos jóvenes lo aprovecharan todo. ¿Por qué iban a seguir viviendo como animales y creyendo que la vida espiritual era una vaga tentativa de «algo»? Tenían que aprovechar la misericordia de Kṛṣṇa y tener éxito en sus vidas y ser felices. Y para esto Swamiji era su incansable servidor.

—¿Hayagrīva? Ven aquí. —Llamó Swami.

Swamiji había hecho que los devotos pusieran un gran cirio en un plato. La ceremonia que había planeado sería muy sencilla, con los devotos e invitados yendo uno tras otro a ofrecer una llama, y haciendo círculos ante las Deidades de Jagannātha.

—Hay que encender esto —dijo Swamiji— y cuando el *kīrtana* haya empezado, hay que hacer así ante la Deidad (Swamiji movió las manos trazando un círculo ante la Deidad). ¿Ves?

—Sí, sí —respondió Hayagrīva.

—Sí, con el *kirtāna* —añadió Swami. Y después, cuando alguien se canse, se lo entrega a otra persona, un devoto. Cuando se canse, se lo dará a otro, y así mientras dure el *kīrtana*. Lo haremos ahora con el *kīrtana*, ¿entiendes? Bueno. Tú empiezas, y cuando te canses se lo entregas a otro, y así sucesivamente.

Desde su sitio, Swamiji guiaba a Hayagrīva para que se acercara a la Deidad con el cirio encendido. Algunas de las chicas reían nerviosas con inquietante expectación.

—Ante la Deidad —dijo Swamiji—. Muy bien. Ahora, lo mejor es empezar el *kīrtana*.

Swamiji comenzó a tocar las *karatālas* y a cantar el mantra Hare Kṛṣṇa con la melodía popular que él había introducido en América.

—Justo enfrente —dijo—, haciendo señas a Hayagrīva de que se pusiera más directamente delante de las Deidades.

Los devotos e invitados comenzaron a ponerse de pie y a bailar con los brazos levantados, balanceándose rítmicamente, hacia atrás y hacia adelante, mientras cantaban frente a las brillantes figuras personales de las Deidades. Unas luces de colores que había bajo el dosel comenzaron a lanzar destellos azules, rojos y amarillos, haciendo destacar los extraordinarios ojos del Señor Jagannātha, Subhadrā y Balarāma. Mukunda, que había puesto las luces, sonreía mirando a Swamiji, esperando su aprobación. Swamiji asintió con la cabeza, y siguió cantando enérgicamente Hare Kṛṣṇa.

Los jóvenes *hippies* estaban entusiasmados cantando y bailando, sabiendo que el *kīrtana* solía durar una hora. Algunos habían captado lo que había dicho Swami al

hablar de que debían fijar la mente en la forma personal del Señor Supremo, y lo habían comprendido cuando, al mirar a las Deidades, dijo: «Aquí está Kṛṣṇa». Otros no habían entendido, pero pensaban que era algo grande y maravilloso cantar Hare Kṛṣṇa y mirar a las sonrientes Deidades de ojos grandes, allá arriba en el altar, entre las flores y el humeante incienso.

Bhaktivedanta Swami observaba con satisfacción cómo se turnaban uno tras otro y ofrecían el cirio ante el Señor Jagannātha. Era una sencilla manera de instalar la Deidad. Aunque en los grandes templos de la India la instalación de la Deidad era un procedimiento complejo y exacto que requería varios días de ritos continuos, dirigidos por sacerdotes muy bien pagados, en San Francisco no había sacerdotes *brāhmaṇas* a quien pagar y sería imposible cumplir muchos otros requisitos.

El que unos no-hindúes se ocuparan del Señor Jagannātha y dirigieran Su adoración sería considerado herejía para los *brāhmaṇas* de la India, conscientes de las castas. Salvo Swamiji, ninguno de los que estaban allí hubiera sido admitido en el templo de Jagannātha Purī. El hombre blanco, el occidental, no podía ver al Señor Jagannātha más que una vez al año, cuando iba en Su carro durante el festival Ratha-yātrā. Pero esas restricciones eran costumbres sociales, no mandatos de las Escrituras. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī había introducido la adoración de la Deidad y la iniciación para todos, sin tener en cuenta casta, raza, ni nacionalidad. Y Bhaktivinoda Ṭhākura, padre de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī, anhelaba el día en que la gente occidental pudiera unirse con sus hermanos hindúes y cantar Hare Kṛṣṇa.

Bhaktivedanta Swami había ido a Occidente a cumplir los deseos y la visión de su maestro espiritual y de Bhaktivinoda Ṭhākura, haciendo *vaiṣṇavas* entre los occidentales. Entonces, si ellos llegaran a ser verdaderos devotos habría que darles la adoración de la Deidad. De no hacerlo, purificarse sería más difícil. Bhaktivedanta Swami confiaba en la dirección de su maestro espiritual y en las Escrituras; tenía fe en que el Señor Jagannātha era especialmente misericordioso con los caídos; y rogaba que el Señor del universo no se ofendiera por habérsele recibido en Nueva Jagannātha Purī.

Cuando terminó el *kīrtana*, Swamiji dijo a Haridāsa que le llevara el cirio, Swamiji pasó sus manos por la llama y tocó su frente. «Sí —dijo—, enséñales a todos. A todos y cada uno. Que contribuyan con lo que puedan. Mira, tómallo así y llévaselo a todos». Con esto indicaba que Haridāsa debía presentar el cirio ante cada persona que hubiera en la sala, para que todos los presentes pudieran poner sus manos en la llama, como él había hecho, y después tocarse la frente. Cuando Haridāsa fue de uno en uno, algunos devotos pusieron unas monedas en el plato, y otros hicieron lo mismo.

Swamiji explicó después: «El *Bhāgavatam* aconseja escuchar, cantar, pensar y adorar. Este procedimiento que acabamos de introducir en el advenimiento de Jagannātha Svāmī significa que este templo está definitivamente establecido. Así pues, esta es la manera de adorar. Se llama *ārati*. De manera que al final del *kīrtana* harán un *ārati*. Y la manera de adorar consiste en tomar el calor de la luz, y cualquiera que sea su condición, pagar algo para la adoración. Entonces si siguen este

sencillo proceso, verán cómo llegarán a comprender la Verdad Absoluta.

»Otra cosa que les pido: todos los devotos cuando vengan al templo traigan una fruta y una flor. Si pueden traer más fruta, más flores, estará muy bien. Si no, traer una fruta y una flor no es muy caro. Y ofrézcanlas a la Deidad. De manera que voy a pedirles que cuando vengan al templo traigan esto. Cualquier fruta. Esto no quiere decir que tengan que traer fruta costosa. Cualquiera. Lo que puedan. Una fruta y una flor».

Hizo una pausa, mirando en torno: «Sí, ahora pueden distribuir el *prasādam*».

Los invitados se sentaron en hileras en el suelo, y los devotos comenzaron a servir *prasādam*, sirviendo a Swamiji primero. Los platos que habían preparado eran los que había enseñado personalmente Swamiji a los devotos: *samosās*, *halavā*, *purīs*, arroz, diversas verduras cocinadas, *caṭnī* de fruta, dulces, todas las especialidades de los domingos. A los invitados les encantó el *prasādam* y tomaron tanto como quisieron. Mientras, los devotos, sobre todo las expertas mujeres, servían más y más *prasādam*, los invitados se sentían a gusto y disfrutaban de una tarde de festejo y de conversación jovial. Cuando Swamiji hubo probado todos los platos, miró hacia arriba levantando las cejas: «Todo está muy bueno. ¡Viva los cocineros!».

La presencia del Señor Jagannātha embelleció rápidamente el templo. Diariamente, los devotos hacían collares de flores para Él. Las pinturas del Señor Viṣṇu que había hecho Jadurāṇī llegaron de Nueva York, y un gran retrato de Swamiji, pintado por Govinda dāsī, estaba

ahora colgado junto a su asiento. Los devotos también pusieron pinturas hindúes de Kṛṣṇa en las paredes. Las luces intermitentes que iluminaban al Señor Jagannātha hacían que Sus ojos parecieran titilar y que Sus colores tuvieran movimiento y saltaran, de manera que el Señor Jagannātha se volvió una atracción especial en el psicodélico barrio de Haight-Ashbury.

Tal como había requerido Swamiji, devotos e invitados comenzaron a llevar ofrendas ante el altar del Señor Jagannātha. Los *hippies* pasaban por allí y dejaban lo que podían: un montón de trigo, medio panecillo, una caja de galletas saladas, un dulce, velas, flores o fruta. Al oír que antes de usar una cosa había que ofrecérsela a Dios, algunos *hippies* comenzaron a llevar ropa nueva y a ofrecérsela con alguna oración al Señor Jagannātha antes de ponérsela. Estos *hippies* no seguían las enseñanzas del Señor Jagannātha, pero querían Sus bendiciones.

Todas las noches, los devotos celebraban la ceremonia del *ārati* exactamente como les había enseñado Swamiji, turnándose para ofrecer una vela ante el Señor Jagannātha. Los devotos preguntaron si podían añadir algo a la ceremonia, Swamiji dijo que sí, que también podían ofrecer incienso. Dijo que había muchas más cosas para la adoración de la Deidad, suficientes para tener ocupados a los devotos las veinticuatro horas del día, pero si se las dijera todas de una vez caerían desvanecidos.

Hablando en privado en su cuarto con uno de sus discípulos, Swamiji dijo que durante el *kīrtana* en el templo había estado pensando en el Señor Caitanya cuando bailaba ante el Señor Jagannātha. Dijo que el Señor Caitanya había ido a Purī y había bailado ante el Señor Jagannātha

en un éxtasis tal que no había podido decir nada más que «Jag..., Jag...». El Señor Caitanya había estado pensando: «Kṛṣṇa, he deseado verte durante tanto tiempo. Y ahora estoy viéndote». Cuando el Señor Caitanya vivía en Purī, quinientos hombres iban a verlo al mismo tiempo y todas las tardes había un gran *kīrtana* con cuatro grupos, cada uno de ellos con cuatro tocadores de *mṛdaṅga* y ocho tocadores de *karatālas*. «Un grupo a un lado, otro al otro lado —explicó Swamiji—. Un grupo detrás y un grupo delante, y Caitanya Mahāprabhu en medio. Todos ellos bailaban y los cuatro grupos cantaban: “Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa...”». Aquello se hacía todas las tardes mientras Él estuvo en Jagannātha Purī».

Los devotos comprendieron que había una gran diferencia entre ellos y Swamiji. Él no había sido nunca un *hippie*. Él no estaba en su ambiente en medio de la ilusión de Haight-Ashbury, con su LSD, los carteles psicodélicos, los músicos de rock, la jerga de los *hippies* y gente de la calle. Sabían que él era diferente, aunque a veces lo olvidaban. Pasaba muchas horas al día con ellos. Comía con ellos, bromeaba con ellos, dependía de ellos. Pero a veces, de pronto, se daban cuenta de su especial identidad. Cuando cantaban con él en el templo, ante el Señor Jagannātha, él, a diferencia de ellos, pensaba en los *kīrtanas* del Señor Caitanya ante el Señor Jagannātha en Purī. Cuando el Señor Caitanya veía a Jagannātha, veía a Kṛṣṇa, y Su amor por Kṛṣṇa era tan grande que enloquecía. Swamiji pensaba en todas estas cosas con una intensidad mucho más profunda de lo que podían comprender sus discípulos, y sin embargo, estaba con ellos como su buen amigo y su instructor espiritual. Él era su servidor,

enseñándoles a orar como él para que fueran capaces de servir a Kṛṣṇa: «¡Oh, Señor del universo, dignate hacerte visible ante mí!».

* * *

Con su chal sobre los hombros formando pliegues holgados, Swamiji se quedó un último momento al lado de la puerta abierta del coche y miró hacia atrás, despidiéndose de los devotos y del templo. Ya no era un local cualquiera, se había convertido en algo valioso: la Nueva Jagannātha Purī. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī le había pedido que fuera allí. ¿Quién entre sus hermanos espirituales podía imaginar lo locos que estaban aquellos *hippies* americanos, alucinando con drogas, gritando: «¡Yo soy Dios!»? Tantos chicos y chicas, desdichados, locos, a pesar de sus posibilidades económicas y de su educación. Pero ahora, por la conciencia de Kṛṣṇa, algunos iban encontrando la felicidad.

El primer día que llegó, el periodista le había preguntado por qué había ido a Haight-Ashbury. «Porque el alquiler es barato», había respondido. Su deseo era extender el movimiento del Señor Caitanya, ¿por qué otra razón podría haber ido a semejante tiendecita destartalada para vivir al lado de una lavandería china y del Diggers' Free Store? Los periodistas le habían preguntado si invitaba a los *hippies* y a los bohemios a que adoptaran la conciencia de Kṛṣṇa. «Sí —les había dicho—, a todos». Pero sabía que una vez que se hubieran unido, sus seguidores serían diferentes de lo que habían sido antes.

Ahora los devotos eran una familia. Si seguían sus instrucciones, serían siempre fuertes. Si eran sinceros, Kṛṣṇa

los ayudaría. El Señor Jagannātha estaba entre ellos y los devotos tenían que adorarlo fielmente. Se purificarían cantando Hare Kṛṣṇa y siguiendo las instrucciones de su maestro espiritual.

Swamiji entró en el coche acompañado de algunos discípulos y un devoto lo llevó al aeropuerto. Varios automóviles llenos de devotos iban detrás.

En el aeropuerto, los devotos lloraban. Pero Swamiji les prometió que volvería si celebraban un festival Rathayātrā. «Tienen que organizar una procesión por toda la calle principal —les dijo—. Háganlo bien. Tenemos que atraer a mucha gente. En Jagannātha Purī tienen esta procesión todos los años. Entonces, la Deidad puede salir del templo».

Sabía que tenía que volver para cuidar las delicadas plantas devocionales que había puesto en aquellos corazones. Si no, ¿cómo podía esperar que sobrevivieran aquellos neófitos en el océano de deseos materiales conocido como Haight-Ashbury? Repetidamente les prometió que volvería. Les pidió que cooperaran entre ellos, Mukunda, Śyāmasundara, Guru dāsa, Jayānanda, Subala, Gaurasundara, Hayagrīva, Haridāsa, y las chicas.

Solo hacía dos meses y medio que había llegado allí, a aquella misma terminal, donde lo había recibido una multitud de jóvenes cantando. Muchos eran ahora sus discípulos, aunque apenas asumieran su identidad espiritual y sus votos. Sin embargo, no sentía remordimientos al dejarlos. Sabía que algunos de ellos desaparecerían, pero no podía estar con ellos siempre. Tenía el tiempo limitado.

Bhaktivedanta Swami, el padre de dos pequeños grupos de neófitos, dejó con ternura a uno de ellos y se dirigió

hacia el este, donde el otro grupo lo esperaba con un estado de ánimo diferente, el de un alegre recibimiento.

* * *

Nueva York, mayo de 1967

No había ningún signo de que la salud de Swamiji se debilitara; o si lo había, nadie se dio cuenta de ello. Cuando dejó a sus devotos de San Francisco para ir con los de Nueva York, nadie envió mensaje alguno de que Swamiji tenía que tomar las cosas con más calma. A las cinco horas y media de vuelo en avión dijo que tenía los oídos «bloqueados», pero parecía que estaba bien. Sin descansar, se fue directo con el grupo festivo que lo recibió en el aeropuerto para ir a hablar y cantar durante tres horas al local del 26 de la Segunda Avenida. A sus discípulos de Nueva York les pareció deslumbrante y encantador, y con su presencia, sus miradas y sus palabras hacía aumentar su conciencia de Kṛṣṇa. Para ellos, su edad avanzada, que se aproximaba a los setenta y dos años, no era más que otro de sus rasgos trascendentales. Él era su fuerza, y ellos no pensaron nunca en considerar la fuerza *de él*.

Había señales de que debía tener cuidado con su salud. Tuvo dificultades cuando apareció en el programa de televisión de Allen Burke. Al volver al templo, Swamiji dijo que las luces de la televisión le habían provocado tanto dolor de cabeza que en cierto momento pensó que no podría continuar.

Después, Rūpānuga se dio cuenta, una vez que estaba sentado cerca del estrado de Swamiji durante una

conferencia, de que le temblaba la mano mientras hablaba. Kīrtanānanda estaba allí cuando, hacía unos meses, a la mañana siguiente de haber hecho la grabación de un disco, Swamiji había dormido hasta tarde y se quejaba de que el corazón le palpitaba más de lo normal y no podía moverse. «Si alguna vez me enfermo gravemente —había dicho a Kīrtanānanda—, no llates al médico. No me llesves al hospital. Solo dame mis cuentas y canta Hare Kṛṣṇa».

Los discípulos de Swamiji se resistían a ponerle freno. Kīrtanānanda lo había intentado. En el Avalon, cuando Swamiji estuvo bailando, saltando y sudando abundantemente, Kīrtanānanda había insistido en que terminara el *kīrtana*, pero lo llamaron paranoico.

Además, a Swamiji no le gustaba que le impusieran límites. ¿Y quiénes eran ellos para imponérselos? Él era el representante autorizado de Kṛṣṇa, capaz de vencer todas las dificultades. Él era un devoto puro. Podía hacerlo todo. ¿No solía decir que un devoto puro es trascendental a los dolores materiales?

Swamiji había escrito una carta consolando a la abuela enferma de un discípulo. Pero los devotos pensaban que aunque Swamiji pudiera dar buenos consejos a la abuela de alguien, nada de lo que le pasaba a ella podía pasarle a él nunca. Por supuesto que él siempre decía ser un viejo, pero esto más bien hablando en público, para indicar lo inevitable de la vejez.

A los devotos, la salud de Swamiji les parecía fuerte. Los ojos le brillaban vivamente con emociones espirituales, su tez era lisa y dorada, y su sonrisa era un despliegue de salud y bienestar. Una vez, uno de los muchachos dijo que la sonrisa de Swamiji era tan viril

que le hacía pensar en un toro y en clavos de acero. Swamiji tomaba duchas frías, paseaba por las mañanas temprano por el Lower East Side, tocaba la *mṛdaṅga* y comía bien. Aunque sus discípulos quisieran restringir sus actividades, ¿qué podían hacer?

Sin embargo, la última semana de mayo, Swamiji comenzó a sentirse exhausto. Hablaba de palpitaciones del corazón. Esperando que los síntomas desaparecieran en uno o dos días, Kīrtanānanda propuso que descansara y que no tuviera visitas. Pero fue empeorando.

Kīrtanānanda: *Swamiji comenzó a quejarse de que algo andaba mal en el brazo izquierdo. Y después se le presentaron unas punzadas en el lado izquierdo, y en el brazo tenía unas contracciones incontrolables. Parecía que le dolía de una manera misteriosa; interior o psicológica.*

Acyutānanda: *Fue el domingo, dos días antes de la Conmemoración de los Caídos, habíamos preparado un extenso programa por la tarde en una sala de la parte residencial de la ciudad. Subí a buscar a Swamiji porque los devotos ya estaban listos, pero él estaba tendido y muy pálido. Me dijo: «Siente mi corazón». Noté una vibración temblorosa en su pecho.*

Bajé pero no quise alarmarlos. Busqué a Kīrtanānanda y le dije en voz baja: «Swamiji tiene una especie de palpitaciones débiles de corazón». Y volvimos a subir al momento. Swamiji dijo: «Dame un masaje aquí». De manera que le di un masaje en el pecho mientras me decía cómo hacerlo. Dijo: «Que vayan los demás y que se quede Acyutānanda. Si algo ocurre, él los llamará».

De manera que los demás se fueron e hicieron el programa, y yo esperé. Me llamó una o dos veces y me hizo darle un masaje rápidamente en el pecho. Después miró hacia arriba; le había vuelto el color. Yo miraba con la boca abierta sin saber qué hacer. Me miró y me dijo: «¿Por qué estás ahí sentado sin hacer nada? Canta Hare Kṛṣṇa». Aquella tarde volvió a tener palpitaciones, de manera que me quedé a dormir en el cuarto al lado del suyo. Y ya tarde, por la noche, me volvió a llamar para que le diera masaje.

Kīrtanānanda: Era martes por la tarde, el día de la Conmemoración de los Caídos, y yo estaba sentado con Swamiji en su cuarto. Mientras abajo tenían un kīrtana, las contracciones comenzaron de nuevo. El rostro de Swami comenzó a ponerse tenso. Los ojos empezaron a darle vueltas. De pronto se echó hacia atrás y yo lo sujeté. Estaba jadeando: «Hare Kṛṣṇa». Y entonces todo se paró. Creí que era el fin, hasta que volvió a respirar y a cantar. Pero no recuperó el control de su cuerpo.

Brahmānanda: Yo estaba allí con Kīrtanānanda. Era el fin de semana del día de la Conmemoración de los Caídos. No podíamos entender lo que le pasaba a Swamiji. No podía levantarse, se quejaba y nadie sabía lo que estaba pasando. Lo cuidábamos entre Kīrtanānanda y yo, haciendo lo que podíamos. Yo tuve que salir a comprar un orinal de cama para él.

El lado izquierdo de Swamiji estaba paralizado. Dijo que se pusiera el retrato de su maestro espiritual en la pared que tenía delante. Los devotos entraron en la habitación

y Swamiji les dijo que cantaran Hare Kṛṣṇa. Después les dijo que oraran a Kṛṣṇa en su forma de Nṛsiṁhadeva.

Satsvarūpa: *Swamiji dijo que oráramos al Señor Nṛsiṁha y que la oración fuera: «Mi maestro no ha terminado su trabajo». En momentos distintos nos permitía turnarnos y darle masaje en diferentes partes del cuerpo. Después nos hizo bajar y hacer kīrtana toda la noche.*

Por la noche, a Swamiji le dolía el corazón. Al día siguiente su condición era crítica; no podía hablar más que en voz baja y estaba demasiado agotado como para sostener una conversación. Escéptico de los médicos, se diagnosticaba él solo: un ataque al corazón que afectaba parte del cerebro, paralizando el lado izquierdo de su cuerpo. Decía que el masaje era el remedio.

Brahmānanda: *Al día siguiente de la Conmemoración de los Caídos tuvimos que llamar a una ambulancia. El hospital Beth Israel no tenía ambulancia así que llamamos a una compañía privada. Se dispuso todo para que Swamiji llegara al hospital aquella mañana a las nueve. Pero la ambulancia no vino hasta cerca del mediodía. En este intervalo, Swamiji siguió quejándose. Finalmente llegó la ambulancia, pero los encargados eran una gente horrible. Trataron a Swamiji como si fuera un montón de ropa. Pensé que hubiera sido mejor si hubiéramos llevado a Swamiji en un taxi.*

En el Beth Israel, los doctores, o con más frecuencia sus ayudantes, sacaban sangre, ponían inyecciones e investigaban. Su diagnóstico no fue concluyente; tenían

planes para experimentar. Entonces, de pronto llegó un doctor y anunció su siguiente intervención: una punción en la espina dorsal. Swamiji estaba demasiado débil para discutir los pros y los contras de una punción. Se había puesto en manos de sus discípulos y de Kṛṣṇa.

Al doctor no le gustaba que le estorbaran. Explicó por qué era necesaria una punción, pero no estaba pidiendo una consulta ni un permiso. Todos, salvo Kīrtanānanda, que insistió en quedarse, tuvieron que dejar la habitación mientras el doctor practicaba la punción. Ni Swamiji, que estaba demasiado débil, ni sus muchachos, que no estaban seguros de lo que tenían que hacer por él, se opusieron al doctor. Los devotos se alinearon fuera del cuarto de Swamiji mientras el doctor preparaba la aguja más larga y más espantosa que jamás habían visto.

Cuando se les permitió volver, uno de los discípulos preguntó cautelosamente: «¿Le han hecho daño?». Swamiji, con su cuerpo de piel dorada envuelto en blancas ropas de hospital, tendido entre blancas sábanas, se volvió ligeramente y dijo: «Somos tolerantes».

Rūpānuga: Cuando admitieron a Swamiji en el hospital fue muy difícil para mí. No sabía qué hacer. No tenía gran experiencia en esta clase de emergencias. Estaba muy inseguro sobre lo que pudiera hacer por Swamiji. Fue una experiencia horrible.

La vida de Swamiji estaba en juego, y sin embargo, sus discípulos no sabían qué hacer para salvarlo. Estaba tendido en la cama como si estuviera a su merced, pero el personal del hospital lo consideraba propiedad suya.

Un viejo con trastornos de corazón, un tema a investigar. ¿Debían dar permiso para el electroencefalograma? ¿Qué era un electroencefalograma? ¿Hacía falta operar? ¡Una operación! Pero Swamiji había dicho que no lo llevaran nunca a un hospital. «Dame un masaje», era todo lo que había dicho, y «canta Hare Kṛṣṇa».

El 5 de junio, Swamiji recibió una cariñosa carta firmada por todos sus discípulos de San Francisco. Después de leer que habían pasado toda la noche cantando y orando por su recuperación, dictó una carta.

Mis queridos chicos y chicas: Estoy muy agradecido por sus oraciones a Krishna para que salvara mi vida. Gracias a su oración sincera y ardiente, Krishna me ha salvado. Ciertamente, el martes estuve a punto de morir, pero como habránorado sinceramente, me he salvado. Ahora estoy mejorando poco a poco y volviendo a la normalidad. Ahora puedo esperar volver a verlos y cantar Hare Krishna con ustedes. Me alegro mucho de saber que van progresando y espero que no haya dificultades para su comprensión de la conciencia de Krishna. Mis bendiciones están siempre con ustedes y deben seguir cantando con confianza Hare Krishna, Hare Krishna, Krishna Krishna, Hare Hare, Hare Rama, Hare Rama, Rama Rama, Hare Hare.

Swamiji estaba ansioso de dejar el hospital. Durante varios días estuvo queriendo marcharse. «No hacen más que clavarme agujas», decía quejándose. Y cada día aumentaban las deudas de su Asociación. Los devotos habían alquilado una casita al lado del mar, en Long Branch, New Jersey, donde Swamiji podría ir para recuperarse. Decidieron que Kīrtanānanda fuera el cocinero

de Swamiji, y Gaurasundara y su mujer, Govinda dāsi, estaban viniendo desde San Francisco para el trabajo doméstico y ayudar. Pero el doctor quería que Swamiji se quedara para hacerle otro encefalograma y tenerlo aún en observación.

Un día, mientras Brahmānanda y Gargamuni estaban con Swamiji, llegó el doctor y dijo que debía bajar para hacer un reconocimiento por rayos X.

—¿Nada de agujas? —preguntó Swamiji.

—Sí —dijo el doctor—, todo está bien.

Cuando la enfermera llevó una camilla de ruedas, Swamiji dijo que quería que la llevara Gargamuni. Se sentó encima con las piernas cruzadas, metió la mano en su bolsa de cuentas y Gargamuni, siguiendo a la enfermera, lo llevó en la camilla desde el cuarto hasta el ascensor. Bajaron al tercer piso y entraron en una sala. La enfermera se fue. Gargamuni podía sentir la inquietud de Swamiji. Él también estaba nervioso. Era un lugar inverosímil para que él estuviera con su maestro espiritual. Entonces llegó otra enfermera con una aguja:

—Hay que ponerle a Swami una pequeña inyección.

—No —Swamiji sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo Gargamuni terminantemente—. No se la va a poner.

—No le va a doler —dijo la enfermera sonriendo, pero exasperada.

—Llévame al cuarto —ordenó Swamiji a Gargamuni.

Al insistir la enfermera, Gargamuni, siguiendo su tendencia habitual, se interpuso impetuosamente entre ella y su maestro espiritual.

—Estoy listo para luchar si es preciso —pensó Gargamuni—. No se lo voy a permitir —dijo— y sacó la camilla de la sala, dejando atrás a la enfermera.

Gargamuni se había perdido. Se encontraba en algún sitio, en el piso tercero o cuarto, entre corredores y puertas. Y el cuarto de Swamiji estaba en el sexto piso. Sin saber dónde iba, Gargamuni llevó la camilla por unos pasillos, con Swamiji sentado con las piernas cruzadas, cantando con sus cuentas.

Brahmānanda llegó al laboratorio de rayos X unos segundos después de que Gargamuni se escapara. La enfermera y el interno se quejaban de lo que había pasado.

Brahmānanda: Les parecía que eso era un robo. Swamiji era su propiedad. Mientras estuviera en el hospital podían hacer con él lo que les pareciera. Gargamuni les había robado a Swamiji.

Gargamuni llegó hasta el ascensor. Era difícil maniobrar con la camilla, y con la prisa chocó contra una pared. Olvidó cual era el piso de Swamiji. Solo sabía que estaba protegiéndolo y quería que lo sacaran de allí.

Cuando por fin Gargamuni llegó al cuarto de Swamiji, el 607, allí estaba uno de los internos, muy enfadado. «No me importa —dijo Gargamuni—. Él no quiere más agujas ni más pruebas. Queremos marcharnos». Llegó Brahmānanda, calmó a su hermano pequeño y ayudó a meter en la cama a Swamiji.

Swamiji dijo que quería marcharse. Cuando llegó el doctor, Swamiji se sentó y habló con decisión: «Doctor, estoy muy bien. Me puedo ir». Y estrechó la mano del

doctor para probarle que estaba sano y fuerte. El doctor rio entre dientes. Dijo que aunque Swamiji estaba más fuerte, tenía que quedarse unos pocos días más. De ninguna manera podía considerarse fuera de peligro, necesitaba una atenta vigilancia médica, y tenían que hacer otro encefalograma.

A Swamiji aún le dolía alrededor del corazón, pero dijo a los doctores que sus muchachos tenían un sitio para que descansara a la orilla del mar. Esto estaba muy bien, dijo el doctor, pero no podía dejar que su paciente se marchara todavía.

Pero Swamiji había tomado su decisión. Brahmānanda y Gargamuni alquilaron un coche, reunieron las cosas de Swamiji y lo ayudaron a vestirse. Cuando lo acompañaban a salir del cuarto y los empleados del hospital vieron que los chicos se llevaban de verdad al señor, algunos de los doctores y enfermeras trataron de impedirlo. Brahmānanda les dijo que no se preocuparan, que ellos querían mucho a Swamiji y lo cuidarían muy bien. Le darían masajes con regularidad y descansaría mucho; y le darían todas las medicinas que prescribieran los doctores. Después de descansar a orillas del mar podía volver para un análisis.

Brahmānanda: *Entonces los doctores perdieron la paciencia.*

Nos amenazaron: «Este hombre se va a morir». Nos asustaron de verdad. Dijeron: «Este hombre se va a morir, y ustedes tendrán la culpa». Hasta cuando salíamos decían: «Este hombre está condenado a muerte». Fue horrible.

A las diez de la mañana del 8 de junio salieron del hospital. Swamiji quiso parar un momento en el templo del 26 de

la Segunda Avenida antes de ir a la casa de Long Branch. Entró en el local andando con paso tembloroso, y llegó ante los retratos de su maestro espiritual, Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y del padre de él, Bhaktivinoda Ṭhākura. Por primera vez los discípulos de Swamiji lo vieron ofrecer reverencias enteramente postrado. Mientras se postraba ante su Guru Mahārāja, también sus discípulos ofrecieron reverencias y sintieron que aumentaba su devoción.

La pequeña casita de una planta estaba en una zona tranquila, muy cerca de la playa. El patio estaba cercado de árboles y arbustos, y todos los alrededores estaban llenos de rosas fragantes. Pero el tiempo a menudo era tempestuoso y el cielo se ponía gris; y Swamiji hablaba de ir a la India. Pero no solo por su salud; dijo a Kīrtanānanda y a Gaurasundara que quería comenzar en Vṛndāvana una «casa americana», un lugar en el que sus discípulos americanos pudieran aprender la cultura védica; eso los ayudaría a predicar por todo el mundo. También dijo que quería hacer *sannyāsīs* a algunos de sus discípulos: Kīrtanānanda, Brahmānanda y Hayagrīva, y que esto lo haría también en la India. Sin embargo, su verdadero trabajo estaba en América, si es que podía recuperar la salud. Pero ¿dónde estaba el sol?

En la India podía tener la luz del sol y tratamiento ayurvédico. Pero sus planes cambiaban de un día para otro: San Francisco, Montreal, la India, Nueva York. Dijo a Kīrtanānanda que comunicara a los devotos de San Francisco que si organizaban un festival Ratha-yātrā, él iría.

A finales de junio, Swamiji volvió al 26 de la Segunda Avenida y al hospital para un análisis. El doctor se quedó

sorprendido de la recuperación de Swamiji y no puso objeciones a que fuera a San Francisco en avión. Así, a la búsqueda de cielos soleados y con un gran deseo de guiar a sus seguidores para organizar el primer Rathayātrā, Swamiji hizo reservar los boletos de avión para él y Kīrtanānanda para ir a San Francisco, Nueva Jagannātha Purī.

* * *

En el aeropuerto de San Francisco, Swamiji sonreía, pero habló poco cuando los devotos lo recibieron con flores y *kīrtana*. Esta vez era diferente. Fue derecho hacia adelante, apoyándose en su bastón.

Jayānanda estaba esperando con su furgoneta para llevar a Swamiji a la casa que habían alquilado al norte de la ciudad, en Stinson Beach. Pero antes, Swamiji dijo que quería visitar el templo de Rādhā-Kṛṣṇa de San Francisco. Jayānanda fue al 518 de la calle Frederick. Swamiji salió del coche y entró en el pequeño local que estaba lleno de devotos e invitados que estaban esperándolo. Se inclinó ante las sonrientes Deidades de Jagannātha y sin decir una palabra salió de la sala, volvió al coche y partió hacia Stinson Beach.

La carretera entre los acantilados de la costa era tan tortuosa y empinada que Swamiji se mareó. Y ni el recostarse en el asiento de atrás ni haciendo que Jayānanda aminorara la marcha mejoró la situación. Kīrtanānanda se dio cuenta de que sería muy difícil para Swamiji visitar el templo de San Francisco desde Stinson Beach. Pero

quizá eso fuera bueno, pues así podría pasar todo el tiempo recuperándose.

El 8 de julio, después de que Swamiji hubiera pasado dos días en Stinson Beach, Śyāmasundara y Mukunda fueron en coche desde San Francisco. Al día siguiente se iba a celebrar el Ratha-yātrā, Śyāmasundara y Mukunda, los primeros devotos que visitaban a Swamiji desde su llegada a Stinson Beach, contaron a Swamiji los preparativos del festival. Por supuesto, todo el festival había sido idea de Swamiji, pero los devotos de San Francisco estaban tratando de hacer exactamente lo que él había dicho.

Swamiji había tenido la idea del festival mientras miraba por la ventana de su cuarto que daba a la calle Frederick. Al ver los camiones de plataforma que pasaban por debajo, pensó en poner las Deidades de Jagannātha en uno de aquellos camiones y celebrar un festival Ratha-yātrā al estilo americano. Incluso había diseñado un camión con un dosel de cuatro columnas en la plataforma, decorado con banderas, campanas y guirnaldas de flores. Y entonces había llamado a Śyāmasundara: «Hazme este carro para el Ratha-yātrā». Ahora, fuera del templo de la calle Frederick estaba listo el carro: un camión que había pertenecido a la compañía Hertz, amarillo, prestado por el Digger's Tree Store, terminado con unas columnas de metro y medio, y un dosel piramidal de tela.

Sentado en la playa con Swamiji, Mukunda dijo que los devotos estaban trabajando con gran entusiasmo, y que los *hippies* de Haight-Ashbury estaban hablando del desfile de Jagannātha que tendría lugar al día siguiente. Los devotos habían tratado de que el desfile fuera por el Golden Gate Park, pero el servicio de policía solo les dio

permiso para ir por la calle Frederick, hacia el sur, hasta el mar. Mukunda dijo que los devotos pensaban poner a Jagannātha bajo el dosel, mirando hacia el lado derecho del camión, Subhadrā mirando hacia atrás y Balarāma mirando al lado izquierdo; y él quería saber si aquella disposición estaba bien. Swamiji dijo que en realidad las Deidades deberían ir en carros separados, con la multitud tirando de ellos por las calles con unas cuerdas; quizá pudieran hacerlo en años venideros.

—Háganlo bien —les previno—. Y no vayan de prisa.

Los devotos tenían que llevar el camión despacio por las calles hasta la playa y debía haber un *kīrtana* permanente.

Mukunda y Syāmasundara alabaron a su hermano espiritual Jayānanda, quien había ido en coche por todo San Francisco obteniendo donativos de flores y frutas, encontró gente que le ayudó a decorar el carro, instaló el sistema de sonido en el camión y distribuyó carteles por las tiendas. Era incansable y su entusiasmo incitaba a los demás a tomar parte. Las mujeres habían estado cocinando *capātis* todo el día para que hubiera miles de ellos y pudieran distribuirlos entre la multitud. Los devotos habían preparado cientos de globos del «Festival Rathayātrā Hare Kṛṣṇa» para soltarlos en las calles cuando comenzara el desfile.

Cuando los devotos preguntaron qué otra cosa podían hacer, Swamiji dijo que eso era todo: una procesión, distribución de *prasādam*, *kīrtana*. La gente debía tener una oportunidad de ver al Señor Jagannātha y de cantar Hare Kṛṣṇa. Tenían que cantar y bailar delante del carro durante toda la procesión. «Pero háganlo todo bien —dijo

Swamiji—. Háganlo lo mejor que puedan y el Señor Jagannātha estará contento».

Al día siguiente, en la tranquilidad de la tarde, Swamiji estaba sentado en la sala cantando con sus cuentas, mientras Kīrtanānanda estaba en la cocina preparando lo necesario para una fiesta. De pronto, Swamiji oyó el sonido familiar de los címbalos de mano y se puso muy contento, abriendo mucho los ojos. Miró hacia fuera y vio el camión del Ratha-yātrā, con el Señor Jagannātha, Subhadrā y Balarāma, y docenas de devotos y *hippies* que querían verlo. Salió para recibirlos y decirles que llevaran a las Deidades a la casa y las pusieran encima del piano vertical. Detrás siguieron devotos e invitados, llenando la gran sala. Sonriendo, Swamiji abrazó a algunos de los chicos, mientras otros se inclinaban a sus pies. Algunos de los devotos ayudaron a Kīrtanānanda en la cocina para terminar la gran fiesta que había preparado. Otros contaban el éxito del festival Ratha-yātrā.

—¡Fue algo grande! ¡Fue maravilloso! Fue un día hermoso —dijeron—. Y Swamiji escuchaba, conmovido por las descripciones que sus discípulos le hacían de la fiesta. Muchos *hippies* se habían unido a la gran procesión. Mukunda, Haridāsa, Hayagrīva y algunas de las mujeres habían ido en el carro, y los instrumentos, incluido el armonio que iba tocando Yamunā, se oían por los amplificadores. En las calles, había gustado a todo el mundo. La escolta de policía motorizada había tratado de que los devotos se apresuraran, pero se había apiñado tanta gente delante que el cortejo había tenido que avanzar despacio, tal como había dicho Swamiji. Subala bailó sin freno todo el tiempo mientras Jayānanda saltaba tocando

las *karatālas*. Desde el camión, algunas de las mujeres distribuyeron trozos de naranjas, manzanas y plátanos, y otras habían tirado flores. A la gente le había gustado.

Subala contaba que después del festival habían ido por la autopista en el camión, adornado de flores y cubierto con un dosel, llevando treinta devotos y las Deidades de Jagannātha, Subhadrā y Balarāma. Habían subido por la montaña, en lo que debía ser uno de los más extraordinarios vehículos jamás vistos.

Tras haberse ido todos los visitantes, las Deidades permanecieron en la casa con Swamiji y sus sirvientes. Swamiji estaba contento de que sus discípulos hubieran celebrado con éxito un festival Ratha-yātrā. Aunque les faltaba adiestramiento, eran sinceros. Bhaktisiddhānta Sarasvatī y Bhaktivinoda Ṭhākura hubieran estado complacidos al ver el primer Ratha-yātrā americano.

El mundo entero estaba ansioso, decía Swamiji a los devotos reunidos en su cuarto aquella noche. Solo el mundo espiritual estaba libre de ansiedad. Librarse de toda ansiedad y volver al mundo espiritual era el propósito de la conciencia de Kṛṣṇa. Y festivales como el Ratha-yātrā hacían que la gente tuviera conciencia de Kṛṣṇa. Swamiji tenía muchas, muchas ideas de festivales. Si él tuviera dinero y gente, decía, todos los días podrían tener un festival. La conciencia de Kṛṣṇa era ilimitada. Aquel festival Ratha-yātrā era otra señal de la buena acogida que tenía la conciencia de Kṛṣṇa en Occidente.

* * *

Swamiji seguía hablando de ir a la India. Prácticamente había decidido ir; la cuestión era cuándo, y si lo haría por el oeste, vía Japón, o por el este, vía Nueva York. El cielo gris y la temperatura impropia de Stinson Beach eran una decepción. Su salud aún no era buena. Incluso hablaba de morir. Decía que no importaba si muriera en América o Vṛndāvana. Si un *vaiṣṇava* muere en Vṛndāvana, el lugar en el que advino Kṛṣṇa, tiene asegurado el unirse a Kṛṣṇa en el mundo espiritual. Pero cuando el Señor Caitanya quería ir a Vṛndāvana, su devoto Advaita le aseguró: «Dondequiera que estés es Vṛndāvana». Estar siempre absorto pensando en Kṛṣṇa también era Vṛndāvana. De manera que si había de morir mientras predicaba la conciencia de Kṛṣṇa en cualquier lugar del mundo, era seguro que alcanzaría el Vṛndāvana eterno del cielo espiritual.

Sin embargo, Swamiji quería ir a Vṛndāvana. Era el mejor sitio para morir o para recuperarse. Además tenía el plan de llevarse a sus discípulos a Vṛndāvana para prepararlos. Swamiji dijo a Kīrtanānanda, Hayagrīva y otros que los llevaría con él y les mostraría los lugares sagrados de los pasatiempos de Kṛṣṇa. Con los fondos reunidos en el templo de Nueva York con la idea de comprar un edificio más grande, comenzaría su Casa Americana en Vṛndāvana.

La mayor parte de los devotos tuvieron que quedarse en San Francisco, esperando la ocasión de visitar a Swamiji. Pronto supieron por aquellos que estuvieron directamente con él, que Swamiji planeaba marcharse a la India, quizás para nunca volver. Era penoso de escuchar.

Primero, casi había muerto, pero por la gracia de Kṛṣṇa se reunió nuevamente con ellos en San Francisco, aunque no pudo estar con ellos como antes y ahora sus planes de irse a la India quizá para siempre, todo esto hacía más intensa su preocupación y su amor por él.

Los devotos estaban preocupados pensando si podrían seguir sin Swamiji. Un devoto sugirió que quizás uno de los hermanos espirituales de Swamiji debería ir a América y reemplazarlo y, si ocurría lo peor, tomar el liderazgo de la Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna. Cuando la sugerencia llegó a Swamiji, la consideró sin responder inmediatamente.

Mukunda: Yo estaba solo con Swamiji en su cuarto, y él estaba muy serio y silencioso. Tenía los ojos cerrados. De pronto, lágrimas comenzaron a fluir de sus ojos y dijo con voz ahogada: «Mi maestro espiritual no era un maestro espiritual ordinario». Entonces, tras una pausa, y enjugándose las lágrimas de las mejillas, dijo con voz aún más apagada: «Él me salvó». En aquel momento empecé a comprender lo que quería decir «maestro espiritual» y abandoné toda posibilidad de reemplazar jamás a Swamiji.

Dos días más tarde, Swamiji dijo que él no diría a ninguno de sus hermanos espirituales que fuera allí y se hiciera cargo de sus discípulos. Dijo: «Tan pronto como esta persona dijera solamente una palabra distinta de lo que yo les estoy diciendo, habría una gran confusión entre ustedes». En realidad, dijo, la idea era un insulto al maestro espiritual.

* * *

Swamiji dijo a Kīrtanānanda que había decidido definitivamente ir a la India, por Nueva York, en cuanto pudiera. Kīrtanānanda empacó las cosas de Swamiji y lo llevó a San Francisco para pasar la noche en el templo. Se irían a la mañana siguiente.

En el templo, e incluso en el apartamento de Swamiji, había mucho ajetreo aquella noche, con muchos devotos e invitados que querían verlo y docenas de personas que querían iniciarse. Cuando Kīrtanānanda dijo a Swamiji que no se esforzara bajando para asistir al programa de la tarde, él insistió en estar allí, por lo menos durante el *kīrtana*.

Cuando entró en el local, los devotos interrumpieron el *kīrtana* al momento, cayendo al suelo para ofrecer reverencias. Se hizo el silencio. Ordenó que le hicieran otra nueva reverencia. Aquella pudiera ser la última vez que lo veían. Ellos lo observaron durante el *kīrtana*, mientras tocaba las *karatālas* y cantaba con ellos por última vez. Los no iniciados querían tenerlo como maestro espiritual aquella misma noche, antes de que fuera demasiado tarde. Swamiji pidió un micrófono. Nadie había esperado que hablara. Kīrtanānanda, el único que se le podía oponer, no dijo nada y se sentó ante él como los demás, sumiso y en expectación. Swamiji habló con serenidad sobre su misión; cumpliendo la orden de su maestro espiritual estaba llevando el movimiento del Señor Caitanya a América y Kṛṣṇa bondadosamente le había enviado a muchas almas sinceras.

—En la India tengo unos hijos, de mis tiempos de familia —dijo—, pero ustedes son mis hijos verdaderos. Ahora me voy a la India por una temporada.

—Yo soy un viejo —decía—, y puedo morir en cualquier momento. Pero les pido que todos ustedes sigan adelante con este movimiento de *saṅkīrtana*. Tienen que ser humildes y tolerantes. El Señor Caitanya dice: Sean tan humildes como una brizna de hierba y más tolerantes que un árbol. Tienen que tener entusiasmo y paciencia para llevar adelante esta filosofía de la conciencia de Kṛṣṇa.

Estaba sosegado y siguió hablando gravemente, pidiéndoles que se mantuvieran unidos y que sacaran adelante el movimiento, en su propio beneficio y en el beneficio de los demás. Todo lo que habían aprendido, dijo, tenían que repetirlo a los demás.

Ellos se dieron cuenta, quizá por primera vez, de que eran parte de una misión de prédica, de que eran un movimiento. Estaban juntos no solo para pasarla bien y tener buenas vibraciones: tenían una obligación entrañable hacia Swamiji y hacia Kṛṣṇa.

* * *

En Nueva York los devotos no tuvieron mucho tiempo para entristecerse. Kīrtanānanda telegrafió a Sri Krishna Pandit que Bhaktivedanta Swami llegaría a Delhi el 24 de julio a las siete y media de la mañana, y que Sri Krishna Pandit preparara el alojamiento de Swamiji en el templo de Chippiwada. El telegrama aludía a la intención de consultar a un médico en Delhi y después ir a Vṛndāvana. Estaba ansioso por volver a Vṛndāvana.

Los devotos habían pedido a Satsvarūpa que pidiera el traslado a Boston de su trabajo en la administración pública y abriera allí un centro para la conciencia de Kṛṣṇa. También pidieron a Rūpānuga que hiciera lo mismo en Buffalo. Cuando Satsvarūpa y Rūpānuga preguntaron a Swamiji qué le parecía, se puso muy contento. Subala iba a abrir un centro en Santa Fe, les dijo, y Dayānanda en Los Ángeles. «El mantra Hare Kṛṣṇa es igual que un gran cañón —les dijo—. Vayan y háganlo sonar, de manera que todos puedan oírlo, y él disipará a *māyā*».

Los devotos querían preguntar: «Pero, ¿y si usted no vuelve?». Tenían miedo. ¿Y si Kṛṣṇa retenía a Swamiji en Vṛndāvana? ¿Y si Swamiji nunca volvía? ¿Cómo iban a sobrevivir contra *māyā*? Pero Swamiji les había asegurado que cualquiera que fuera el nivel de conciencia de Kṛṣṇa que les había dado sería suficiente, incluso si él no volvía.

Solo treinta minutos antes de que tuviera que salir hacia el aeropuerto Swamiji estaba en su cuarto, cantando con las cuentas de una muchacha que había pedido la iniciación. Entonces, como había hecho muchas veces antes, dejó su apartamento, bajó las escaleras, cruzó el patio y entró en el local.

Sentado sobre la vieja alfombra, habló en voz baja e íntimamente: «Yo me voy, pero mi Guru Mahārāja y Bhaktivinoda están aquí. —Miró hacia los retratos de su maestro espiritual y Bhaktivinoda Ṭhākura—. Les he pedido que cuiden de todos ustedes, mis hijos espirituales. El abuelo siempre cuida de los niños mucho mejor que el padre. Así que no teman. No hay ni que hablar de separación. La vibración del sonido nos une a todos, aunque el

cuerpo material pueda no estar aquí. ¿Qué nos importa el cuerpo material? Sigan cantando Hare Kṛṣṇa y estaremos estrechamente unidos. Ustedes estarán cantando aquí y yo estaré cantando allí, y esta vibración circulará alrededor del planeta».

Varios devotos fueron con Swamiji en el taxi: Brahmānanda delante, al lado del chofer, Rāya Rāma y Kīrtanānanda detrás, al lado de su maestro espiritual. «Cuando Kīrtanānanda vea Vṛndāvana —dijo Swamiji—, no podrá comprender cómo he podido dejar ese lugar y venir aquí. Es tan bonito. Allí no hay coches como aquí, lanzados, ¡zuumm!, ¡zuumm! y ¡cómo huelen! Allí solo hay Hare Kṛṣṇa. Todos cantan siempre. Miles y miles de templos. Yo te lo enseñaré, Kīrtanānanda. Caminaremos por todo el lugar y te lo enseñaré».

Brahmānanda comenzó a llorar y Swamiji le dio unas palmadas en la espalda. «Puedo comprender que sientas separación —dijo—. Yo la siento de mi Guru Mahārāja. Yo creo que es esto lo que quiere Kṛṣṇa. Podrás ir allí conmigo y aprender, y extenderemos este movimiento por todo el mundo. Rāya Rāma, tú irás a Inglaterra, Brahmānanda, ¿quieres ir a Japón o a Rusia? Eso está bien».

Los devotos se reunieron en la sala de espera de Air India, cerca de un bar lleno de gente. Con un suéter, su *cādar* cuidadosamente plegada sobre un hombro, Swamiji se sentó en una silla mientras sus discípulos se sentaban a sus pies, tan cerca como era posible. Llevaba un paraguas, como cuando llegó solo por primera vez a Nueva York, hacía casi dos años. Aunque estaba exhausto, sonreía.

Swamiji vio un mural con unas mujeres indias que llevaban grandes cántaros en la cabeza, y llamó por su

nombre a una muchacha que había ido recientemente con su marido, Harṁsadūta, para unirse al centro de ISKCON de Montreal.

—Himavatī, ¿te gustaría ir a la India y aprender a llevar el cántaro de agua como las mujeres hindúes?

—Sí, sí —dijo—. Iré.

—Sí —dijo Swamiji—, algún día todos iremos.

Kīrtanānanda llevaba un gramófono portátil de pilas y dos copias del disco con el mantra Hare Kṛṣṇa.

—Kīrtanānanda —dijo Swamiji—, ¿por qué no pones el disco? Les va a gustar». Kīrtanānanda puso el disco muy bajito, pero el sonido llamó la atención de la gente del bar.

—Ponlo un poco más alto —dijo Swamiji—, y Kīrtanānanda aumentó el volumen, mientras Swamiji llevaba el compás con la cabeza.

Pronto comenzaron los devotos a tararear acompañando el disco y después a cantar en voz baja, hasta que, poco a poco, fueron cantando más alto. Algunos de los devotos comenzaron a llorar.

Llegado el momento de ir al avión, Swamiji abrazó a cada uno de sus hombres. Se habían puesto en fila, y uno tras otro se le acercaron, abrazándolo. A unas pocas mujeres, les dio unas palmaditas en la cabeza.

Acompañado de Kīrtanānanda, que llevaba la cabeza afeitada y un inadecuado traje negro de lana, Swamiji se dirigió a la salida lentamente. Cuando desapareció de su vista, los devotos fueron corriendo a la terraza para ver por última vez el avión que despegaba.

Una lluvia ligera regaba el campo de aviación mientras los devotos corrían por la terraza. Allí abajo estaban

Swamiji y Kīrtanānanda, que iban hacia el avión. Dejando el decoro a un lado, los devotos comenzaron a gritar. Swamiji se volvió y saludó con la mano. Subió por la pasarela desmontable, y una vez arriba, volteó y levantó los brazos; después entró en el avión. Los devotos cantaban a pleno pulmón, mientras retiraban la pasarela y cerraban la puerta, y el avión comenzó a girar. Los devotos se habían apiñado contra la barandilla, pero se echaron hacia atrás cuando el escape del *jet* los azotó con el calor. Con un gran rugido, el *jet* de Air India, con las luces intermitentes, rodaba por la pista de despegue. Los devotos siguieron cantando Hare Kṛṣṇa hasta que el avión despegó, fue un punto en el cielo y desapareció.

* * *

Nueva Delhi

25 de julio de 1967

El espeso calor que los recibió sentó bien a Swamiji. Había ido por esto. En el interior de la terminal del aeropuerto, unos ventiladores colocados en el techo revolvían el aire de bochorno, mientras Swamiji y Kīrtanānanda esperaban en una fila que avanzaba lentamente, y unos empleados de uniforme controlaban el pasaporte y los formularios de aduanas, sin las computadoras ni la eficiencia occidentales. Más allá de las zonas de inmigración y aduanas, la gente que esperaba a algunos pasajeros que llegaban, agitaba las manos, llamaba y se reunía con amigos y miembros de la familia.

Cuando Swamiji y Kīrtanānanda habían recogido su equipaje y pasado la aduana, se quedaron en la acera, fuera de la terminal. Swamiji se había quitado el suéter, pero Kīrtanānanda sudaba a mares con su traje negro de lana. Eran las dos de la mañana. Por todas partes, los pasajeros encontraban a sus seres queridos y los abrazaban, a veces les ponían guirnaldas de flores y los ayudaban a subir a coches y taxis. Pero no había nadie que esperara a Swamiji. Era muy diferente, por cierto, de las recientes escenas de lágrimas en los aeropuertos, donde Swamiji había estado con *sus* seres queridos. Ahora, en lugar de estar rodeado de discípulos afectuosos, se veía asediado por taxistas y maleteros que querían llevar su equipaje por una propina. Swamiji pidió en hindi a uno de los taxistas que los llevara a Chhipiwada, en Vieja Delhi. El chofer puso su equipaje en el maletero y Swamiji y su discípulo subieron al asiento de atrás.

El pequeño taxi Ambassador fue por calles bien conocidas de Swamiji. El tráfico nocturno era ligero, alguno que otro taxi o *ricksha*. Casi todas las calles estaban vacías y silenciosas, las tiendas cerradas, algunas personas o alguna vaca dormían al aire libre.

Hacía solo unos pocos años, Bhaktivedanta Swami había vendido la revista *Back to Godhead*, había solicitado donativos y había editado su *Śrīmad-Bhāgavatam* en este mismo lugar. Entonces había estado solo, prácticamente sin dinero ni residencia. Sin embargo, había sido dichoso, dependiendo totalmente de Kṛṣṇa.

Pero los líderes hindúes rechazaban la cultura védica e imitaban a Occidente. Aunque algunos hindúes aún aseguraban seguir la cultura védica, la mayoría de ellos eran

víctimas de maestros que enseñaban un revoltijo de ideas, pero que no aceptaban a Kṛṣṇa como la Suprema Personalidad de Dios. Por eso, Bhaktivedanta Swami se había visto obligado a marcharse y trasplantar a Occidente la cultura védica. Se había atenido estrictamente a la visión de su anterior maestro espiritual y quedó demostrado que tenía razón: Occidente era un buen terreno para la conciencia de Kṛṣṇa.

Al ir en taxi por la Vieja Delhi e irse acercando a Chawri Bazaar, Bhaktivedanta Swami vio las imprentas y papelerías, que, al ser de noche, estaban cerradas. A estas horas no estaban los vehículos tirados por hombres que constituían el denso tráfico durante el día, aunque algunos de estos personajes estaban durmiendo en sus carros hasta que amaneciera, momento en que tomarían un baño en algún pozo al aire libre y comenzarían otro día de arrastrar su vehículo. Cuando Bhaktivedanta Swami estaba corrigiendo las pruebas de sus primeros volúmenes del *Śrīmad-Bhāgavatam*, pasaba todos los días a pie por aquellas calles, comprando papel, recogiendo las pruebas de la imprenta y volviendo con ellas ya corregidas. Su Canto Primero había sido un triunfo.

Junto a Chawri Bazaar, unas calles laterales conducían a las estrechas callejuelas de Chippiwada, donde unos postes metálicos verticales impedían el paso de coches y *rickshas*. El chofer detuvo el taxi en una calle vacía y se volvió para cobrar. Swamiji tomó de su cartera cuarenta rupias (las mismas que se había llevado en el barco a América, en 1965). Pero el chofer se quedó con las cuarenta rupias diciendo que ese era el precio. Swamiji protestó: ¡El precio no debería ser ni la mitad! Discutieron

en voz alta en hindi. El chofer había guardado el dinero y no iba a dar el cambio. Swamiji sabía que sería muy difícil encontrar un policía a aquellas horas. Por fin, aunque eso había sido un robo, Swamiji lo dejó marchar. Él y Kīrtanānanda tomaron el equipaje y fueron a pie una manzana más, hasta la puerta del templo de Rādhā-Kṛṣṇa de Chippiwada.

Estaba cerrado. Tocaron fuerte, y Swamiji llamó a Sri Krishna Pandit hasta que un hombre vino a abrir, reconoció a Bhaktivedanta Swami y los dejó pasar. Los condujo escaleras arriba y abrió la puerta del cuarto. Swamiji encendió la luz.

El cuarto estaba sin amueblar y lleno de polvo, y la bombilla que colgaba del techo daba una luz y una sombra desoladas. En el suelo había una cúpula de cemento de un metro de altura para indicar que debajo estaban el altar y las Deidades de Rādhā y Kṛṣṇa. La cúpula impedía que nadie cometiera involuntariamente la ofensa de pasar por encima de las Deidades. El armario estaba lleno de cubiertas y páginas impresas del *Śrīmad-Bhāgavatam* y de impresos de cartas para posibles miembros de la Liga de Devotos. Todo estaba exactamente tal como Bhaktivedanta Swami lo había dejado.

—Este es el cuarto donde escribí el *Śrīmad-Bhāgavatam* —dijo Swamiji a Kīrtanānanda—. Aquí dormía. Y ahí tenía mi cocina y mi máquina de escribir. Yo dormía, escribía a máquina, y guisaba y escribía a máquina, y dormía y escribía a máquina.

Kīrtanānanda estaba espantado al pensar que Swamiji hubiera vivido allí, en semejante lugar, pobre y humilde. Ni siquiera estaba limpio.

Aunque Kīrtanānanda estaba muy incómodo con su traje y se preguntaba cuándo podría quitárselo, se las arregló para encontrar un colchón delgadísimo para Swamiji. Fueron dos doctores ayurvédicos. Ambos coincidieron en que el problema lo provocaba el corazón de Swamiji, pero que el peligro ya había pasado. Le dieron unas medicinas y le aconsejaron regular su horario de comer, descansar y trabajar. Sri Krishna Pandit fue para estar con él y hablar un rato, y Swamiji le contó su éxito en América, y le habló de los jóvenes devotos de Nueva York y San Francisco. Puso su disco para que lo oyera Sri Krishna Pandit, y esto atrajo a muchos curiosos de otros cuartos del templo.

* * *

El 1 de agosto, a los seis días de estar en Delhi, Swamiji fue a Vṛndāvana, donde ocupó sus antiguas habitaciones en el templo de Rādhā-Dāmodara. Tras estar allí tan solo un día y viendo que su salud había mejorado, aunque muy poco, empezó a planear su vuelta a América. «Estoy pensando en ustedes continuamente», escribió a los devotos, a quienes llamaba sus «queridos estudiantes».

Estando en Delhi, había recibido una carta de Brahmānanda diciendo que la compañía Macmillan se interesaba decididamente por la publicación de su *Bhagavad-gītā*. Desde Vṛndāvana, Swamiji escribió a Brahmānanda diciéndole que firmara el contrato inmediatamente en su nombre. Swamiji había estado pensando si convendría publicarlo privadamente en Japón o en la India, o esperar la decisión de Macmillan. Le importaba

menos el prestigio y las ventajas económicas de publicarlo con Macmillan que publicarlo lo antes posible.

Aunque Swamiji aún estaba muy débil y seguía teniendo los cuidados y los masajes de Kīrtanānanda, (quien, por su parte, estaba apático y cansado a causa del calor), seguía yendo de una idea activa y ambiciosa a otra para su joven movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Pensaba en voz alta en los volúmenes del *Śrīmad-Bhāgavatam*, listos para su publicación, y si Macmillan los aceptaría, y si los muchachos podrían dar los pasos necesarios en su nombre. Había tanto que hacer. Quería volver en octubre y supervisar las cosas personalmente.

La temperatura llegó a más de 43 grados y Swamiji y Kīrtanānanda tenían que quedarse en casa con la puerta cerrada y el ventilador funcionando. Aunque Kīrtanānanda apenas podía desempeñar sus deberes, Swamiji encontraba que el calor lo fortalecía y dijo que le estaba devolviendo la salud. Entonces, pasada la primera semana, comenzaron las lluvias del monzón y el calor disminuyó.

El día de Janmāṣṭamī, el 28 de agosto, Swamiji concedió la orden de *sannyāsa* a Kīrtanānanda en una ceremonia en el templo de Rādhā-Damodara. De esta manera Kīrtanānanda era el primer discípulo de Swamiji que se hacía *sannyāsī*: Kīrtanānanda Swami. Generalmente, el *sannyāsa* se da a hombres mayores de cincuenta años. Pero Swamiji quería dárselo a su joven discípulo, porque tenía una gran necesidad de hombres que estuvieran preparados a consagrar todas sus energías en viajar y predicar, obligaciones tradicionales de un *sannyāsī*. Estos *sannyāsīs* harían falta para reforzar y difundir el

movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Durante la iniciación de Kīrtanānanda había cientos de visitantes que celebraban el aniversario del nacimiento del Señor Kṛṣṇa, y muchos de ellos fueron a felicitar al nuevo *sannyāsī*. Alguno dijo que se parecía al Señor Caitanya. Swamiji escribió:

Muy pronto volverá a los Estados Unidos para comenzar a predicar con mayor energía y éxito. Mientras tanto, trataré de utilizar este «*sannyasi* blanco» para reclutar algunos miembros en la India.

A principios de septiembre, Acyutānanda llegó a Vṛndāvana para estar con Swamiji. Para él, lo más maravilloso de Swamiji en Vṛndāvana era la sencillez de su vida. Aunque en Nueva York, Swamiji llevaba ropas sencillas, siempre había tenido un porte regio, siempre había sido el *guru*. Pero aquí vivía con gran sencillez y humildad. Una vez que se sentó en el porche de la puerta de su cuarto para lavarse las manos, se vio cubierto de moscas. A Kīrtanānanda y a Acyutānanda siempre los estaban molestando las moscas (era la estación de las lluvias), pero Swamiji apenas las notaba y seguía lavándose las manos tranquilamente.

Kīrtanānanda y Acyutānanda estaban de acuerdo en que Swamiji no era tan solo un *bābājī* más de Vṛndāvana. Ninguno era como él. Desde luego que Gaurachand Goswami, propietario del templo de Rādhā-Dāmodara, no era como Swamiji. Llevaba unas gafas muy gruesas y apenas podía ver, y una vez que Kīrtanānanda y Acyutānanda estaban ante las Deidades del templo, Gaurachand Goswami les preguntó en voz alta:

—Bueno, ¿qué les parecen? ¿Cuál de Ellas les gusta más?

—Me gustan todas —dijo Acyutānanda.

—A mí me gusta la grande, allí al final —dijo el sacerdote—, señalando de una manera informal la Deidad de Kṛṣṇa—. Se parece un poco al General Choudry.

Los muchachos de Swami se miraron (¿qué clase de gente es esta?) y fueron a que Swamiji se los explicara.

—Son *gosvāmīs* de casta —explicó Swamiji.

Los primeros *gosvāmīs*, como Jīva Gosvāmī, quien fundó el templo de Rādhā-Dāmodara, ocuparon a jefes de familia en adorar a las Deidades. Y estos *gosvāmīs* de casta eran descendientes de aquellos primeros *pūjārīs*. Swamiji les dijo que los *gosvāmīs* de casta eran los propietarios de los templos, y que ellos los sostenían y dirigían la adoración de la Deidad como un negocio para mantener a sus familias. Hacía varios años, cada una de las Deidades que había en el altar tenía Su propio templo, Sus tierras, Sus ingresos y Sus sacerdotes. Pero para economizar, los *gosvāmīs* habían vendido la propiedad, reducido la opulencia de la adoración y reunido a las Deidades.

Había otros personajes interesantes: la vieja viuda Sarajini con la cabeza calva y *śikhā*, y los pies descalzos y callosos, que dormía en un cuarto cerca de la puerta del templo, barría la cocina de Swamiji y lavaba su ropa; Pancudas Goswami, el hijo del dueño del templo, que siempre estaba mascando betel y andaba por allí con ojos adormilados y un *dhotī* de seda con la orilla bordada en rojo; un viejo *bābājī* muy moreno que iba por la noche, que siempre estaba riéndose, y que hacía pasta de madera de sándalo para Swamiji; el doctor local de hierbas,

Vanamali Kaviraja, que atendía con sonrisa brillante, desde detrás de su mesa, en un cuarto muy pequeño lleno del suelo al techo de botellas pequeñas; y un famoso *paṇḍita* que visitaba a Swamiji y llevaba un collar de *tulasī* montado en oro y sortijas de diamantes. Todas aquellas personas eran devotos que vivían en el santo Vṛndāvana. Pero nadie era como Swamiji.

Kīrtanānanda Swami estaba hasta decepcionado de que nadie fuera como Swamiji en Vṛndāvana. En el país donde todos eran hindúes y todos eran devotos, Swamiji seguía siendo único. Ningún otro era tan sencillo, tan serio, tan capaz de penetrar en la falsedad, tan atractivo para el corazón, ni tan absolutamente apegado a Kṛṣṇa. Ningún otro podría guiarlos.

* * *

Con una medicación regular, masajes, descanso y el calor de Vṛndāvana, Swamiji sintió que se recuperaba. A mediados de septiembre dijo que era capaz, en un noventa por ciento, de volver a los Estados Unidos. Predijo que estaría de vuelta allí a finales de octubre. Acompañado de Kīrtanānanda y Acyutānanda, dejó Vṛndāvana y volvió al templo de Chippiwada, en Delhi.

El 11 de octubre escribió a Brahmānanda:

Debemos imprimir nuestros libros; hemos perdido mucho tiempo en revisarlos y encontrar un editor conveniente. Cuando estaba solo se publicaron tres volúmenes, pero en los últimos dos años, no pude publicar ni un volumen más. Es un gran fracaso.

Si tuviera una o dos almas sinceras como tú, y si pudiéramos seguir publicando, entonces nuestra misión sería un gran éxito. Estoy dispuesto a sentarme bajo un árbol con alguna alma sincera, y dedicándome a esto me veré libre de todas las enfermedades.

Al saber que Swamiji volvería pronto, los devotos de América comenzaron a insistir en sus ruegos, queriendo cada grupo que fuera a su propia ciudad. El 4 de noviembre, Swamiji escribió a Mukunda: «Como dices que ahora más que nunca se está sintiendo mi ausencia, estoy pensando en salir inmediatamente, sin esperar más». Y a Jānakī, la esposa de Mukunda, le dijo: «Estoy pensando en ustedes a cada momento, y como me han pedido que vaya a San Francisco a mi regreso de la India, estoy tratando de cumplir mi promesa. Creo que iré directamente a San Francisco». Al pie de aquella carta a Mukunda y Jānakī, Acyutānanda añadió un informe médico: «Swamiji luce saludable y vive y trabaja normalmente, pero casi siempre tiene el pulso demasiado rápido. Anoche tenía 95, demasiado rápido, incluso para él, que suele tener entre 83 y 86».

Swamiji decidió no esperar más, aunque si esperaba podía conseguir la residencia permanente en los Estados Unidos. «Quiero volver a tu país, donde el aire es bueno y el agua es buena —dijo una vez a Acyutānanda—. Todos los días tenemos cartas diciendo que los devotos quieren que esté allí. Creo que si no estoy pueden decaer, y hasta estaba reacio a venir a la India. Pero ahora veo que está creciendo. Es necesario que vaya y que supervise esta expansión. De manera que quiero volver».

Para estar seguro de que Swamiji iría primero a San Francisco, Mukunda envió un telegrama: «SWAMIJI, BRAHMANANDA Y YO DE ACUERDO. SALGAN INMEDIATAMENTE. AVISEN FECHA EXACTA LLEGADA. MUKUNDA».

Swamiji había pensado ir por Tokio y quedarse allí un día «para ver si había alguna posibilidad de fundar allí un centro». En Tokio avisarían a Mukunda por teléfono sobre la hora de su llegada a San Francisco. Pero pasaron tres semanas esperando su formulario P, certificado del Banco de la India que se exige a los ciudadanos hindúes para ir al extranjero.

Entretanto, recibió buenas noticias de Nueva York. El interés de la compañía Macmillan por el *Bhagavad-gītā* era auténtico; estaban redactando el contrato. Contento con Brahmānanda, le escribió el 11 de noviembre explicándole sus planes para distribuir la literatura sobre la conciencia de Kṛṣṇa:

Si tenemos las publicaciones ahí, podemos trabajar desde un centro solamente, como Nueva York o San Francisco, para propagar nuestro culto por todo el mundo. Vamos a concentrarnos en la publicación del BTG de una forma cada vez más cuidadosa, y en publicar algunas obras védicas como el *Srimad-Bhagavatam*, el *Chaitanya Charitamrita*, etc.

Al dirigir sus pensamientos cada vez más hacia la prédica que le esperaba en América, hizo una evaluación de lo que había hecho hasta entonces, de lo que haría, y de qué manera lo haría. Cuando al fin llegó el día del viaje, dio

sus últimas instrucciones a Acyutānanda, que se quedaba para predicar la conciencia de Kṛṣṇa en la India.

—Tú pide al Señor Kṛṣṇa que yo pueda ir a América —rogó a Acyutānanda.

—¿Cómo voy a hacerlo? Entonces me dejará.

—No, nosotros estaremos siempre unidos si recuerdas mis enseñanzas. Si predicas, te harás fuerte y todas esas enseñanzas estarán en la perspectiva apropiada. En cuanto interrumpimos la prédica, entonces todo se estanca y perdemos nuestra vida. Hasta aquí, en la India, la gente cree que lo sabe todo, pero se equivocan. No hay límite para oír hablar de Kṛṣṇa. Dios no tiene límites. De manera que nadie puede decir: «Yo lo sé todo sobre Dios». Los que dicen que lo saben todo sobre Dios, no lo saben. De manera que todos sabrán apreciarte. No tengas miedo.

Los pasajeros y la tripulación vieron a Swamiji como un anciano hindú vestido con ropa color azafrán. Las azafatas no sabían si hablaría inglés, pero cuando les pidió algo de fruta, vieron que sí lo hablaba y que era un señor muy atento. Estaba silencioso y se puso las gafas para leer un libro viejo de Escrituras durante horas, sin dejarlo, o bien movía los labios en oración mientras pasaba entre los dedos las cuentas de orar, en una bolsa de tela, o bien descansaba bajo una manta, con los ojos cerrados.

Nadie se molestó en preguntar lo que estaba haciendo. Nadie sabía que unos jóvenes y ansiosos corazones lo estaban esperando en San Francisco, ni que la compañía Macmillan de Nueva York quería publicar su traducción al inglés del *Bhagavad-gītā*, ni que tenía centros espirituales en dos países, con planes de expansión por todo

el mundo. Permaneció sentado pacientemente, cantando con frecuencia, con la mano en la bolsa de las cuentas, dependiendo de Kṛṣṇa mientras pasaban las horas.

El avión aterrizó en San Francisco. Rodeado de cientos de pasajeros, Swamiji se hizo paso poco a poco hacia la salida. Más allá del largo pasaje anexo antes de llegar al edificio de la terminal, pudo ver a varios discípulos sonriendo y agitando las manos al otro lado del cristal de separación. Cuando entró en la terminal, fue hacia el cristal mientras sus discípulos caían de rodillas, ofreciéndole reverencias. Cuando levantaron la cabeza, él sonrió y continuó avanzando por el corredor mientras ellos iban a su lado, separados tan solo por el cristal. Después desaparecieron de su vista, cuando bajó las escaleras hacia inmigración y las aduanas. La zona de abajo también tenía cristales de separación, y Swamiji pudo ver a más de cincuenta devotos y amigos esperando ansiosamente. Cuando pudieron verlo de nuevo, gritaron juntos: «¡Hare Kṛṣṇa!».

A ellos, Swamiji les pareció maravilloso, bronceado por sus cinco meses en la India, más joven y lleno de energía. Sonrió y levantó los brazos saludando con gesto de triunfo. Los devotos lloraban de felicidad.

Mientras Swamiji estaba en la fila de la inspección de aduanas, pudo oír el *kīrtana* de los devotos, cuyo sonido quedaba parcialmente apagado por las paredes de cristal. Los aduaneros no hicieron caso del canto, aunque la relación entre el pasajero vestido de color azafrán y los alegres cantores se percibía a simple vista.

Swamiji esperaba en la fila, echando una mirada de vez en cuando a sus discípulos. No tenía más que una maleta

que colocar en la mesa del inspector. Metódicamente, el inspector miró el contenido: *sārīs* de algodón para las chicas, collares de seda para las Deidades de Jagannātha, *karatalas*, *dhotīs* y *kurtās* color azafrán, un rallador de cocos, y unos frascos de medicinas ayurvédicas.

«¿Qué es esto?», inquirió el inspector. Los frascos parecían raros y llamó a otro inspector. Un retraso. Los discípulos de Swamiji se molestaron con aquellos aduaneros de mente estrecha que estaban fisgoneando en las cosas de Swamiji, abriendo los ajustados corchos de los frascos y oliendo y controlando su contenido.

Los inspectores se dieron por contentos. Swamiji intentó cerrar su maleta, pero no pudo accionar la cremallera. Otro retraso. Los devotos, cantando aun ansiosamente, lo observaban mientras se las arreglaba para cerrar su maleta con la ayuda de un señor que estaba detrás de él.

Se dirigió hacia las puertas de cristal mientras los devotos comenzaban a cantar a gritos. Cuando pasaba por la puerta, un devoto sopló en una caracola que resonó estrepitosamente por todo el vestíbulo. Los devotos le pusieron collares de flores y todos se amontonaban dándole flores. Pasó entre ellos como cuando un padre muy querido entra y corresponde a los abrazos de sus cariñosos hijos.

CAPÍTULO 5

LA ÚLTIMA DÉCADA

Śrīla Prabhupāda pasó otros diez años en este mundo. Durante ese tiempo, dirigió personalmente la Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna, mientras se propagaba por todo el mundo hasta contar con más de cien centros. Inició a miles de discípulos, y escribió y publicó cerca de setenta libros. Solía decir: «Soy un anciano y puedo morir en cualquier momento, pero, por favor, continúen con lo que les he dado». Consciente de lo limitado de su tiempo y del ilimitado alcance de su visión, trabajó incansablemente. Un verso de las Escrituras védicas dice: «Nadie puede propagar por todo el mundo el canto de los santos nombres de Dios si no ha recibido directamente el poder del Señor Kṛṣṇa». En los últimos diez años de su vida, Śrīla Prabhupāda demostró ampliamente que poseía una energía, una *śakti*, que le permitía inspirar a la gente, no solo para que cantaran el mantra Hare Kṛṣṇa, sino también para hacerles abandonar las actividades pecaminosas y emprender una vida consciente de Kṛṣṇa de misioneros plenamente dedicados. Por medio de esos predicadores, discípulos de Prabhupāda, el movimiento Hare Kṛṣṇa se propagó a todos los continentes, echó raíces y fue haciéndose más fuerte cada año. El doctor But Rochfort, estudioso americano de las religiones, lo resume diciendo: «Ciertamente es algo milagroso que un solo hombre haya podido inspirar a tanta gente a consagrarse al cultivo de la conciencia de Dios».

Pese a que nunca recobró del todo la salud, Śrīla Prabhupāda se mantuvo plenamente activo, trabajando en la traducción de las Escrituras sánscritas al inglés y viajando continuamente para hablar del proceso de conciencia de Kṛṣṇa a nuevos auditorios, así como para dar ánimo a sus discípulos. En 1968 y 1969 viajó a lo largo y a lo ancho de los Estados Unidos, de California a Nueva York, de Boston a Montreal, pasando por Santa Fe, Los Ángeles, San Francisco, Seattle y nuevamente Nueva York, entre otros lugares. En ese período participó en el festival Ratha-yātrā de San Francisco, en el que los devotos tiraron con cuerdas de tres carros por las calles de la ciudad, siguiendo la tradición del Ratha-yātrā que se celebra en Jagannātha Purī (India) desde hace miles de años. En el festival de 1969, diez mil personas siguieron la procesión del Ratha-yātrā por Golden Gate Park.

Deseoso también de establecer comunidades rurales, Śrīla Prabhupāda pasó un mes en un terreno despoblado de las montañas de Virginia occidental, donde instruyó a sus discípulos en el arte de depender de la naturaleza mediante la protección de las vacas y el trabajo en el campo.

Allí donde estuviera, Prabhupāda se mantenía en contacto postal con sus devotos y con la administración de su movimiento, que no dejaba de crecer. Eran cartas de gran valor para los devotos, con palabras de afecto e instrucciones prácticas acerca de compras inmobiliarias, consejos médicos o matrimoniales y, en todo caso, siempre llenas de instrucciones trascendentales. Con su ejemplo personal, Śrīla Prabhupāda enseñaba la manera de practicar plenamente la vida espiritual y, al mismo

tiempo, llevar una vida activa en el mundo. Para eso, había que seguir estrictamente las prácticas de cantar los santos nombres, Hare Kṛṣṇa, un mínimo de dieciséis vueltas en el rosario al día (dos horas aproximadamente), escuchar clases cada día y leer las Escrituras, tanto por la mañana como al atardecer. Además, las veinticuatro horas del día podían dedicarse a actividades conscientes de Kṛṣṇa. De este modo, el devoto podía mantenerse libre de las influencias materiales incluso si vivía en una gran ciudad y tenía que enfrentarse a muchas situaciones que eran causas potenciales de ansiedad. En sus cartas y conversaciones personales, Prabhupāda aconsejaba a sus seguidores: «Hagan como estoy haciendo yo».

Algunos de los discípulos más audaces de Śrīla Prabhupāda se ofrecieron a llevar el proceso de conciencia de Kṛṣṇa a Europa; Prabhupāda envió a tres parejas de casados a Londres, mientras un joven soltero se trasladaba a Hamburgo (Alemania) con ese mismo objetivo. El propio Śrīla Prabhupāda viajó después, primero a Alemania y después a Inglaterra, donde pasó varios meses. Para los devotos de Inglaterra, el comienzo había sido difícil, sin dinero ni un lugar dónde alojarse. En medio de un invierno de luchas, un afortunado golpe de suerte: el encuentro con George Harrison, de los Beatles. En una sala llena, en la sede de Apple Records, Śyāmasundara dāsa, con la cabeza afeitada y hábitos de monje, esperaba la oportunidad de cambiar unas palabras con alguien relacionado con los Beatles. Entonces George bajó las escaleras tras una reunión de trabajo. George fue directamente a sentarse al lado de Śyāmasundara dāsa y le preguntó: «¿Dónde se han

metido? ¡Llevo dos años tratando de ponerme en contacto con los Hare Kṛṣṇa!». Al día siguiente, Śyāmasundara dāsa fue a almorzar con George y conoció a los demás Beatles. Todos tenían preguntas, pero George estaba especialmente interesado. Había leído el *Bhagavad-gītā tal como es* y reconocía la superioridad del concepto personal de Dios sobre el impersonal. Estaba deseoso de conocer a Śrīla Prabhupāda. Más adelante, la canción de George Harrison *My sweet Lord* fue número uno en Estados Unidos durante dos meses, y su álbum *Living in the material world* fue el número uno en la *Billboard* cinco semanas, con millones de copias vendidas.

Prabhupāda advirtió a los devotos que no dependieran exclusivamente de la ayuda de George y que trataran de encontrar y alquilar un edificio. George, sin embargo, quería ayudar, y para ello sugirió a los devotos que hicieran una grabación para el sello Apple. George prefirió que cantaran los devotos y él hizo de productor.

Śrīla Prabhupāda planeó su visita a los discípulos de Londres para unas semanas antes de la publicación del disco Hare Kṛṣṇa Mantra. El primer día se vendieron setenta mil copias. En pocas semanas se convirtió en uno de los discos más vendidos en muchos países de Europa, incluso de la Europa oriental. Prabhupāda recibió alojamiento en las habitaciones de los sirvientes en la propiedad de John Lennon, donde pasó varios meses. Durante ese tiempo, los devotos alquilaron como templo un local comercial en el centro de Londres, y Prabhupāda en persona instaló allí la Deidad de Rādhā-Kṛṣṇa en diciembre de 1969. De ese modo, el movimiento Hare Kṛṣṇa quedó establecido en Londres, para gran satisfacción de Prabhupāda.

En 1970, Prabhupāda viajó principalmente por los Estados Unidos, donde inició a cientos de discípulos y estableció su cuartel general para Occidente en una antigua iglesia católica de Los Ángeles. Prabhupāda siempre insistía en que quería reservar tiempo para su trabajo literario, pero se veía asediado por la gestión de todos los centros Hare Kṛṣṇa del mundo, que recaía sobre él a veces hasta en cuestiones de detalle. Por esa razón, formó una Comisión de Gobierno con doce de sus discípulos; además, para organizar la impresión y distribución de sus obras ya traducidas, fundó The Bhaktivedanta Book Trust. Śrīla Prabhupāda decía que para abrir un centro de ISKCON solo se necesitaba una persona sincera, siempre y cuando siguiera estrictamente a su maestro espiritual y practicara la disciplina diaria de cantar y escuchar. Animaba a sus jóvenes seguidores a abrir centros, y ellos le correspondían, cumpliendo así la predicción que el Señor Caitanya había hecho hacía quinientos años: «El canto de los santos nombres del Señor Kṛṣṇa se conocerá en todos los pueblos y ciudades del mundo». Se abría un nuevo centro cada mes, y a veces cada semana. Solamente en Estados Unidos, podían contarse por docenas. Almas audaces se aventuraban sin compañía hacia Australia y Asia, a nuevos países europeos y a África. Allí donde iban, seguían la sencilla fórmula dada por Śrīla Prabhupāda y los maestros espirituales anteriores.

Prabhupāda se sentía satisfecho de ver la prueba de que Hare Kṛṣṇa no era, ciertamente, una religión sectaria, exclusivamente destinada a los hindúes, sino que la gente la aceptaba donde hubiera devotos sinceros que practicaran los principios básicos. Esa experiencia

del éxito universal del proceso de conciencia de Kṛṣṇa inspiró a Śrīla Prabhupāda a declarar en los significados Bhaktivedanta de sus obras, que el proceso de conciencia de Kṛṣṇa tenía la potencia de llegar a ser una religión mundial no sectaria y podía resolver todas las miserias de la existencia material. Al menos en pequeña escala, en ISKCON, a los devotos les era relativamente fácil dedicarse plenamente al servicio devocional del Señor Kṛṣṇa y abandonar hábitos muy arraigados como el consumo de drogas, la vida sexual ilícita, el comer carne y los juegos de azar. Los devotos veían que sus aspiraciones de felicidad material se desvanecían con el cultivo de conciencia de Kṛṣṇa; por esa razón, Prabhupāda predicaba que lo que había ocurrido en pequeña escala también podía ocurrir en gran escala si los líderes del mundo prestaban su apoyo. Para la mayoría, el movimiento de Prabhupāda, aunque popular entre la juventud, siguió siendo un movimiento poco importante, al que los políticos y la clase adinerada no prestaron mucha atención.

Śrīla Prabhupāda había recibido de su maestro espiritual la instrucción de predicar el proceso de conciencia de Kṛṣṇa en Occidente, y ya estaba cumpliendo esa orden con gran éxito. A mediados de 1970, Prabhupāda quiso abrir una nueva frontera llevando el proceso de conciencia de Kṛṣṇa de nuevo a la India, su lugar de origen. Prabhupāda solía decir que en la India el noventa y nueve por ciento de las personas ya eran conscientes de Kṛṣṇa, pero que en la actualidad su conciencia de Kṛṣṇa estaba cubierta porque los hindúes trataban de imitar el modo de vida occidental. De hecho, a veces el gobierno hindú veía en la religión una de las causas del atraso y los

problemas de la India; además, la proliferación de *svāmīs* poco autorizados y de falsas encarnaciones de Dios había creado gran confusión acerca de la verdadera conclusión de las Escrituras védicas. Śrīla Prabhupāda veía que el proceso de conciencia de Kṛṣṇa, en su forma original, las verdaderas enseñanzas del *Bhagavad-gītā*, era tan necesario en la India como en todas partes. Prabhupāda regresó a la India por primera vez después de tres años. Dio a sus discípulos occidentales la instrucción de cantar Hare Kṛṣṇa por las calles, con la esperanza de que sus «elefantes blancos danzarines» inspiraran a los hindúes a recuperar la fe en su perdida cultura. Śrīla Prabhupāda estableció un programa llamado «miembros vitalicios», consistía en invitar a los hindúes a hacerse miembros, a relacionarse con ISKCON y a brindarle apoyo, y a cambio de una cuota de recuperación recibían copias de sus libros y alojamiento gratuito en los centros de ISKCON en la India; no puede calificarse de menos que de sensacional. Al ver a los occidentales seguir la cultura védica, los hindúes brindaron una cordial bienvenida a los devotos. Poco a poco empezaron a respetar a Śrīla Prabhupāda como un gran santo de la India.

Prabhupāda dio entonces comienzo a una de sus campañas más difíciles: construir y abrir al público importantes templos en la India, uno en Bombay, otro en Māyāpura (el lugar del nacimiento del Señor Caitanya), y otro en Vṛndāvana, el escenario de los pasatiempos eternos del Señor Kṛṣṇa. Eran proyectos ambiciosos, y Prabhupāda tuvo que enfrentarse con dificultades de principio a fin: al comprar la tierra, al procurarse los permisos y al tratar de impedir que los hombres de negocios engañaran a

sus discípulos. Prabhupāda decía que la gente común no mostraría interés por escuchar discursos acerca del proceso de conciencia de Kṛṣṇa en ambientes austeros, pero que si se les ofrecía un templo magnífico, vendrían y de ese modo escucharían, cantarían y tomarían *prasādam* sin mayor dificultad. Así, para beneficio de los devotos hindúes y occidentales, Prabhupāda construyó sus templos en la India con residencias para visitantes, e invitó a la gente a que viniera y practicara durante un tiempo el proceso de conciencia de Kṛṣṇa de forma completa.

En los primeros años de la década de los setenta, Prabhupāda viajó con más intensidad que nunca, viajando a lo largo y a lo ancho, ya no solo de los Estados Unidos, sino del mundo entero. Tanto es así que en esos años dio catorce veces la vuelta al mundo, visitando por primera vez Moscú, París, Nairobi, Sudáfrica, México y Sudamérica, y visitando repetidas veces Australia y otros países. A pesar de sus constantes viajes, Prabhupāda se organizó para continuar con sus traducciones. Se levantaba a la una de la madrugada, después de dormir solamente tres horas, y estudiaba los comentarios de los maestros espirituales anteriores; acto seguido, escribía sus propios comentarios al *Śrīmad-Bhāgavatam*. Durante año y medio aminoró el ritmo de la traducción del *Śrīmad-Bhāgavatam* para dedicarse a traducir el *Caitanya-caitāmṛta*, la biografía del Señor Caitanya, obra de Kṛṣṇadāsa Kavirāja. Durante esos años, sus discípulos dieron un enorme impulso a la distribución de sus libros. En 1974, los templos vendieron casi cuatrocientos mil libros de tapa dura, con un aumento de casi el setenta por ciento sobre el año anterior; además, distribuyeron

casi cuatro millones de ejemplares de la revista *Back to Godhead*. Esas noticias hacían que Prabhupāda se sintiera «con la energía de un hombre joven».

En 1976, tras breves visitas a algunos centros por todo el mundo, Śrīla Prabhupāda llegó a Hawai. Allí anunció a los devotos que tenía prácticamente terminado el Canto Séptimo del *Śrīmad-Bhāgavatam* (que comprende doce Cantos). Cuando los devotos expresaron su felicidad al escucharlo, Prabhupāda contestó: «¡Oh!, podría terminarlo rápidamente, pero tengo que adaptarlo a su comprensión. Presentarlo al hombre común me exige mucha atención y pensar profundamente».

De regreso a Nueva York, en julio de 1976, Prabhupāda recordó los primeros tiempos y participó en la procesión del Ratha-yātrā en su recorrido por la Quinta Avenida. Fue la suntuosa culminación de diez años de prédica de Prabhupāda en Nueva York. El *New York Daily News* publicó un reportaje con fotografías del festival y lo tituló: «La Quinta Avenida, donde Oriente se une a Occidente». Complacido con esta imagen, Prabhupāda explicó que la unión de la culturas oriental y occidental era como la colaboración del cojo y el ciego. «Separados no pueden hacer nada... pero, si se unen —la cultura hindú y el dinero americano—, salvarán al mundo entero».

La salud de Śrīla Prabhupāda empeoraba, como solía suceder cuando viajaba tanto. Antes de que partiera de Nueva York, sus discípulos le suplicaron que se tomara un descanso. Prabhupāda contestó: «Quiero la bendición de continuar luchando por Kṛṣṇa hasta el último aliento, como Arjuna». Prabhupāda a menudo mencionaba que los líderes de ISKCON debían prepararse para seguir

adelante sin que tuviera que dirigir personalmente. «Ahora pueden encargarse de todo el dinero, y déjenme libre de asuntos administrativos. Lo único que les pido es que no lo desperdicien. A veces los he regañado para que no lo hagan».

De vez en cuando hablaba de viajar a un lugar mejor para su salud. Era 1977, en mayo, cuando el calor en Bombay era ya insoportable, aceptó la sugerencia de visitar Hṛṣikeṣa. Sin embargo, tras unos días en el lugar, su salud empeoró. Entonces pidió que lo llevaran a Vṛndāvana pensando que tal vez el fin no estuviera lejano. «Si debo morir, que sea en Vṛndāvana». Prabhupāda pidió que los devotos fueran a Vṛndāvana para estar con él, que redactaran un testamento, y que organizaran todo para que el movimiento pudiera seguir adelante tras su partida.

Su secretario le dijo a Prabhupāda:

—Los devotos lo quieren y por eso estoy seguro de que todos querrán venir a estar con usted.

—Su amor por mí —contestó Prabhupāda— lo demostrarán en la medida en que colaboren para mantener unida esta institución cuando yo me haya ido.

En el verano de 1977, la salud de Prabhupāda a veces empeoraba y a veces mejoraba un poco. Él continuaba traduciendo el *Śrīmad-Bhāgavatam*, ya en el Canto Décimo, siempre que le era posible. Se suscitó una competencia amorosa en la que Prabhupāda expresó su deseo de dejar el mundo mientras vivía en la sagrada Vṛndāvana, y sus discípulos le suplicaban que continuara viviendo. Cuando su secretario sugirió que Prabhupāda podía visitar Occidente de nuevo y recuperar su vigor en contacto con la prédica, Prabhupāda asintió. Fue a Londres

y los devotos quedaron impresionados al ver su extrema delgadez, «como un poderoso sabio que se ha sometido a largas austeridades por el bien de la humanidad». Después de dos semanas en Londres, su salud de pronto empeoró gravemente y pidió que lo llevaran a India.

Prabhupāda convocó de nuevo a sus discípulos de la Comisión de Gobierno para que se reunieran con él en Vṛndāvana. Quería que los devotos lo rodearan en su habitación y cantaran el mantra Hare Kṛṣṇa. Ahora más que nunca quería la medicina del santo nombre; no quería médicos y rechazó todo tratamiento. «Mejor que no oren a Kṛṣṇa para que me salve —dijo—. Déjenme morir ahora».

Como parte de sus instrucciones y de su ejemplo, Prabhupāda sabía que tendría que enseñar a la gente a morir. Se había salvado de la muerte varias veces por la gracia de Kṛṣṇa, pero por los signos que el Señor Kṛṣṇa le estaba dando en 1977, comenzó a pensar decisiva y conclusivamente en poner fin a su misión en el mundo material. El conflicto amoroso con sus discípulos continuó. Prabhupāda amaba a sus discípulos y sabía, además, que todavía no eran completamente maduros, pero ¿en qué momento estarían dispuestos a dejarle partir?

El 14 de noviembre de 1977, a las 7:30 p.m., en su habitación del templo de Kṛṣṇā-Balarāma de Vṛndavana, Śrīla Prabhupāda dio su última enseñanza abandonando este mundo mortal y yendo de regreso a Dios. Su partida fue ejemplar, pues toda su vida lo había sido; marcó la culminación de una vida de servicio devocional puro dedicada a Kṛṣṇa. La muerte de Prabhupāda fue apacible. La tarde del 14 de noviembre, el médico le había preguntado:

«Dígame qué desea». Prabhupāda contestó con voz muy débil: «No tengo deseos». La situación en que murió era perfecta: en Vṛndāvana, con los devotos.

La partida de Śrīla Prabhupāda fue perfecta también porque estaba cantando y escuchando los santos nombres de Dios. En los últimos meses de su vida, Śrīla Prabhupāda había enseñado a ir al encuentro de la muerte en estado de conciencia de Kṛṣṇa. En sus últimos días dijo a uno de sus discípulos: «No creas que esto no te va a suceder». Prabhupāda había venido a este mundo a pedido de Kṛṣṇa para enseñarnos a llevar una vida pura de conciencia de Kṛṣṇa, lo cual incluye también el abandonar finalmente este mundo para alcanzar la vida eterna. Cuando tengamos que irnos, podremos aferrarnos al recuerdo de aquella gran alma que abandonó el cuerpo pensando siempre en Kṛṣṇa, rodeándose con la medicina del canto de Hare Kṛṣṇa, siempre deseando escuchar acerca de Kṛṣṇa y practicando el desapego de la miseria de la vida material.

Mientras que para Śrīla Prabhupāda partir de este mundo e ir de regreso a Dios no era motivo de lamentación, para sus seguidores y para los habitantes del mundo entero, que se vieron privados de la presencia de su mayor bienqueriente y benefactor, sí lo fue. A medida que la noticia se extendía por todos los centros Hare Kṛṣṇa del mundo, los devotos de Prabhupāda fueron presa de un dolor terrible, sin límites. Sin embargo, se volvieron a los libros de Prabhupāda en busca de consuelo: «Los discípulos y el maestro espiritual nunca se separan, porque el maestro espiritual siempre está con el discípulo, mientras este siga sus instrucciones».

Para los discípulos de Prabhupāda, el servicio en la separación era un hecho indudable, de lo contrario, en aquel momento, en el que ellos estaban sin su presencia personal, ¿cómo hubieran sido capaces de mantenerse en la vida espiritual? El hecho de que pudieran continuar como antes, aumentar sus sentimientos de devoción, y hasta aumentar su capacidad de servicio, significaba que Śrīla Prabhupāda aún estaba realmente con ellos. Así como la última instrucción de Śrīla Prabhupāda fue la lección de cómo debe morir un ser humano, les enseñaba después, más allá de la muerte, cómo aplicar prácticamente la enseñanza filosófica más elevada del vaishnavismo *gauḍīya*.

Esta comprensión llenó a los devotos con gran esperanza de que Śrīla Prabhupāda y la revolucionaria vida consciente de Kṛṣṇa que había traído consigo, no habían terminado con su partida. Con frecuencia, cuando muere una gran personalidad, termina su contribución; pero la presencia de Śrīla Prabhupāda permaneció y se extendió, manteniendo la vida de sus devotos. Él seguía a cargo de todo.

GLOSARIO

ācārya—aquel que enseña la conciencia de Kṛṣṇa con su ejemplo.

ārati—ceremonia de adoración a la Deidad del Señor.

arroz puspānna—arroz muy vistoso con trocitos de queso fresco frito.

āśrama—lugar dedicado a la práctica de la vida espiritual.

avatāra—(literalmente: aquel que desciende) nombre que se da al Señor Supremo cuando desciende del mundo espiritual al universo material.

ayurvédico—relativo a la medicina védica.

bābājī—devoto renunciado, retirado del mundo.

bhajana—música y canto devocionales.

bhakti-yoga—servicio devocional, unión con el Supremo.

Bhārata-bhūmi—India.

brahmacārī—monje célibe.

Brahman—la Verdad Absoluta, el Espíritu Supremo; especialmente Su aspecto impersonal.

brāhmaṇa—persona inteligente que entiende el propósito espiritual de la vida y puede enseñarlo a los demás.

cādar—chal.

Caitanya Mahāprabhu—*avatāra* del Señor Kṛṣṇa de esta era, cuya misión es enseñar el amor por Dios mediante el canto de Sus santos nombres.

capātī—torta hecha de harina integral de trigo.

dāl—sopa hecha con cierto tipo de legumbre (*dāl*) y especias.

Deidad—figura autorizada y genuina del Señor Supremo.

dhāma—morada del Señor Supremo.

dharma—religión eterna; principios religiosos.

dhotī—pieza de tela utilizada por los hombres de la India como prenda inferior.

ganja—derivado de la marihuana.

Gauḍīya Maṭh—misión *vaiṣṇava* de Śrīla Bhaktisiddhānta en la India.

ghī—mantequilla clarificada.

gr̥hastha—devoto que vive en familia.

guru—maestro espiritual.

gurudeva—nombre cariñoso que se da al maestro espiritual.

gurukula—escuela del maestro espiritual.

halavā—dulce hecho con sémola, mantequilla y azúcar.

japa—canto de Hare Kṛṣṇa en privado y en voz baja.

kacaurī—empanadilla frita con especias.

karatālas—pequeños címbalos de mano.

kīrtana—glorificación de Dios, especialmente cantando Sus santos nombres.

kurtā—tipo de camisa para hombre.

lakh—unidad utilizada en la India, equivalente a cien mil.

līlā—pasatiempos espirituales del Señor Supremo o de Su devoto puro.

mahā-mantra—gran canto para la liberación:

Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare
Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare.

mantra—vibración sonora cantada que libera la mente.

maṭha—misión; organización misionera.

māyā—energía ilusoria del Señor Supremo.

māyāvāda—filosofía impersonalista.

māyāvādī—seguidor de la filosofía *māyāvāda*.

mlecchas—personas que comen carne.

mṛdaṅga—tambor sagrado de arcilla utilizado en los *kīrtanas*.

mūrti—Deidad.

pañḍit—erudito.

paramparā—línea de sucesivos maestros espirituales.

prasādam—alimentos vegetarianos espiritualizados por haber sido ofrecidos ante todo para el placer del Señor Supremo.

pūjārī—sacerdote que sirve y adora a la Deidad.

purī—tortas fritas de harina de trigo.

Rāma(candra)—encarnación del Señor Supremo quien actuó como rey ideal.

ricksha—vehículo de tracción humana para transporte de personas o cargas.

sabji—plato a base de hortalizas.

sādhu—persona santa.

samosā—empanadilla frita de verduras y especias.

saṅkīrtana—*kīrtana* en congregación o glorificación pública del Señor Supremo.

saṇnyāsa—orden de renuncia, última fase de la vida de un hombre.

saṇnyāsī—espiritualista que ha entrado en la orden de *saṇnyāsa*.

sārī—vestido típico de la mujer de la India.

śikhā—mechón de cabello que deja un *vaiṣṇava* cuando afeita su cabeza.

tilaka—marcas de arcilla sagrada que pone un *vaiṣṇava* en su cuerpo.

tulasī—la planta más sagrada del Señor Kṛṣṇa.

Upaniṣads—sección de las Escrituras védicas.

vaiṣṇava—devoto de Viṣṇu, Kṛṣṇa.

vaiṣṇava gaudīya—seguidor del Señor Kṛṣṇa (Viṣṇu) en la línea de Śrī Caitanya Mahāprabhu.

védico—relativo a la cultura humana que se basa en los *Vedas*.

Viṣṇu—primera expansión de Kṛṣṇa con la finalidad de crear y mantener los universos materiales.

Vṛndāvana—ciudad sagrada, hogar de Kṛṣṇa durante Su niñez.

yoga—cualquiera de las diferentes disciplinas destinadas a la purificación y comprensión espiritual.

PRONUNCIACIÓN DE LAS PALABRAS

SÁNSCRITAS TRANSLITERADAS

Las **vocales** se pronuncian aproximadamente como en español, excepto que hay vocales cortas y vocales largas. Estas últimas llevan una raya encima. Las vocales cortas son más breves que en español. Las vocales largas tienen el doble de duración que las vocales cortas. La vocal **ṛ** se pronuncia **ri**.

Las **consonantes** se pronuncian casi todas como en español, con estas excepciones: cuando van seguidas de una **h** (**kh**, **gh**, **ch**, **jh**, **th**, **dh**, **ph**, **bh**) son aspiradas, es decir, se pronuncian emitiendo con cierta fuerza el aire de la garganta. La **g** se pronuncia como la **g** de **goma**. La **c** se pronuncia como la **ch** de **chino**. La **j** se pronuncia como una **ll** fuerte. La **y** se pronuncia como la **i** de **iónósfera**. La **l** se pronuncia como la **l** en **sol**. La **ś** y la **ṣ** se pronuncian como una **sh** suave. La **h** es aspirada.

EL AUTOR

Satsvarūpa dāsa Goswami nació el 6 de diciembre de 1939, en Nueva York. Fue a la escuela pública y obtuvo el título de Bachelor of Arts en Brooklyn College, en 1961. A continuación, trabajó dos años como periodista en la marina de los Estados Unidos, y tres años como asistente social en Nueva York.

En julio de 1966 conoció a Su Divina Gracia A. C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda y se inició como su discípulo en septiembre de aquel año. Satsvarūpa dāsa Goswami comenzó escribiendo artículos para *Back to Godhead*, la revista del movimiento Hare Kṛṣṇa, de la que más tarde fue jefe de redacción. En agosto de 1967 fue a Boston para establecer el primer centro de ISKCON en aquella ciudad. Satsvarūpa dāsa Goswami fue uno de los primeros miembros que Śrīla Prabhupāda eligió para constituir el Consejo de Gobierno de ISKCON en 1970. Permaneció como presidente del centro de ISKCON de Boston hasta 1971, cuando fue destinado a Dallas como director del *gurukula*, la primera escuela de ISKCON para niños.

En mayo de 1972, día de la aparición de Śrī Nṛsiṃhadeva, se le concedió la orden *sannyāsa* (orden de vida de renuncia) por Su Divina Gracia Śrīla Prabhupāda, y comenzó a viajar por los Estados Unidos dando conferencias en colegios y universidades. En enero de 1974, Śrīla Prabhupāda lo llamó para que fuera su secretario personal y para que lo acompañara en sus viajes por la India y Europa. En 1976 publicó *Readings*

in Vedic Literature, relación concisa de la tradición védica, que ahora se estudia en diversas universidades norteamericanas. En 1977, Śrīla Prabhupāda le ordenó que aceptara la función de *guru* iniciador, con otros diez antiguos discípulos. Además de desempeñar su función como miembro del Consejo de Gobierno y como *guru*, ha escrito muchos libros, entre los cuales destacan *Śrīla Prabhupāda-līlāmṛta*, biografía de Śrīla Prabhupāda en varios tomos, y este libro.

ISKCON

ASOCIACIÓN INTERNACIONAL PARA LA CONCIENCIA DE KRISHNA

Dirigirse a:

O a las direcciones que se detallan a continuación:

CENTROS DE HABLA HISPANA

ARGENTINA

ISKCON Argentina: Ciudad de la paz 394, Colegiales, CABA (1426) www.iskcon.com.ar,
Email: info@iskcon.com.ar,
Tel: (011) 45540113

Naturaleza Divina (Restaurante, instituto y centro de yoga)
Email: nat.div@gmail.com

En el interior del país:

mendoza@iskcon.com.ar
sanluis@iskcon.com.ar
cordoba@iskcon.com.ar
mardelplata@iskcon.com.ar
glew@iskcon.com.ar

BOLIVIA

Cochabamba: Los Sauces 1122, Tiquipaya.
Tel.: 00 591 (44) 70610864.

La Paz: Av. Mariscal Santa Cruz esq. Loayza, Galeria Subterráneo, Local 03.

COLOMBIA

Bogotá: Centro Bhaktivedanta, Cr 8 40 B-15, Local 01.
Tel: + 0057 3004669107 / 313856092

Centro Krsna Kanta.

Tel.: + 00571 5333410.
Cel: + 0057 3113836910.

Cali: Casa de Krsna:

Corregimiento la Buitrera Km 3, Callejón puesto de salud, Villa garuda.

Tel.: + 00572 3259797.

Cel: + 0057 3153933885.

Medellín: Centro Jaydharma.

Cel: + 0057 3148898708.

Email: javierapatino@yahoo.com

Pereira: Centro New Mayapur Dham. Cel: + 0057 3174776792 / 3176752799. Email: madhusudanirupa.jps@hotmail.com

COSTA RICA

Dir. Los yoses, San Pedro, 200 m sur pequeño mundo, San José, Costa Rica.

Telefono: +506 88-30-60-87

Fb: ISKCON Costa Rica

CHILE

Santiago: José Miguel Carrera 330 (Metro Los Héroes) - Santiago Centro. Tels.: +56 (2) 697 9264/ 699 0025.

Web: www.harekrishna.cl/

www.iskcon.cl. Email: contacto@iskcon.cl.

ECUADOR

Guayaquil: 6 de Marzo 226 y
Víctor Manuel Rendón.

Tel.: +593 (4) 2563243.

Email: gurumangaladas@
hotmail.com

Ayampe: Com. Rural «Nueva
Mayapur» (contactar en
Guayaquil).

Cuenca: Comunidad Rural
«Giridharidesh», Chordeleg.
C.P. 01.05.1811.

EL SALVADOR

Santa Tecla, La Libertad: 8a.

Avenida Norte # 2-4.

Tel.: (503) 22882900.

ESPAÑA

Barcelona: Centro Cultural -
Pça. Reial 12, entl. 2ª 08002
Barcelona.

Tel.: +34 933 025 194.

Web: www.krishnabcn.com

Email: templobcn@gmail.com

Brihuega, Guadalajara: Nueva
Vrajamandala - Finca Sta. Clara
19400 Brihuega, Guadalajara.
Tel.: +34 949 280 436.

Churriana, Málaga: Centro
Cultural - Ctra. de Álora 3, int.
29140 Churriana, Málaga. Tel.:
+34 952 621 038. Web: www.
harekrishnamalaga.com

Madrid: Centro Cultural - c/
Espíritu Santo 19, bajo izq.
28004 Madrid.

Tel.: +34 915 213 096.

Tenerife: C.C. Palmeras del Sur,
7-9 / C. Gran Bretaña, 2 / 38660
San Eugenio - Adeje / Santa
Cruz de Tenerife / Tel.: 922
715 384 / 635 172 411 / Email:

harekrishnats@gmail.com /
www.harekrishna.es/templos/
tenerife

Valencia: Avda. Blasco Ibañez 11,
bajo / 46920

Mislata / Valencia.

Tel.: 644 409 386 - 600 268 662 /
contacto@harekrishnavalencia.
com

www.harekrishnavalencia.com

Krsna Cuisine: Restaurante -
Centro de Bhakti-yoga / Avda.
País Valencià 5, local A1 /
03960 Sant Vicent del Raspeig /
Alicante. Tel.: 966 082 740
www.krsnacuisine.com
Fb: KrsnaCuisine

GUATEMALA

Boutique «Radha Govinda». 5ª
Calle 8-69 Zona 1. Tels.: +502
2232-5338 / 4995-9304
Atiende Subhadra Devi Dasi.

HONDURAS

Tegucigalpa: Colonia Alameda
entre calle 10 y 11, edificio
Tony Sierra, casa # 1211.
Tel.: +504 9997-3744
Fb: ISKCON Honduras.
Correo: Lorenlopez2004@
yahoo.com

Restaurante Hare Krsna: Calle
La Ronda (lunes a sábado de 8
a 16 hs.).

**ESTADOS UNIDOS DE
NORTEAMÉRICA**

Los Ángeles, California: 3764
Watseka Ave., 90034, Los
Ángeles.

Tel.: +1 (310) 836-2676.

Miami, Florida: 3220 Virginia St.,
33133 Miami.

Tel.: +1 (305) 442-7218.

Nueva York, Nueva York: 305
Schermerhorn St., 11217
Brooklyn.
Tel.: +1 (718) 855-6714.

MÉXICO

Cuerámaro, Guanajuato:
Instituto Latinoamericano de
Artes y Estudios Védicos, Finca
Nueva Bahulavana, Rancho
la Esperanza, km 35.5 de la
carretera Cuerámaro-Manuel
Doblado
Fb: Colegio Bhaktivedanta de
México

Durango: Calle Bravo 212, B° de
tierra blanca 34, 139.
Tel.: +52 (55) 1007 9217
Fb: ISKCON Durango.

Guadalajara: Nueva Nilacala
Mandir. Tel.: (33) 3615 3127,
Pedro Moreno 1791, Sector
Juárez, Jalisco.

Guadalajara: Vrndavan,
Pablo Villaseñor 25.
Tel.: 01 33 3331 1553
Fb: Vrndavan Deli

León, Guanajuato: Dir. Calle
Río Blanco #216, Colonia San
Nicolás, C. P. 37480.
Tel.: 01 (477) 712 8169
Cels.: (477) 1840811 / (477) 160
3571. Fb: Colectivo Hare Krsna
León.

León, Guanajuato: Justo Sierra
343, Zona Centro C.P 37000.

México D.F.: Gob. Tiburcio
Montiel 45, Colonia San
Miguel, Chapultepec
C.P. 11850. Tel.: +52 (55)
5272-5944. Web: www.krishnamexico.com

Monterrey: Diego de Monterrey
1221, Barrio Antiguo. Tel:
(52) 81 8340 7561. Fb: Centro
Cultural Hare Krishna
Monterrey.

Querétaro: Calle Ricardo Flores
Magón N° 19 Colonia Estrella
Querétaro.

Tel.: 442-2145476
Email: Bhaktiyoga@gmail.com.
Fb: Bhakti Yoga Querétaro.

Restaurante Querétaro:
Email: Tushtyfood@gmail.com
Saltillo, Coahuila: Boulevard
Saltillo 520, Colonia Bs As. Tel.:
+52 (844) 417-8752.

Tijuana: Emeterio Gonzales
#6332-A C.P. 22055 Tijuana,
Baja California, México.
Tel.: (+52) 664 622 9101
Fb: ISKCON Tijuana.

Tulancingo: Centro Cultural
Bhaktivedanta. Churubusco
610, col. Insurgentes.
Tel.: 01 775 974 2293.
Fb: Centro Cultural A.C.
Bhaktivedanta.

Tulancingo, Hidalgo: Francisco
Villa 25, Col. Huapalcalco.
Tel.: +52 (775) 114 5364.

Uruapan: Tel.: 452 114 1678.
Fb: Inteligencia Espiritual.

NICARAGUA

Colonia 1° de mayo. Casa D-959.
Tels.: (+505) 8823-1927 Aleida
Sobalvarro (Aradia Devi Dasi) /
(+505) 8659-8080 Ramai Das.
Fb: ISKCON Nicaragua

PANAMÁ

Panamá City: Villa Zaita, Las
Cumbres, Casa N° 10. Frente

Direcciones

a INPSA. Tel.: +507 396-33 41.
Email: Temploiskcopnama@hotmail.com. Fb: ISKCON
Panama Templo.

PARAGUAY

Asunción: Nuestra Señora de
Asunción 840, Asunción.

PERÚ

Arequipa: Santa Catalina 120,
Cercado. Tel.: +51 (54) 256875.
Cel.: 980170988.

Cuzco: Restaurante Gourmet
Vegetariano Tulasi. Av. Tomasa
Tito Condemayta 1105,
Wanchaq-Cuzco. Telefono 084-
594569.

Cuzco: Restaurante «Govinda».
Sathy 584, Cusco. Tel.: 084-
790687/ 084-439298 / 084-
221227.

Cuzco (Machupicchu):
Restaurante «Govinda». Aguas
Calientes.
Tel.: +51 (84) 685-899.

Chiclayo: Restaurante
«Govinda». Calle Vicente de la
Vega 982. Tel.: +51 (74) 286159
- 223391.
Cel.: 074 979509454.

Huánuco: Jr. General Prado 608.
Tel.: +51 (62) 513868.

Lima: Pasaje Solea 101, Santa
Maria-Chosica (Carretera
Central Km. 32, frente a la

curva que baja a La Cantuta).
Tel.: +51 (1) 360-0765/ 693-
5041/ 360-0886

Lima: Avenida Garcilazo de la
Vega 1670-1680. Tel.: +51 (1)
4319920.

Puno: Restaurante «Govinda».
Esq. Arequipa y Deustua.
Tel.: +51 (54) 365-800.

PUERTO RICO

Gurabo: Nueva Colina
Govardhan, Carr. 181 km. 16.3,
Barrio Santa Rita, Gurabo. PR
00778. Tel.: +1(787) 737-4265.

REPÚBLICA DOMINICANA

Santo Domingo: Asís N° 73,
Alma Rosa I, Santo Domingo
Este. Tel.: +1(809) 597-5078.

URUGUAY

Uruguay: iskcon.montevideo@
gmail.com

VENEZUELA

Caracas: Avenida de los Próceres
y Calle la Marquesa del Toro.
Quinta Hare Krishna, San
Bernardino.
Tel.: +58 (212)55 01 818.

WEB

Escuela Vaishnava Online:
— Cultura del Bhakti —
Web: www.escuelavaishnava.com.ar
Email: escuelavaishnava@gmail.com

Los interesados pueden descargar un catálogo
completo mediante el siguiente código QR:



Una cordial invitación

Visite nuestros *āśramas* (comunidades espirituales)

Lo invitamos a conocer y participar de las actividades que realizan los integrantes de la Asociación Internacional para la Conciencia de Krishna (ISKCON), en sus distintas sedes alrededor del mundo.



- Prácticas de *bhakti-yoga* (servicio devocional).
- Estudio de la filosofía de los *Vedas*.
- Alimentación lacto-vegetariana.
- *Kirtanas*, canto congregacional.
- Música, mantras y meditación.

Todos los domingos charlas acerca del *Bhagavad-gītā* tal como es, música devocional y un suntuoso banquete vegetariano totalmente gratuito, y usted está cordialmente invitado a venir a disfrutar con nosotros.



**THE
BHAKTIVEDANTA
BOOK TRUST**

Argentina. Ciudad de la Paz
384, Colegiales, CABA (1426).
Tel.: +54 (11) 4-552-2126.
bbtbuenosaires@gmail.com

Chile. Diaz Sagredo 714,
Quinta Normal, Santiago
Tel.: +56 99 505 0156.
ramakelidas@yahoo.com

España. Av. Alcudia 2 bis,
1 F (03720) - Benissa, Alicante.
Tel.: +34 965 732 738.
hanuman.das.bbt@gmail.com

México. Nogal no. 20,
Fraccionamiento California.
C.P. 36960, Cuerámara,
Guanajuato.
Tel: +52 (429) 694 1502.
kelivilasa_ids@yahoo.com.mx

Perú. Pasaje Punta de Los
Ingleses 198. Urbanización
Luis Germán Astete. La Perla,
Callao. cesarserpa@yahoo.es